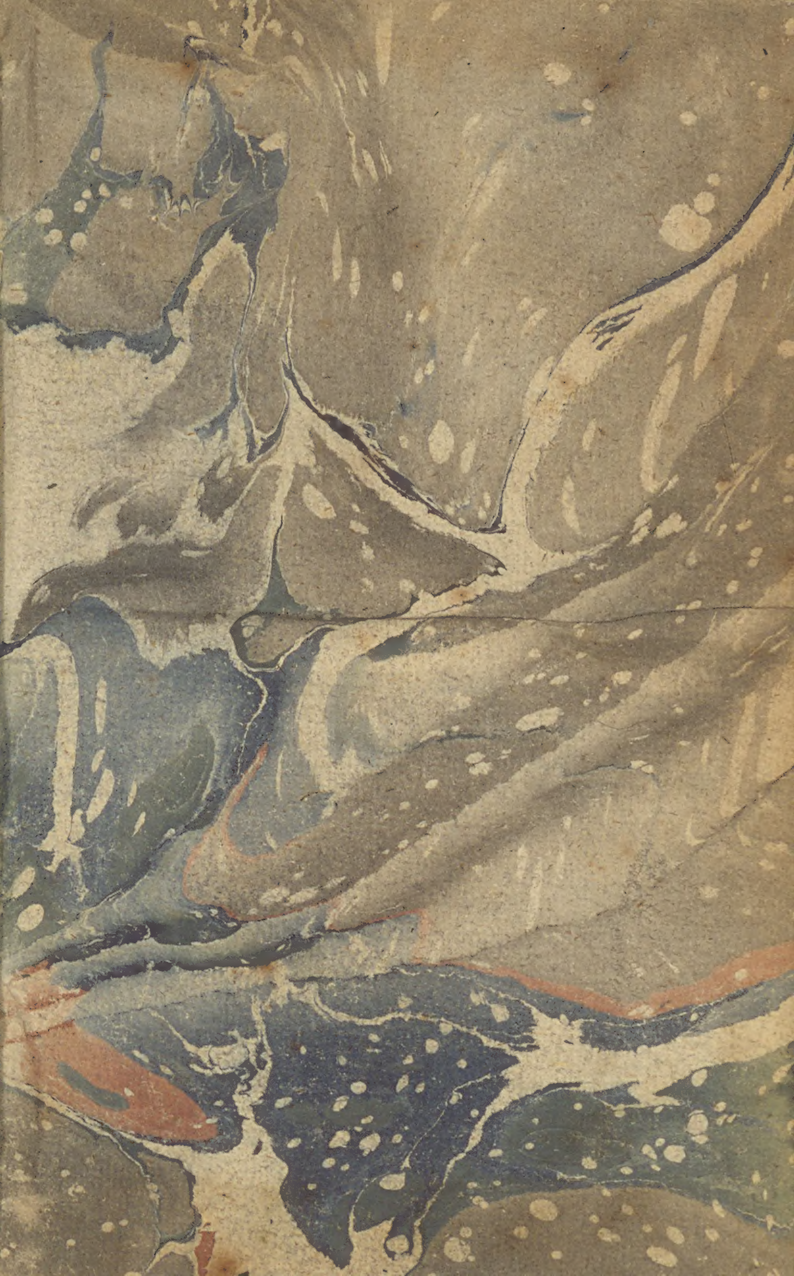
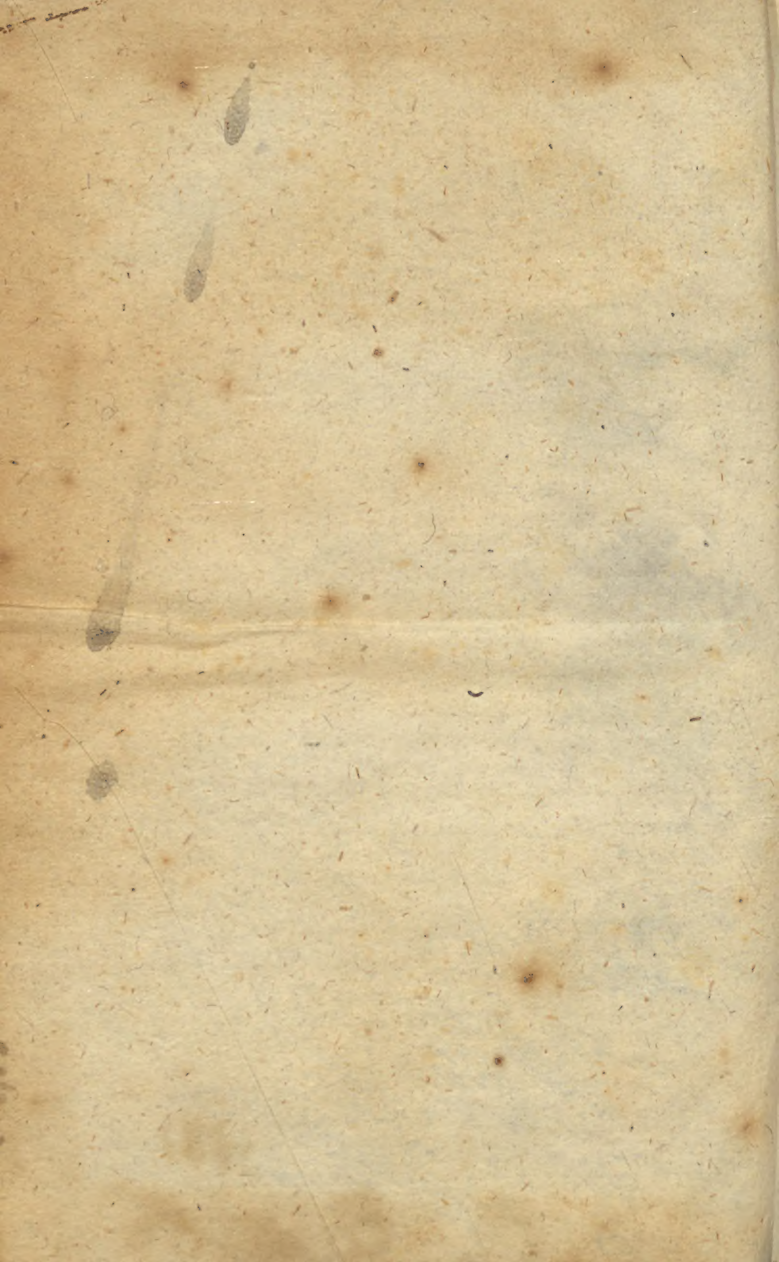








ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA,

ESCRITA EN INGLES POR MR. WATSON,
profesor de filosofía i de retórica en la unibersidad de san Andres, i traduzida al castellano por el Z. R.

TOMO I.



MADRID: 1822.
IMPRENTA QUE FUE DE FUENTENEBRO.

Se bende en la librería de Brun, frente á las gradas de san Felipe el Real.

NOTA.

Téngase presente que esta obra está escrita por un protestante, i que cuando abla de relijion bierte opiniones si conformes á su secta, opuestas á la creenzia del traductor en particular, i de la nazion para quien la a traduzido en jeneral. Son pocas i mui fázil conozerlas.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

En tiempo en que aflijia á la Inglaterra la pestilenzial enfermedad de la repúblicomanía, uno de los mas eficazes remedios que á tamaño mal aplicó el patriotismo de todo un Obbes, fué la lectura de la istoria de Tuzidides; i para que el remedio fuese jeneral como el mal lo era, la tradujo de griego en inglés.

Yo que ni á Obbes ni á nadie zedo en amor á la patria, i que beo á la mia adolezer años aze del mal opuesto; es á saber, de serbilismo, cuyos síntomas se descubren á tiempos con mas ó menos beemenzia, deseaba azer algo por ella. I tanteando mis fuerzas, ya dezidido por un proyecto, ya desechándole por otro, bine á dar i fijarme en el de traduzir lo mejor que supiese, la istoria del reinado de Felipe II, escrita en inglés por el doctor Watson.

Con efecto, miéntras mas me engolfaba en mi trabajo, mas me iba combenziendo de aber allado lo que con tanta ansia buscaba. Los partidarios del absolutismo

berán aquí asta qué estremo puede abusar de él un monarca, no para someter, sino para esclabizar á sus súbditos, ollando pactos, i despreziando leyes, i usurpando derechos, i desconoziendo pribilejios, i aun castigando como delito capital solo el recordarlos, cuanto mas el sostenerlos. Aquí berán á un déspota, disponiendo de la bida de los ombres como de la de los mas biles animales, i sacrificándolos á su ambizion, á su benganza, ó á sus temores con la mas impasible tranquilidad. Aquí le berán recomendando como meritorio el asesinato, i ennoblezer i premiar al asesino; i en fin, allarán un monarca absoluto, quebrantando los mas solemnes juramentos echos sobre los santos ebanjelios, al mismo tiempo que nada ambizionaba tanto como el pasar por defensor de la fe i relijion, consignada en aquellos ebanjelios mismos.

Ziertamente orroriza el ber asta qué estremo prezipitaron, endurezieron, i aun desnaturalizaron á un prínzipe de tan buen juizio como Felipe II las mácsimas de relijion i política, en que por mal de la Europa entera le imbuyeran desde su infanzia. Un prínzipe que por su talento i consumada prudenzia pudo ser el ánjel tutelar de sus dominios i la gloria de los tronos, fué llamado en su tiempo el demonio

meridiano; i con arta razon, pues que ni su mujer, ni su ijo, ni su ermano, ni sus faboritos, ni el deudo, ni el mérito, ni la birtud, ni nada estaba libre de sus zelos ni de su benganza. Nunca jamas perdonó agrabio que se le iziese; ni nunca jamas dió su corazon entrada á la clemenzia.

No: por mas que la adulazion aya delirado en su obsequio asta llamarle «justo como Josías, zeloso de la oora de Dios como Dabid, en edificar el mayor templo Salomón, en faborezer la iglesia Constantino, en riquezas Ezequías, en majestad Asuero, en grabedad Nerba, en justizia Trajano, Antonino en piedad, en debozion Teodosio»...i así por este término le aya ido igualando á los ombres mas grandes que an tenido las naziones i produzido los siglos: por mas que se aya dicho que «los loores del rei Felipe II, nuestro señor, deben zelebrar estos reinos con agradezimiento i benerazion» por mas que la política i el interés de una clase, sostenidos por la ignoranzia i la superstizion de las demas, aya querido apellidarle santo, i como tal ofrezerle á la benerazion pública; su insidiosa política, i su errónea moral, las muertes de Lanuza, del baron de Montiñi, de los condes de Egmont i de Orn: la de Escobedo, la del prínzipe de Oranje, i particularísimamente la de su

propio ijo el prínzipe don Cárlos, arán esecrable por los siglos de los siglos la memoria de Felipe II, i le colocarán en la istoria al lado de Tiberio.

Empero ¿cómo a llegado su memoria asta nosotros con ziertos relumbrones, que no permiten al bulgo que le bea como fué, i aun le azen aparezer como no fué nunca? Porque así como Tiberio, supo tambien Felipe azer á bezes la mas cabal justizia en asuntos mui espinosos, i por eso le apellidó la lisonja Trajano: porque supo como Tiberio dar á tiempo, i de modo que aparentando uir de la alabanza, empeñaba á la adulazion á que tomase por su cuenta el engrandezer la réjia munifizenzia; i en fin, porque supo ser deboto. Esto, en berdad, era lo que mas le importaba saber, para que aun en bida le canonizára aquella clase que en su tiempo disponia arbitrariamente de las reputaziones, i podia castigar como impío á un Carranza, i encomiar como justo á un Felipe.

¿I qué mucho que para esta clase fuese un santo, un Salomón, el que erijió á Dios un templo, acaso el mas magnífico que desde entonzes se a lebantado en toda la cristiandad? ¿Cómo su piedad pudo dejar de ser comparable á la magnifizenzia del santuario, á la grandiosidad del monasterio, i á las enormes rentas con que

dotó á los monjes, que de todo ello abian de disfrutar? Imposible era que dejara de ser santo el fundador de tantas cosas santas. No importa que para ello empobreziese á la nazion (1); ni el que con menos costo ubiera podido azer nabegables todos los rios de ella; la construczion de todos los canales i caminos del mundo no le ubieran granjeado la reputazion de santo, como que tales construcziones no ubieran zedido tan inmediatamente en probecho de esta clase árbitra de las reputaziones. Sí, de esta clase, que en bez de interponer su estenso i temible poderío en refrenar el abuso que los reyes azen del suyo, le interpone para que le ensanchen, aziéndoles creer á ellos i á la multitud, que como lugar-tenientes de Dios, son los reyes dueños de las bidas i aziendas de todos, menos de las suyas; porque las aziendas i las

(1) Con la mitad de lo que gastó en azer el templo, monasterio i palazio del Escorial, sobraba mucho para aber echo todos los canales, todas las carreteras, i todos los caminos de que la nazion nezesitaba. I con lo que le costaron los conatos que puso para bengarse de Isabel de Inglaterra, porque no le quiso para marido; i de sus basallos los flamencos, porque querian que les gobernase con arreglo á su constituzion, bastaba para aber echo la felizidad de toda la Europa, cuanto mas la de sus estados.

bidas de los clérigos tienen otro dueño, otro lugar-teniente de Dios, otro bicario de Jesucristo.

¡Cuántas reflesiones se aglomeran en mi mente que estenderia de buena gana, si el prólogo de una traduczion fuera lugar acomodado para ellas! Pero los que por otro medio no sepan asta qué punto a llebado el clero sus pretensiones, aziendo de los reyes parafreneros de los papas i de los rejizidas santos; la lectura de esta istoria les combenzerá de que para ebitar los males que tantas bezes an causado á las naziones sus pribilejios, sus rentas, i su feroz fanatismo, no ai otro medio que el de escluirle entera i absolutamente de la interbenzion en todo negozio profano, sin distraerle jamas de las santas funziones á que esclusibamente se a consagrado, i que sobran para ocupar sus birtudes. El respeto i la benerazion que por ellas merezca, i una dezente subsistenzia es todo lo que tiene derecho de esijir: la soziedad que no se lo otorgue, será injusta: la que le otorgue mas, injustísima. No, no ai otro medio de ebitar los orrorosos furores del fanatismo. Ni ¿cómo será posible que adoptado bolbamos á ber á los ministros del Dios de paz ir en su santo nombre con un puñal en la diestra, i en la siniestra un cruzifijo, inmolándole bíctimas uma-

nas, sin perdonar á padre, ermano, ni amigo, en cuya sangre no empapen sus manos? Sí, aquellas manos consagradas al Dios de clemenzia para ofrezerle olocaustos incruentos! ¡Prebaricazion digna de ser llorada con lágrimas de sangre! i de ser ebitada por cuantos medios esten al alcanze de los ombres i de los gobiernos. Quítese al clero toda interbenzion en los negozios profanos, quítesele el interés que puede tener en fanatizar al pueblo, i desaparezerá el fanatismo. La razon lo pide, la esperienzia lo aprueba, i la relijion misma lo esije. I á la berdad, ¿no es una espezie de sacrilejio el arrancar á un obispo de su silla episcopal para trasladarle á una silla curul? ¿el azerle trocar el cayado por la espada? ¿Por qué un obispo abia de ser presidente de un tribunal puramente zibil? ¿Por qué abia de ser jeneral en jefe de ejérzitos ni armadas? Si el párroco, si el obispo son nezesarios en sus feligresías, en sus diózesis, ¿á qué sacarlos de ellas? ¿O no son bastantes para ocupar al mas sublime talento, á la mas azendrada caridad los cuidados que da la direczion espiritual de tantos fieles, encomendada á su amor paternal? ¿O son estos cuidados i estas ocupaziones de menos importanzia que el sentenziar pleitos, i llebar los ombres á la

matanza? Desaparezcan para siempre tantos absurdos, i desaparezerán los que ellos mismos produzen en lo político i en lo relijioso.

No son menos temibles ni menos funestos los males que los pueblos se atraen por la indiscreta predileczion con que suelen inclinarse á determinados indibiduos. Sí, los pueblos, así bien que los prínzipes, tienen sus faboritos, que suelen ser tan poco merezedores de la confianza que de ellos azen, como los de los reyes de las distinziones i merzedes que reziben. Aquí, pues, berán los peligros á que esponen la pátria aun los mismos que la aman, por esas indiscretas i tumultuarias predilecziones, rara bez adquiridas por el mérito, sino por la astuzia i los amaños de un ambizioso que sabe deslumbrar al pueblo para atraersele, i balerse despues de su misma fuerza para esclabizarle. Por bentura, ¿los Guisas, los Wallenstein, los Leizester, los Marats, los Robespierres, todos faboritos de la multitud, tubieron otros medios, ni aspiraron á otros fines? ¿Cómo lograron los suyos Cromwel i Bonaparte? No de otro modo que aluzinando á los pueblos, aziéndoles creer que eran los mas azérrimos defensores de sus libertades, abusando de su nezia credulidad, i de su in-

discreta confianza para azerles forjar las cadenas con que al fin los oprimieron.

No porque sus artes fuesen desconozidas á los ombres sensatos, é ilustrados patriotas; empero ¿qué ubieran podido estos contra el torrente de la multitud? Ser bíctimas inútiles de su patriotismo, al primer paso que ubieran dado para desengañar al pueblo, incapaz de escarmentar en cabeza ajena, ni aun en la propia. Con efecto, para la multitud son perdidas todas las lecziones de la istoria, i mas las de la filosofia. Incurre oi un pueblo en un defecto: apenas le comete, le reconoze i le detesta; pero mañana mismo, acaso con menos motibo, cae en otro mayor, le reconoze tambien, i le pesa de su libiandad, i le pesará siempre que obre con ella; mas sin que por eso sea nunca mas cauto ni prudente. Si así no fuera, ¿cómo ubieran podido los flamencos preferir ni por un momento un conde de Leizester á un prínzipe Maurizio? Porque toda multitud es lijera, inconsiderada, ingrata, i esta efimera preferenzia fué obra de la multitud. Uyan, pues, de imitarla los que se agrabiarian de que se les confundiese con ella: fijen los ojos en los Wasingtones i los Franklines: propónganse la conducta de estos modelos de patriotismo por punto de comparazion: con-

fronten con ella la de los que entre nosotros son mas proclamados por su amor al pueblo, i por su dezision á sostener sus libertades; i si allan conformidad en las causas, i los efectos, i los fines, i tambien en los talentos i medios de alcanzarlos, aclámenlos, i no se desdeñen de unir su boz á la de la multitud, si la multitud, aunque sea por acaso, coinzide en su juizio.

Otro mal, el mayor de los males políticos que pueden sobrebenir á un estado es la dibision de los ziudadanos en partidos. Nada mas seguro para benzer á un enemigo, que dibidirle. Miéntras en Olanda ubo bandos, miéntras reinó en ellos la dibision de opiniones, queriendo cada partido que la suya prebaleziese á despecho i pesar de la justizia, de la razon i de la pátria misma, que todos de buena fe deseaban salbar de la orrorosa crueldad de sus tiranos, los triunfos de estos se suzedian unos á otros con la mayor rapidez i sin interrupzion. No abia dia sin pérdida, ni aczion sin descalabro; ni daban paso que no les azercase mas al peligro de que uian. El gobierno lo beia, lo lloraba, tanto mas, cuanto mejor conozia el remedio i los medios de aplicarle: empero ¿cómo abia de azerlo si en los gobernantes abia la misma desunion que en los gobernados? Sin duda

perezieran todos bíctimas de sus resentimientos particulares, i de sus miras, i de sus caprichos, si un ombre de aquellos que produzen rara bez los siglos para consuelo de la umanidad, no ubiera superado con sus talentos i birtudes los obstáculos que se oponian á que la pátria se salbase. Alzó la boz, i al irresistible poder de la razon en que apoyaba sus esortaziones, uyó la discordia, los ánimos se tranquilizaron, el senado i el pueblo se unieron, i bolbió á aber pátria.

¡Cuántos esfuerzos no izo, i cuánto eroismo no desplegó desde entonzes ese mismo pueblo! Acaso el mundo entero no ofreze otro ejemplo de una guerra mas sangrienta, mas larga, ni mas desigual. De una parte un monarca tan poderoso que tenia en solo Europa mas basallos que los tres mas grandes soberanos de ella, i mas riquezas que todos juntos. De la otra un puñado de ombres que llebaban sobre sí la fea nota de rebeldes, porque querian ser gobernados segun sus leyes: nota que les azia mirar como indignos de la alianza de los prínzipes i de las naziones, i les dejaba entregados á sus solos recursos; llegando asta el estremo de que ni el emperador, ni el rei de Franzia, ni la reina de Inglaterra, á quienes suzesibamente se ofrezie-

ron, les quisiesen por basallos. ¡Qué desamparo! ¿A quién pues acudieron en tan lamentable situazion? Al despecho que enjendra el amor á la libertad i el odio á la tiranía, i á los tiranos: á la constanzia con que los ombres libres prefieren las pribaziones, los trabajos, la pobreza i la muerte á la esclabitud; i sobre todo á la union de las pocas probinzias que reusaron todo combenio, todo conzierto, toda transazion con un tirano cruel que las tenia empapadas en sangre i cubiertas de luto; con un déspota inumano que castigaba con pena de muerte al ijo que no entregaba al padre, i al padre que no entregaba al ijo cuando le pedia para sacrificarle á su feroz benganza; con un perjuro que no solo se burlaba de los pactos mas sagrados zelebrados entre los ombres, sino de las ofertas echas á Dios por medio de los mas solemnes juramentos. Contra esta constanzia, contra este despecho, contra esta union se estrelló el inmenso poderío de un rei de tantos reinos, señor de tantos dominios, dueño de tantos tesoros, i árbitro de los mas grandes y aguerridos ejérzitos, mandados por los mejores jenerales de su siglo.

¡Qué leczion tan interesante á todos los pueblos de la tierra! ¡i aun ai tiranos

en ella!!! Preziso es creer que las lecziones de la istoria son pérdidas para los pueblos, ó que la ignoranzia i embrutezimiento en que les tiene sumerjidos el fanatismo i la superstizion les aze incapazes de aprobecharse de ellas. ¿Ni qué otra es en berdad la causa del lamentable estrabío de esos ilusos que creen ofendida i amanzillada la relijion de sus padres porque se la limpian las manchas que son las que la ofenden i amanzillan? Ninguna sino la ignoranzia. Al pueblo en bez de relijioso se le a echo superstizioso i fanático. I es esto tan así, que no le alteraria el que se introdujese una nobedad en la esenzia, de la que no sabe mas que un papagayo, i se conmoberia freneticamente si se derribasen todas las ermitas. Tanta i de tal espezie es su ignoranzia; i zierto, que no merezia se le tubiese en ella un pueblo que como el español aze tantos siglos que para la manutenzion de los maestros de su creenzia, i la del culto de su relijion tiene consignados fondos, i está contribuyendo con anualidades que unas i otros produzen mas que a consumido i malrotado la prodigalidad i fausto de sus reyes, mas que nezesitan armadas i ejérzitos florezientes, arsenales, parques, embajadas, tribunales, unibersidades, colejios &c.; en fin mas que

importan todos los gastos públicos, i acaso un duplo de lo que para subenir á todos ellos acaban de decretar las Córtes.

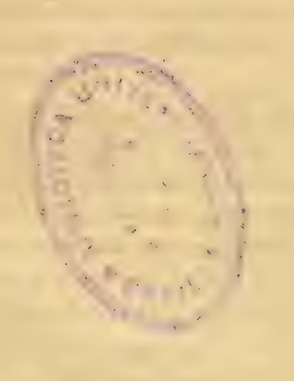
Pues á pesar de tantos sacrifizios ¿cuántos seran los españoles que se allen en estado de dar razon de su creenzia? Increible es asta que estremo llega en este punto la ignoranzia. Esta ignoranzia es pues de la que se aprobecha la malizia de los cabezillas que aflijen á la industriosa Cataluña. No lo desconozcamos. Si los ilusos, de que esos malbados componen sus gabillas, estubieran bien combenzidos de la enormidad del pecado que cometen contra Dios i la relijion los que toman armas contra su pátria, i estubiesen igualmente persuadidos de que en el orden natural seria el infierno el paradero de los que muriesen por sostener su rebelion; i de que el fin de los que se cojiesen con las armas en la mano seria un patíbulo: si estos infelizes, dignos de mejor suerte, tubiesen de su relijion nada mas que las mismas ideas que tienen de un sin número de cosas supersticiosas, no fuera tan fázil seduzirlos, ni tantos los seduzidos; i los malbados se berian en la prezision de deborar su inútil rabia, callar, i obedezer mal de su grado.

La ignoranzia es pues el oríjen i el apoyo de la disidenzia política que llora-

mos: compónganse para el pueblo catezismos en que á la par se le enseñe la doctrina cristiana i la política por un método brebe, claro i senzillo; de los cuales por desgrazia ni uno siquiera se dá en las escuelas. Destiérrense los errores relijiosos: destiérrese la superstizion: enséñese esplízitamente lo único que es de fé divina, i nezesario para salbarse: ágase conozer lo que es de fé umana, i la infinita diferenzia que ai de una á otra creenzia; i con solo esto adelantará la nazion mas de las tres cuartas partes de lo que nezesita para que en toda ella reinen unas mismas opiniones en materia de relijion i política.

I miéntras llega este dichoso tiempo, los que por razon, por prinzipios, i por combenzimiento estamos persuadidos de la justizia, de la nezesidad, i de la combenienzia de unirnos á la santa causa que la nazion defiende, agámoslo, i no dudemos que contra nuestra union se estrellarán los proyectos de esos soberanos, que conspirando contra la libertad de los pueblos, trabajan sin querer, en consolidarla mas, i en romper sus propios zetros. Unámonos, i tomemos por modelo en nuestra union á los olandeses, i triunfaremos i á menos costa, de nuestros enemigos interiores i esteriores. Unámonos, i bolberemos á asombrar al mundo, ofreziéndole el ejemplo sin

ejemplo de un pueblo, que con su constanzia y su prudenzia a sabido azer á su monarca (contra su boluntad mal dirijida) felíz i poderoso: que a sabido azer de eclesiásticos, ziudadanos: designar de entre todos, los mas dignos de ayudar al rei á gobernar la nazion: azer la felizidad de todas las clases que la componen: serbir de modelo á todos los pueblos que amen la birtud, i de terror á todos los tiranos.



HISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

Felipe II, hijo del emperador Cárlos V y de Isabel, hija de Manuel el grande, rei de Portugal, nazió en Valladolid el 31 de mayo de 1527. Encomendóse su crianza á eclesiásticos notables por su zelo mas esaltado que discreto; los cuales, si no infundieron, al menos fomentaron en su discípulo aquel espíritu de intoleranzia que formó su carácter, i fué toda su bida el alma de sus operaziones.

Era Cárlos natural de los Paises-Bajos: abia pasado en ellos su jubentud, i los miraba con una predileczion, que no dejaba de mortificar á los españoles. Pero á estos les azia mas llebadero este disgusto la preferenzia que Felipe les daba, i la esperanza de que cuando reinase gozarian del fabor que Cárlos dispensaba entónzes á los flamencos. (1)

(1) Haraeus Annales Belgii &c., p. 570. Cabrera vida de Felipe II, l. 1, cap. 1.

Bien desde los prinzipios dió muestras Felipe de capazidad, prudenzia i aplicazion, i sobre todo de la índole mas á propósito para que en un carácter naturalmente grabe i sombrío arraigasen aquellas opiniones, que dictadas por la superstición, eran sín embargo entonzes las que constituian el carácter distintibo del clero español.

Casóse á los diez i seis años con la infanta María de Portugal, que murió de sobreparto dando á luz al desgraciado don Cárlos, de cuya mala bentura trataremos despues. Continuó gobernando á España hasta el año de 1548 en que le llamó su padre á los Paises-Bajos, i adonde llegó á prinzipios del año siguiente con una gran comitiba de nobleza española.

A su entrada en Bruselas, fiel obserbador de la lei que se abia impuesto de rebestir todas sus acziones de una estraordinaria piedad, fué su primer cuidado el ir á la catedral á dar gracias á Dios por la felizidad del biaje, i de allí pasó á palazio.

Permaneció algunos dias con el emperador, quien en todas ocasiones descubria aquella ternura que tan bibamente siente un padre en la bejéz por un ijo único: despues partió á bisitar las ziudades prinzipales de los Paises-Bajos, acompañado de la rejenta su tia, reina biuda de Ungría (1).

Era en todas partes rezibido con la mayor pompa: gastáronse sumas inmensas en fiestas, banquetes, iluminaziones y torneos: competíanse las ziudades sobre cual habia de ostentar mas

(1) Haer., Annales ducum Brabantiae &c., tom. 3, pag. 653 Antwerpiae 1623. Lud. Guiccardini, lib. 3, pag. 127.

magnifizenzia i mas zelo é imbenzion en obsequiarle: en fin, no hubo pueblo que no le diese las mas relebantes pruebas de adesion. (1)

Empero Felipe, en medio de tantas fiestas con que á porfia se esforzaban á dibertirle, i que en efecto debieran agradar á un prinzipe jóben i ambizioso, no pudo ocultar la austeridad natural de su carácter. Notaban los flamencos con inquietud el contraste que azian el padre i el ijo. Cárlos cortés i afable, i Felipe altibo i sebero: el uno ablaba con fazilidad las prinzipales lenguas de Europa, i acostumbraba tratar familiarmente con sus basallos: el otro nunca quiso aprender mas que el español: ablaba poco con los flamencos, i era inazesible á todos los que no eran los nobles de su nazion: bestíase á la española, bibia como en España, i en nada queria conformarse con los usos flamencos. (2)

Tan torpe é indiscreta conducta preziso era que iziese la mas profunda impresion en aquellos naturales, i que les inspirase contra los españoles zierta abersion que no cuidaban de disimular; i así fué, que abiendo solizitado Cárlos que los estados prestasen á su ijo el juramento de fidelidad que á él le abian prestado, se resistieron abiertamente á reconozer en Felipe el derecho de suzederle, mientras no se comprometiese á escluir á todo estrangero del gobierno de las probinzias; i ni esta restriczion, ni nada en el mundo bastára para que le reconoziesen sino el respeto que el emperador les inspiraba, i el temor que á su poder tenian. No obstante, si la enfermedad que le aquejaba se

(1) Meteren., pag. 9.

(2) Bentiboglio, istoria della guerra de Fiandra, p. 5, in Parigi 1645.

ubiera tenido por mortal, mui de temer era que los estados pribaran á Felipe de la soberanía, i la trasladaran á Masimiliano, su primo, ijo de Fernando, rei de Ungría i de Boemia. (1)

Recorrido que ubo los Paises-Bajos, le condujo el emperador á Alemania con el objeto de poner por obra el proyecto de azerle rei de romanos: dignidad que solizitó i obtubo en 1530 para su ermano Fernando. Mas cuando se bió con un ijo en edad de discrezion, i en quien presumia los mayores talentos, pesóle de lo echo, i resolbió induzir á los electores á que lo anulasen, en caso de que Fernando reusase la abdicazion.

Pero la conducta de Felipe no abia desagradado menos á los alemanes que á los flamencos. Léjos de conziliarse su benebolenzia, les izo conzebir ideas que le eran bien desfaborables, i no podia ser menos. La misma cautela i altibéz que ostentó con unos manifestó á otros: asta los prínzipes de primer rango permitia que estubiesen descubiertos en su presenzia: siempre altibo, i dándose siempre un aire de superioridad, de que se abstenian asta los emperadores mismos. Temieron pues los alemanes el yugo de un prínzipe que tan seco i despegado se mostraba, aun en el acto mismo de captar su fabor, i no dieron oidos á las instigaziones de su padre; tanto mas resueltos cuanto mas presentes tenian las desgrazias que se abian atraido por aber elebado al imperio á un prínzipe tan poderoso como Cárlos, que con su poder abia puesto mui á pique la libertad; i cuanto mas sinzeramente adictos estaban á Fernando

(1) Memoires de Ribier, tom. 2, pag. 219, á Paris 1666.

i Masimiliano su ijo, cuyo carácter i costumbres formaban el mejor contraste con las de Felipe.

Empero Cárlos no era de aquellos que desisten fázilmente de sus empresas: conozia arto bien la superioridad que le daba la bictoria que obtubo de la liga de Simalcada, i no dudaba que podria obtenerla tambien de la resistenzia que los electores oponian á nombrar á su ijo, si lograba la dimision de su ermano.

Para conseguirlo, empleó aquella actibidad que en todas sus empresas; pero era preziso que la prosperidad ubiese zegado á un prínzipe tan ábil como Cárlos V. para aber tenido por asequible tan descabellado proyecto. Hallábase Fernando en lo mejor de su edad; i atendido el estado de la salud de su ermano, podia mui bien considerarse con un pie en el trono imperial. Su ijo se abia educado con espectatiba de aquella alta dignidad, i su afabilidad que le azia amar de la nazion, era la prenda mas segura de alcanzarla. Bien conozia Cárlos que nada de cuanto pudiese dezir á padre é ijo persuadiria jamás á uno ni otro á que renunziasen á tan bien fundada esperanza; i aunque tubiese repetidas pruebas de la respetuosa deferenzia de su ermano, todabía se prometia mas del aszendiente que sobre él tenia su ermana la reina de Ungría, á quien Fernando era deudor de aquella corona i de la de Boemia. A ella pues recurrió Cárlos para dar mas peso á su instanzia; pero Fernando se resistió á todas las de su ermana, i desechó cuantas ofertas de compensazion se le izieron. Abia Cárlos casado su ija con Masimiliano, i conferídole el gobierno de España, durante la ausenzia de Felipe, con el ob-

jeto de azerle mas llebadero el golpe que le preparaba, i de alejarle de Alemania, mientras tentaba todos los medios de ganar al padre. Súpolo sin embargo el ijo: deja inmediatamente á España i buelbe á Alemania donde nada omite para reafirmar á su padre en su propósito, i azerle inflesible. Al fin conozió Cárlos la nezesidad de desistir, i Felipe partió de Alemania si mui descontento de los electores i prínzipes alemanes, no mui satisfecho de sus parientes (1).

Buelto á España se condujo en el gobierno de modo que sus basallos juzgaron faborablemente de su prudenzia, destreza i capazidad; pero sin que en todo aquel tiempo allemos en los istoriadores contemporáneos nada que merezca atenzion. Dezíamos que Felipe permanezió en España asta 1554, época de su matrimonio con la reina de Inglaterra.

No bien ubo María subido al trono de Enrique VIII, su padre, cuando ya Cárlos V, cuya pasion dominante al fin de su reinado era el engrandezimiento de su ijo, formó el proyecto de unir la Inglaterra á sus estados, casando á Felipe con María; i se creyó que si el ijo lo resistiera, lo solizitara para sí el padre antes que perder tan buena ocasion de acrezentar su poder. Mas Felipe no era menos ambizioso que Cárlos, i así fué que jóben de beinte i seis años no desdeñó casarse con María, que sobre tener treinta i siete, ni en

(1) Lud. Guicciardin, l. 2, p. 128. Pallavicini, historia di Concilio di Trento, lib. 11, c. 15. Thou, l. 7, ab initio. Extrait des lettres de Marillac au roi de France.

su figura, ni en su carácter, ni en sus modales se allaba ninguno de los atractibos de su secso (1).

Luego que el intento del padre mereció la aprobazion del ijo despachó á Londres quien propusiese este enlaze; i en efecto no dudó María ni un momento el azeptarle. La estremada debozion de Felipe, que tanto chocaba á otros, era una recomendazion para la reina, que estrechamente unida á la familia de su madre prebeia los medios que debia proporzionarla tan poderosa alianza para realizar su proyecto faborito, la estirpazion de la eregía de sus estados.

Sus basallos no tenian los mismos motibos para desear esta alianza. Por el espazio de treinta años estaban obserbando la ambizion que al emperador deboraba; i concluian que la fazilidad con que tan prontamente se abia prestado Felipe á contraer un matrimonio, que solo podia agradar á un ambizioso, probaba demasiado bien que no le consumia menos que á su padre la insaziable sed de poder i de mando. Ademas, estaban los ingleses perfectamente bien informados de su carácter, i de lo que años antes le abia suzedido en Flandes i Alemania por aber dado muestras en aquellos paises de su altibéz i despego: i temieron el ber á su reina, de carácter ríjido i sebero, unida á un prínzipe tan imperioso. Hazíales temblar la idea del peligro que corrian su independenzia i su libertad. Se estremezian al considerar que iban á caer bajo la dominazion española, nazion arto célebre por el cruel abuso que abia echo de su poder en Italia i los

(1) Olibier, tom. 2, p. 457.

Paises-Bajos; orrible por la barbarie con que se abia amanzillado en América; nazion, en fin, notable entre todas las de Europa por su ziega i superstiziosa adesion á la corte romana (1).

No eran desconozidos á Cárlos estos rumores, i para desbanezerlos empleó entre otros medios el de persuadir á María que suspendiera la persecuzion de los protestantes, i que bolbiese á usar el título de jefe supremo de la iglesia que omitiera meses antes. Al mismo tiempo embió á Inglaterra inmensas sumas con que perbertir los miembros del parlamento, ordenando que las capitulaziones se iziesen en los términos mas onrosos i bentajosos á María i sus basallos.

Así es que contenian estos artículos: que Felipe no tendria de rei mas que el título, pues que el soberano poder residiria en María: que ningun estranjero podria obtener empleo público: que no se aria innobazion en las leyes ni costumbres: que no se menoscabarian los derechos ni pribilejios de la nazion: que no por esta alianza se abia de obligar á la Inglaterra á que entrase en ninguna guerra entre España i Franzia: que los hijos de este matrimonio eredarian no solamente la Inglaterra i los Paises-Bajos, sino tambien la España i demas dominios ereditarios de Felipe, dado que don Cárlos muriese sin suzesion: i en fin, que si la reina moria sin ella, no podria Felipe reclamar ningun derecho á la soberanía de Inglaterra, sino que pasaria al lejítimo eredero (2).

(1) Burnet's Ref., part. 2, p. 284, and Carte, vol. 2, p. 297.

(2) Burnet's hist. of the Ref., part. 2, v. 2, p. 260. Carte, b. 17.

Estas condeszendenzias produjeron en berdad algun efecto faborable á los designios de Cárlos, empero no bastaron á disipar todos los temores; pues eran muchos los que pensaban que tanto cuanto mas bentajosas eran, tantos mas motibos abia para sospechar que Cárlos ni su ijo pensasen de buena fé cumplir lo que ofrecian.

A los cortesanos i adictos á España se les sujirieron razones espeziosas con que defender su partido, i se quitó al contrario todo pretesto plausible para reunirse; pues aunque Tomás Wiat i otros persuadieron á algunos zentenares de ombres á que tomasen las armas, esta sedizion de tan poca consecuenzia como mal combinada se sufocó inmediatamente, i solo sirbió para confirmar el poder real que tenia la reina para disponer de su persona, á pesar de la biolenzia con que los descontentos reprobaban su matrimonio (1).

Disipados los obstáculos i ratificados por el parlamento los artículos de las capitulaziones, se preparó María á rezibir á su futuro esposo, por el cual, aunque jamás le abia bisto, conzibiera tan biolenta pasion que no disimulaba la impazienzia con que deseaba berle llegar; empero resentido al mismo tiempo su amor propio por la indiferenzia que respecto de ella afectaba su marido, i quejándose amargamente de que cuando ella le daba á la par su reino i su mano no le ubiese merezido una carta de grazias, ni menos que le comunicara los motibos que le azian diferir su biaje. Por fin, embió Felipe al marques de las Nabas para

(1) Burnet's, p. 262.

que informase á la reina de que iba á apresurar su salida de España. Los istoriadores españoles refieren que antes fué á Santiago de Galicia, en cuya catedral oyó misa, encomendándose á la proteczion del santo con la mas ferbiente debozion, postrado en tierra sin querer serbirse de cojin para arrodillarse (1).

Hízose á la bela en la Coruña á prinzipios de julio de 1554, i desembarcó en Soutampton el 19 ó 20 del mismo despues de una feliz trabesía. A pocos dias se zelebraron las zeremonias del matrimonio en Winchester, donde Felipe rezibió del embajador de su padre la imbestidura de Nápoles, de Sizilia, de Milan, i el título de rei de Jerusalen: dignidades de que se despojó Cárlos para manifestar la satisfaczion que le resultaba de este matrimonio, i para azer el enlaze de su ijo digno de la reina su esposa (2).

Llebó Felipe una numerosa comitiba de la nobleza española como para deslumbrar á los ingleses con la pompa i esplendor que ostentaba en público, miéntras con sus larguezas ganaba las boluntades. Mas á pesar de todos sus conatos no pudo desfigurar su carácter ni ocultar sus bicios: en toda su conducta se traslucía su natural disimulazion i su altibéz: era demasiado español para aprobar nada que no fuese español: nunca se acomodaba á ninguno de los estilos ingleses. Veia á los principales personajes del reino con la mas fria indiferenzia: á nadie conzedia el fabor de azercársele

(1) Carte, b. 17, p. 312. Cabrera, l. 1, c. 4.
(2) Burnet's, ref. p. 2, b. 2. Carte, b. 17, p. 313. Summonte, hist. di Napoli, l. 9, p. 263.

sin obtener antes lizenzia : daba difizilmente entrada aun á los mismos cuya benebolenzia queria granjearse ó asegurarse (1).

Mui luego se descubrió lo repugnante que le era aquel artículo de los conziertos que le escluia del mando ; pues que María mas cuidadosa de complazerle que del bien de su pueblo, i aun que de su interés personal i de su influjo en el gobierno, pidió al parlamento que le declarase eredero presuntibo de la corona, i pusiese en sus manos el timon del estado. Mas, las dos cámaras que asta entónzes abian manifestado la mas entera sumision á su boluntad, juzgaron allarse en la nezesidad de moderar sus condeszendenzias, perzibiendo fázilmente la causa i el fin de semejantes pretensiones, i mirándolas como una prueba manifiesta del designio que la reina abia formado de serbir á la ambizion de su esposo, sin miramiento á las fatales consecuenzias que podian resultar : ambas pues negaron la pretension. Habian consentido en que Felipe se titulase rei ; pero no consintieron que se coronase, ni menos que se diese al emperador el menor socorro contra la Franzia (2).

Para superar Felipe los obstáculos que el parlamento le suszitaba, resolbió acomodarse á las circunstanzias, rebistiéndose de todas las aparienzias de la moderazion : i para que en mas se estimase, obtubo de su esposa la libertad de muchas personas distinguidas, presas de su órden por sospechosas de descontentas de su gobierno. Pero el medio mas injenioso de que se

(1) Burnet's, hist. of the ref., v. II, p. 288. Carte, b. 17, p. 313.
(2) Carte, p. 315.

balió para conziliarse el fabor de la nazion entera fué el protejer á Isabel, cuya bida abia echo María con sus zelos i resentimientos que fuese un objeto de interés nazional. Desgraziadamente para Felipe no correspondió su benebolenzia á sus esperanzas: nadie atribuyó aquella jenerosidad sino á sus miras políticas; porque si por mala bentura se ubiera quitado la bida á Isabel, i María muerto sin ijos, la corona de Inglaterra pasara á la reina de Escozia, que casada con el delfin las uniera ambas á la de Franzia (1).

Deseosa María de ayudar por su parte á los intentos de su esposo, i atraerse el afecto del pueblo, suspendió la persecuzion de los reformados; pero su fanatismo i su zelo eran demasiado ardientes para ser por mucho tiempo reprimidos; i Felipe ya por prinzipios, ya por temperamento, estaba mui léjos de oponerse á medidas sanguinarias, que él mismo meditaba entonzes. Creáronse pues tribunales no menos arbitrarios que la inquisizion de España; i las penas bárbaras que ella estableze se impusieron á muchos, sin distinzion de edad ni secso. Nadie dudaba que era María naturalmente inclinada á aquella terrible seberidad, bajo la cual jemian; pero como tampoco se dudaba de su entera sumision á la boluntad de su esposo, no podia dejar de atribuirse la persecuzion ya fuese á sus consejos, ó al menos á su aprobazion (2). Sensible á estas sospechas, que tan odioso le azian, trató Felipe de desba-

(1) Burnet's, v. 2, b. 2, p. 287. Carte, p. 316. Camdens's apparatus.

(2) Cabrera atribuye á Felipe como un mérito las persecuziones de aquel tiempo. L. 1, c. 7, p. 28.

nezerlas, ó siquiera disminuir la prebenzion que él mismo abia inspirado. Para ello se balió del rídiculo medio de azer que en su presenzia predicase su confesor en fabor de la toleranzia (1). Pero este amaño era demasiado grosero para disuadir á nadie; de modo que aunque rara bez parezia que tomaba una parte directa en el gobierno, la opinion jeneral subsistió siempre la misma. Todas sus acziones eran azechadas por ojos zelosos, bijilantes i desconfiados; i no le fué posible obtener una conzesion mas faborable que la que le aseguraba el protectorado durante la menor edad de su ijo, si María dejaba alguno á su fallezimiento.

Esta conzesion se tubo por sumamente irrazional á los prinzipios; pero algunos meses despues lo parezió menos. Esparziose la notizia de que la reina se allaba en zinta, i fué tan jeneral el error que asta Felipe i María le creyeron, (2) i Felipe permanezió en Inglaterra

(1) Este sermon se predicó el 15 de febrero; i sin embargo el 24 de mayo se unió Felipe á su esposa para esortar al prelado Bonner á que prozediese á la ejecuzion de las leyes, á fin de que por su zelo i actibidad se tributase mas gloria á Dios, i el estado se gobernase mas tranquilamente. Esto, porque aquel prelado se abiá resistido á echar sobre sí todo el odio de la persecuzion. Burnet's, collectione of record., n. 20.

(2) El 30 de abril se aseguró que acababa de dar á luz un niño: echaronse á buelo todas las campanas de Lóndres, se iluminaron las calles, se cantó el Te Deum en San Pablo, i un sazerdote llevó la credulidad asta el estremo de azer la descripzion mas zircunstanziada de la constituzion, facziones i estatura del niño, representándole como el mas bibo i hermoso de todos los rezien nazidos. Carte, p. 317.

todo el tiempo que le duró la esperanza de un suzeso tan interesante como que era el único que podia darle el poder á que aspiraba. Pero mui luego se desbanezieron aquellas engañosas aparienzias de embarazo, dejenerando en síntomas arto ziertos de una procsima idropesía. Frustradas que fueron las esperanzas de la fecundidad de María, i luego que el dolor de berse estéril, junto á su natural desabrido, eszitado ademas por la embidia que la deboraba, ubieron arruinado su salud i echo su persona tan desagradable como su compañía, dejó Felipe la Inglaterra despues de una mansion de catorze meses, sin pasar por los Paises-Bajos, (1) donde se allaba el emperador disponiéndose á llebar á cabo la resoluzion que abia formado de renunziar sus dominios en su ijo, i pasar el resto de sus dias en un retiro.

Ya dijimos que al tiempo de zelebrar Felipe su matrimonio con la reina de Inglaterra le zedió su padre el reino de Nápoles i el ducado de Milan; pues á pesar de tan relebante prueba de amor paternal i de jenerosidad no tenia motibo para estar mui satisfecho de la correspondenzia del ijo, quien ademas de aberse negado á pasar por Flandes, donde Cárlos deseaba berle, si antes no le rebestia de alguna autoridad de aquel pais mientras permanezia en él, insistió en que la zesion de los estados de Italia fuese absoluta, sin restriczion ni reserba; i apénas entró en posesion de ellos cuando despojó á los ministros de su padre para colocar sus echuras. Tan poco respetuosa conducta, léjos de disuadir al emperador á que iziese la

(1) Haraeus, Carte, p. 317. Burnet's, part. 2, b. 2, p. 312.

renunzia premeditada no pareze sino que sirbió para mas determinarle á azerla. Conozió Cárlos que el carácter imperioso de su ijo le pondria en la triste alternatiba de romper con él ó deferir ziegamente á cuanto quisiese (1).

Si Cárlos ubiera tenido el bigor de cuerpo i alma de que gozaba algunos años antes, era mui probable que la conducta de su ijo ubiera produzido mui distintos efectos, i que léjos de aumentar disminuyera su poder. Pero los frecuentes aczesos de gota que inzesantemente le trabajaban, su constante actibidad, i su aplicazion contínua á los negozios le tenian tan débil que juzgó nezesario ó entregarse ya á los ministros que era lo que mas cuidadosamente abia asta entónzes ebitado, ó sucumbir mui pronto bajo el peso de tantos negozios como eran consiguientes al gobierno de tantos estados. Érale nezesario desembarazarse al menos de una parte de los cuidados que le abrumaban: i si la ambizion de su ijo ubiera sido mas moderada, ó su carácter mas complaziente, pudiera Cárlos confiarle los prinzipales ramos del gobierno reserbándose la autoridad suprema, ó bien zederle la soberanía de parte de sus dominios i quedarse con otros; pero prebió que en cualquiera de ambos casos se preparaba contínuos disgustos, i para ebitar con dignidad este peligro adoptó el único medio que le quedaba, i era el de retirarse del mundo, aziendo una zesion absoluta de sus estados (2).

Determinado por estos motibos renunzió Cárlos la soberanía de los Paises Bajos en octu-

(1) L'Evesque, p. 14, 15. Summonte, lib. 9, p. 263.

(2) Ribier, p. 485.

bre de 1555, i la de España en enero siguiente; pero retubo la corona imperial algunos meses mas, con el fin de bolber á probar si le era posible persuadir á su ermano á que renunziase el imperio en fabor de Felipe; mas esta segunda tentatiba fué tan inútil como la primera. En fin, Cárlos se retiró del mundo á pretesto de allarse combenzido de la banidad de las grandezas umanas, al mismo tiempo que azía los mayores esfuerzos por elebar á su ijo á la cumbre de ellas, como si ubiese creido que solo en aquella altura se allaba la suprema felizidad. Por esperienzia propia sabia que estados mui esparzidos i de una mui considerable estension dan mas aparienzias de grandeza que poder efectibo: que son el orígen de una zozobra contínua i abrasadora: que obligan á mas de lo que en realidad se puede: i que gobernar con equidad tantos i tan bastos paises es empeño que eszede las facultades de un ombre solo. Sin embargo, deseaba bibamente para su ijo una carga que á él mismo le abia abrumado mucho tiempo antes de aquel periodo en que la bejéz obliga á los ombres á dejar la eszena de una bida actiba. Cárlos abia por mucho tiempo alimentado esta insensata ambizion de los prínzipes, que les induze á correr inzesantemente tras el poder; pero sin considerar de ningun modo el grande i único fin que le aze deseable; es á saber, la felizidad de los pueblos: i le era imposible despojarse enteramente de esta pasion, por mas dezidido que estubiese á renunziarlo todo para sí.

En cuanto á la otra parte de su conducta en el tiempo de que ablamos, es mas fácil esplicar los motibos que la dirijieron.

Deseaba Cárlos eficazmente el ber restable-

zida la paz con Franzia antes de su abdicazion, para dar á su ijo el tiempo i los medios de reparar sus dominios, gastados con las guerras contínuas que abia emprendido ó sostenido, i sumamente empobrezidos por las cuantiosas sumas que abia embiado á Inglaterra. Todos sus últimos proyectos se abian frustrado. Detenido en los Paises-Bajos mas tiempo del que abia calculado, tanto por la aspereza del tiempo, cuanto por los contínuos ataques de la gota, tubo al menos la satisfaczion de ber antes de partir concluida la tregua de Bauzelles, i alguna esperanza de que antes que espirase, muchas de las diferenzias que entre sí tenian Enrique II de Franzia i Felipe, se compondrian amistosamente. Con ella partió en fin Cárlos á sepultar en el retiro de un monasterio todos sus proyectos de gloria i de ambizion, inquiriendo rara bez notizias políticas, i proibiendo á sus domésticos que se las diesen. (1)

(1) Gianone, tom. 4, pág. 198.

HISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO SEGUNDO.

Aún frustrado el proyecto de trasmitir el imperio á su ijo, quedaba este sin embargo el mas poderoso monarca de su siglo. Poseia en Europa, ademas de los reinos unidos de Castilla, Aragon i Nabarra, los de Nápoles i Sizilia, el ducado de Milán, el Franco-Condado i los Paises-Bajos: en Africa, á Túnez, Orán, el Cabo-Berde i las islas Canarias: en Asia, las islas de la Sonda, las Filipinas i una parte de las Molucas: en América, los imperios de Méjico i del Perú, la Nueba-España i el Chile; ademas de la isla española, Cuba i otras muchas de aquel basto emisferio. Al adbenimiento de Felipe al trono, las minas de Méjico, de Chile i del Potosí daban mas riquezas que las que tenian juntos todos los demas soberanos de Europa. (1) Eran sus tropas las mas disziplina-

(1) Producíanle anualmente 25.000.000. de florines. Meteren.

das, las mas aguerridas i las mas acostumbradas á benzer; i los mas ábiles, los mas esperimentados generales de aquel siglo los que mandaban tan belicosa milizia.

Un poder tan estenso, i tan considerables recursos no podian menos de parezer formidables á los otros estados de Europa, i mas si se reflesionaba sobre el carácter sombrío i dominante de su dueño; porque si bien carezia Felipe del balor, de la actibidad i de la audazia de su padre, era empero aplicado, sagáz i penetrante; i ademas tenia ya dadas muestras de que su ambizion no era menos beemente, sino tanto mas temible, cuanto mas la cubría con el belo de la relijion. Pero por mas que su poder, su carácter i sus proyectos eszitasen los zelos i la desconfianza general, pocos eran entonzes los estados que podian oponerse á sus intentos.

Desde que ocupó María el trono de Inglaterra abia decaido mucho la consideracion de que aquel reino gozára en Europa por espazio de medio siglo. Su comerzio desatendido ú oprimido: sus tropas indisziplinadas, perdida la costumbre de la guerra; i su marina sin bigor. Verdad sea que mientras permanezió Felipe en Inglaterra dieron pruebas los ingleses de aquel espíritu de independenzia que les es tan natural, resistiéndose á que tomase ninguna parte en el gobierno, al mismo tiempo que en todo lo demas se mostraron serbilmente sumisos á su reina débil, debota i subyugada. Empero no obstante, era mui de temer que léjos de serbir aquella potenzia de freno á Felipe, la obligaria María á que contribuyese á las medidas biolentas, á que la ambizion i el fanatismo de su esposo le induzirian infaliblemente.

Tampoco abia motibo para esperar que la

Alemania iziese mas que la Inglaterra; pues por mas abersion que ubiese inspirado á los alemanes la concurrenzia de Felipe con Fernando al trono imperial, no era berisimil que por eso se suszitase entre ellos ninguna dibision biolenta, ni menos una guerra declarada. Fernando aun no poseia tranquilamente la Ungría, i el temor de que los turcos renobasen pronto las ostilidades, obligado á precaberse contra enemigos tan temibles, i á procurarse los ausilios de que llegado el caso abia de tener la mayor nezesidad, dirijia todos sus conatos á establezer la concordia entre los diferentes prínzipes del cuerpo germánico, i á conziliar los ánimos alterados por las diferenzias de relijion.

Portugal llegaba entonces al colmo de su gloria i prosperidad. Sus descubrimientos i sus conquistas llebadas asta los estremos de la tierra, le abian elebado á una altura superior á la que nunca abia tenido; i Juan III, á quien los portugueses deben casi todas cuantas azañas ennoblezen á su nazion, se allaba ya mui entrado en dias, amado de su pueblo, respetado de sus bezinos, i sin pensar mas que en mantener en paz á sus basallos i azerlos felizes.

Cristiano III ocupaba el trono de Dinamarca, i Gustabo Erickson reinaba en Suecia. Bajo el suabe i benéfico gobierno del primero empezaba Dinamarca á restablezerse del estado de languidéz á que la abian conduzido discordias zibiles, calamidades de una guerra esterior, i la opresion de un odioso tirano poco antes depuesto. Los suecos, que bajo Gustabo abian sacudido el yugo de sus bezinos, i dado el reino á su baliente libertador, gozaban bajo su gobierno de las delizias de la libertad, i echaban los zimientos de aquella grandeza, á que llegaron

despues; i ni el uno ni el otro se allaban todabía en estado de tomar parte en los negozios de los demas gobiernos de Europa; ademas de que estos reyes ciudadanos estaban bien combenzidos de que la pazificazion i tranquilidad de sus reinos bastaba para su mas digna ocupazion.

Los estados del papa, poco antes disminuidos por la donazion que Paulo III izo de los ducados de Parma i Plasenzia á su sobrino Octabio Farnesio, estaban como enclabados entre el ducado de Milán i el reino de Nápoles: por consiguiente, el sumo pontífize dependia mas de Felipe que de ningun otro prínzipe, i era mas probable que le congratulase, que no el que pensase en oponérsele.

Cosme de Médizis, duque de Toscana, debia su soberanía al último emperador, i grazias á su prudenzia i á su poderoso protector se abian echo tan considerables sus dominios, que solo el birei de Nápoles i el gobernador de Milán podian inspirarle algun rezelo: la gratitud i el interés se unian á induzir á aquel diestro prínzipe á que se úniese al rei de España, i cultibase su amistad.

Octabio Farnesio, duque de Parma, pribado del ducado de Plasenzia por el emperador, i Filiberto Emmanuel, duque de Saboya, despojado en bida de su padre de la Saboya i del Piamonte por los franzeses, ninguna esperanza tenian de recobrar sus estados sin el fabor de Felipe.

La república de Benezia, tan respetable i ambiziosa en otro tiempo, abia llegado á conozer desde la liga de Cambrai, que su ambizion era un delirio; i adoptó la prudente mácsima de guardar una esacta neutralidad en todas las desabenenzias que se suszitasen entre las demas

potenzias; aziendo por conserbar la estimazion general, i particularmente la amistad de Felipe: únicos medios de defenderse de las imbasiones de los turcos, sus formidables enemigos.

Esta rápida ojeada por los estados de la Europa al tiempo en que Felipe rezibió la soberanía de manos de su padre, nos da bien á conozer que no abia quien balanzease su poder mas que el rei de Franzia, que aunque no poseia tan estensos dominios; pero la bentaja que le daban la situazion i la constituzion de su reino, i el carácter de su nazion podian azerle mirar al menos como el segundo monarca, i como el baluarte de la libertad jeneral contra el colosal poder de Felipe. Aunque las fronteras de aquella poderosa monarquía no se estendiesen entonzes asta donde llegan aora, comprendian ya desde el paso de Calais asta el mediterráneo i la Italia, i desde los Pirineos asta la Alemania i los Paises Bajos, sin que en este inmenso territorio tubiese parte ningun otro estado. Franzia, zircuida por los dominios de Felipe esparzidos en España, Italia i en los Paises Bajos, embarazaba la comunicazion de unos con otros, i en tiempo de guerra interzeptaba el paso de las tropas.

Acostumbrada la nazion franzesa por muchos reinados á no dejar las armas, abia descuidado, é ignoraba las artes de la paz. El espíritu caballeresco, el balor eróico, mirado como la única birtud, el deseo de la gloria militar, que en tiempo del feudalismo produzia tantas disensiones i calamidades, daban aún á la nobleza franzesa una grande energía. Pero abiendo tomado otra direczion estas cualidades perniziosas, no eszitaban ya á los grandes á aquellas funestas guerras de unos contra otros, sino

que les inspiraban la noble ambizion de buscar las fatigas i los peligros para sostener la gloria de la nazion i del trono.

Gobernaba este pueblo belicoso Enrique II, que daba ya muestras de aber eredado bastante de aquella beemente ambizion que distinguió á su padre. Verdad es que no tenia ni su genio militar ni su eróica intrepidéz; pero suplian sus jenerales lo que en esta parte le faltaba; pues entre los ilustres guerreros, de cuyos talentos se podia aprobechar, se contaban el mariscal de Brissac, zélebre conquistador del Piamonte, el condestable de Montmorenzi, tan conozido por su balor sobreumano, Franzisco de Lorena, duque de Guisa, que acababa de cubrirse de gloria inmortal en la defensa de Metz contra el emperador.

No era menos formidable por sus relaziones esteriores que por sus recursos interiores. La reina de Escozia se abia criado en su corte, i casádose con su primojénito, i era mui probable que su reino biniese á ser una probinzia de Franzia. Enrique abia aprendido de su padre á cultibar cuidadosamente la amistad de los suizos, i abia entrado en una estrecha alianza con el gran señor. Por consiguiente, en caso de rompimiento con España, podia rezibir de aquellos mui poderosos socorros de tierra, mientras las escuadras de este talasen las costas de España i de Italia.

Empezó su reinado dando muestras de abrigar en su pecho las mismas pasiones políticas que su padre; de su obstinazion en recobrar los dominios de Italia, regados con tanta sangre; y de la embidia con que miraba el poder i la grandeza española ó austriaca.

Estos motibos le indujeron en 1551 á declararse protector de Octabio Farnesio, duque de Parma, en cuya ruina estaban conjurados el papa i el emperador. Ademas abia entrado en la liga de los prínzipes protestantes de Alemania contra Cárlos V; en lo que denotaba sobradamente el encono que le tenia, dado que el prinzipal objeto de aquella liga era faborezer una relijion, á cuyos prosélitos abia él perseguido tan cruelmente en Franzia. La guerra, que nezesitaba esta alianza, continuó con bária fortuna asta el momento en que la tregua de Bauzelles, de que ya emos ablado, la puso término. Combínose entonzes en que las partes conserbasen sus conquistas por espazio de zinco años, á menos que las pretensiones respectibas se acomodasen ó satisfiziesen antes que la tregua espirase. Este fué el prinzipal artículo, i en consecuenzia no solamente retubo la Franzia á Metz, Toul i Berdum, que eran para ella un antemural formidable en la frontera de Alemania, sino tambien la Saboya casi entera i el Piamonte, que el emperador debia por onor suyo azer que se restituyese al duque de Saboya. Nunca ubiera Cárlos consentido en una condizion que el año antes abia oido i desechado con desprecio, si no juzgára absolutamente nezesario el dar á su ijo algunos años de paz. Era pues Enrique el que mas contento debia estar con la tregua, i sin embargo él fué quien la quebrantó. Prezipitáronle á dar este paso, de que tantos motibos tubo para arrepentirse, en parte la ambizion, en zierto modo eredada, de formar un establezimiento en Italia, en parte los consejos interesados de los Guisas, i sobre todo las sujestiones del soberano pontífize.

Era Paulo IV uno de los ombres mas singulares de su siglo, i formaba un admirable contraste con el emperador: acababa de alcanzar la tiara despues de aber pasado su bida en las austeridades del cláustro, embebido en el estudio de la teología escolástica. Deszendia de los Garrafas, oriundos de Nápoles: gozaba en su jubentud de muchos i mui pingües benefizios, i fué embiado de nunzio á Nápoles, á España i á Inglaterra. Pero cansado de la diplomazia, dejó la carrera de la ambizion, resignó sus benefizios, instituyó un órden religioso, i bibió muchos años sujeto á la regla que él mismo formaba. No le costó poco á Paulo III el persuadirle que dejase su retiro, i azeptase la dignidad de cardenal; ni lo alcanzára si Garrafa no creyera que podia contribuir á estirpar la erejía de Lutero, contra la cual abia manifestado el zelo mas furibundo i fanático. Cuando fallezió Marzelo III era Garrafa el decano del sacro colegio, i no fué poco lo que esta zircunstanzia contribuyó á su eleczion, por la esperanza en que quedaron los demas pretendientes de que mui en brebe abria nueba bacante.

Los años no le abian dado á Paulo ni moderazion ni prudenzia, ni conozimiento del mundo ni de los ombres: ablaba del poder de las llabes i de su superioridad sobre todos los prinzipes con demasiada frecuenzia i como pudiera aberlo echo en los siglos de ignoranzia; pero que despues de una reboluzion en que tantos abian mudado sus opiniones religiosas, parezia ridículo aún á sus mismos cortesanos. En toda su conducta manifestó una altanería que admiraba á los que mas le conozian, i dió prinzipio á su pontificado á la edad de sesenta i nuebe años con tal ímpetu i beemenzia, que asta en

la fogosidad de la jubentud son raros (1).

Habíase distinguido siempre Paulo IV por la santidad de sus costumbres i por su zelo desinteresado, en onor de la santa sede. Mas, luego que ubo alcanzado la suprema dignidad, i que no tubo porqué disimular sus berdaderos sentimientos, se dió todo á sus sobrinos, con tan ziega adesion como si en el ejerzizio del poder pontifizio no ubiese debido proponerse otro objeto que la combenienzia de ellos, i dar la mano á la ejecuzion de los bastos proyectos que conzibieran. Por desgrazia de la Europa eran insufizientes á satisfazer su ambizion todas las dignidades que su tio podia conferirles, por mas que ubiese despojado biolentamente del ducado de Palliano á Marco Antonio Colona, i dádosele al conde de Montorio su sobrino mayor; por mas que ubiese dado el gobierno de Roma con el condado de Baño al segundo, i que al menor crease cardenal i le iziese legado de Bolonia. Estos insaziables sobrinos no querian menos que un estado soberano independiente, como el que Leon i Clemente abian proporzionado á los Médizis, i Paulo III á la casa de Farnesio; i para conseguirlo no allaron otro arbitrio que el de desposeer al emperador i á su ijo de sus dominios en Italia. A esta empresa no les animaba el interés solo, sino tambien el resentimiento. El mas jóben de los Garrafas, antes que cardenal abia sido soldado i caballero de Malta: i allándose al serbizio del emperador en el ejérzito de Alemania desafió á un ofizial español; por lo cual

(1) Fra-paolo, lib. 5. Onuphrii Panvinii vita Pauli IV, de Thou., l. 15, c. 12. Burnet's, hist. of the Ref., part. 2, b. 2.

le mandó Cárlos arrestar: i déspues cuando el papa su tio le confirió el priorato de San Gerónimo de Nápoles, le impidió el birei la posesion (1).

Tambien Paulo por su parte tenia sus motibos de queja. Hallándose de nunzio en España se abia granjeado la estimazion de Fernando el católico, i sido admitido á su consejo de estado: plaza que conserbó aun despues del adbenimiento de Cárlos á aquel trono. Pero abiendo ablado en zierta ocasion con mucha libertad en el consistorio, le manifestó el emperador su resentimiento mandando que se borrase su nombre de la lista de los consejeros de estado. No contento con esto, reusó Cárlos la imbestidura del arzobispado de Nápoles al cardenal Garrafa, presentado por Paulo III; i aunque despues Julio III dezidió al emperador á conzedérsela, no por eso dejó de embarazarle el uso de su jurisdiczion, ni dejó de azer cuanto pudo para impedir la eleczion de Paulo IV (2).

Estos ultrajes izieron una profunda impresion en el ánimo fogoso i altibo del pontífize, que léjos de disimularlo declamaba amargamente contra el emperador aun en presenzia de los cardenales de su balía, acompañando las amenazas á las imbectibas, i añadiendo alguna bez, que los partidarios de Cárlos podian comunicárselo si querian.

Sin embargo, es probable que no ubiera pensado en recurrir á las armas si sus sobrinos, i particularmente el cardenal, que era el mas

(1) Pallabizini, p. 60. Fra-paolo, l. 5.
(2) Summonte, l. 10; p. 269. Pallabizini, l. 13, c. 14. Fra-paolo, l. 5.

abaro i ambizioso, no se balieran de barios ardides para engañarle. Abisáronle de las juntas nocturnas que se tenian en Roma por los partidarios del emperador, en que se abian tomado medidas mui perjudiziales á su autoridad: finjieron aber descubierto que Cárlos tenia asalariados á muchos satélites para que embenenasen ó asesinasen á toda su familia: presentáronle cartas interzeptadas, escritas en zifra, por las cuales resultaba, segun la interpretazion del cardenal, que los ministros imperiales urdian contra él alguna trama.

Tales fueron los amaños de que los Garrafas se balieron para abibar la desconfianza i animar los resentimientos de su tio, que siguiendo sus consejos resolbió en fin azer por empeñar al rei de Franzia en que continuase la guerra con el emperador, i en que se ligase con él contra el enemigo comun.

A este fin tubo una conferenzia con los que le merezian mas confianza de sus cortesanos, i quiso que asistiese á ella Abanson, embajador de Franzia. Dioles parte de las maquinaziones formadas contra él i sus sobrinos, felizmente descubiertas: se lamentó de que ya que Dios abia sido serbido de elejirle padre comun de los cristianos conspirasen contra él algunos de sus ijos, maquinasen su ruina i le redujesen á la triste nezesidad de tomar las armas contra ellos para mantener la dignidad sagrada de que se allaba rebestido; i concluyó que esperaba allar en el zelo i poder de S. M. cristianísima los principales recursos contra el peligro que amenazaba á la iglesia i su pastor.

Abanson respondió á S. S. asegurándole que el rei i el reino de Franzia estaban prontos á sacrificarse en defensa de su sagrada persona,

i de la silla apostólica; con lo cual despidió S. S. la junta diziendo que esperaba ber mui pronto de soberano de Nápoles á un ijo de S. M. cristianísima, i á otro en posesion del ducado de Milán.

El cardenal Garrafa, á cuya impazienzia era intolerable toda dilazion, empezó á estender un tratado con Abanson, i combenidos con poca dificultad ambos negoziadores se embió el proyecto á la corte de Franzia (1).

Los artículos mas importantes eran: que el rei tomaria bajo su protezzion al papa i toda la familia de los Garrafas: que el papa pondria diez mil ombres, i otros diez mil el rei, i mas si fuesen nezesarios para dar libertad á Toscana, i echar de Nápoles i Sizilia á imperiales i españoles: que si las armas de los confederados lo conseguian, inmediatamente conzederia el papa la imbestidura de ambos reinos al mas jóben de los ijos del rei, reserbando para el estado pontifizio la ziudad de Benebento con su término, i un tributo anual de beinte mil escudos; ademas de un establezimiento independiente en el reino de Nápoles que rentase beinte i zinco mil escudos para el conde Montorio, i otro que rentase quinze mil para Antonio Garrafa (2).

Rezibiose en Franzia este tratado, como Abanson lo abia echo esperar. Seduzido Enrique por la perspectiba que le esperanzaba de poseer en Italia unos dominios, por cuya ad-

(1) Por este tratado mismo se ebidenzia qne por mas deseos que Paulo tubiese de contribuir al engrandezimiento de sus sobrinos, no les estaba enteramente sometido, ni era indiferente á los intereses de la santa sede. Pallabizini, l. 13, c. 15.

(2) Summonte, l. 10, p. 278.

quisizion abian mantenido tantas guerras sus progenitores, se miró como personalmente interesado en que se realizasen los proyectos del papa.

El condestable de Montmorenzi, siempre emprendedor, i muchas bezes temerario en la ejecuzion de sus empresas, pero sabio, prudente i circunspecto en el consejo, se balió de muchas i mui importantes razones para disuadirle; á lo que le ayudó eficazmente el cardenal de Tournon. Hizieron presente lo probable que era el que allándose el emperador en bísperas de abdicar, concluyese España la paz ó iziese una tregua: representaron cuán perniziosas abian sido todas las empresas de los ascendientes de Enrique en Italia, aunque acometidas en zircunstanzias incomparablemente mas faborábles que las que se ofrezian entonzes, cuando la nazion estaba gastada por la larga continuazion de guerras ruinosas: esforzáronse á combenzer á Enrique de la imprudenzia que seria prolongar ésta sin nezesidad contra un prínzipe que tantos recursos tenia; sin otro apoyo que el de un papa de ochenta años; despues de la muerte del cual era mui probable que aquellas mismas fuerzas que entonzes tanto se encarezian se pasasen al lado del enemigo.

Era ya ábito en Enrique la deferenzia á los dictámenes del condestable, i no dejara de seguirle entonzes sin la beemente oposicion del duque de Guisa, i el cardenal de Lorena su ermano, que lisonjeando la ambizion del rei obtubieron una fázil bictoria de su ribal. Imposible es dezidir si eran fundadas las sospechas de que el uno aspiraba al reino de Napoles i el otro á la tiara; pero los que conozian el carácter ambizioso é interesado de aquellos audaces

ermanos no podian persuadirse que se propusiesen la felizidad del reino ni la gloriá del rei. Esperaban gozar en Italia de una autoridad con menos trabas que las que nezesariamente encontrarian siempre en Franzia, donde les era preziso someterse á los caprichos del rei, i luchar contra sus ribales.

"No debe despreziarse, dijo el cardenal, la ocasion que se nos presenta de recobrar los dominios que España tiene usurpados en Italia. Los monarcas franzeses rezibieron primitibamente de los sumos pontífizes el título de reyes de Nápoles, i no será difizil á S. M. el asegurar su pretension con el ausilio del papa actual, cuya familia empleará su crédito i su poder con los partidarios de la Franzia á fin de que defiendan una causa por la cual sus mayores combatieron con tanto balor. En cuanto á la paz que se anunzia con el emperador, es aun mas inzierta; i no deben compararse las bentajas que podrian de ella resultar, con el acrezentamiento de gloria que el rei i sus basallos allarán en la propuesta alianza."

Esta espeziosa pero débil razon, produjo en un rei aun mas débil é inconsiderado todo el efecto que se queria. El cardenal de Lorena rezibió como lo esperaba, órden para partir á Roma, i aunque el de Tournon fuese absolutamente opuesto á los Guisas, i mas á su dictamen, se le izo que le acompañase. Poco se tardó en ratificar el tratado, i las partes se prepararon en secreto á cumplir las condiziones. Pero no tardó mucho Enrique en olbidarlas, pues aun no eran pasados dos meses cuando ya tenia firmada la tregua de Bauzelles. Aprobechose el condestable de la ausenzia del carde-

nal de Lorena para representar al rei las bentajas de una suspension de armas; i lo izo con tanta energía, que menos bastara para que aquel príncipe libiano é inconstante abandonase los proyectos seductores con que le abian deslumbrado. El cardenal abia obtenido su audienzia de despedida é iba á dejar á Roma con el fin de negoziar que Ferrara i la república de Venezia aczediesen á la alianza que acababa de concluir, cuando le llegó de Franzia la notizia de que en una conferenzia tenida en Bauzelles para tratar del canje de prisioneros abian propuesto los imperiales una tregua con la condizion de que las dos potenzias guardasen sus conquistas; pero le parezió tan imberisimil que Cárlos ni Felipe consintiesen tal condizion, que persistió en su proyecto i dejó las cartas al de Tournon para que las comunicase á S. S., que no las dió mas crédito que el de Lorena. Sin embargo izo porque el de Tournon creyese que aquella tregua le era agradable: "este acontecimiento, dijo, es mas de desear que de esperar ni de creer."

Pocos dias despues rezibió de su nunzio la confirmazion de una notizia que tan imberisimil le abia parezido, i supo que estaba firmada la tregua, i que el emperador i su ijo la abian jurado igualmente que Enrique, este en Blois ante el conde de Lalain, i aquellos en Bruselas á presenzia del almirante de Coliñi. La zerteza de este combenio puso mui en cuidado á Paulo i sus sobrinos, que tenian bien presentes los ultrajes echos al emperador i su ijo; i no podian persuadirse que sus arterías les fuesen enteramente desconozidas. Considerabanse solos, i sin defensa contra el resentimien-

to de sus enemigos que no dudaban les oprimirian (1).

Para ebitar la justa benganza que Paulo temia afectó regozijarse, como debia el padre comun de los cristianos, de que se ubiese puesto fin á las calamidades de la guerra: i para disimular mejor, por mas tiempo i con mas utilidad, despachó dos nunzios, á España uno, i otro á Franzia: al cardenal de Rebiba zerca del emperador i Felipe, i al cardenal Garrafa, su sobrino, zerca de Enrique. A ambos dió en aparienzia las mismas instrucziones, i la órden de ofrezer su mediazion para sentar entre aquellos prínzipes una paz sólida sobre las basas de la tregua; i dióles además el encargo de tratar i determinar con ellos los medios mas seguros de juntar un conzilio general; empero el objeto berdadero del cardenal Garrafa era el renobar la alianza que Enrique abia ajustado con Paulo, i azer que tubiesen efecto las condiziones con que se ajustó (2).

En consecuenzia se buscaron barios pretestos para detener algun tiempo á Rebiba en Roma, miéntras el cardenal Garrafa acompañado del mariscal Strozzi, pariente de la reina de Franzia, bolaba á Fontainebleau. Hallábase dotado este negoziador de una elocuenzia tan seductora que no sin razon se lisonjeaba Paulo del buen ecsito de este delicado asunto puesto en tan diestras manos.

Halló el cardenal Garrafa dibidida la opinion de los cortesanos franzeses azerca de su embajada. Cuando Enrique ajustó la alianza con el papa se sospechó que el condestable se

(1) Pallavicini, l. 13, cap. 16.
(2) Ibidem,

abia opuesto débilmente, no porque no previese sus funestas consecuenzias, sino por tener la baja condeszendenzia de dar la razon á su amo, ó bien por el deseo de alejar de la corte á los Guisas sus ribales: fuese lo que quisiese, en lo que no cabe duda es en que el condestable fué el prinzipal autor de la tregua de Bauzelles, i que cuando el cardenal empezó á azer algunas insinuaziones se mostró Montmorenzi dezididamente opuesto á la biolazion de aquel combenio.

Por otra parte los Guisas tenian mas empeño que nunca por la guerra de Italia, sin escrupulizar mas en seduzir á su soberano á que quebrantase su palabra, que temieron para azerle firmar una liga ofensiba, cuando estaba en libertad de escoger la paz ó la guerra.

Esta oposizion de dictámenes tubo indezisa por algunos dias la inconstanzia del rei, que no obstante embanezido por los prósperos suzesos que constantemente abian tenido sus armas, i ardiendo en deseos de adquirir el reino de Nápoles, se inclinaba á renobar la guerra, i solo le detenia la repugnanzia de biolar su juramento, i la deferenzia que creia deber á los consejos i boto del condestable. En fin, el cardenal Garrafa ganó á la reina por el aszendiente de Strozzi, los Guisas obtubieron la interzesion aun mas poderosa de la duquesa de Valentinois, (1) i ya Enrique no pudiendo resistir á la importunidad de tan actibos agentes, conzedió al cardenal la audienzia secreta que este abia pedido con el fin de dar la última mano á lo que abian prinzipia-

(1) La famosa Diana de Potiers, dama de Enrique.

do sus partidarios, i de ganar una bictoria completa del condestable y de los escrúpulos de Enrique. Garrafa le presentó una espada bendita, con las zeremonias acostumbradas, y le afeó bibamente su falta de palabra: i como adbirtiese que el rei no se ofendia de esta libertad, pasó mas adelante, lisongeó su ambizion, y añadió que no se podia desear zircunstanzia mas faborable para emprender el arrojar á los españoles de Italia; que las riendas del gobierno fluctuaban en las manos de Felipe, apénas sentado en el trono, desagradable á los pueblos i á los prínzipes de Italia, destituido de recursos por el estado de languidéz en que abian dejado el erario las dispendiosas y contínuas guerras del emperador, i por la diminuzion de sus ejérzitos, que no eran ya ni con mucho lo que fueron al prinzipio del reinado de su predezesor: que por el contrario tendrian las tropas franzesas por los estados del papa la mas fázil entrada en el de Nápoles, serian fázilmente reclutadas, i allarian socorros abundantes y probisiones de toda espezie.

Aun no bastaba esto para arrancar el consentimiento de Enrique: las razones ni las promesas del cardenal no calmaban sus escrúpulos: pareziale dura cosa romper un pacto tan solemne como el que acababa de jurar; i no beia tampoco que se destruyese la objezion del condestable, que insistia en el peligro, i la imprudenzia de contar con un papa de tan abanzada edad, que probablemente faltaria antes que se cumpliese el fin de la alianza. Pero el sobrino tenia prebistas estas dificultades y no tardó en allanarlas. Produjo el poder que abia rezibido de su tio para relajar el juramento de Enrique; y en seguida ofrezió que en la pri-

mer promozion se nombrarian tantos cardenales partidarios de Franzia i enemigos de España, que Enrique podria estar seguro de disponer á su arbitrio de la tiara cuando falleziese el pontífize reinante; «i en todo caso, añadió, Bolonia, Ancona, Palliano, Zibita Bechia, i hasta el mismo castillo de Sant Angelo se entregarán á los franzeses.»

La guerra quedó resuelta en el momento. El cardenal Garrafa despachó un espreso á Rebiba, que arreglado á sus instrucziones caminaba mui despazio ázia Bruselas, para que se bolbiese á Roma. Enrique fué auténticamente relebado de la obligazion tan estrechamente impuesta por la santa lei de la naturaleza de cumplir su juramento, y rezibió al mismo tiempo el permiso de biolar este otro deber no menos sagrado, prescripto por el derecho de gentes, unibersalmente reconozido, cual es el de no empezar ostilidades antes de declarar guerra. (1)

Como el rei se lisonjeaba de que su tratado con el cardenal estaria secreto siquiera algunos meses, combinieron en atacar al emperador i su hijo si era posible, miéntras que en fe de la tregua se allasen desprebenidos. De este modo Enrique sin ser un pérfido, i á pesar de tener tanta probidad como cualquiera de los prínzipes de su tiempo, resolbió á sangre fria añadir la traízion al perjurio, teniendo su prozeder no por disculpable sino por onroso i meritorio á los ojos de Dios i de los ombres: tanto puede faszinar un zelo mal entendido! tan perniziosa puede ser á la soziedad

(1) De Thou, lib. 17, c. 7. Fra-paolo, lib. 5. Pallavicini, lib. 13, c. 10, p. 71.

la pretension impía de los pontífizes de poder disolber i anular á su boluntad las mas estrechas obligaziones i los prinzipios mas santos!

La conducta del papa era poco á propósito para burlar la bijilanzia de los ministros españoles: abia escomulgado i despojado á la familia de los Colonas: abia tratado con eszesiba seberidad i aun con injustizia á los que sospechaba ser adictos á España, i abia rezibido del modo mas lisonjero á los napolitanos que se refujiaron en Roma. Además, de algunas cartas interzeptadas resultaba que abia echo poner á cuestion de tormento á Antonio de Tasis, director de correos, basallo de Felipe, i dado á otro este empleo, despojando así á los reyes de España del derecho que de mui antiguo gozaban de probeerle á su arbitrio. El embajador de Felipe en Roma abia sido arrestado; i con una inconzebible presunzion intentó el papa en pleno consistorio pribar á Felipe del reino de Nápoles, porque no le abia pagado los setezientos ducados de tributo anual, que dezia debia satisfazer el poseedor, á la santa sede. (1)

Mientras Paulo desfogaba así su impotente resentimiento, sus sobrinos se daban con ardor á la guerra: reparábanse con diligenzia las fortificaziones de Roma, de Palliano, i de otras plazas; i abiendo lebantado un ejérzito considerable consiguieron que Camilo Ursino, uno de los mas ábiles generales de su siglo, tomase el mando.

Fernando de Toledo, duque de Alba, era el que entonzes tenia el de Italia por Felipe. Este

(1) Gianone, lib. 23, c. 1. Carta del duque de Alba en Summonte, tom. 4, p. 270. Clemente VII abia desistido de esta pretension.

ombre singular, que tan gran papel izo en este reinado, i de quien tendremos ocasion de ablar muchas bezes, era arrogante, altibo, biolento, inflecsible, i aun cruel. Educado en el ejerzizio de las armas, endurezido con las fatigas de la guerra, de una esperienzia consumada i de una estrema capazidad, abia mandado en jefe el ejérzito del emperador en Alemania; i aunque fué poco felíz delante de Metz, en aquella misma desgrazia desplegó talentos mui singulares. Sin embargo, no tubo con el padre la cabida que con el ijo, con cuyo carácter tenia mas semejanza, i cuyo fabor procuró siempre con mucha maña, constanzia i felizidad. Rui Gomez de Silba que era el que mas mano tenia con Felipe estaba mui desabrido con el duque; pero fué bano su empeño de separarle de los negozios: su ribal azía un año que se allaba de birei de Nápoles, gobernador de Milán, i comandante en jefe de todas las tropas españolas en Italia.

Por él sabia Felipe la conducta é intenziones del papa, aun antes de tener notizia de la liga echa con Enrique. Y si al duque se le dejára obrar con el bigor que le era natural, i aprobechar las bentajas que tenia sobre Paulo, á quien su situazion precaria no permitia una repentina defensa, se ubiera apoderado de todas las plazas fortificadas; i prebenidos así sus intentos, no ubiera pensado Enrique en renobar la alianza, ni por consiguiente en bolber á enzender la guerra. Mas, persuadido Felipe de que Enrique no romperia una tregua que tan bien le estaba, i seguro de que el papa nada podia sin el ausilio de Enrique, dió orden al duque para que se baliese de todos los medios de conziliazion antes de recurrir á las

armas. El duque, dado que naturalmente enemigo de toda espezie de contemplazion, tubo que prozeder segun se le mandaba, despachó á Roma cartas sobre cartas, correos sobre correos, representó, se quejó, insistió, rogó, acarizió, lisonjeó á Paulo i sus sobrinos; mas todo en bano. Continuaron aziendo sus preparatibos, respondiendo muchas bezes con arroganzia, i nunca de un modo satisfactorio. En fin, embió el duque á Roma á Pedro Lofredo con una representazion dirijida al sacro colejio, i otra á Paulo, (1) en las cuales, despues de enumerar las diferentes injurias que á su amo se izieran, y de renobar sus primeras ofertas de paz i de amistad, concluia protestando que si se bolbian á desechar, seria responsable el sumo pontifize de todas las calamidades que sobrebiniesen. Antes de la llegada de Lofredo abia tenido Paulo notizias del buen ecsito de la negoziazion de su sobrino en Franzia; por lo cual la carta del duque solo sirbió para que se prezipitase en nuebos eszesos. Izo prender á Lofredo, i le iziera morir, biolando así en uno el sacramento de la embajada, i el derecho de gentes, sino se interpusiera el sacro colegio. (2) Dió orden á Aldobrandin, fiscal del consistorio, para concluir el pleito intentado contra Felipe por no haber pagado el tributo debido por el reino de Nápoles á la santa sede; i bista la causa falló su santidad que debia de pribar i

(1) Las conserbó originales Summonte: tienen la fecha de 21 de agosto de 1556, i se allan en el lib. 10.

(2) Summonte, lib. 10, p. 277. Gianone, lib. 33, cap. 1.

pribó al rei de España de la soberanía de aquel reino (1).

Esta desaforada biolenzia fué mui mal bista en toda Europa, i mas perjudizial que útil á sus designios en Italia. Los benezianos reusaron su alianza, i los napolitanos cuyo pais tentaba la ambizion de sus sobrinos, se prestaron de buena gana á cuanto el duque quiso azer para defenderlos.

La estrabagante conducta del papa no izo en Felipe la impresion que era de esperar en un monarca jóben, ambizioso, poderoso, i de un carácter mal sufrido; puesto que á pesar de tan reiterados ultrajes manifestó la mayor repugnanzia á llegar al último estremo.

Aseguran algunos historiadores que esta repugnanzia era efecto de las preocupaziones de la educazion debota que se le abia dado: los eclesiásticos que la abian dirijido le inspiraron la mas profunda benerazion á la santa sede, i le azian dudar que le fuese lízito azer armas contra el soberano pontífize. Pretenden otros que estos escrúpulos eran nada mas que aparentes, que Felipe abia pensado ya en el proyecto de la monarquía unibersal, i que los intereses de la relijion eran solo el belo que cubria este basto designio.

No admitimos ni desechamos ninguna de estas opiniones. Es indudable que su pasion dominante era la ambizion; pero cuando obserbamos el esmero con que le procuraron inspirar desde su mas tierna infanzia la mas profunda

(1) Gianone añade que le disuadió de que la publicase, el camarero de Benebento, zélebre doctor en derecho zibil, i napolitano refugiado.

adesion á su creenzia; i la sinzeridad, el zelo, el ardor que manifestó siempre en los ejerzizios de religion, no es de sospechar que fuese absolutamente ipócrita: nj berisimil una tan uniforme conducta como la que en este punto mantubo siempre Felipe, sin estar íntimamente persuadido de la razon de su creenzia. Ni se oponga que sus acziones se acordaban mal con la verdadera piedad: su relijion era en berdad mui mal entendida, i no pura, ni cual debiera: desconozia la lei de la naturaleza, i no conozia mui bien la de Jesucristo; su relijion adolezia de aquella superstizion nazida i fomentada en la curia romana, que en su tiempo, en bez de alejar á los ombres de las malas acziones les eszitaba á cometerlas, prescribiéndoles la mas ziega deferenzia á los sazerdotes rebestidos del mal entendido poder de absolber i condenar, lejitimar ó castigar los crímenes mas atrozes. Es pues á la superstiziosa benerazion que Felipe tenia á la santa sede á lo que debe atribuirse en parte la moderazion con que prozedió en tales zircunstanzias, i la resoluzion que tomó de consultar á los eclesiásticos mas respetables, si le era lízito azer la guerra á un enemigo en quien reconozia un carácter sagrado.

Bien sabian los consultores la respuesta que combenia en aquella situazion, i así opinaron, que aunque fuese indispensable suplicar prebiamente á su santidad que iziese justizia, si á ello se negaba, la lei natural permitia á Felipe que conserbase sus dominios i defendiese con las armas su derecho (1).

Esta dezision tranquilizó sus escrúpulos: sin embargo no dejaba de lamentarse de la nezesi-

(1) Ferr., bol. 9, p. 373.

dad á que se le reduzia de dar prinzipio á su reinado por una guerra contra la potenzia cuya amistad era la que mas sinzeramente deseaba. En fin, despues de aber perdido mucho tiempo en negoziaziones dió orden al duque de Alba para que entrase en campaña.

Este general azía algun tiempo que de Milán se abia trasladado á Nápoles, i fijado su cuartel general en los confines de los estados eclesiásticos. Empezó sus operaziones en prinzipios de setiembre de 1556 con un ejérzito bien disziplinado, i aunque poco numeroso, mui superior al que podia oponerle el papa. En pocas semanas redujo muchas ziudades en la campaña de Roma, i tomó posesion de ellas en nombre del sacro colegio i del papa futuro. Al azercarse se consternó toda aquella gran ciudad, i se salieron de ella muchas familias para ebitar las calamidades de un sitio. Solo Paulo conserbó toda su arroganzia, lanzando impotentes anatemas contra su enemigo.

Entretanto continuó el duque abanzando asta las puertas de Roma. En esta situazion allí el cardenal Garrafa las cosas de su tio á su buelta de Franzia. El ejérzito que abia obtenido de Enrique estaba ya zerca del Piamonte; pero detenido por un imbierno áspero le era imposible llegar á tiempo de impedir que Roma cayese en poder de los españoles. Asombrado del peligro persuadió Garrafa á su tio la nezesidad de pedir una suspension de armas, acomodándose á las zircunstanzias, no sin dificultad, porque Paulo por orgullo, é ignoranzia de su berdadera situazion, mostró la mayor resistenzia á lo que tanto le combenia. El duque á instanzias de su tio el cardenal de Santiago, condeszendió en tener una conferenzia con Garrafa en la isla

de Fiumizino, no porque dudase que la intenzion del artero italiano era entretenerle con banas proposiziones para dar lugar á que las tropas franzesas llegasen; pero él no nezesitaba menos el tiempo: su ejérzito se habia disminuido mucho por las guarniziones que abia tenido que dejar en las plazas conquistadas: las nabes que le probeian abian sido detenidas mucho tiempo por bientos contrarios; i su presenzia era nezesaria en Nápoles para azelerar los nuebos alistamientos i poner el reino en estado de defensa contra el duque de Guisa. Estas consideraziones determinaron al de Alba á consentir en una tregua de cuarenta dias, é inmediatamente que la conzertó partió á Nápoles, donde se empleó con la mayor actibidad en completar sus preparatibos para la campaña siguiente.

Ya el duque de Guisa abia pasado los Alpes al frente de doze mil infantes i dos mil caballos, i abanzado asta Regio, en donde se alló con el duque de Ferrara, que aczediendo á la alianza del papa i de Enrique, llebaba consigo al rededor de siete mil ombres. El de Guisa deliberó algun tiempo sobre si abriria la campaña por el sitio de Cremona, el de Milán, ó el de algunas otras ziudades del norte de Italia, ó si, dejándolas á la espalda se encaminaria derecho á Nápoles. El mariscal de Brisac, con quien abló en el Piamonte, le pidió con encarezimiento que adoptase el primer plan como el mas seguro i el mas practicable, i este era tambien el dictámen del duque de Ferrara; pero el de Guisa tenia ordenes positibas de seguir en esto el del papa, que insistia fuertemente en que sin tardanza se dirijiese á Nápoles. Izolo así, i siguió su marcha ázia el medio-dia asta las fron-

teras de aquella parte del reino llamado Abruzo. A su llegada á Roma fué rezibido triunfo como si ya se allase coronado por la toria; pero no tardó mucho en echar de ber Garrafa le abia engañado miserablemente en cuanto á la calidad como á la cantidad socorros que tan espresamente le abia ofrezi en nombre del papa; quien no abia podido lebantar las tropas que estaba obligado, ni las probisiones en que abia combenido. Inquie ademas estaba el duque al ber la crítica situa zion en que las cosas se allaban, i temió probablemente no encontraria mas que confu sion i desbentura donde pensó adquirir laure les i gloria. No obstante, sitió á Zibitella, por mas de tres semanas adelantó los ataque con la actibidad é intrepidez que le eran natu rales, asta que tubo por practicable la brech i resolbió el asalto; pero sus tropas fueron re chazadas con mucha pérdida: las mujeres mis mas manifestaron la eróica resoluzion de per der la bida antes que someterse á los franzeses; pues aun despues de tantos años bibia la noti zia del insolente abuso que izieron de la bicto ria en sus primeras espediziones de Italia.

El duque de Alba con su prudenzia ordina ria se estaba á la defensiba; tenia apoyado su campo al sur del rio Pîscarra que corria entre él i el enemigo; pero cuando bió que la toma de Zibitella le detenia tanto, concluyó que las notizias que de su fuerza le abian dado eran esajeradas, i resolbió pasar el rio i azercarse.

Lebantó el de Guisa el sitio con arto senti mientó; i sabiendo con zerteza que el ejérzito del enemigo era superior al suyo, adoptó el dictámen del mariscal Strozii, i se retiró á tierras de la iglesia; pero seguido del general

español, que lo mismo que el franzes no parezia desear una aczion general: el primero no la ofreziera sin alguna aparienzia de buen ecsito, i el segundo estaba mui léjos de abenturar sin nezesidad un reino al tranze de una batalla.

Mientras esto pasaba en el Abruzo, Marco Antonio Colona azía rápidos progresos en las inmediaziones de Roma, donde tomaba ziudades, rendia fortalezas, i derrotaba las tropas que mandaban Julio Ursino i el marques de Montebello.

Estos desastres llenaron de terror al papa: lloraba en el consistorio las calamidades que por todas partes le rodeaban, manifestando el temor que tenia de que asta el baticano mismo cayese mui pronto en poder del enemigo, i añadia que deseaba ferbientemente allarse en el seno de su criador: i como si ubiese emprendido esta guerra por zelo de la religion, i no por ambizion i benganza, aseguró que esperaba sin temor la palma del martirio.

Sin embargo trataba cuanto en sí era de conserbar la corona terrestre, i suplicaba al duque de Guisa que se apresurase á llegar á Roma á defenderle, como lo izo aunque lleno de despecho por el bergonzoso papel que se le azía representar. Estrechó el duque al cardenal á que cumpliese sus empeños, i empleó todo su balimiento en la corte de Franzia para obtener socorros; pero los recursos del papa se abian agotado, i Enrique ni tenia tropas con que poder reforzarle, ni medios con que poder sostenerle: de todo nezesitaba para sí.

Ya bimos las razones porque Felipe abia entrado en esta guerra con tanta repugnanzia: mas ello era que al prinzipio de su reinado se le probocaba del modo mas atroz por Enrique i el papa; que la Europa tenia fijos los ojos en

su conducta i que de ella dependia su gloria. En estas zircunstanzias resolbió atacar á Enrique con todo el bigor posible por donde pudiese azerle mas daño. Para ello juntó en las zercanías de Charlemont un ejérzito, pero con estraordinaria destreza i zeleridad; i dió el mando á Filiberto Emmanuel, duque de Saboya, que le azeptó con tanto mas gusto cuanto aquella guerra le proporzionaba desplegar sus talentos, i bengarse del rei de Franzia que le echara de sus estados. Los españoles componian la menor parte de aquel ejérzito; los alemanes, olandeses i flamencos lo demas. Mucho debió en esta ocasion Felipe á los flamencos sus basallos que izieron causa propia con el mejor zelo; i si bien los estados prebeian los perjuizios que la guerra abia de causar á su comerzio, conzedieron sin embargo con una ilimitada liberalidad todo cuanto les pidió; empero al paso que daban esta prueba de su adesion, descubrian por otra parte sus rezelos, i dejaban trasluzir su descontento, pues se reserbaron la administrazion del dinero que dieron, i nombraron comisarios que pagasen las tropas. Esta cautela sujerida por su encono contra los españoles, izo una profunda sensazion en el ánimo sebero i bengatibo de Felipe, i no fué lo que menos contribuyó á aumentar su desabrimiento con los flamencos, i á inspirarle zierta prebenzion contra la constituzion de un gobierno que les dejaba libertad para que limitasen su poder; pero conozia la imprudenzia que fuera en aquellas zircunstanzias el dar indizios de su abersion, ni el contestarles sus pribilegios. Azeptó sus socorros tales i con las condiziones con que se les conzedieron, i partió á disponer i apresurar los preparatibos.

Aun le parezió poco aquel ejérzito de ale-

manes i flamencos, aumentado con destacamentos españoles, i resolbió si era posible atraer á los ingleses á la guerra. Pasó con este objeto á Inglaterra, i encontró la nazion, el consejo pribado, i aun la reina misma opuestos á sus miras. Casi nunca antes ni despues abia dejado de ser agradable á los ingleses guerra con Franzia. La costumbre de muchos siglos les azia mirar á sus bezinos como enemigos i ribales, con quienes fázilmente rompian aun cuando mas les interesaba permanezer en paz. Pero su enemistad á los franzeses zedió entonzes al encono con los españoles, i mostraron la mas imbenzible abersion á la alianza que se les propuso. María no era inclinada á la guerra, i lo dió bien claramente á entender: no obstante, i á pesar de la absoluta indiferenzia que por ella abia manifestado su esposo, no pudo rèsistir sus pretensiones.

En bano la representaron el cardenal Polo, su deudo, i los demas sus consejeros que era condizion espresa en los conziertos, que aquel enlaze no turbaria la paz esistente entre la Inglaterra i la Franzia; que la contrabenzion á este artículo, que era uno de los mas esenziales, daria bien á entender el poco respeto que se tendria á los demas, i pondria en espectazion al reino entero: que por otra parte si declaraba la guerra, el estado del erario no la permitiria el sostenerla con onor. Pero abiendo Felipe declarado formalmente que sino se le otorgaba lo que pedia jamás bolberia á Inglaterra, se negó María á oir todo lo que pudiera azerla que desistiese de su empeño; i llebándole adelante mandó que sin tardanza se declarase la guerra, como se izo solemnemente en Rems, dando por motibos pretestos enteramente falsos, ó suma-

mente fríbolos. Conoziendo que eran inútiles sus recursos al parlamento para obtener medios de sustentar una guerra tan unánimemente desaprobada por la nazion, echó mano del odioso i tiránico espediente de arrancar con el nombre de empréstitos el dinero á los particulares i á las corporaziones. Por este i otros medios de la misma laya equipó una armada considerable, i lebantó un ejérzito de ocho mil ombres, cuyo mando dió al conde de Pembroke.

Junto este refuerzo con las tropas del duque de Saboya, compuso un ejérzito de doze mil caballos, i zerca de zincuenta mil infantes: fuerzas mui superiores á las que podia oponer Enrique, cuya imprudenzia no le abia dejado prebeer que un monarca como el de España era capaz de tamaño esfuerzo, ni conozer asta entonzes lo insensato de su alianza con el papa. Mas no por eso le faltó talento ni actibidad para enmendar su yerro, i asegurar su reino contra una imbasion. Confirió el mando general de sus tropas al condestable; porque aunque enemigo declarado de esta guerra, le juzgaba el mas capaz de sus generales: la nobleza acudió al ejérzito con el zelo i ardimiento propios de los caballeros franzeses cuando se trata de la defensa de su rei i de su pátria.

No pudo por entonzes atinar el condestable adonde dirigiria sus esfuerzos el duque de Saboya. Sus primeras operaziones daban á entender que se proponia entrar en Franzia por Champaña; pero no bien ubo atraido allí el ejérzito franzes, cuando mudó de direczion, se adelantó ázia la Picardia, i puso sitio á la plaza de san Quintin, que no se ubiera resistido tanto tiempo contra fuerzas tan considerables, si no la defendiera el zelebre Gaspar de Coliñi,

almirante de Franzia; que dió muestras en aquella importante ocasion de los estraordinarios talentos que despues le icieron uno de los mas ilustres personajes de aquel siglo. Era gobernador de Picardia, i creyó que en calidad de tal estaba obligado á azer los últimos esfuerzos por salbar á san Quintin. Abriose paso por medio de los sitiadores, al frente de una tropa determinada como él á sacrificarse en defensa de la plaza, i arrojó á los españoles de los barrios estramuros de ella, que al instante izo quemar. Bien conozia que en el estado ruinoso en que las fortificaziones se allaban, i con tan escasa guarnizion era imposible defender la plaza contra un ejérzito como aquel: así se lo comunicó á su tio el condestable, indicándole al mismo tiempo los sitios por donde seria mas fázil introduzirle socorros.

Cuidadoso el condestable por la situazion crítica en que su sobrino se allaba, i persuadido de que era nezesario para la conserbazion del reino el detener al duque de Saboya delante de san Quintin, dió á Andelot, ermano del almirante, un cuerpo escogido de dos mil ombres de infantería para socorrer á los sitiados. Un tal Balpergue, práctico en el pais, embiado á este fin por Coliñi, les serbia de guia. Pero ya porque perdiese el camino, ya porque el duque de Saboya barruntase la marcha, Andelot le encontró aperzibido á rezibirle, i le rezibió i atacó tan bigorosamente, que no le costó poco trabajo salbarse, despues de aber sido destrozada la mayor parte del destacamento.

Esta desgrazia consternó á los sitiados, i nezesitó el almirante toda su industria i elocuenzia para que de todo punto no desesperanzasen. Desde una torre de la ziudad atalayaba mui zir-

cunstanziadamente las obras que le tenian en tan triste situazion; i notó que aunque zercado por todas partes, estaba libre una espezie de lago, demasiado profundo por parajes para atrabesarle á pie, i por parajes demasiado poco para sufrir barcos. Este descubrimiento le izo renazer la esperanza de ser socorrido. Conzertados con su tio el tiempo i los medios, izo aondar una parte del lago, formó una espezie de canal capaz de algunos barquichuelos, i así fazilitó á Andelot que entrase con cuatro ó zinco mil ombres. Mas el condestable, para faborezer la entrada, tubo que azer un mobimiento, de cuyas resultas se alló con su ejérzito en una garganta, que nezesitaba repasar para sacarle á salbo. No se le escapó al de Saboya la temeridad con que el condestable abia espuesto sus tropas á bista de un enemigo tan superior: juntó inmediatamente consejo de guerra para determinar lo·que se debia azer, i muchos fueron de dictámen que se le dejase retirar. Pero el conde de Egmont, general de la caballería, á quien Felipe trató despues con tanta ingratitud, sostubo con enerjía, que era mui posible atacarle en la retirada, con la mas ebidente probabilidad de buen ecsito; i para demostrarlo, propuso el plan, el duque le adoptó, i le encargó la ejecuzion. Sin perder momento se puso el conde al frente de la caballería, i mui pronto fué apoyado por el duque con la infantería. Los franzeses desprebenidos fueron inmediatamente derrotados. Montmorenzi izo por reparar su yerro cuanto es dado al balor; pero el conde i el duque abanzaron con tanta impetuosidad, que no le fué posible ni restablezer el combate ni ordenar las tropas. Combenzido de que la bictoria estaba dezidida, i que su falta era irreparable,

se arrojó en medio de los enemigos, resuelto á no sobrebibir á su derrota, ni á sufrir los justos cargos que su temeridad merezia. Fué grabemente erido, i sin duda pereziera, si como él dezia, no le libráran del furor de los soldados algunos ofiziales flamencos que le conozieron. Quedó prisionero, i su ejérzito enteramente derrotado: tres mil ombres tendidos en el campo, i cuatro mil prisioneros, entre los cuales se contaban, ademas del condestable i sus dos ijos, muchas personas de cuenta i mucha nobleza. El benzedor no tubo mas que ochenta muertos: prueba de la prudenzia i audazia con que se abia dirijido el ataque.

Atormentado Felipe del cruel apetito de dominar, abia parezido asta entónzes tener en poco la gloria militar. Estúbose en Cambrai, asta que le llegó la notizia de la bictoria: fuese al ejérzito, i en él se presentó con la mayor pompa. Llegados el duque i el conde á cumplimentarle, les rezibió del modo mas agradable: manifestándoles su reconozimiento con una afectuosidad á que rara bez dió lugar su zircunspeczion. Tan plausible motibo le proporzionó que se diese á su gusto faborito, en que no dejaba de trasluzirse su carácter, aziendo boto de dedicar un palazio, una iglesia i un monasterio á san Lorenzo, porque en su dia se abia ganado la batalla; i le cumplió despues edificando el Escorial, para cuya construczion reserbó sumas inmensas, á pesar de lo esáusto que solian tener al erario las contínuas guerras que sostenia.

Esta batalla ubiera tenido las mas importantes consecuenzias si Felipe ubiera seguido el dictámen de algunos de sus generales de entrar con su ejérzito bictorioso en el riñon de Franzia. Pero esta opinion era demasiado atrebida para

ser adoptada por Felipe, cuya prudenzia se equibocaba con la timidez. Mandó continuar el sitio diziendo que seria mui peligroso dejar á la espalda tan considerable plaza; i que todo ejérzito que se determinase á penetrar en un reino tan poderoso como aquel, debia antes asegurarse una retirada. No se contradijo con firmeza este dictámen, porque los ofiziales españoles estaban en que los sitiados no podrian mantenerse mucho tiempo; pero les salió bana su esperanza: grazias á la capazidad i balor del almirante, que por salbar su patria retardando los progresos del enemigo, se resolbió en sepultarse bajo las ruinas de la plaza antes que rendirla. Supo inspirar á la guarnizion una resoluzion tan jenerosa; i así fué que aunque enteramente arruinadas las fortificaziones, todabía despues de renobado el sitio resistió diez i siete dias contra los azertados i rézios ataques del duque de Saboya. En fin, dado un asalto jeneral á aquella desmantelada plaza, Coliñi i su ermano fueron echos prisioneros en la brecha, despues de la mas obstinada defensa. Felipe asistió al asalto armado de punta en blanco: única bez que en su bida bistió las armas: metió á saco la ziudad para recompensar la fatiga de las tropas; empero dió las órdenes mas seberas para que se reserbasen las iglesias i las reliquias del santo tutelar.

Consternados los ministros franzeses con el desastre de san Quintin, empleaban sin embargo lo mejor que podian el tiempo que les daba la admirable defensa del almirante: lebantaron tropas en diferentes probinzias, reunieron las reliquias del ejerzito benzido, llamaron el que en Piamonte mandaba el mariscal de Brisac, bolbieron á llamar al duque de Guisa, pusieron

en pocas semanas en estado de defensa toda la frontera oriental, i en Picardia reunieron un ejérzito á las órdenes del duque de Nebers, que pudiese azer rostro al rei de España. Entonzes, pero ya demasiado tarde, conozió este que abia dejado escapar la única ocasion que probablemente tendria en su bida de penetrar en lo interior de Franzia, i apoderarse de la capital absolutamente indefensa; i tubo que contentarse con empresas menores, abiendo sido el único fruto de tan señalada bictoria la toma del Catelet, de Am i de Noyon. Despues lizenzió la mayor parte del ejérzito, debolbió las tropas inglesas, i se retiró á Bruselas.

La buelta del duque de Guisa puso al papa en la repugnante nezesidad de pedir la paz, que le conzedió Felipe con tan moderadas condiziones como no debia esperarlas de un prínzipe grabemente ofendido, i á cuya discrezion se allaba, por no quedar en Italia quien osase oponérsele. Los mismos motibos religiosos ó políticos que tubo para esquibar la guerra, le determinaron á concluirla sin casi esigir mas condizion que la de que el papa guardase una perfecta neutralidad entre la Franzia i la España: debolbió todas las ziudades i plazas tomadas, i mandó al duque de Alba que pasase á Roma á pedir perdon para sí i para él, por aber imbadido los sagrados estados de la iglesia; de modo, que si se ubiera de juzgar por estas condiziones i por el modo con que se cumplieron, se ubiera creido que Paulo era un benzedor que ejerzia sus derechos, i Felipe un prínzipe umillado i benzido: tal era el respeto que tenia ó finjia tener á la santa sede, bien que efectibamente le dominasen estos sentimientos, ó bien

creyese útil á sus proyectos ambiziosos el afectar que le dominaban.

Así acabó esta guerra, miéntras la de Franzia continuaba. Combenzido Enrique de su incapazidad, i de que las zircunstanzias en que se allaba esijian los mayores talentos, imbistió de casi toda la autoridad soberana al duque de Guisa, aziéndole birei de Franzia, aunque con el título menos fastuoso de lugar-teniente general del reino. Bien sabian los franzeses cuanto abia contribuido la ambizion de este faborito á las calamidades que padezian, i no ignoraban que la sagazidad i el balor del duque de Alba abian desconzertado sus planes. Sin embargo, le adornaban zircunstanzias tan brillantes, i la defensa de Metz le abia granjeado en tan alto grado la estimazion pública, que se zelebró su llegada con un regozijo unibersal, é izo que rebibiese el balor nazional consternado por la desgrazia de san Quintin. Mui luego dió pruebas de que no eran equibocadas las ideas que sus paisanos tenian de sus talentos. Era pasada la estazion propia para las empresas militares, i los enemigos abian tomado cuarteles de imbierno, cuando el de Guisa entró en campaña al frente de un ejérzito reunido con el mas profundo secreto, i la mas diligente zeleridad. La Europa entera tenia fijos en él los ojos, i Felipe no bió sin cuidado sus mobimientos, temiendo que cayese sobre san Quintin ó sobre cualquiera otra plaza fronteriza de los Paises-Bajos. Pero no tardó mucho en zerziorarse de que lo que meditaba el duque le interesaba á él menos que á sus aliados, i á la Franzia mas que la reconquista de san Quintin. Azía mas de doszientos años que tenian los ingleses á Calais, que como llabe

de la Franzia les proporzionaba entrar en ella cuando les combenia, i era por eso mirada como una de las mas interesantes posesiones de Inglaterra. Conozian los reyes de Franzia la mengua unida al peligro de dejarla en sus manos; pero en aquellos tiempos en que el arte de atacar las plazas era desconozido, pasaba Calais por tan inespugnable, que ni aun en los de su mayor prosperidad pensó la Franzia en sitiarla. Ignoraban los franzeses los medios de tomarla por asalto, i el rendirla por sitio era imposible, porque á los ingleses era fázil renobar la guarnizion i abastezerla por mar. Pero el genio imbentor del almirante Coliñi conzibió un plan que á nadie abia ocurrido, i se le dió al duque de Guisa.

Para fazilitar este la ejecuzion de tan admirable proyecto, cuyo buen ecsito debia borrar la mengua que la nazion sufriera por tantos años, puso en mobimiento sus tropas mucho antes del tiempo en que regularmente se abre la campaña: resoluzion bien conzertada, dado que ademas de no tener el enemigo ejérzito disponible que entorpeziese sus operaziones, supo que la reina de Inglaterra i sus ministros por una economía mal entendida lizenziaban á fin de otoño parte de la guarnizion, confiados en la situazion pantanosa de la plaza, que en su opinion azía impracticable en imbierno todo ataque por parte de tierra.

Pero la prontitud de los aproches del duque de Guisa desengañaron pronto al gobernador lord Wentwort de lo mal fundada que era tan imprudente confianza. Pidió al gobierno que sin perder instante le socorriese, pues que no tenia ni la cuarta parte de las tropas nezesarias para defender las fortificaziones, i que

con las que tenia no podria impedir por mucho tiempo que cayese la plaza en poder del enemigo. Aun cuando los ministros de María ubieran aczedido á las instanzias del lord adelantaran lo mismo, porque combenzido el de Guisa que el ecsito del sitio dependia de la rapidéz de sus operaziones, azíalas con una enerjía i actibidad estraordinarias : i aunque esté fuera de toda duda que el gobernador i la guarnizion se portaron como debian, el duque les redujo á la nezesidad de capitular al octabo dia de sitio. En seguida le puso á Guines i Am, i las redujo fázilmente. Por fin, en menos de cuatro semanas arrojó á los ingleses de todas las posesiones que desde Eduardo III tenian en el continente, i en cuya conquista empleó aquel prínzipe bictorioso un grande ejérzito i casi un año.

El resto del imbierno se pasó en azer preparatibos para la campaña prósima. Los franzeses emplearon la mayor actibidad no solo en Franzia sino en Alemania, donde lebantaron cuatro mil caballos i catorze mil infantes, que el duque de Guisa rezibió en Lorena : inmediatamente zercó á Tiombille, plaza de mucha importanzia en la probinzia de Lusemburgo : defendíanla mil i ochozientos ombres que izieron una bigorosa resistenzia ; pero como la bijilanzia del duque impidiese la entrada de todo socorro tubieron que capitular.

Miéntras que así triunfaba en el Lusemburgo ; el mariscal de Termes, anziano i esperimentado jeneral, nuebo gobernador de Calais, con un ejérzito de diez mil infantes i mil i quinientos caballos que abia reunido entró en Flandes, tomó i destruyó á Dunquerque i otras muchas ziudades de menos importanzia, i pene-

tró asta Nieuport talando el pais i llebándolo todo á sangre i fuego. Opúsole Felipe el conde de Egmont con un ejerzito mui superior en número. El mariscal se retiró promtamente á Grabelinas con el fin de continuar su marcha lo largo de la costa asta Calais sin arriesgar una batalla; pero la dilijenzia con que el conde le seguia no le permitió ebitarla. Iban los franzeses cargados de despojos de cuyo peso se resentian las marchas. Sin embargo tubieron tiempo de reparar el Aa; mas siéndoles imposible continuar su retirada sin ser acometidos, ordenó el mariscal su ejérzito en una llanura tomando una posizion mui faborable, que obligaba al enemigo á que le atacase de frente, i le pribaba de la bentaja del número. Apoyó el ala derecha en el mar, cubrió la izquierda con carros i bagajes, i dejó á la espalda la embocadura del Aa. En esta posizion i tan bien preparado esperó al enemigo, en quien al prinzipio izo la artillería un orroroso estrago; pero esta primer bentaja solo sirbió para enfurezer mas á los flamencos que ansiaban el benir á las manos; de suerte que á poco los dos ejérzitos parezian uno: combatíase de poder á poder, de batallon á batallon, de ombre á ombre: á los franzeses animaba la desesperazion de berse en un pais enemigo, donde no podian esperar salud sino en la bictoria: los flamencos resueltos en bengar la afrenta que acababan de rezibir, i ardiendo en deseos de recobrar los despojos de que sus enemigos iban cargados, combatieron con un encarnizamiento inesplicable: la batalla fué tenáz i sangrienta i la bictoria indezisa. Era mui probable que lo ubiera estado menos tiempo si los alemanes del ejérzito del conde izieran su deber é

imitaran como los flamencos el ejemplo de su jefe, que en aquella ocasion llenó las obligaziones de un gran jeneral, i del mas intrépido soldado. Aún conserbaban los franzeses su posizion, i parezian resueltos á benzer ó morir cuando un aczidente imprebisto dezidió la suerte de la jornada. Por casualidad cruzaban por la costa unos nabíos de guerra ingleses, que biendo la umareda que produzia la artillería atinaron con la causa, entraron en el río i cañonearon la derecha del ejérzito franzés. Aunque no estubiesen tan á tiro que le pudieran causar mucho daño, la singularidad del caso no podia dejar de espantar á los menos tímidos: desordenose la caballería, i el conde aprobechando la bentaja que la casualidad le ofrezia i redoblando su ardor i sus esfuerzos rompió las filas de los franzeses, i les puso en fuga. Zerca de dos mil soldados biejos quedaron en el campo: muchos se aogaron en el Aa, i algunos de los fujitibos fueron destrozados por los paisanos irritados por la debastazion de su tierra. El mariscal grabemente erido, muchas personas de distinzion i tres mil soldados quedaron prisioneros. Toda la artillería i el bagaje cayó en manos del benzedor, cuya pérdida no pasó de cuatrozientos ombres.

Despues de la bictoria de Grabelinas pudo Felipe bolber todas sus fuerzas contra el duque de Guisa. Los estraordinarios esfuerzos que aquel izo en la primera campaña, i el no aberle sido posible obtener de los ingleses ningun considerable socorro, fueron causa de que no juntase tan pronto ejérzito que oponer al jeneral franzés, i la sazon estaba ya adelante. Empero despues de la derrota del mariscal de Termes, reunidas las tropas que le benzieron

á las del duque de Saboya formaban un campo con corta diferenzia igual al que mandaba el de Guisa; combiene á saber, de mas de cuarenta mil ombres cada uno.

Diéronse bista los dos ejérzitos á la raya de Picardia: asentaron á poca distanzia cada cual de las partes sus reales: el duque de Saboya zerca de Durlens, i el de Guisa en las inmediaziones de Pierre-Pont. No disimulaban los reyes el cuidado que nezesariamente debia causarles su situazion; i aunque ambos tubiesen una entera confianza en los talentos de sus jenerales no pudieron esperar tranquilamente la notizia del suzeso léjos del teatro de la guerra, i se reunió cada uno á su ejérzito. Ubo de cuando en cuando algunas escaramuzas con bária fortuna; pero mui luego se bió que los reyes no se inclinaban á arriesgarlo todo al tranze de una batalla. La prinzipal fuerza de ambos ejérzitos la componian tropas alemanas, i era mui de temer que supuesta la derrota de cualquiera de ellos, así benzidos como benzedores se biesen espuestos á los insultos de los estranjeros.

Ademas de esta considerazion de tanto peso para ambos, tenian otros motibos particulares para no dar nada al acaso. Enrique debia á sus desgrazias la prudenzia que la naturaleza no le abia conzedido, i temblaba al pensar en la inzertidumbre del ecsito de una batalla contra los mismos jenerales i contra el mismo ejérzito que por dos bezes abian benzido i derrotado á los suyos. No se le ocultaba que á la neglijenzia i tímida conducta de su enemigo era á quien debia que despues de la batalla de san Quintin no le ubiese ocupado la capital i talado el reino. Felipe por otra parte era en los

asuntos militares prudente asta el estremo, i queria mas alcanzar lo que deseaba por medio de negoziaziones políticas, en que podia juzgar i dezidir por sí mismo, que por la fuerza de las armas, que nezesitaba confiar á capazidad ajena. Léjos de aberle ensoberbezido la prosperidad, deseaba la paz con la misma sinzeridad con que repugnó la guerra: no por moderazion, pues jamás ubo prínzipe alguno mas ambizioso; empero las dificultades que abia encontrado á pesar de la mas esquisita dilijenzia i actibidad para allegar el ejérzito que tenia, le azian temer que benzido le fuese imposible formar otro. Asta entonzes abia acompañado á sus armas la bictoria; mas ninguno de sus jenerales abia peleado con fuerzas iguales con el duque de Guisa, i temia con razon el ecsito de una batalla contra un caudillo de tanto renombre por su talento militar, i que no se le abia malogrado casi ninguna de las empresas que abia acometido.

Agregábase á esto la impazienzia por bolber á España, que mientras le duró la bida fué el predilecto de sus estados: tenia notizia de que las opiniones de los protestantes empezaban á introduzirse, i esto bastaba. Temia que esta secta que tan odiosa le era, infizionara á los españoles, i estaba dezidido á mostrar en su pátria su zelo por la fé católica, i la inflecsible seberidad con que estaba resuelto á tratar á los que la impugnasen en cualquiera parte de sus estados. Tales eran los motibos que azian desear la paz á ambos monarcas.

A este fin se abia dado prinzipio á una negoziazion entre el condestable de Montmorenzi i Guillelmo prínzipe de Oranje. Aquel beia con desabrimiento la elebazion de la casa de Guisa,

sufria con impazienzia su cautiberio, i azia todos sus esfuerzos por alejar los obstáculos que se oponian á la paz, como que eran los que se oponian á su libertad. Permitiósele pues que bajo su palabra fuese á París á negoziar de biba boz con Enrique. Ázia el mismo tiempo casó su hijo con la nieta de la duquesa de Valentinois, y esta alianza le restituyó en su antiguo crédito, tanto mas fázilmente cuanto la adesion que el rei le tenia era abitual é invenzible. El condestable le persuadió á que consintiese en una composizion que probablemente no reusaria Felipe.

Inmediatamente se embiaron por ambas partes plenipotenziarios que discutiesen las pretensiones respectibas, á la abadía de Zercamp, inmediata á los ejérzitos, que fué el sitio designado para tener el congreso. El duque de Alba, el prínzipe de Orange, Rui Gomez de Silba, el obispo de Arras, i el presidente del consejo de estado de Bruselas, fueron los nombrados por Felipe; i Enrique elijió al cardenal de Lorena, al mariscal de san Andrés, á Morbilliers, obispo de Oranje, Aubespine, secretario de estado, i al condestable mismo. La duquesa de Lorena, cuyos estados estaban tan prósimos al teatro de la guerra, i que por consiguiente interesaba tanto en la paz, desempeñó con mucho zelo i constanzia las funziones de mediadora entre estos ministros.

Abriéronse las conferenzias en octubre, pero las interrumpió luego la muerte de María, reina de Inglaterra, cuyo reinado corto i sin gloria acabó en 27 de nobiembre siguiente. Isabel que la suzedió confirmó los poderes á los comisionados ingleses, i las negoziaziones se re-

nobaron al prinzipio del año de 1559 en Cateau Cambresis.

Grandes dificultades allaron los plenipotenziarios en acomodar las diferenzias de Felipe i Enrique; pero el zelo i actibidad del condestable sostenido por el crédito sin límites que tenia con su soberano, sobrepujaron todos los obstáculos, i se ordenó el tratado con tanto tino que Felipe, Enrique, i el duque de Saboya se allaron interesados en firmarle. Nada retardó la conclusion de la paz mas que la obstinazion imbenzible de los franzeses en no debolber Calais á la Inglaterra, que por su parte protestó que jamás aczedería al tratado miéntras no se le debolbiese. Creyóse Felipe obligado por onor á sostener las pretensiones de los ingleses, pues que solo por él abian entrado en aquella guerra, de que les resultaba tamaña pérdida. Aun por miras políticas debiera azerlo, pues le era fázil conozer que en ziertas zircunstanzias, podria como á su padre, serle útil la fazilidad que aquella plaza daba á la Inglaterra para penetrar en Franzia.

Pero el zelo que en esta ocasion manifestó Felipe por la causa de Isabel nazia de otra mui distinta. Su alianza con Inglaterra acababa de disolberse con la muerte de María, y se abia propuesto renobarla casándose con su ermana. El duque de Feria, su embajador en Lóndres, tubo órden para que propusiese este nuebo enlaze, i para que al mismo tiempo asegurase á la reina que él se encargaria de obtener la dispensa nezesaria.

Isabel tenia mas de una razon para desechar esta propuesta: el carácter imperioso de Felipe bastaba por sí solo: añadíase que sabia Isabel

que el matrimonio de su ermana abia dado que murmurar á los ingleses, cuidadosos de su libertad, i que á la alegría jeneral que abia causado la zesazion de sus temores era á la que debia en gran parte el fabor del pueblo. Reflesionaba que su matrimonio con Felipe estaria espuesto á las mismas objeziones que lo abia estado el de su padre con Catalina de Aragon, i que el azeptar la dispensa del papa seria reconozer que el matrimonio de su madre fué defectuoso i que ella era ilejítima: que casada que fuese aseguraria con efecto la proteczion de la monarquía española, i adquiriria una autoridad precaria i dependiente durante la bida de Felipe; pero que enajenaria para siempre el corazon de los únicos sínzeramente adictos á su persona i á su gobierno que eran sus basallos protestantes, mientras se allaria á la discrezion de los católicos, que la mirarian como una usurpadora, i que en la primera ocasion faborable que se les presentase para azer baler los derechos de la reina de Escozia, creerian de su obligazion darle la corona.

Estas considerazciones mobieron á Isabel á no admitir la proposizion de Felipe; pero juzgó prudente el disimular por algun tiempo, i respondió al duque de Feria en términos aunque ambiguos tan agradables i lisonjeros, que llegó Felipe asta azer algunas insinuaziones al papa azerca de la dispensa. Miéntras que conserbó alguna esperanza de casarse con Isabel apoyó con eficazia la pretension de que Calais se la debolbiese; mas como luego que la reina se bió sólidamente sentada en el trono probase á introduzir en el culto algunas mudanzas que descubrian su intenzion de abolir en sus estados el rito romano, tubo Felipe

estas tentatibas por una prueba no equíboca de su desbío; i ya desde entonzes el zelo con que antes abia sostenido su causa se entibió de tal modo que los plenipotenziarios ingleses temieron que á pesar de las reclamaziones de su soberana no difiriese mas el firmar la paz con Franzia (1).

Conozió Isabel que era inútil insistir en una restituzion que jamas obtendria; i como el estado de sus cosas no la permitia substituir la fuerza á las negoziaziones tubo la prudenzia de zeder aquella plaza en estos términos: que Enrique la debolberia antes que espirase el término de ocho años, ó pagaría zinco mil escudos: que el pago de estos le abian de asegurar comerziantes que no fuesen súbditos del rei de Franzia: que se darian reenes asta que esta cauzion tubiese efecto; i que la pretension de Isabel subsistiria en toda su fuerza, se pagase ó no esta suma, salbo si dentro del término señalado cometian los ingleses alguna ostilidad contra la Franzia.

Con los demas sus aliados se condujo Felipe segun las mas estrictas leyes del onor i de la delicadeza. Izo que se restituyese el Monferrato al duque de Mantua, i Bullon al obispo

(1) Si es zierto que Felipe ofrezió á Isabel continuar la guerra asta que recobrase lo que abia perdido, á tal que Isabel se obligase tambien á continuarla por zierto número de años, es nezesario combenir en que no ubo motibo para acusarle como algunos azen de aber sacrificado los intereses de los ingleses. Pero como esta zircunstanzia se omite por los prinzipales istoriadores, i se opone directamente á lo que e dicho de su indiferenzia por los intereses de Isabel, no me e atrebido á sentar este echo como zierto. Burnet's, part. 2, p. 383.

de Lieja, la isla de Córzega á los jenobeses; i todas las ziudades de que los franzeses se abian apoderado en Saboya, en el Piamonte i en Bresa al duque de Saboya: en una palabra, todos los que izieron sus partes ganaron en esta paz, i él mismo recobró á Tionbille, Mariemburgo, Monmedi i todas las otras plazas conquistadas por los franzéses durante la guerra, i adquirió además la soberanía del condado de Charolois.

Enrique no obtubo en compensazion de tantos sacrifizios mas que la restituzion de san Quintin, i las dos pequeñas ziudades de Am i del Catelet. Por cuya razon miéntras que sus basallos zelebraban el fin de una guerra que les abia espuesto á tan terribles peligros, él se quejaba amargamente de la desigualdad de las condiziones de tal paz; irritado además contra el condestable que abia abusado del carácter fázil de su soberano, i sacrificado á sus miras particulares el interés i el onor de la Franzia. Pero es zierto que Montmorenzi no osara aconsejar á Enrique la azeptazion de condiziones tan poco faborables, si al mismo tiempo no ubiera entrado en su proyecto el compensarlas en zierto modo casando á Isabel, hija mayor del rei con Felipe, i á Margarita su ermana con el duque de Saboya, que en verdad eran establezimientos mui honrosos para aquellas prinzesas.

Aunque Felipe i Enrique mirasen tanto en aquel tratado por sus intereses zibiles i políticos, no por eso olbidaron los de la religion: ambos se obligaron mútuamente á mantener la fé católica en sus estados, i á procurar (1) la

(1) Fra-paolo, hist. lib. 5.

combocazion de un conzilio general para estinguir la erejía i restituir la paz á la iglesia.

Es indudable que el rei de Franzia si mas bibiera obserbara este artículo con la misma esactitud que obserbó los demás; pero un suzeso imprebisto dió fin á su bida pocos meses despues. En medio de los regozijos de las bodas de su ermana rezibió el golpe mortal. Abiendo entrado en liza en un torneo con el conde de Mongomeri, capitan de sus guardias, rompió este la lanza en el coselete del rei, de la cual saltó una astilla que se le introdujo en el ojo derecho, y de cuya erida murió dias despues á la edad de cuarenta años. Esta catástrofe no impidió que se obserbase el tratado rezien concluido. Poco antes se abia esposado el duque de Alba en nombre de su amo; con Isabel, y Margarita casó con Emanuel sin zeremonias en la capilla de palazio.

Izo la muerte de Enrique diferente sensazion en los cortesanos i en el pueblo. El condestable, que con este suzeso perdia el fruto de sus últimos amaños, se bió obligado á retirarse inmediatamente de la corte, dejando en manos de sus enemigos aquel poder que con tanto empeño abia procurado alcanzar.

Al jóben rei Franzisco II, tan débil de cuerpo como de alma, gobernaba enteramente su mujer, la famosa María, reina de Escozia, i á ella el cardenal de Lorena i el duque de Guisa sus tios. Estos se apoderaron de casi todo el gobierno, limitando cuanto pudieron la autoridad de la reina madre, de quien temian no menos el carácter ambizioso i artero que el influjo con su débil hijo Franzisco II. Este poder usurpado no fué por eso ejerzido con mas moderazion: empleábanle sin miramiento algu-

no en sus fines é intereses, sin perder ocasion de umillar i abatir á sus contrarios. Los prínzipes de la sangre, i al frente de ellos Luis de Condé, sufrian con impazienzia la poca considerazion en que se les tenia, resueltos en aprobechar la primera ocasion para reibindicar el derecho que por su cuna i por costumbre inmemorial en la monarquía, creian tener á partizipar del gobierno.

Por este término, miras políticas iban enconando los ánimos de los grandes del reino, miéntras al pueblo ajitaban con no menor biolenzia disputas de relijion. En el reinado de Enrique padezieron los calbinistas las mas crueles bejaziones; pero los sectarios se aumentaron prodijiosamente en el mismo tiempo por todas las probinzias; lo que dió motibo á los dos ermanos para continuar atizando el fuego de la persecuzion, mostrándose siempre encarnizados contra ellos. Este encono por sí solo bastara para determinar al prínzipe de Condé i los de su balía á que iziesen las partes de los protestantes; pues aun dado que los cabezas de uno i otro bando estubiesen sínzeramente adictos á su creenzia, pero no era presumible que uno ni otro desperdiziasen un pretesto tan plausible como el que les ofrezia la diferenzia de religion para coonestar con él su conducta. El prínzipe ubiera recurrido inmediatamente á las bias de echo, i remitido á la espada toda disputa, si el almirante mas prudente i mas capaz no ubiera logrado aplacarle, i persuadirle á que esperase coyuntura mas faborable; pero no era posible que pasiones tan biolentas como las que animaban á los dos partidos estubiesen por mucho tiempo reprimidas: i cualquiera que con sano juizio reflesionara sobre lo encontrado de

tantos intereses, i el orígen de tantos odios, conoziera que la nazion se allaba en bísperas de una guerra zibil.

Jamás produjo la Franzia ombres mas grandes que en este reinado i los siguientes, i si ubiera ocupado el trono un prinzipe capaz de reprimir la ambizion que les agitaba, la nazion franzesa abria llegado antes á aquel grado de grandeza y prosperidad á que la bimos llegar á fines del siglo XVII. Pero aquel poderoso reino para quien tan benefica fué la naturaleza, estubo combertido en un teatro orrible de matanza, de sangre i de miseria el espazio de casi cuarenta años, por el abuso i mala direczion de aquellos mismos talentos, que guiados por un monarca digno de serlo ubieran asegurado la gloria i la prosperidad del estado.

Nada mas á proposito para los intentos de Felipe que aquellas alterazıones, i la debilidad que de ellas debia resultar: la única nazion que podia embarazarle se destruia á sí misma, i le dejaba el campo abierto para que emplease los medios que mejor le pareziesen de asegurar su poder en España é Italia, i de aumentarle en los Paises-Bajos; i estas zircunstanzias que tan á una concurrian á faborezer su ambizion azian temer á la Europa entera que Franzia cayese bajo su yugo.

No le era menos faborable la situazion de Italia. Él poseia entonzes quieta i pazificamente el ducado de Milán i los reinos de Nápoles i Sizilia: su implacable enemigo Paulo IV acababa de morir, i Pio IV su suzesor le era tan adicto como el otro opuesto. La república de Jenoba, los duques de Saboya, de Mántua, de Toscana i de Parma le estaban unidos con los mas estrechos lazos, dado que le debian los

tres primeros que el rei de Franzia les ubiese debuelto sus dominios, el cuarto la imbestidura de su soberanía, i el último la ziudad de Plasenzia i su territorio.

A la conclusion de la paz nada podia inquietar á Felipe ni en sus estados ni en los bezinos, sino los progresos de los reformados que cundian en toda la Europa. Las nuebas opiniones nazidas en Suiza i Alemania se abian propagado con la mas asombrosa rapidéz i erigídose en religion dominante no solamente en muchas de las mas considerables probinzias de Alemania i Suiza, sino tambien en los reinos de Inglaterra, Escozia, Suezia, i Dinamarca; i aun en los mismos paises en que prebalezia la antigua creenzia, se acrezentó el número de los protestantes asta el estremo de azerse formidables á los católicos.

El comerzio frecuente de Alemania con los Paises-Bajos establezia tan estrecha union entre sí que no era posible dejase la reforma de pasar fázilmente de una á otra parte. Por eso promulgó el emperador Cárlos V en mayo de 1555 un edicto por el que aplicaba la pena reserbada asta entónzes al delito de alta traizion, á los combenzidos de seguir los dogmas de Lutero, ó de bender ó publicar cualquiera de los libros por él escritos, ó por sus sectarios. Solia el Emperador renobar esta lei que daba estensa márjen á todos los furores de la persecuzion, asegurando muchos istoriadores contemporáneos que en su reinado sufrieron la pena de muerte zincuenta mil abitantes de los Paises-Bajos por causa de religion. Pero tan cruel seberidad en bez de destruir aumentaba la secta, i faborezia sus progresos.

No ignoraba Felipe que las nuebas opiniones penetraban por todas partes; no sin aflic-

zion de su corazon, porque la resoluzion de bolberse á España le obligaba á confiar el cuidado de estirpar la eregía de los Paises-Bajos á ministros menos ferborosos. Para ebitar cuanto fuese posible los incombenientes que debia produzir su ausenzia, se trasladó de su campo de Durleans á Bruselas, i empleó todo el imbierno en dar orden al gobierno de aquellos estados.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO TERZERO.

Las probinzias á quienes dió su situazion el nombre de Paises Bajos fueron mucho tiempo gobernadas por soberanos particulares con el título de duques, marqueses i condes. Estos prínzipes sostubieron largas i contínuas guerras, ora con sus bezinos, ora entre sí; lo que les obligó á recurrir muchas bezes á sus basallos, que en compensazion de los serbizios que les otorgaban, las ziudades, la nobleza i el clero obtenian pribilegios i derechos que iban trasformando su constituzion mas en republicana que en monárquica. La autoridad suprema residia en el cuerpo de los estados, que podian reunirse siempre que los indibiduos lo juzgaban combeniente. No podia emprenderse guerra, imponerse contribuzion, establezerse lei, azerse alterazion en la moneda, ni admitirse estranjero en el gobierno sin el consentimiento de aquella asamblea nazional. Las leyes abian echo ereditaria la soberanía, pero no la

podia el prínzipe ejerzer sin jurar antes solemnemente la guarda y conserbazion de las leyes fundamentales (1).

Así se gobernaron por muchos siglos asta que ya por falta de baron en alguna de las familias reinantes, ya por matrimonios, ya por conquistas se reuniéron estos pequeños estados en la casa de Borgoña, gozando de sus pribilegios, i continuando bajo las mismas leyes, con solo la diferenzia de que en bez de ser las causas zibiles i criminales sentenziadas en última instanzia por el tribunal superior de cada probinzia, se estableziό que de estos ubiese apelazion al tribunal supremo de Malinas, zentro de las probinzias, que las unió mas estrechamente, i les dió aparienzia de formar un solo estado.

Bajo el gobierno de los duques de Borgoña, i aun mucho tiempo antes que los Paises-Bajos entrasen en su casa, florezia mas el comerzio i abia mas manufacturas en Flandes que en ninguna otra parte de Europa. En aquel siglo ninguna ziudad eszepto Benezia tenia un comerzio tan estenso como Amberes, escala i mercado general de todo el norte; i Brujas le era poco inferior. Las tapizerías de Arras, que aun conserban el nombre de la ziudad, eran ya famosas. Miles de familias se ocupaban en Gante en manufacturas de lana, mucho antes que estos artefactos fuesen conozidos en Inglaterra, de donde los industriosos flamencos sacaban este útil género.

Eran deudores en gran parte de la prosperidad de su comerzio á la naturaleza i á la situazion de sus probinzias, que colocadas en el

(1) Grotius, de Antiq. Repub. Batab., cap. 5.

zentro de la Europa dominan la entrada i la nabegazion de muchos rios de Alemania, están cortadas en todas direcziones ya por otros rios, ya por canales, é ya por brazos de mar; i parezen en fin destinadas al comerzio interior i esterior, á la importazion i á la esportazion. Empero esta bentaja por sí sola no ubiera bastado á elebar á los flamencos tan sobre las otras naziones de Europa si la forma de su gobierno no ubiese además faborezido sus operaziones. No ay bentajas por grandes que la naturaleza aya querido dárselas á un pais, que no las aga inútiles una autoridad ignorante, opresora ó tiránica.

La esperienzia general, i nunca jamás desmentida, prueba cuan imposible es que los ombres se apliquen con actibidad ni agan progresos en el comerzio, donde la propiedad personal no se respeta, ni el fruto de la industria está seguro de la abarizia de un déspota. Por fortuna de los flamencos, los soberanos de muchas de sus probinzias, incapazes por la corta estension de sus dominios de pensar en tiranizarlos, eran por otra parte mas instruidos de lo que pareze se podia esperar de la rudeza i barbarie de aquellos tiempos, i seguian i conserbaban aquel sistema de libertad, apoyado en leyes fundamentales, que si bien disminuían sus prerogatibas, pero aumentaban el berdadero poder, puesto que los recursos de los basallos eran los suyos, i que la prosperidad debida á la moderazion del gobierno era imposible que dejase de aumentar la de los soberanos.

Pasaron, pues, estos florezientes estados de la casa de Borgoña á la de Austria por el matrimonio de María, única ija i eredera de Cárlos el Atrebido, con Màsimiliano ijo de Fede-

rico III, emperador de Alemania. Estas bodas las conzertaron los flamencos mismos, que azerrimamente adictos á las mácsimas políticas que aseguran i constituyen la libertad, inclinaron á su soberana á que iziese una eleczion en que tanto les iba.

Luis XI de Franzia abia pedido esta prinzesa para su ijo el delfin, al mismo tiempo que mui fuera de sazon ostilizaba en gran manera los estados de Flandes, apoderándose de la Picardia i de la Borgoña como feudos suyos. Este imprudente prozeder, i la muerte del obispo de Lieja, tio de María i partidario de Luis, dezidieron la eleczion. Juzgaron los flamencos i con razon que estaba su libertad mas segura bajo el gobierno de Masimiliano, cuyos dominios eran pocos i caian léjos, que bajo el de un bezino tan poderoso como Luis, i que además daba tales muestras de injusto i poco mesurado.

Cuatro años azia que María abia casado con Masimiliano, cuando murió de la caida de un caballo allándose en zinta. Entonzes dieron los flamencos la mayor prueba de zelo por sus pribilegios. Apoderose Masimiliano del gobierno á título de tutor de su ijo Felipe; empero ellos lo miraron como una usurpazion i se resistieron á obedezerle miéntras los estados no le confiriesen por un tiempo limitado el gobierno, i bajo las condiziones que esijiesen, i cuya obserbanzia jurase.

No las cumplió sin embargo tan esactamente como los flamencos quisieran, i se le quejaron de que daba empleos i cargos á borgoñones i alemanes, i sobre todo, de que ubiese introduzido tropas estranjeras en sus probinzias, que les azian temer se atentase contra su

libertad. Mas, cuando le elijieron rei de romanos fué cuando llegaron las sospechas asta el estremo de que abiendo entrado en Brujas con un séquito númeroso, corrieron los abitantes á las armas, le zercaron en la plaza, sé apoderaron de su persona, i le tubieron muchos meses estrechamente guardado en un castillo. El papa i el emperador interzedieron por su libertad, que no obtubieron asta que ubo dado las seguridades que le pidieron los sujetos que temian ser despues perseguidos como sospechosos de aber aconsejado al pueblo que se apoderase de su gobernador.

No se mostraron menos zelosos con los suzesores de Masimiliano. Bajo Cárlos V su nieto se allaron los Paises Bajos en el estado mas crítico: ubiérales Cárlos subyugado fázilmente si menos jeneroso usara de su poder. De su inclinazion al despotismo abia dado sobradas pruebas en su gobierno de España i de Italia; donde con tanto desprezio quebrantó leyes i costumbres que siglos i naziones respetaran. En muchas ocasiones introdujo en Flandes tropas estranjeras, i se asegura que alguna bez pensó sériamente en establezer la arbitrariedad que en los otros sus estados (1). Empero Cárlos abia nazido en estos, i pasado en ellos los mas alegres dias de su jubentud: agradábanle aquellas jentes, i sobre todo sus modales, menos seberos i reserbados que los de los españoles, i por eso mas análogos á su carácter. Esta adesion natural se aumentó con la costumbre: siempre rodeado de flamencos, á flamencos conferia los mas importantes destinos: el gobierno de España á su maestro Adriano de

(1) Grotius, pag. 6.

Utrech, que sostenido por tan poderoso protector llegó á alcanzar la tiara: el bireinato de Napoles á Cárlos Lanoi, caballero flamenco, á quien encomendó los asuntos de Italia por muchos años, i con una autoridad sin límites: en fin, todas las guerras que tubo en Alemania i en las fronteras de Franzia, en las tropas flamencas era en las que mas confiaba. Trataba á sus paisanos con afabilidad, ízose aczesible, familiar, i cuando residia en los Paises-Bajos desterraba la bana etiqueta que impide sepan los prínzipes si son amados, i que se aga público si lo merezen. (1)

No fueron los flamencos ingratos á tantas distinziones, pues si eszeptuamos la sedizion de Gante no ubo en todo su reinado ningun alboroto considerable en aquellos estados, los cuales le ausiliaron liberalmente en las guerras casi contínuas que sostubo, i en todos tiempos le dieron pruebas de su adesion.

Ubiera querido Cárlos inspirar á su íjo la inclinazion que él tenia á los flamencos; i á este fin dispuso que biniese á bibir entre ellos para que se acostumbrase á sus usos, i adoptase sus costumbres; i cuando se dezidió á retirarse del mundo i abdicar en Felipe la soberanía de todos sus dominios le esortó eficazmente á que cultibase el afecto de los flamencos, i á que les gobernase conforme á las leyes á que tan acostumbrados estaban, i que tan caras les eran.

Empero Felipe no siguió los consejos de su padre: nunca izo mansion considerable en Flandes, ni le era posible amar á un pueblo cuyas costumbres i gustos eran tan opuestos á los suyos. Abíasele inspirado en España el mas su-

(1) Bentiboglio, p. 4.

perstizioso respeto á la santa sede, i al mismo tiempo ideas de la mas ilimitada estension de la autoridad real. No era Cárlos menos inclinado que su ijo al poder absoluto, empero sabia templar en zierto modo su carácter despótico, i aziaule moderado i contenido el profundo conozimiento que tenia de los ombres i de las cosas, miéntras que la pasion de Felipe se allaba esaltada por una superstizion baja, cruel i melancólica.

Bien conozido lo tenian los flamencos, que azía mucho tiempo se lamentaban de la gran diferenzia que abia entre el carácter del padre i del ijo. Aunque prestó Felipe el juramento ordinario por el cual los soberanos de los Paises-Bajos se obligaban á mantener sus pribilejios; i aunque á todos los ziudadanos les izo las mayores protestas de estimazion i afecto; pero ellos juzgaban mas bien de su ánimo por su conducta que por sus juramentos. Miéntras bibió entre ellos ninguna cabida tubieron con él: á despecho de sus leyes fundamentales confió la administrazion de los prinzipales ramos del gobierno al borgoñon obispo de Arras, ó á ministros españoles como Rui Gomez de Silba, el prínzipe de Eboli, los duques de Alba, i de Feria, mirados por los flamencos como enemigos de su nazion, i como temibles satélites del despotismo, á que desde los prinzipios abia dado tantas muestras de aspirar Felipe.

No tardó este mucho en justificar lo bien fundados que eran aquellos temores, i lo bien que abian penetrado sus intentos, en los medios de que se balió para estinguir las nuebas opiniones relijiosas que llebaran consigo los comerziantes estranjeros poco antes establezidos en las probinzias, las tropas suizas i ale-

manas con que Cárlos i Felipe abian echo la guerra á Franzia, i mas particularmente los protestantes ingleses, franzeses i alemanes que uyeran de las persecuziones que desonraban sus respectibos paises.

Cárlos, como dijimos en el libro antes de este, manifestó el mismo zelo en Flandes que en Alemania, i publicó edictos en birtud de los cuales muchos protestantes padezieron muerte cruel (1). Esta persecuzion izo que emigrasen muchas familias llebando sus bienes á los estados bezinos; i Cárlos fué sensible á las calamidades de su pueblo, á las representaziones de la rejenta su ermana, reina biuda de Ungría, i temió que su seberidad tubiese consecuenzias peligrosas, i despoblase aquel ermoso pais que tantos socorros le abia suministrado. Pero estas consideraziones eran de ningun balor en el ánimo de Felipe: renobó los edictos, i mandó á los gobernadores i magistrados que los obserbasen con el mayor rigor.

Estos edictos contenian: que toda persona imbuida en las nuebas opiniones sería pribada de su destino i degradada: que todo ombre combenzido de aber adoptado la doctrina de los erejes, ú de aber asistido á sus juntas, moriria á yerro; que toda muger reo del mismo crímen sería enterrada biba. Tales fueron las penas impuestas aun á aquellos mismos que abjuraban sus errores, miéntras los que persistian en ellos eran quemados bibos. Suje-

(1) Es casi increible que llegasen á cincuenta mil los que se ajustiziaron: no obstante, son muchos los istoriadores que lo aseguran. Meteren. cuenta cincuenta mil: Grotius, p. 12, cien mil: Fra-paolo, lib. 5, cincuenta mil.

tos á las mismas penas estaban los ziudadanos que daban asilo en sus casas á los erejes, ó que conoziéndolos no los delataban.

No contento Felipe con promulgar i azer cumplir estos edictos estableció al intento un tribunal particular, que dado que no tenia el nombre de inquisizion, pero en la esenzia semejaba aquella inicua instituzion. A muchos se prendia i daba tormento á consecuenzia de las mas despreziables deposiziones: á los acusados ni se les careaba con sus acusadores, ni se les instruia de lo que se les imputaba. Proibíase á los juezes zibiles el que tomasen ningun conozimiento ulterior de las dilijenzias por causa de erejía: su poder no se estendia mas que á ejecutar las sentenzias que los inquisidores pronunziaban. Los bienes de las bíctimas eran confiscados: los delatores animados por el atractibo de las recompensas, i por la seguridad de quedar impunes si eran tambien culpados (1).

No es estraño que el establezimiento de este tribunal arbitrario, pusiese en cuidado á los flamencos. Él abia causado rebueltas en España mismo, i en Italia, en que el pueblo no podia, como en Flandes, reclamar sus derechos zibiles, ni jactarse de su libertad. Muchos católicos aun de los mas zelosos se abian opuesto. Los flamencos conzibieron los mas terribles temores de semejante instituzion: mirábanla como absolutamente destructora de su libertad, i prebieron la ruina de su comerzio, incapáz de sostenerse si los comerziantes estranjeros, en la mayor parte protestantes, no allaban entre ellos seguridad. Por otra parte, las nue-

(1) Grotius, annales lib. 1.

bas opiniones se abian propagado en todas las probinzias, i no se sabia asta donde estenderian los inquisidores su poder, ni cuantos serian los ziudadanos espuestos á las penas establezidas no solo contra los erejes sino asta contra los sospechosos de faborezerlos.

A estos motibos de descontento añadió Felipe otro, aumentando los obispados de zinco asta diez i siete para igualarlos al número de las probinzias. Estas nobedades que en otros tiempos fueran indiferentes, se desaprobaron jeneralmente entónzes. El prinzipal mobedor de esto fué Grambela, obispo de Arras, que lo mismo que los otros ministros del rei, no se desdeñaba de combenir en que el objeto era tener sufiziente número de personas con cuyo zelo pudiese contar para la esacta i rigurosa ejecuzion de sus edictos.

Fueron los nuebos obispos mirados como berdaderos inquisidores, i su creazion como un atentado contra los pribilejios de las probinzias, i una biolazion del juramento que el rei iziera al rezibir la soberanía, de conserbar las iglesias i su jurisdiczion en el estado en que entonzes se allaban. La prinzipal nobleza fué la que se mostró mas opuesta á la innobazion, porque aumentándose con esta los consejeros de estado, i disminuyendo á proporzion el influjo de los antiguos, se inclinaria la balanza del poder al lado del clero, que sin duda sería mas dozil á la boluntad despótica del soberano; pero nadie se quejo tan amargamente como los monjes i los abades: eszitábales el interés i la ambizion; porque además de zeder la prezedenzia á los obispos, i perder mucho de su influjo en las juntas de los estados, era con parte de sus rentas con la que á aquellos se dotaba. Esto les

irritó tanto que aziendo comun su interés particular representaron, que la nueba erezion no era menos perniziosa al pais en jeneral que á su órden en particular (1).

A todos estos agrabios se juntó otro no menos considerable. Quejáronse amargamente los flamencos de que en plena paz estubiesen llenas sus probinzias de soldados españoles. Abian estimado siempre en mucho el derecho que les daban sus leyes fundamentales, para oponerse á la introduczion de tropas estranjeras; i aunque es berdad que Cárlos bioló muchas bezes esta lei en el curso de sus guerras con Franzia i con los protestantes de Alemania; pero los flamencos deslumbrados con la gloria que casi siempre acompañaba á sus armas, no abian conzebido la misma desconfianza de sus intenziones que de las de su ijo, de quien no dudaban que ubiese formado el proyecto de someterlos á un gobierno despótico, i que con este objeto ubiese diferido el sacar las tropas españolas. Aumentaba el descontento la insolenzia de la soldadesca i las estorsiones que causaba en Zelanda particularmente, donde el pueblo se resistió á trabajar en los diques, diziendo «queria mas que el mar le tragase que ser bíctima de la codizia de los soldados españoles» (2). Tal era el estado de los negozios i tal la disposizion de los ánimos cuando Felipe pronto á partir para España deliberaba azerca de la persona á quien confiaria el gobierno de los Paises-Bajos.

(1) Bentiboglio, lib. 1.

(2) Estos no salieron asta que el año siguiente los nezesitó Felipe en otra parte. Reidanus, p. 5. Meursii Auriacus, casi al prinzipio.

Dudó algun tiempo entre Cristina, duquesa de Lorena, su prima, i Margarita, duquesa de Parma, su ermana, ija natural del último emperador. Abíase distinguido la primera por su prudenzia en el gobierno de Lorena, despues de la muerte de su marido; i la capazidad i talento con que manejó las negoziaziones para la paz jeneral que se asentó en Cateau-Cambresis le granjearon una bien merezida reputazion. Los flamencos conozian su carácter como tan inmediatos bezinos: abian jemido bajo el peso de la guerra con Franzia, i empezaban á gozar las dulzuras de una paz de que se consideraban deudores en parte á la prudenzia de Cristina: fuera pues condeszender á sus deseos el confiarla el gobierno de su pátria. Pero razones mui poderosas determinaron á Felipe á preferir la duquesa de Parma. Los duques de Lorena eran por su situazion dependientes en zierto modo de los reyes de Franzia, en bez de que el ducado de Parma estaba rodeado de estados del rei de España. Además, los duques de Parma consentian en darle á su ijo Alejandro Farnesio, que despues se izo tan zélebre: el color, que se educase en España: la realidad en prendas de la fidelidad con que la duquesa ejecutaría en el gobierno de los Paises-Bajos lo que por el de España se la ordenase (1).

No tenia el rei ánimo de bolber tan pronto á ellos, i por lo mismo creyó combeniente combocar los estados jenerales, antes de su partida, i con efecto se reunieron en Gante. Asistió á la abertura acompañado de la nueba rejenta; i como no sabia la lengua del pais abló en su nombre el obispo de Arras.

(1) Bentiboglio.

Dió prinzipio anunziando á los diputados que el rei se aprestaba á pasar á España, i las razones que para ello tenia. Se estendió sobre el afecto que el rei profesaba á sus basallos los flamencos, á quienes su casa era deudora de su poder i de su gloria : que esperaba que sus asuntos no prolongarian mucho su ausenzia, i en otro caso ofrezia embiar su ijo á residir en los Paises-Bajos : que entretanto esortaba cuan eficazmente podia á los estados á que dirijiesen sus esfuerzos á mantener la tranquilidad pública, asegurándoles que nada contribuiria mejor á lograrlo que la estirpazion entera de la erejía, que subleba á sus sectarios contra toda autoridad así la de Dios como la de los lejítimos soberanos : que era obligazion de los estados el mantener con zelo la pureza de la fé, i el azer obserbar con esactitud los nuebos edictos : que no dudaba S. M. que así en esto como en lo demás ausiliarian gustosos á la duquesa de Parma, á quien nombraba rejenta en su ausenzia : que dejaba los Paises-Bajos penetrado del mas bibo reconozimiento á la adesion de sus fieles basallos : que cuanto antes sacaria de ellos las tropas estranjeras, i libraria al pueblo de las cargas que la nezesidad le abia obligado á imponerle. (1)

La respuesta de los estados contenia seguridades jenerales de adesion i zelo : mas, aun antes de que la junta se disolbiese notó Felipe que los diputados estaban mui léjos de aprobar ninguna de las partes de su gobierno. Con efecto, esperaban que las tropas se ubiesen embiado inmediatamente á España, i no podian atribuir su retenzion á otra causa que á la que

(1) Bentiboglio, p. 9.

les llenaba de terror. La sospecha de que mui luego se iba á establezer la inquisizion les tenia en una congojosa inquietud. Aun ubo diputados que se atrebieron á esponer que los Paises-Bajos no estaban acostumbrados á un tribunal tan sebero: que el pueblo temblaba á solo el nombre de inquisizion, i uiria á las estremidades de la tierra antes que someterse á él: que no era por el ierro ni el fuego sino por remedios mas umanos i suabes por los que se abia de curar aquel mal: que así como cada indibiduo tenia una constituzion fisica que le era peculiar, así tambien cada nazion tenia un carácter distinto: que lo q̃ue podia combenir en España ó Italia podria perjudicar en Flandes; i que en jeneral las naziones del medio-dia podian ser felizes bajo un gobierno, cuya arbitrariedad sería la ruina de las del norte (1).

Los diputados que le dirijieron esta representazion le suplicaron que rebocase ó al menos moderase los edictos. Pero fué inesorable, i respondió á uno de sus ministros que le esponia que de sostenerlos con demasiado empeño acaso sería enzender el fuego de la rebelion, i esponerse á que la probinzias se perdiesen, que "mas queria no ser rei que serlo de erejes" (2)

Nada tiene de estraño esta repulsa: su relijion por mal entendida dejeneraba en superstizion é intoleranzia: su carácter natural, altibo i sebero se ofendiera si dada una orden la rebocara: su orgullo se umillara si conzediera una bez lo que muchas abia resuelto negar. Su empeño con el papa oponia otro obstáculo, pues abia jurado consagrar su

(1) Bentiboglio, l. 1.
(2) Idem.

reinado en defensa de la fé católica romana, i en estirpar la erejía. Pero lo que mas le ostinaba en su tenazidad era la sed del despotismo. Las libertades que los protestantes reclamaban en materia de relijion le parezian totalmente incompatibles con los prinzipios que se abia formado de los derechos de la soberanía. Fué pues imbariable la resoluzion de que se obserbasen los edictos con la mayor esactitud. No fué menos inflesible respecto de la creazion de los nuebos obispos: ni se negó con menos teson á sacar las tropas españolas; lo único que izo para mitigar el descontento que causaban tantas repulsas fué ofrezer el mando de las tropas al prínzipe de Oranje, i al conde de Egmont, ambos flamencos i los mas capazes i amados de sus compatriotas. Al primero dió el gobierno de Olanda, de Zelanda i de Utrecht, i al segundo el de Artois i el de la Flandes. Empero ambos lo reusaron, i tubieron la enerjía nezesaria para representar que la mansion de las tropas despues de concluida la paz la miraban como una biolazion manifiesta de las leyes fundamentales, i un atentado contra la constituzion.

Deszendia el conde de los duques de Gueldres, i era uno de los caballeros mas completos de los Paises-Bajos. Las bictorias de san Quintin i de las Grabelinas que le dieran una gloria inmortal le azian acreedor de justizia á las mas señaladas recompensas.

El prínzipe de Oranje, tan conozido en la istoria con el nombre de Guillelmo I, era representante de la antigua é ilustre casa de Nasau, oriunda de Alemania. Sus antepasados (uno de los cuales fué emperador) le dejaron ricamente eredado en los Paises-Bajos, i

además en 1544 suzedió en el prinzipado de Oranje en birtud del testamento de Renato de Nasau i de Chalons su primo ermano. Desde entonzes le tubo siempre el Emperador zerca de su persona, i descubrió mui luego en él, aquellos estraordinarios talentos que despues le izieron uno de los mas ilustres personajes de su siglo i de cualquiera otro. El conde i el prínzipe abian aspirado á la rejenzia, i no faltan autores que atribuyan el no aber admitido el mando que se les dió, al resentimiento de que no les dieran lo que antes solizitaran. (1) Despues que el prínzipe renunzió á sus pretensiones personales, manifestó sus deseos de que la rejenzia se diese á la duquesa de Lorena, que fué otro motibo para que el rei i sus ministros prefiriesen á la de Parma. No satisfechos con aber mostrado su oposizion en esto, la izieron aun mayor para que no lograse, como fundadamente esperaba, la mano de una de las prinzesas de Lorena; i esto segun se dize, socolor de que el enlaze con una familia de tanto poder aumentaria demasiado el suyo, que no podria dejar de ser peligroso en manos tan sospechosas.

Mas antes de la reunion de los estados, no se sabe que Felipe tubiese ningun motibo de queja contra Guillelmo, ni se alla en los istoriadores mas que una zircunstanzia que pudiese darle á sus rezelos. Abiendo el prínzipe sido uno de los que pasaron en reenes á Franzia, asta la ejecuzion del tratado de Cateau-Cambresis, descubrió el proyecto conzertado entre el rei de España i el de Franzia para la destruczion del partido protestante, i lo co-

(1) Ferreras, t. 9. Grotius.

municó á los flamencos sus amigos que lo eran; desde cuyo momento dejó el rei de tratarle con confianza. (1)

Pero nosotros allamos otra razon mas poderosa del desbío del rei, en los zelos de Grambela i de los ministros españoles. Desde su mas tierna edad abia sido Guillelmo el faborito predilecto del último emperador, que en todos tiempos le dió las mayores pruebas de afecto: admitíale á los mas secretos consejos, y aunque muchacho apénas entrado en la edad de adoleszenzia, daba tales muestras de sí, que muchas bezes confesaba el emperador que algunas le sujiriera espedientes que le fueron mui útiles. Andaba Guillelmo en el beinte i tres de sus años cuando Cárlos abdicó, i sin embargo abia rezibido ya muchas pruebas públicas de la estimazion del emperador. Sin ablar de la eleczion que de él izo para que le acompañase en aquella augusta asamblea en que renunzió la soberanía en su ijo, ni de la preferenzia que le dió sobre todos los demas cortesanos para que llebase la corona imperial á su ermano Fernando, le abia dado el mando en gefe de su ejérzito en ausenzia del duque de Saboya. En bano le izieron presente que no era prudenzia oponer un jóben de beinte i dos años á jenerales consumados tales como el duque de Nebers, ó el almirante de Coliñi; el emperador insistió en su eleczion, i no tubo motibo de arrepentirse, pues que no solo conserbó el ejérzito sin desgrazia, sino que fortificó á Charlemont i Filippebille cubriendo así la frontera de los Paises-Bajos contra los bigorosos esfuerzos del ene-

(1) Bentiboglio, p. 6. De Thou, tom. 1, lib. 22, sect. 10.

migo. El estremado cariño que Guillelmo abia inspirado á Cárlos fué pues la berdadera causa del desbío i frialdad de Felipe. Embidiosos de su naziente grandeza los ministros españoles, fomentaron la abersion que el rei le tenia, eszitaron su desconfianza, i no perdieron ocasion de pintar con los mas odiosos colores el carácter i los intentos del prínzipe; i el no aber azeptado el mando que le dió, confirmó al rei en sus sospechas. Por la misma causa le parezió el conde de Egmont igualmente que el prínzipe, mas bien un ostáculo que acomodado instrumento de sus proyectos despóticos.

No obstante, aun no era llegado el tiempo de irritarlos al descubierto: dejóles en posesion de los gobiernos que les confiriera, i no les pribó la entrada al consejo de estado. Conozia que á su mérito eran debidos tales destinos i onores: sabia lo que aquellos primeros prozeres de la nobleza flamenca podian con el pueblo, i era preziso que estubiese íntimamente combenzido de que no eran reos de ningun delito que le autorizase á pribarlès de sus plazas, dado que en aquello mismo en que le abian desagradado no izieron mas que usar de los derechos que las leyes fundamentales conzedian á todo flamenco.

Mas, aunque Felipe no tubo por combeniente remoberles de sus empleos; pero proporzionó los medios de impedirles que pudiesen entorpezer sus designios. Dejó por prinzipal consejero de la rejenta al obispo de Arras, cuyas ideas se acordaban perfectamente con las suyas, i en quien por lo mismo queria que la duquesa de Parma depositase toda su confianza.

Antonio Perrenot, obispo de Arras, tan

bien conozido en la istoria de los Paises-Bajos con el nombre de cardenal de Grambela, era ijo del famoso canciller de este nombre, á quien el último emperador confiara muchos años azía, los mas importantes negozios. Su ijo rezibió la educazion propia de quien se destinaba al ministerio; i Cárlos V le encargó años antes las mas sérias i delicadas negoziaziones. Tenia grandes talentos i particularmente se distinguia por su elocuenzia, su destreza i su actibidad. Sin embargo era odioso á los flamencos que le miraban como el prinzipal autor de sus males. Grambela abia bebido en las córtes de Cárlos i Felipe las ideas i prinzipios que acaso combienen al ministro de un déspota; pero que le azían incapáz del azierto en los Paises-Bajos, donde la autoridad soberana estaba mui restrinjida. Era naturalmente altibo, bano, arrebatado, ostentando la mucha mano que con el rei tenia: en una palabra, abia desabrido á muchos de sus partidarios, i atizado el resentimiento de sus enemigos con su imperiosa é interesada conducta. Aborrezía en particular á los nobles prinzipales, i en el curso de su ministerio siempre se opuso á sus mas caros intereses, á su ambizion i á sus designios.

No era pues de esperar que el gobierno de un sujeto tan jeneralmente aborrezido fuese próspero ni moderado. Miéntras Felipe estubo presente contenia á los grandes el terror que su poder les inspiraba; mas luego que con su ausenzia recobraron alguna libertad, estalló su descontento con tal biolenzia que produjo consecuenzias mui sérias, i mui importantes resultados (1).

(1) Bentiboglio, Estrada y l'Ebesque, t. 1.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO CUARTO.

Izose á la bela Felipe el 20 de agosto de 1559, seguido de una escuadra de casi setenta belas, i el 29 arribó felizmente á Laredo. Apénas desembarcó se lebantó tan terrible temporal que destrozó parte de la escuadra: perezieron zerca de mil ombres, i una magnífica coleczion de cuadros, estátuas i otras preziosidades que Cárlos abia reunido de Alemania, Italia i Flandes por espazio de cuarenta años.

Animado Felipe del mismo espíritu, que despues de la bictoria de san Quintin le sujirió la idea de dedicar un templo á san Lorenzo, creyó que en aquella ocasion no podia dar á Dios un testimonio mas agradable de su reconozimiento por la bondad con que se abia dignado de librarle de aquel peligro i conserbarle, que aziendo pública la resoluzion que abia formado de emplear su bida en defensa de la relijion católica, i en la estirpazion de las erejías (1).

(1) Fra-paolo, l. 5, p. 417.

Azía muchos años que los españoles no gozaban de la presenzia de su soberano, i su llegada causó una alegría jeneral en toda la nazion. Su gobierno, antes que casara con María, le abia granjeado la estimazion pública, i entónzes era tenido en mas por las bictorias que alcanzara, i por la moderazion con que se condujo en el tratado de Cateau-Cambresis.

Las pruebas de amor que le daban los españoles eran tanto mas apasionadas cuanto mas bien sabian que les preferia su rei á todos los demás sus basallos, por mas que su austera fisonomía i su contínua reserba dificultasen trasluzir sus diferentes inclinaziones. I así era, pues á pesar de su estremado disimulo, á nadie se ocultaba que España era su nazion predilecta, i que era mui probable fijase en ella su residenzia ordinaria. Sus costumbres ni su carácter podian agradar sino á los españoles: ninguna otra lengua ablaba con fazilidad; y estaba mui léjos de tener aquella enerjía que tan rápidamente determinaba al emperador á emprender tantos biajes á los diferentes estados sometidos á su poder. Los Paises Bajos no tenian para el ijo los atractibos que tubieron para el padre, i Felipe nunca les perdonó aquella constituzion que limitaba su autoridad.

Al prinzipio del reinado de Cárlos V era la España uno de los estados mas libres de Europa; empero los nobles fueron tan abatidos i su poder tan debilitado bajo el arbitrario aunque bigoroso gobierno del cardenal Jimenez, que la empresa mal conzertada que los castellanos acometieron algunos años despues para asegurar sus derechos, léjos de limitar como querian, solo sirbió para estender las prerogatibas del trono i para azer á las córtes de

pendientes del rei. Los aragoneses aun gozaban de sus fueros; pero no era de presumir que se abenturasen á oponerse á la boluntad de un soberano cuyos recursos eran inagotables, i que podria cuando quisiera balerse de los castellanos mismos sus conziudadanos para oprimirlos. Pero lo que mas dezidió á Felipe á que fijase en España su residenzia fué el allarse establezida en ella la inquisizion i en ejerzizio absoluto i por nadie contradicho de sus funziones: tan conforme á su corazon le parezió el tal tribunal; i tales fueron las esperanzas que conzibió de atajar por su medio los progresos de la erejía.

En todo tiempo i lugar fué el santo ofizio el escudo de la superstizion, aunque él no la ubiese produzido. Como un siglo antes del tiempo en que bamos le introdujeron Fernando é Isabel, con el objeto prinzipal de impedir que los moros i judíos combertidos, ó que se creia estarlo, no reinzidiesen en sus errores, i castigarlos si reinzidian; pero no se limitaba á esto su jurisdiczion sino que se estendia sobre todos los que no conformaban sus opiniones relijiosas con las de la iglesia romana. Diez i ocho tribunales se establezieron en Castilla i Aragon, i cada uno tenia sus consejeros llamados inquisidores apostólicos, con secretarios, alguaziles, i otros dependientes. Además de estos satélites se esparzieron por el reino beinte mil familiares que aziendo unas bezes de espías, otras de delatores i otras de esbirros prendian á cuantos les eran sospechosos, i segun sus deposiziones eran enzerrados en los calabozos del santo ofizio. Muchos ziudadanos lo fueron por simples sospechas; i contra todas las formas i reglas establezidas por las leyes

puestos á cuestion de tormento, juzgados i condenados por los inquisidores, sin aberles careado, ni con los acusadores ni con los testigos en birtud de cuyas deposiziones eran sentenziados. Las penas eran mas ó menos terribles segun el carácter i el capricho, el zelo i el fanatismo de los juezes, ya la orca, ya el fuego, é ya enzierro perpetuo: sus bienes confiscados, i sus familias infamadas. (1)

Es indudable que esta instituzion era mui adecuada para uniformar en el reino la relijion; pero aun lo era mas para desterrar las delizias de la bida sozial, i toda libertad de ablar i de pensar; para inspirar terror, introduzir la esclabitud mas intolerable, i embilezer á los ziudadanos de todo estado i condizion, sometiéndolos á la autoridad clerical, cuya integridad aun suponiéndola mayor que en los demás, era preziso que la corrompiese aquella misma autoridad por el solo echo de ser ilimitada.

Asta los españoles (2) tubieron aquel tribunal por inicuo cuando se establezió, sin embargo de que aun no abian esperimentado el azote en que abia de combertirse, ni le miraban sino como el castigo de moros i judíos. Por esto se contentaron con murmurar, asta que el zetro de ierro descargó sobre sus cabezas, que ya entonzes no abia murmuraziones ni quejas, pues aun las mas secretas eran peligrosas, i muchas bezes funestas á los que osaban quejarse.

Esta instituzion antisozial, influyó bisiblemente en las costumbres del pueblo; i la reserba, la desconfianza i los zelos fueron el carác-

(1) Mariana, lib. 24, c. 16.
(2) Idem.

ter distintibo de los españoles. La inquisizion protejió i perpetuó el imperio de la ignoranzia i de la superstizion, inflamó el fanatismo relijioso, ofrezió los mas atrozes espectáculos en la ejecuzion de sus sentenzias, familiarizó al pueblo con la sangre, y alimentó en él aquel espíritu feroz con que en América i en los Paises-Bajos cometió atrozidades que amanzillaron para siempre el nombre español.

Empero estas consideraziones no estaban á los alcanzes de Felipe, i aun cuando se le ubieran sujerido nada influyeran en su conducta. Abíase embriagado con aquel beneno fanático i contajioso que dió sér á la inquisizion; eran á sus ojos los erejes los mas odiosos de los malbados; i todo lo que contribuyera á apartar á sus pueblos de las superstiziones que él tenia por dogmas, la mas orrible calamidad que podia sobrebenirles. Propúsose, pues, ayudar á los inquisidores con todo su poder, i les esortó á que prozediesen con la mas infatigable actibidad en el ejerzizio de sus funziones. Su zelo correspondió al ardor que inflamaba al soberano. Pero en aquel siglo era tal el espíritu de innobazion, que las nuebas opiniones abian penetrado asta España, i persuadido á un gran número de personas de ambos secsos, monjas i sazerdotes. Asta el arzobispo de Toledo Bartolomé de Carranza i Miranda dió sospechas de inclinarse á los nobadores en ziertas proposiziones sentadas en el catezismo que publicó en su diozesis. Los inquisidores espusieron al rei sus sospechas, i le consultaron azerca del modo con que se abian de conduzir. Era Carranza generalmente respetado como uno de los mas birtuosos i doctos prelados de España; i á esta reputazion debió el

que Felipe le llamase á Inglaterra, cuando aun no era mas que probinzial de dominicos, porque le juzgaba como mui á propósito para azelerar en aquel reino el restablezimiento de la religion romana; en lo que trabajó con tanto zelo, i formó el rei tan alto conzepto de su ferbor i sus talentos que le izo primado de España en 1557; abiendo sido la primera funzion que ejerzió de su alta dignidad el administrar los socorros espirituales en su última enfermedad al emperador Cárlos V. Pero desde el momento en que se sospechó de sus opiniones se olbidaron su mérito, sus serbizios i sus birtudes: Felipe contestó desde los Paises-Bajos á los inquisidores, que no dudasen prozeder contra el arzobispo lo mismo que contra cualquier otro delincuente; i que no queria se perdonase, ni á su ijo mismo si se le combenziera de erejía. Carranza fué preso i sus temporalidades ocupadas. Las proposiziones de su catezismo eran disputables aun entre católicos. No obstante, es presumible que se ubiera condenado al arzobispo si el papa no se interpusiera i reclamara el derecho esclusibo de juzgarle. Zeloso Felipe del onor del santo ofizio, que quisiera no ubiese autoridad que le pusiese límites, se empeñó en inclinar á S. S. á que se inibiese; mas en fin tubo el rei que zeder, i Carranza despues de seis años i siete meses de prision fué llebado á Roma donde se le dió libertad; pero á pocas semanas murió. (1)

Antes de la llegada de Felipe ubo en Balladolid un auto de fé, en que muchos protestantes fueron quemados, quedando en pri-

(1) Ferreras, ann. 1559, et 1576. Campana, ann. 1559. Miniana, l. 5, cap. 11.

sion destinadas al mismo suplizio mas de treinta personas. I Felipe que deseaba dar cuanto antes pruebas públicas del orror que le inspiraban los erejes, quiso que los inquisidores fijasen dia para asistir personalmente. Esta solemnidad sanguinaria, que repugna á la naturaleza i á la relijion cristiana, mas que los mas abominables sacrifizios de que los anales del paganismo conserben memoria, fué zelebrada con toda la pompa i esplendor que los inquisidores pudieron; i Felipe acompañado de su ijo don Cárlos i de su ermana, rodeado de sus cortesanos i de sus guardias se sentó enfrente de aquellas bíctimas desgraziadas; i despues de oido un sermon del obispo de Zamora se lebantó, i sacando la espada como en señal de consagrarse á la defensa de la fé, juró en manos del inquisidor jeneral que sostendria la inquisizion i sus ministros contra los erejes, apóstatas, i cualesquier otros que se opusieran á que ejerziesen su autoridad, i de obligar á sus basallos á que obedeziesen sus decretos.

Entre los protestantes sentenziados abia un idalgo llamado don Cárlos de Sese, que cuando se le llebaba al cadalso esclamó dirigiéndole la palabra: «i tú tambien, ó rei, bienes á ser testigo de los tormentos de tus basallos! sálbanos de esta muerte cruel: nosotros no la merezemos. Eso nó, respondió Felipe en tono feroz: yo mismo enzendería la oguera para mi propio ijo si fuese tan malo como bos.» (1) Dichas estas palabras se quedó mirando el orrible espectáculo, sin abergonzarse de presenziarle, con un semblante que descubria toda la ferozidad de su alma.

(1) Cabrera, l. 5, c. 3. Miniana, l. 5, c. 11.

Estos suplizios espantosos, i la sebera actibidad con que se ebitó la introduczion de libros luteranos produjeron el efecto que se esperaba. Izose en Sebilla otro auto de fé en que fueron ajustiziados al rededor de zincuenta protestantes: los demas si es que quedó alguno, disimularon sus opiniones ó se refujiaron en paises estranjeros. (1)

Dado que ubo órden en los asuntos del santo ofizio se dedicó despues á darle en los del gobierno zibil del reino, i segun los istoriadores españoles, tubo mucha prudenzia i tino en la eleczion de ministros i gobernadores; i se asegura que además de informarse azerca de aquellos á quienes destinaba para los empleos, anotaba para su uso las diferentes calidades de cada uno: por menores mui de su gusto: i sin duda pusiera toda su atenzion en el gobierno interior si no nezesitara prebenirse contra las ostilidades del gran señor, i de los corsarios berberiscos.

Allábase el imperio otomano en el mas alto grado de su gloria. Gobernábale entonzes Solimán, el mas grande é ilustrado de los sultanes, i abia ensanchado los límites del imperio en Persia, en Ungría i en Africa. A los caballeros de san Juan les arrojó de la isla de Rodas, que asta entonzes pasara por inespugnable: á los benezianos despojó de gran parte de su territorio: las costas de Italia i España las abia talado, i en fin era su nombre el terror, i sus proezas la admirazion de Europa. Cuando concurrió Felipe con Fernando por la corona imperial, tubo Solimán á los prínzipes de la casa de Austria por enemigos. A Franzisco I, i á

(1) Mariana, l. 5, cap, 11.

su ijo les socorrió contra Cárlos V i el suyo; i en la última guerra, dado que su escuadra detenida por desgraziados acasos, no pudo llegar á tiempo de obrar de conzierto con la de Franzia, izo descmbarques de tropas, bajo las órdenes del almirante Pialy, en Italia; i en las islas de Prozita i de Minorca pasó á cuchillo muchos abitantes i cautibó á no pocos.

Un enemigo tan poderoso i emprendedor daba bien en que pensar á Felipe, que sin embargo tubo por opuesto al carácter de protector de la iglesia, á que aspiraba, el entrar en ninguna negoziazion con quien tan declarado é irreconziliable enemigo era de la cristiandad. Léjos, pues, de azerle proposizion alguna, dispuso que las costas de Italia i de España se pusiesen en estado de defensa, temiendo que Solimán acomodase los negozios que le ocupaban para renobar contra él las ostilidades.

Pero al rei de España llamaban mas directamente la atenzion los corsarios de Africa, mas formidables que nunca por la proteczion de Solimán, á quien abian reconozido por soberano. Eran estos piratas turcos, árabes, negros, moros, parte africanos, parte espulsos de España por Fernando é Isabel: sus costumbres bárbaras, su audazia estrema, su fanatismo por la religion maometana frenético. Y aunque enemigos declarados de todas las potenzias cristianas, pero lo eran aún mucho mas de la española, que muchas bezes les atacara en sus mismas fortalezas, i tratara con la mayor inumanidad á los moros i maometanos sus ermanos. Estos bárbaros, mas de una bez se despicaron cruelmente bajo las órdenes de Orruch i de Airadin Barbaroja: su prinzipal armada la mandaba entonzes un zelebre pirata, llamado

Dragut, el Barbaroja de su tiempo, igual en talentos á aquellos dos ermanos conozidos por sus asombrosas azañas.

Nazió Dragut en una aldea de la Natolia, zercana á la isla de Rodas, en la última clase del pueblo: en su jubentud se alistó para serbir en una galera turca, á cuyo bordo estubo muchos años en calidad de marinero, i en este umilde destino dió pruebas admirables de talento. Sin embargo, por mucho tiempo se le creyó dominado de un bizio mui opuesto á aquella ambizion compañera ordinaria del ingenio: no parezia que pensaba mas que en enriquezerse; mas luego que juntó con que comprar una galera, empezó por su cuenta á ejerzer el arriesgado ofizio de pirata, en el cual tardó poco en azerse conozido por su abilidad, sus conozimientos náuticos i por su intrepidéz; i menos en que estas cualidades llegasen á ser conozidas de Airadin Barbaroja, almirante de Solimán, quien le rezibió de mui buena gana en su serbizio, le izo su lugar-teniente, i le dió el mando de doze de sus nabíos de guerra. Con esta escuadra hizo Dragut daños increibles á todas las naziones europeas que nabegaban en el mediterráneo, salbo los franzeses que nada padezieron por aliados del gran señor. Ninguna estazion le detenia: apenas dejaba pasar un barco español ni italiano; i cuando no tenia las presas que se habia propuesto, azia una incursion repentina en las costas de España ú de Italia, saqueaba el pais, i cautíbaba los abitantes; i casi siempre con felizidad. Pero como en el año de 1541 ubiese tomado tierra en una pequeña baía de la isla de Córzega, i sus jentes se desparramasen á saquear la costa, don

Juan Doria, sobrino del ilustre Andrea Doria, se fué á él con fuerzas superiores, le tomó nuebe nabes, i forzó al temible Dragut á que se rindiese. Cuando se bió en la galera de su enemigo no pudo reprimir la indignazion que le causaba su desgrazia, i esclamó: ¡es posible que yo baya así cargado de prisiones por un niño! palabra ofensiba que agrabó mucho su cautiberio. Barbaroja i Solimán se interesaron por él, é izieron á los jenobeses las ofertas mas lisonjeras por su rescate: sin embargo, se le retubo preso cuatro años, i asta que presentándose Barbaroja delante de Jénoba con zien galeras amenazando reduzirla á zenizas si inmediatamente no se ponia en libertad á Dragut, conozió el senado la nezesidad de obedezer órdenes tan estrechas.

Ardiendo en ira, i mas bibamente irritado que nunca contra los cristianos, buelbe á su ofizio este famoso corsario, i con la mayor ansia busca infatigable ocasiones de bengarse. Ademas de las presas que azia en el mar, todos los años saqueaba i talaba un sin número de ziudades i pueblos de Italia é islas adyazentes. Le tomó Doria el fuerte Pirt de Moedia en la costa de Berbería; pero Dragut se desquitó con bentajas; pues en un combate que dió á aquel famoso jeneral zerca de Nápoles, le apresó seis nabes cargadas de tropa, i le forzó á uir i al resto de su escuadra. El año siguiente conquistó casi toda la isla de Córzega, i la dió á los franzeses; despues de lo cual, i de aberse apoderado de Trípoli, la fortificó con el mayor cuidado, i salia siempre que lo permitia el tiempo á perseguir en los mares á sus enemigos. Al adbenimiento de Felipe al trono, i aun echa la paz entre España i Franzia, continuó Dra-

gut como antes talando las costas de Sizilia i Nápoles, i todos los estados del rei de España que podia alcanzar.

Antes de salir Felipe de los Paises-Bajos, le abian suplicado con el mayor encarezimiento que tomase en considerazion los males sin número que este corsario causaba á sus basallos. El gran maestre de Malta i el duque de Medinazeli, gobernador de Sizilia, repetian las mismas súplicas de que se sirbiese embiar contra Dragut fuerzas que le obligasen á dejar su guarida. Bien conozia Felipe la nezesidad de azerlo; i como el gran maestre le abisase de que Dragut se allaba ausente de Trípoli aziendo guerra tierra adentro de Berbería á uno de aquellos reyes, inmediatamente dió órden al duque de Medinazeli, á Doria i algunos otros comandantes para que á la mayor brebedad aparejasen lo nezesario para aquella espedizion. Ayudaron el papa i casi todos los demas prínzipes de Italia, i se equipó una armada de zien belas, que llebaban á bordo mas de catorze mil soldados; i de todo se dió el mando al duque, quien se izo á la bela en Mesina á fin de octubre de 1559, i tocó en Siracusa donde bientos contrarios le detubieron muchas semanas. En este tiempo la mala calidad i peor estado de las probisiones produjo una epidemia que se llebó de tres á cuatro mil soldados. No obstante, el duque siguió su derrota, teniendo aún por bastantes sus fuerzas para el logro de la empresa; i es mui probable que así ubiera sido si dirijiéndose á Trípoli la sitiara inmediatamente; pero creyó conseguirlo con mas fazilidad apoderándose de la isla de Jelbes, distante pocas millas, en que mandaba un gobernador moro adicto á Dragut. Con efecto, se tomó fázilmente, i los moros,

despues de una débil resistenzia, abandonaron el castillo, i su comandante juró sobre el alcorán fidelidad al rei de España.

Algunos ofiziales quisieran que el castillo se demoliese al instante, i se atacase á Trípoli en seguida; pero por desgrazia fué de otro parezer el duque, i no solo trató de conserbarle, sino que le izo fortificar i aumentar, en que se perdió mucho tiempo. Ganóle Dragut, buelto con sus tropas, en probeer á la seguridad de la plaza, i en dar abiso al gran señor de lo en que se ocupaba la armada cristiana, que dezia se podia atacar con muchas bentájas en aquel momento en que la mayor parte de las tropas estaban en tierra, i su jeneral poco cuidadoso.

Aprobechó Solimán la ocasion que le ofrezió Dragut. Equipa con la mayor zeleridad una armada de setenta i cuatro galeras con zien jenízaros i otras tropas á bordo de cada una, i da el mando al almirante Pialy, con el mas estrecho encargo de la brebedad en la diligenzia. Por una fragata maltesa supieron los españoles que se azercaba, i esta notizia les puso en la mayor confusion. Juntóse consejo de guerra en que muchos ofiziales opinaron que se esperase i diese batalla al enemigo: otros, i entre ellos el jóben Doria, cuyo balor estaba fuera de toda sospecha, sostubieron que atendiendo al débil estado de la jente, i á las grandes pérdidas i bajas que tenia, era nezesario ebitar el combate con un enemigo tan superior: que sería esponerse á una derrota completa el arriesgar una aczion dezisiba con fuerzas tan desiguales; que por consiguiente lo mas azertado era retirarse inmediatamente, i ganar un puerto seguro. El duque, sin el menor conozimiento de la náutica ni marinería, incapaz por lo mismo de

desempeñar aquel cargo, no sabia que dictámen seguir; pero el tiempo obligaba á que se adoptase uno, i Medinazeli indeziso continuó adelantando las fortificaziones del castillo, asta que en fin llegó la notizia de que el enemigo se allaba allí zerca, i se dirijia en derechura á la isla.

Ya no era tiempo de poner la armada en estado de defensa: soldados i marineros estaban consternados: las nabes, sin esperar órden del comandante, uian á remo i bela: muchas se fueron á pique entre los escollos que rodean la isla: otras, impelidas del biento ú del enemigo, fueron á dar en la costa. Algunas escaparon, particularmente las de Malta, que la conozian perfectamente. De treinta se apoderaron los turcos, izieron zinco mil prisioneros, i entre aogados i muertos ubo mil. El duque, acompañado de Doria i de algunos otros ofiziales, atrabesó á benefizio de la noche por la escuadra enemiga, i llegó sano i salbo á Malta, dejando encargada la guarda de Jelbes á don Albaro de Sande, prometiéndole un pronto i poderoso socorro.

Este bizarro español no debia contar con él, ni creer que podria resistir mucho tiempo á las grandes fuerzas que iban á oprimirle: además no tenia la abundanzia de bíberes ni de munizyones nezesaria; i era mui de esperar que en el pais encontrase mas enemigos que amigos. A pesar, pues, de tan desabentajadas zircunstanzias, se resolbió en azer la mas bigorosa resistenzia; i para ello aumentó la guarnizion con los marineros de las galeras, que por uir se estrellaron en la costa.

Pialy no perdió un momento, obtenida que ubo la bictoria: desembarcó sus tropas, i em-

pezó el sitio. Dragut le llebó en persona artillería de Trípoli i algunos soldados de refresco. Zerca de doze mil turcos, además de los isleños i otros moros, componian el ejérzito sitiador, que sufrió mucho en sus primeros ataques; pero luego que empezó á jugar la artillería, bino á tierra una gran parte de la muralla. Los sitiados padezian mucho por el eszesibo calor, por las escasezes, por la mala calidad de los alimentos i del agua: muchos abian perezido, muchos murmuraban, i algunos, abrumados de fatiga i de miseria, se pasaron, é instruyeron á Pialy de la triste situazion de los españoles: con esto les estrechó mas á que se rindiesen ofreziéndoles la bida. Don Albaro desechó con indignazion la oferta, i continuó defendiéndose. Pero en fin, biendo casi acabadas las probisiones, i no pudiendo contar con los socorros que le prometió el duque, juntó la guarnizion reduzida ya á mil ombres, i despues de recordarles la gloria que abian adquirido, i de esponerles que ni abia bíberes, ni ellos eran bastante para defender por mas tiempo la plaza, les preguntó si querian rendirse bergonzosamente para ser esclabos de sus bárbaros enemigos, ó seguir el ejemplo que él les diese, muriendo con las armas en la mano, peleando por el onor de su relijion i de su pátria. Todos á una boz respondieron: «que preferian la muerte á la esclabitud, i que estaban dispuestos á seguirle á do quiera que les llebase.» Entonzes izo Sande distribuir las pocas probisiones que quedaban, i se preparó á salir del fuerte á la media noche.

Salieron, pues, por la puerta que da al mar, i atrabesando la triple trinchera echa para prebenir sus salidas, izieron una orrible carnizería en los turcos, i llegaban mui zerca de

la tienda del jeneral cuando les contubieron los jenízaros: siguieron por largo tiempo peleando como desesperados; pero abiendo tomado las armas todo el ejérzito, fueron oprimidos por la muchedumbre, i casi todos muertos. Sande, seguido de dos ofiziales que abia conserbado zerca de sí, se abrió paso por entre lo mas espeso de los enemigos, llegó á la playa, subió á bordo de un nabio español de los estrellados en ella, i allí le encontró el dia con la tarja en una mano i la espada en otra, rodeado de turcos que le ubieran sepultado bajo sus benablos, si sus ofiziales respetando el balor eróico no les contubieran. En fin, un renegado jenobés le instó á que rindiese las armas, seguro de que sería tratado como merezian su rango i su balor. Sande se rindió. (1)

Tal fin tubo aquella desgraziada empresa, cuyo mal ecsito i peores consecuenzias debian atribuirse á la obstinazion i á la inesperienziá del jeneral. Sin embargo, no allamos que Felipe iziese la menor demostrazion de descontento por tan torpe conducta; sin duda ubo de mirarla bajo otro aspecto que los istoriadores contemporáneos; ó temió azer una confesion tázita de su poco diszernimiento, si tachaba de imprudenzia ó incapazidad á una persona que abia juzgado digna de tan gran confianza. En lugar, pues, de perder el tiempo en quejas i resentimientos contra el duque, le ganó en prebenir lo que tenia que temer de los turcos, no dudando que Pialy en prosecuzion de su bictoria

(1) Fué llebado como los demás prisioneros á Constantinopla, i despues obtubo libertad en birtud de un tratado echo entre el gran señor i el emperador.

dejase de azer algun desembarco en las costas de España ó Italia, cuyos abitantes estaban cuidadosísimos.

Establezieronse apostaderos á lo largo de la costa, i la escuadra benzida se reparó brebemente. Mas estos preparatibos que despues fueron útiles, en aquella ocasion no se nezesitaron, porque eran otros los objetos que atraian la ambizion de Solimán; i así fué que llamó á Constantinopla la armada, librando de temores á españoles é italianos.

Tubo el rei Felipe abiso de que Aszem, ijo del famoso Barbaroja i birei de Arjél, en nombre de Solimán, abia formado un proyecto sobre Orán i Mazarquibir, ámbas fortalezas en la costa de Berbería, i poseidas por España desde el año de 1509, que se conquistaron en el ministerio del cardenal Zisneros. Inmediatamente equipó una escuadra de beinte i cuatro galeras, i la destinó á reforzar la guarnizion de aquellas plazas, i frustrar la empresa de Aszem; pero esta escuadra fué arrebatada por una tempestad que echó á pique beinte i dos nabes con mas de cuatro mil ombres.

Este aczidente animó á Aszem á seguir su proyecto: persuadió á muchos prínzipes maometanos de Berbería á que le ausiliasen con sus tropas, i arribó á las inmediaziones de Orán á la entrada de la primabera con una armada de mas de treinta nabes i un ejérzito de zien mil ombres. De las dos plazas que intentaba atacar solo Mazarquibir es puerto: Orán está mas de una legua tierra adentro. Con tan numerosa escuadra pudiera bloquear las dos; pero prinzipió sitiando á Mazarquibir, que aunque mas fuerte por su situazion, no estaba tan fortificada como Orán.

Allábase de gobernador de ambas el conde de Alcaudete, que prebista la tempestad que le amenazaba, no abia perdonado medio de probeer á la defensa de ellas, i puso en Mazarquibir á su ermano don Martin de Córdoba, resueltos ámbos en resistir asta el último estremo. El conde azia frecuentes salidas de Orán, en que los españoles llebaban siempre la mejor parte; i el ermano con su guarnizion se distinguian aún mas si era posible en la defensa de Mazarquibir. Desplomábanse las murallas á los tiros de la artillería de los sitiadores: dió Aszem onze asaltos, i mas de una bez fijó en la brecha su estandarte; pero fué siempre benzido i rechazado, i á pesar de la superioridad de sus fuerzas, se bió en la nezesidad de zeder al imbenzible balor de los españoles. Esta bizarra tropa estaba no obstante bien persuadida de que por falta de probisiones la sería mui pronto nezesario perezer, ó someterse á la odiosa esclabitud á que sabian les tenia condenados el implacable aborrezimiento de sus enemigos.

No ignoraba Felipe el apuro en que se hallaban, ni omitia dilijenzia para que fuesen prestamente socorridos; pero como Mazarquibir estaba bloqueado así por mar como por tierra, nezesitaban los socorros ir comboyados por una escuadra superior á la del enemigo. Llegó en fin á reunirla en los puertos de España i de Italia, i dió el mando á don Franzisco de Mendoza con órden de azerse á la bela para Mazarquibir con cuanta brebedad pudiese. Llegó Mendoza á tiempo, cayó de improbiso sobre la escuadra enemiga, tomó nuebe nabes, i puso las demas en fuga; i Aszem que se preparaba á

dar un nuebo asalto, biéndose entre la escuadra española i las guarniziones de Orán i Mazarquibir, lebantó prezipitadamente el sitio al cabo de tres meses de inútiles ataques, i partió con todas sus fuerzas á Arjél. Siguióle Mendoza muchas millas; pero no pudiendo darle alcanze, tornó á Orán, reforzó las guarniziones de ámbas plazas, i dió la bela para España donde fué rezibido con mil aclamaziones. El conde de Alcaudete fué mui luego promobido á birei de Nápoles, i su ermano rezibió señales de distinzion i aprezio del rei. Todos los ofiziales i asta los simples soldados fueron al tanto recompensados con proporzion á sus grados i á sus acziones.

Con la ausenzia de la armada abia padezido mucho el comerzio español. El famoso corsario Cara Mustafá recorria el mediterráneo con una escuadra de seis nabes, i azia presas sin cuento. Era su retirada una fortaleza en la costa de Africa, llamada el Peñon de Belez, que se tenia por inespugnable en aquellos tiempos en que aún no se abian imbentado las bombas. Situada en una roca desigual i escarpada solo es aczesible por un sendero estrecho tajado en la misma roca; i la separa del continente un canal capaz de diez ó doze barcos de los que sirben en los cruzeros. A lo formidable de la situazion añadia mas defensas el arte: muros flanqueados de bastiones i guarnezidos de artillería rodeaban la roca de arriba abajo, i cuando los corsarios se allaban perseguidos, se refujiaban bajo el cañon de aquellas baterías. Esta fortaleza dominaba el estrecho, i fazilitaba á Mustafá el inquietar á los cristianos con poco riesgo. En fin, el Peñon llegó á ser plaza mui importante,

i todas las potenzias que comerziaban en el mediterráneo tenian un gran interés en echar de ella á los piratas.

Corria la boz de que Solimán pensaba en atacar este año la Italia ó la España, i Felipe se prebino aumentando considerablemente su marina; pero luego que estubo zierto de que el rumor era falso, ó que el gran señor abia mudado de acuerdo, creyó que no podia emplear mejor aquellos preparatibos que contra el Peñon, que tanto daba que temer á sus basallos.

Pero aun no llenando sus deseos una armada tan poderosa, pidió socorros á Portugal, á los caballeros de Malta, i á los aliados de Italia. Ni permitió que sus nabes fuesen á Málaga, puerto señalado para la reunion, asta que tubo nobenta galeras i otros sesenta buques de menos porte con trece mil ombres á bordo. Este esfuerzo no nazia solo de la prudenzia eszesiba con que se conduzia ordinariamente en toda empresa militar: otras razones le abian estimulado á azerle. Para sitiar una plaza tan pequeña como el Peñon no se nezesitaban tantas fuerzas; empero los moros de las inmediaziones estaban mui interesados en conserbarla por los muchos probechos que sacaban de las grandes presas que los corsarios les bendian, i de los muchos esclabos que diariamente les llebaban.

Así fué, que no bien ubieron desembarcado los aliados cuando un gran número de aquellos bárbaros se presentó en las montañas, por cuyo pie tenia que pasar el ejérzito para llegar al fuerte. Pero una muchedumbre sin órden mal podia detener á tropas regladas; los españoles continuaron su marcha. Mas á la bista del Peñon muchos de los jefes creyeron imposible rendir una plaza de tan singular asiento, i

opinaron que se abandonase la empresa; i fuera mui probable que así ubieran tenido que azerlo si se allara allí Mustafá; pero por no arriesgar sus nabes, confió la defensa de la plaza algun tiempo ántes á un renegado llamado Ferret, que tenia doszientos turcos á sus órdenes, i munizіones de boca i guerra mas que sufizientes para el tiempo que naturalmente podia durar el bloqueo.

Creyó Mustafá que los españoles se desengañarian bien pronto de la locura de su empresa, i se entregó á su ofizio ordinario, dándole poco cuidado las resultas del sitio; pero se engañó en la eleczion de aquellos de quienes izo tanta confianza. El gobernador i la guarnizion se intimidaron á bista de la armada que les rodeaba; i no bien ubieron las baterías españolas desmontado algun cañon i empezado á desmoronar las murallás cuando les sobrecojió tan pánico terror, que á media noche i á nado se pasaron á tierra firme el comandante i la mayor parte de la guarnizion, quedándose en la plaza solo los que no supieron nadar, i se la entregaron á los españoles.

Preziosa conquista, mas útil que gloriosa! pero que causó en todas las probinzias meridionales de España la mayor alegría, tanto mas completa i unibersal, cuanto fué á menos costa de españoles. Don Garzía de Toledo, comandante en jefe de la espedizion, rezibió en recompensa el bireinato de Sizilia. (1)

(1) Cabrera, lib. 6, cap. 17. Ferreras, part. 14. Bertot, histoire des chevaliers de Malte.

ISTORIA
DEL REINADO DE FELIPE II,
REI DE ESPAÑA.

LIBRO QUINTO.

En medio de las operaziones militares, de que acabamos de dar cuenta, obserbaba Felipe con dolor los rápidos progresos de la erejía en todos los estados de Europa, salbo en España, i puso el mayor conato en que se zelebrase un conzilio jeneral que acabase con una secta que tan aborrezible le era.

Al prinzipio de las nuebas opiniones creyeron los católicos que no debian combatirlas sino persiguiendo de muerte á los que las profesaban. Tratáronles, pues, con el mismo rigor que si fuesen reos de los mas atrozes delitos; empero no tardaron en desengañarse de que no era aquel el medio de atraerles al seno de la iglesia. Los edictos sanguinarios, las carnizerías, los suplizios bariados asta el infinito por la injeniosa crueldad de los inquisidores propagaron con rapidéz la doctrina que intentaban sufocar, é inflamaron mas que entibiaron el zelo de sus prosélitos; los cuales, persuadidos de que defendian la causa de Dios i de la berdad, i de

que su perseberanzia seria recompensada con felizidades eternas, corrian á los suplizios léjos de ebitarlos, i mostraron en los mas orribles tormentos un grado de pazienzia i de balor, que admirados los testigos, se azian imitadores de su constanzia, i partidarios de su relijion.

Abia ya en ella prínzipes: en muchos estados eran los protestantes mas i mas poderosos que sus enemigos; i en otros prebalezian de tal modo sus opiniones, que los soberanos católicos no los destruyeran sin pribarse de los mas industriosos de sus basallos, que contribuian poderosamente á mantener su decoro, i á conserbar la consideracion de que gozaban. Pasóse, pues, el tiempo en que se creyó que la persecuzion debió ser eficaz, i los prínzipes al fin se desengañaron de la nezesidad de recurrir á medios mas suabes. Por otra parte, i á pesar de la prebenzion que contra los nobadores tenian, no podian preszindir de que una reforma era absolutamente nezesaria: abian sufrido por mucho tiempo i con la mayor impazienzia las usurpaziones de la corte romana, i se persuadian, que correjidos ziertos abusos, no seria imposible reduzir á los protestantes á su antigua creenzia.

Un conzilio general parezió el único medio de conseguirlo, i Cárlos V trabajó infinito para lograr que se combocase. En los primitibos tiempos eran los emperadores los que los combocaban; mas en el siglo de Cárlos ni siquiera se dudaba que pertenezia esclusibamente á los papas. Pero como estos temian que la correczion de tales abusos abia de limitar su poder tanto como zerzenase sus usurpaziones, léjos de fazilitar que se zelebrara, se esforzaban á impedirlo. En el pontificado del débil Clemente empleó Cárlos todo su poder i toda su industria

para lograrlo, pero en bano. No fué menos opuesto Paulo III; pero reunidos todos los soberanos católicos de Europa al emperador para pedirle, nezesitó Paulo zeder, i combocar á conzilio jeneral en Trento. Despues se transfirió á Bolonia, i restablezido de nuebo en Trento en 1551 muerto Paulo, permanezió allí asta el año siguiente, que se prorogó por dos años á causa de la guerra suszitada entre el emperador i el elector de Sajonia.

En las dibersas sesiones que se zelebraron durante el pontificado de Paulo, se condenó el dogma fundamental de los reformados, por el cual reconozian los escritos de los ebanjelistas i de los apóstoles como la única regla de fé. Entre los libros canónicos fueron contados los que los protestantes tienen por apócrifos, i se les atribuyó la misma autoridad; así bien que á la tradizion oral de la iglesia.

Por el modo con que el conzilio zelebró las sesiones, por la naturaleza de las cuestiones que dezidió, i por la ziega adesion que á la corte romana manifestaron los que le componian, era fázil preber que no se abian de lograr los saludables efectos que se esperaban, i que le abian echo tan deseado; pero no les ocurrió ningun otro medio de contener los progresos de la erejía. Concluida que fué la guerra entre Franzia i España trataron sériamente los prínzipes católicos de que continuase el conzilio.

El estado en que la Europa se allaba parezia esijir entónzes mas que nunca remedios prontos i eficazes. El poder i el número de los protestantes se aumentaba de dia en dia. La Inglaterra i la Escozia salieron de la obediencia romana, i mudaron sus dogmas i ritos. En

los Paises-Bajos se abian multiplicado prodijiosamente, á pesar de la terrible crueldad con que se les tratara. En Franzia donde las guerras de relijion tenian abrasadas las probinzias, temian los católicos que los protestantes se iziesen tan poderosos que les arrancasen las riendas del gobierno. En Italia mismo abian penetrado las nuebas opiniones; i en Nápoles i Saboya se contaban muchos sectarios. De Nápoles los arrojó la inflecsible seberidad de Felipe dando órden al birei para que sin misericordia muriese todo ereje, i persiguiese á sangre i fuego á los fujitibos de Cosenza que abian ido á refujiarse á las montañas.

Pero el duque de Saboya que no pensaba pribarse de los muchos basallos útiles que abian abrazado la reforma tubo por mas razional el ilustrarlos para combenzerlos; á cuyo fin solizitó permiso del papa para combocar un sínodo de los prinzipales eclesiásticos de sus estados. Al mismo tiempo supo Pio IV que en Franzia se abia resuelto azer lo mismo; lo cual fuera dar el golpe mas funesto al derecho esclusibo que se arrogaba de dezidir en materias de fé. Temió que el ejemplo de Franzia i de Saboya le siguiesen las demás naziones, i los decretos de los sínodos nazionales fuesen sustituidos á los de la santa sede. Por consiguiente era de esperar que se opusiese á medidas tan atentatorias de su autoridad, i le fué fázil disuadir al de Saboya. «Si los erejes, respondió al embajador del duque, nezesitan instruczion yo embiaré eclesiásticos i un legado que les instruyan i absuelban. Pero buestro amo no tardará en desengañarse de que se resisten á toda instruczion, i de que la moderazion de su conducta la atribuirán á impotenzia de redu-

zirlos por la fuerza. Nunca la suabidad que quiere emplear como remedio á tamaños males a produzido ningun bien ; la esperienzia le enseñará que miéntras mas rigurosamente trate á los erejes tanto mas pronto sufocará la erejía. Si adopta mi dictamen yo le prodigaré todos los ausilios nezesarios para seguirle.»

El duque de Saboya sínzeramenre unido á la creenzia romana, i á Felipe, zedió á estas sujestiones, i se empeñó en una guerra cruel contra sus basallos protestantes, que le izieron arrepentirse de aber creido al papa (1).

Mas difizil le fué á S. S. el impedir que se zelebrase en Franzia el sínodo proyectado; pues nezesitó para lograrlo prometer que cuanto antes combocaria uno jeneral. Así lo abia jurado antes de su esaltazion; pero ocupado que ubo el trono siguió las mácsimas de sus predezesores, i mostró que no temia menos que ellos aquellas asambleas. Se acordó de los motibos que abian determinado á Paulo III á disolber el conzilio á pretesto de trasladarle á Bolonia: reflecsionó sobre el peligro á que Julio abia estado espuesto, i de que le libró su buena fortuna i la guerra de Alemania: consideró que como ningun prínzipe era entónzes tan poderoso como Carlos V que pudiese imponer respeto á los prelados que asistiesen al conzilio, tomarian un tono mas absoluto, i arian por lebantarse sobre las ruinas de la tiara.

Por estas consideraziones ubiera querido

(1) Al fin se alló en la nezesidad de conzederles el ejerzizio de su relijion despues de aber padezido barios descalabros en las montañas en diferentes escaramuzas, i perdido siete mil soldados en una batalla campal. Fra-paolo, lib. 5.

Pio eludir el cumplimiento de su promesa; pero temia tanto las consecuenzias que podian resultar del sínodo nazional de Franzia; i por otra parte se beía tan estrechado por Felipe, el emperador, i los otros prínzipes católicos, que nezesitó deferir á sus instanzias; empero tomando todas las precauziones imajinables para ebitar todo menoscabo de su autoridad.

Despues de muchas largas que Pio IV supo dar, fué en fin publicada la bula de combocazion en 29 de diziembre de 1560, i fijada para la pascua la abertura del conzilio, que abia de zelebrarse en Trento, en cuya razon se embiaron nunzios á todas las potenzias cristianas.

Dudaron mucho tiempo el papa i los cardenales si en la bula se calificaria de nuebo este conzilio, ó como continuazion del que empezó en los pontificados de Paulo i Julio. La dezision de este punto á primera bista indiferente era en realidad mui difizil i de mucha transzendenzia. Con efecto, sino era mas que continuazion, todos los decretos de las primeras sesiones contra los protestantes tenian fuerza de lei, rezibian su sanzion del conzilio que iba á reunirse, los protestantes se tendrian desde luego por condenados, i no se entenderia con ellos la bula de combocazion; en bez de que si se anunziaba un conzilio nuebo se les daba esperanza de que las materias en cuestion se bolberian á discutir, i se les obligaba á que embiasen diputados, i en consecuenzia á que reconoziesen la autoridad del conzilio.

El emperador, la reina madre, i los ministros de Franzia se interesaron eficazmente en que la bula no recordase las primeras sesiones, i pretendieron de S. S. que no ubiese restriczion que pudiese indisponer á los protestantes.

Felipe era de contrario acuerdo i mui diber-sas sus miras. Su odio á los erejes no le dejaba ber ningun otro medio de atraerlos que la bio-lenzia i la persecuzion: no pensaba zeder ni en lo mas mínimo por reconziliarse con ellos, i si deseaba la zelebrazion del conzilio era menos por atraer al seno de la iglesia á los que se abian estrabiado, que por impedir á los católicos el que siguiesen su ejemplo. Pio mis-mo sospechó despues que el objeto del rei de España abia sido el aumentar el poder de los obispos i de los soberanos, i disminuir la juris-diczion de la santa sede, á cuyas esorbitantes pretensiones era en berdad opuesto, á pesar de la adesion que afectaba tener al sumo pon-tífize, en realidad con el fin de disfrazar su am-bizion. Lo que Felipe deseaba era que los pro-testantes no asistiesen al conzilio, temiendo que moderasen ó retardasen sus deliberaziones; porque dado que se discutiesen de nuebo los puntos ya dezididos seria imbalidar en zierto modo la autoridad que se trataba de sostener, i que por lo tanto era nezesario que se consi-derase como una continuazion del conzilio antes prorogado.

Así pensaba tambien el papa, pero no se determinaba á oponerse directamente al empe-rador i á la corte de Franzia, que eran de opinion contraria; i para salir de paso tan di-fizil izo estender la combocatoria en términos tan ambiguos que admitiesen toda interpreta-zion, i anunziase un conzilio nuebo ó conti-nuado. Por este medio logró en parte lo que de-seaba, pues aunque ninguna quedó entera-mente satisfecha, tampoco quedaron tan des-contentas como si la bula ubiese enunziado es-

plízitamente la intenzion del pontífize cualquiera que ubiera sido: todos los prínzipes católicos adirieron á la combocazion, i dieron órden á los eclesiásticos de sus estados para que se allasen en Trento al tiempo determinado.

La bula no llamaba mas que á los obispos, á los abades, i otros sazerdotes autorizados por los cánones de la antigua disziplina; mas, los nunzios Martinengo i Comendono tubieron encargo de combidar á las potenzias protestantes á que diputasen quien asistiese al conzilio.

Los prínzipes alemanes de esta comunion se allaban entónzes en Nomburgo en la alta Sajonia; á donde el emperador les embió tres embajadores que ausiliasen á los nunzios. Pero los prínzipes respondieron á aquellos con todo el respeto debido á Fernando, asegurándoles su reconozimiento por el interés que se tomaba en sus asuntos, i protestaron que nada les sería mas agradable que un conzilio ecuménico si fuera de esperar que remediase las dibisiones de la iglesia; pero que no podian prometerse tan apetezibles efectos de la junta á que se les combidaba, junta combocada por un pontífize, cuya autoridad no podian reconozer, i en la que era fázil notar por la misma bula de combocazion, que los que estaban absolutamente entregados á la corte de Roma serian los únicos que tendrian algun influjo.

Sin embargo admitieron á los nunzios, los cuales dieron á cada uno de los prínzipes las cartas de S. S.; pero se las debolbieron al dia siguiente sin abrirlas con esta respuesta: «que como no reconozian ninguna autoridad en el obispo de Roma fuera de su diózesis, creian

que no nezesitaban esplicarle sus opiniones respecto del conzilio jeneral : opiniones de que ya abian dado cuenta al emperador. » (1)

Los nunzios partieron de Nomburgo para Dinamarca é Inglaterra ; pero tubieron que bolber atrás porque el cardenal Martinengo rezibió en los Paises-Bajos órden de Federico para que no pasase adelante, i á su cólega se le dijo en Lubek de parte de Isabel que estaba dezidida como el rei de Dinamarca á no aderir de modo alguno al conzilio jeneral.

Mui luego se bió que los protestantes abian adibinado las intenziones del papa : desde la primera sesion i en el primer decreto, antes que llegase la mayor parte de los prelados que debian asistir, se dezidió á propuesta de los legados que presidian, que á ellos solos tocaba proponer las cuestiones que se abian de discutir. Así precabieron que se iziese ninguna proposizion dirijida á correjir los innumerables abusos que afeaban el gobierno pontifizio, i cuya enmienda era jeneralmente deseada. Felipe i los demás soberanos interpusieron todo su poder ya con el papa ya con el conzilio para que se rebocase aquel decreto; pero en bano. El empeño en sus instanzias no izo mas que confirmar al papa en las sospechas de que lo que se queria era limitar su autoridad : eludiolas pues con la mayor sutileza, i dió órden á sus legados para que sostubiesen irrebocablemente aquella conzesion que tanto se deseaba anular.

Esto no impidió que muchos prelados propusiesen al conzilio la nezesidad de ordenar la residenzia á los obispos, que era el golpe mas

(1) Paul., l. 5.

terrible que podia darse al poder pontifizio. Los legados rezibian instrucziones prezisas siempre que las zircunstanzias les ofrezian dificultades; pero llegaron á ser tan frecuentes que tenian al santo padre en una contínua ansiedad, i pensó muchas bezes disolber un conzilio que tan difizil le era contener en los límites que le queria prescribir. Pero en fin, á costa de una atenzion i de una bijilanzia infatigables, mezclando con oportunidad las promesas i las amenazas, negoziando inzesantemente con los padres, lisonjeando á estos, intimidando á aquellos i sobre todo atrayéndose los obispos italianos, (1) que eran muchos, i dependian mas inmediatamente de él, se aseguró en todas las cuestiones la pluralidad de los botos, i no solo consiguió impedir que ubiese dezision que aminorase su poder, sino que izo se confirmasen algunas de las usurpaziones eclesiásticas por cuya abolizion se abia deseado prinzipalmente el conzilio. A los prínzipes católicos descontentaron mucho estas trazas, i sus embajadores, así bien que los prelados, se quejaron de que léjos de gozar el conzilio la libertad que le era esenzial estaba encadenado por las órdenes secretas que inzesantemente llegaban de Roma, i en esta razon izieron las mas bibas representaziones al papa mismo, que unas bezes respondia con afabilidad, otras en términos ambiguos, i otras dándose por mui ofendido de tales sospechas, asegurando que el conzilio estaba en plena libertad, é insinuando que la berdadera causa del descontento i de la murmurazion de los prínzipes i sus representantes

(1) Muchos de ellos eran tan pobres, que en aquella ocasion nezesitó S. S. azerles el gasto.

era porque no podian dictar en él los cánones.

Fuese la que quisiese de las dos partes la que tubiese razon para quejarse de la otra, las deliberaziones continuaron del mismo modo, asta que en fin cansado Pio IV de la contínua atenzion, i de los gastos que su política esijian, dió órden á sus legados para que cuanto antes disolbiesen el conzilio. En consecuenzia se disolbió con la prezipitazion mas indezente á fines de 1563 sin que los prínzipes iziesen mucha resistenzia, porque mucho antes abian perdido las esperanzas de que produjese las utilidades que se prometierán. (1) Conozieron que el influjo del papa no podia contrabalanzearse, i que por consiguiente la continuazion solo serbiria para estender i fortificar la autoridad que querian disminuir. Dioles de ello una prueba la última sesion en que pasaron dos cánones sin oposizion, por mas que sobre su contenido no se ubiese echo antes insinuazion alguna; lo cual denotaba la parzialidad del conzilio con la santa sede. Fué uno de ellos que se pidiese al papa la confirmazion de los cánones, i el otro en que se declaraba formalmente que fuesen las que quisiesen las espresiones de que se ubiesen balido para estenderlos, nunca podrian interpretarse en perjuizio de la autoridad del sumo pontífize.

Causóle á Pio la mayor alegría la disoluzion del conzilio, i particularmente la notizia de los dos últimos decretos. Dispuso que se izie-

(1) Las actas fueron suscritas por cuatro legados, dos cardenales, tres patriarcas, beinte i zinco arzobispos, doszientos sesenta i ocho obispos, siete abades, siete jenerales de regulares i treinta i nuebe diputados. Paul., l. 8.

sen solemnes acziones de grazias, i dijo en el consistorio que los confirmaria todos, i añadiria algunas reformas á las establezidas. Mas, temiendo algunos de sus cortesanos que fuesen por ellas menos los probechos de sus empleos, se lo disuadieron con la mayor fazilidad, porque S. S. estaba mui léjos de pensar en azer las nobedades que su corte temia con razon. Confirmó pues el conzilio, porque de no azerlo no se infiriese que le condenaba, ni se menospreziasen sus actas, ni tubiesen los franzeses i demás potenzias católicas pretesto para combocar sínodos nazionales; estando bien seguro de que dependia absolutamente de su boluntad el determinar asta que punto abia de tener efecto la ejecuzion de cada decreto. Desprezió las objeziones de sus cortesanos, i publicó su bula de confirmazion con las formalidades ordinarias, esortando á los prelados i prínzipes á que rezibiesen las actas del santo conzilio de Trento, proibiendo á toda persona así lega como eclesiástica el que le pusiesen notas ni comentarios, ordenando á los católicos que recurriesen á la santa sede cuando en algo dudasen.

La bula se dirijió á los católicos solamente, pues Pio no esperaba que los protestantes tubiesen mas miramiento á esta que á la de combocazion. Desde el prinzipio asta el fin se propuso el conzilio suszitar nuebos obstáculos que imposibilitasen la union de reformados i católicos, en bez de disipar los que á ella se oponian. La antigua creenzia estaba ya mas claramente fijada: las doctrinas romanas, sus sutiles sofismas, sus artifizios i sus pretensiones, formalmente definidos: las zeremonias introduzidas en los siglos de la mas profunda igno-

ranzia, i de la superstizion mas estúpida, se declaró que formaban una parte esenzial del culto, i se fulminaron anatemas contra los que no se sometiesen á los dogmas ó no adoptasen los ritos. Esta imprudente conducta descubrió el blanco á que con preferenzia debian dirijir sus tiros los protestantes; i estos absurdos, en que nezesariamente incurrirán los que se arresten á dogmatizar en asuntos tan misteriosos como lo son muchos artículos de la fé, prepararon á los nobadores un ancho campo de bictorias i triunfos. No tubo el conzilio ninguna espezie de condeszendenzia para ganar á los protestantes: todos sus prinzipios sin eszepzion fueron condenados; i así se desbanezió toda esperanza de berles bolber al seno de la iglesia sino se conseguia á fuerza de persecuziones.

Este medio se lisonjeaba Pio de que tarde ó temprano produziria aquel efecto, i se curaba poco de que la conducta de los protestantes fuese la que quisiese respecto del conzilio. Mas cuidado le daba el descontento de la reina madre i de los ministros franzeses. Resentida ya del desaire que la izo en no declarar que era nuebo el conzilio, se aumentó el desabrimiento de la corte al ber estendidos los límites de la jurisdiczion eclesiástica, i se quejó altamente de la confesion tázita que contenian los últimos decretos de la superioridad del pontífize sobre los conzilios: opinion siempre rebatida en Franzia, i desechada siempre. Eszitados por estas consideraziones i resueltos por otra parte á ebitar nuebas ocasiones de disgusto á los calbinistas, los ministros franzeses, á pesar de las bibas instanzias de Pio IV, reusaron rezibir i publicar los cánones (1).

(1) Fra-paolo, l. 5, 6, 7 i 8.

Temió el papa con razon que el ejemplo de una monarquía tan poderosa arrastrase tras sí á otras potenzias; pero pronto supo por sus nunzios que no solo la república de Benezia i otros muchos estados de Italia, sino tambien la mayor parte de los prínzipes católicos de Alemania estaban resueltos á reconozer la autoridad del conzilio.

Tambien se sometió á él Felipe, probando en ello aquel zelo i deferenzia que tan constantemente abia afectado ó tenido por la relijion romana i la santa sede, si bien nunca ubo prínzipe mas zeloso de su autoridad ni mas apegado á sus derechos, algunos de los cuales le usurpaban los nuebos cánones. Durante las sesiones abíase Felipe quejado amargamente de la dependenzia en que el papa tenia al conzilio, i muchas bezes intentó, aunque todas en bano, el que se anulase el primer decreto que atribuia á los legados el derecho esclusibo de la iniziatiba; i no quedó menos desabrido con la prezipitada disoluzion, para la que ni él abia sido consultado, ni sus embajadores oidos. A tantos motibos de descontento añadió el papa otro que pudo tener consecuenzias mui sérias, i fué el dezidir en fabor de los embajadores franzeses la disputa que sobre preferenzia tenian con los españoles. En tan delicada i crítica coyuntura contribuyó á aquella dezision en parte el deseo de congratularse con aquella corte para que rezibiese el conzilio, i en parte el temor de que si no complazia al jóben rei, rompiese toda union con Roma, i elijiese un patriarca confiriéndole la suprema autoridad eclesiástica del reino.

Dió, pues, órden á su nunzio para que espusiese á Felipe los motibos que abia tenido, é

iziera por combenzerle de que se le abia reduzido á aquella nezesidad. Sus escusas fueron admitidas, dado que el rei no embió en algunos años embajador á Roma que reemplazase á don Luis de Requesens, el cual salió de aquella corte inmediatamente que se dezidió la preferenzia. Mas, resuelto á bibir amistosamente si era posible con la santa sede, se animó á benzer su resentimiento para que ningun influjo tubiese en su conducta respecto del conzilio, pues aunque no todos los decretos eran conformes con sus deseos, bastaban en su opinion para atajar los progresos de la erejía. Felipe no dudó pues admitirle, i mandó que en todos sus estados se obedeziese.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II, REI DE ESPAÑA.

LIBRO SESTO.

Cuidados de otra naturaleza que los que tubo durante el conzilio binieron á ocupar á Felipe. El buen suzeso de la empresa contra el Peñon causó mucho disgusto á todas las potenzias berberiscas, que izieron por empeñar al sultan en la reconquista, i en que equipase una escuadra, i lebantase un ejérzito capaz de arrojar á los españoles de las costas de Africa. Por otra parte le induzian sus basallos á que se bengase de los caballeros de Malta, porque ademas de suministrar socorros á los españoles en sus espediziones de Africa, continuaban ostilizando en el mar á los turcos, i en los últimos tiempos abian echo un sin número de presas.

No estaba Solimán menos irritado que sus basallos contra Felipe i los caballeros de Malta, sin que sus muchos años ubiesen debilitado su mucha ambizion. Oyó faborablemente aquellas representaziones, i suspendiendo toda otra empresa, resolbió emplear sus fuerzas contra Malta i España; pero dudó si imbadiria desde luego

la isla, ó si prinzipiaria atacando los estados del rei católico; i antes de resolberse consultó sus mas esperimentados capitanes.

Maomat, el mas biejo i capaz de entre ellos, opinó que seria una imprudenzia el empezar por Malta. «Esta conquista, dijo, ofreze incomparablemente mayores dificultades que la de Rodas, cuya isla se alla á tan gran distanzia de Europa, que era casi imposible á los cristianos el socorrerla; i además su estension i fertilidad proporzionaban refrescos á los turcos, i aseguraban su subsistenzia. Por el contrario, la estéril roca que se proyecta tomar está á una distanzia considerable de Turquía, é inmediata á la Sizilia i la Italia, de donde los caballeros pueden rezibir fázilmente toda espezie de socorros. El rei de España tiene un gran interés en su conserbazion; i los otros prínzipes cristianos, tanto por zelo como por política, se tendrán por obligados á sostener un órden que se mira tanto tiempo aze como el defensor de su fé. Los caballeros pelearán con la mayor obstinazion, i dado que Solimán logre la conquista, no tardará mucho una nueba cruzada en recobrarla, i la armada seria destruida en sus puertos antes de aber podido ponerse en estado de defensa. Mas fázil i seguro es apoderarse de Sizilia, i mas glorioso al imperio otomano el rendirla; i Malta, que no podrá mantenerse casi nada sin las probisiones de que continuamente la abasteze aquel fértil pais, abrá de seguir su suerte.»

Un prínzipe de la capazidad de Solimán no podia desconozer la prudenzia de este dictámen; pero acostumbrado á triunfar de enemigos mas temibles que los caballeros de Malta, á quienes abia echado del Asia en tiempo en que eran mucho mas poderosos, juzgó que aquel puñado de

ombres no resistiria á sus armas bictoriosas. La mayor parte de los bajaes á quienes consultó quisieron mas lisonjearle á espensas de sus intereses, que esponerse á incurrir en su indignazion, aconsejándole lo que le combenia. El resentimiento de Solimán contra los caballeros era tanto mayor, cuanto menos azia que abian apresado un rico galeon propio de algunas de sus mas queridas faboritas; las cuales emplearon todo el influjo que con él tenian para que satisfiziese su benganza, inclinándole á que abriese la campaña por el sitio de Malta; i despues de esta conquista pensaba bolber sus armas contra el rei de España.

Luego que se dezidió á atacar la isla, mandó que se equipasen todas las nabes de su imperio con la mayor prontitud, embió muchas tropas á los puertos de la Morea, donde se azia la masa de la jente, i dió órden á Ascem i á Dragut, sus bireyes en Arjél i Trípoli, para que tubiesen prontos sus corsarios á unirse á la armada cuando llegase á Malta. Dió el mando de ella á Pialy, i el del ejérzito á Mustafá, jeneral esperimentado, biejo de sesenta i zinco años, i que se abia granjeado su estimazion i confianza por sus espediziones bictoriosas en Asia; i á los dos encargó estrechamente que obrasen de conzierto, i que en zircunstanzias importantes consultasen con Dragut, á quien tenia por el mas capaz de sus marinos.

No tardaron en tener notizia de estos preparatibos los prínzipes cristianos de las costas del mediterráneo; pero en mucho tiempo no supieron á quien amenazaba tan terrible tempestad; asta que frei Juan Parisot de la Balette, gran maestre de Malta, supo con zerteza por los espias que tenia en Constantinopla que era

contra él. Dió parte de ello al rei de España, al papa i á los mas de los prínzipes cristianos, esponiéndoles la nezesidad que tenian de socorrerle en aquel momento crítico, si querian ebitar la ruina de un órden que les abia echo tantos serbizios, i cuyos balerosos caballeros se abian empleado en todos los siglos en protejer á las naziones cristianas de Europa contra el implacable enemigo de su relijion.

Mas aunque con efecto casi todas las potenzias debian estar reconozidas á los caballeros malteses por los muchos basallos que en todos tiempos les abian rescatado, i defendido con la mayor jenerosidad i la mas estraordinaria intrepidez, únicamente se juzgaron obligados á socorrerlos aquellos soberanos, á cuyos estados fuera funesta la prosperidad i bictoria del turco; entre los cuales ninguno interesaba tanto como el de España en impedir la destruczion de aquel órden; pues que ademas de ser sus estados los mas espuestos, era él el que entre todos los enemigos de Solimán le tenia tanto mas ofendido cuanto con mas frecuenzia ostilizaba á los corsarios africanos, que el gran señor rezibiera bajo su proteczion. No dudaba Felipe ni de la berdad de lo que el gran maestre le comunicaba, ni de que el mismo peligro les amenazaba á ambos, ni de que rendida Malta todas las fuerzas otomanas caerian sobre España. Por lo mismo abia mirado siempre aquella isla como su prinzipal baluarte contra las imbasiones de los turcos, i nunca mejor que entonzes conozió con cuanta razon pensaba así. Resolbió, pues, azer los mas bigorosos esfuerzos para defenderla, i dió órden á sus ministros, i escribió á sus aliados de Italia á fin de que tubiesen beinte mil ombres prontos á embarcar-

se al primer abiso, mientras él reunió una numerosa armada en Mesina, prebiniendo al birei de Sizilia que cuidase de la conserbazion de Malta con el mismo empeño que si se tratase de su mismo gobierno.

El zelo con que Felipe abrazó la causa de los caballeros les sacó del cuidado en que estaban por las resultas del sitio; mas no por eso dejó el gran maestre de probeer con la mayor bijilanzia i actibidad lo nezesario para la mas bigorosa defensa. Llamó á todos los caballeros esparzidos por la Europa: formó compañías de todos los abitantes de la isla capazes de tomar las armas; al frente de las cuales puso caballeros que les disziplinasen: reclutó en Italia por medio de sus ajentes dos mil soldados, i ocupó las nabes de la relijion en el trasporte de armas, utensilios de guerra, i toda espezie de probisiones.

Los caballeros acudieron al llamamiento, i los que no pudieron por su edad ó sus achaques, embiaron á sus ermanos cuanto dinero i efectos les fué posible. Antes de la llegada del enemigo pasó la Balette rebista á sus tropas, i alló que aszendian á setezientos caballeros i ocho mil i quinientos soldados, inclusas dos compañías españolas embiadas de Sizilia: distribuyó el mando entre sus caballeros, les izo azercarse á los santos sacramentos, i tener una prozesion relijiosa i solemne, i despues asignó á cada uno su lugar. En medio del cúmulo de menudenzias de que nezesitaba cuidar, nada se le escapó de lo que la prudenzia umana puede preber. Continuamente bisitaba los almazenes i los puestos, esaminaba las fortificaziones, é instruia á los ofiziales de la conducta que debian obserbar en caso de ser atacados. Lo bien

conzertado de su plan de defensa llenó á sus tropas de confianza, i su firmeza inflamó de tal modo su balor que esperaban con serenidad las calamidades prontas á caer sobre ellos.

Salió, pues, la armada turca de Constantinopla á fines de marzo, i llegó á bista de Malta ázia mediados de mayo. Componíase de mas de doszientas belas con cuarenta mil soldados á bordo, además de un gran número de esclabos cristianos destinados á serbir de gastadores. Este formidable ejérzito, compuesto en gran parte de jenízaros i de spahis, que era la mas baliente milizia del imperio otomano, desembarcó á alguna distanzia del Burgo, (1) i se derramó por la campaña, quemando los pueblos, degollando á las jentes, i llebándose los ganados, que á pesar de las reiteradas órdenes de la Balette no se abian acojido al seguro de los fuertes i de las ziudades.

Mientras los turcos talaban así la isla, el comendador de Copier, gran mariscal de la órden, abia ido á azer la descubierta con doszientos caballos i seiszientos peones. Este ofizial, consumado en los ejerzizios de la guerra, desempeñó su comision con tanta prudenzia i bizarría, que cayendo de improbiso sobre barios destacamentos turcos, destrozó mil quinientos con pérdida de solos ochenta. Permitia la Balette estas escaramuzas con el único objeto de aguerrir sus tropas, i familiarizarlas con la bista i los gritos del enemigo; empero sin dejar de conozer que las pérdidas que tenia en estos reencuentros por pequeñas que pareziesen eran mayores de lo que podia soportar. Llamó, pues,

(1) Il borgo, ziudad en que se allaban las prinzipales fuerzas de la órden.

á Copier, i mandó á los caballeros i soldados que estaban á sus órdenes, que se fuesen á sus respectibos destinos.

Inmediatamente que los turcos desembarcaron, llamó á consejo de guerra el jeneral para acordar por donde se abia de empezar el ataque. Pialy, consiguiente á las instrucziones de Solimán, opinó que nada se debia azer asta que llegase Dragut. Pero abiendo tenido Mustafá notizia de los preparatibos del rei de España, creyó que debia probeer sin dilazion á la seguridad de su armada, surta entonzes en una baía espuesta á la biolenzia del Este, i á ser atacada con bentaja por los españoles; i propuso que se empezase por el fuerte de san Telmo, situado en una lengua de tierra, zerca del Burgo, i que dominaba la ensenada prinzipal de la isla por un lado, i por otro un puerto capaz de contener toda la armada, i de ponerla fuera de peligro. Aprobóse á pluralidad de botos este plan, i Mustafá se preparó á ejecutarle; pero saliòle bana la esperanza de conseguirlo en pocos dias, porque además del balor con que se defendia el fuerte, dos zircunstanzias aumentaron mucho las dificultades de la empresa. La guarnizion podia fázilmente rezibir socorros de la ziudad por una grande ensenada que protejian los fuertes de Sant-Anjelo i san Miguel; i la naturaleza del camino que conduzia á san Telmo era preziso que retardase los aproches, porque abia que tajar la peña biba. Ocurrió Mustafá á este último incombeniente, substituyendo á las trincheras, que era imposible azer, parapetos de bigas i tablazon, respaldados con fajina, cuya tierra se iba á buscar léjos. Por este medio, al sesto ó sétimo dia del desembarco descubrió una batería de cañones del mayor ca-

libre, i el bailío de Negroponto, gobernador de san Telmo, conozió que le seria imposible resistirse mucho tiempo. Dió de ello abiso al gran maestre por el caballero la Zerda, que sobrecojido de terror esajeró el peligro, de que se le abia encargado diese cuenta, i tubo la imprudenzia de dezir á la Balette en presenzia de muchos caballeros, que no esperase que el fuerte pudiese resistir mas de una semana. «¿Pues qué es lo que abeis perdido, le preguntó, que tan pronto os aga desesperar? — El castillo, repuso la Zerda, debe mirarse como un enfermo estenuado y sin fuerzas, que no puede sostenerse sino con remedios i socorros contínuos. — Yo mismo seré el médico, repuso con indignazion el gran maestre, i llebaré conmigo otros que si no pueden curaros el miedo, al menos sabran con su balor impedir que los infieles se apoderen del castillo.»

No esperaba la Balette que un fuerte incapaz por pequeño, de una gran guarnizion, pudiese sostenerse mucho contra los contínuos ataques de un enemigo tan superior; empero tan persuadido estaba de que la salud de toda la isla consistia en la durazion del sitio, i que una obstinada defensa debia dar tiempo al birei de Sizilia para que le llebase socorros, que se dezidió á meterse él mismo en la plaza con un cuerpo escojido, é iba ya á partir cuando todos los caballeros le representaron tan eficazmente los motibos porque no debia abandonar la ziudad, que zedió el mando de la jente que tenia preparada en el caballero Medrano, digno de esta confianza.

A poco de su llegada izo este caballero una salida, se arrojó á la trinchera, destrozó una multitud de turcos, i les arrojó de sus atrin-

cheramientos. Recobrados estos de la sorpresa buelben á las manos i fuerzan á los cristianos á que se retiren: á los esfuerzos de los jenízaros faborezió un rezio biento que llebando el umo al fuerte cubrió como una densa niebla á los sitiados, impidiéndoles que biesen lo que azian los enemigos; los cuales tubieron la serenidad nezesaria para aprobechar esta zircunstanzia, situándose sin ser bistos en la contra-escarpa, aziendo en ella su alojamiento con árboles, bigas, sacos de lana i gabiones, i lebantando una batería con admirable prontitud. Disípase el umo i quedan absortos los sitiados; i tanto mas cuidadosos cuanto la nueba obra dominaba un rebellín inmediato, i le batia en términos que era imposible acudir á él sin esponerse al mas inminente peligro. No obstante, resolbieron defenderle á todo tranze cuanto fuese posible.

Por este tiempo llegó Dragut con un famoso corsario llamado Uchali, i beinte galeras con dos mil quinientos soldados, ademas de los esclabos i marineros. El refuerzo i la presenzia de Dragut dieron nuebo bigor á los sitiadores. Este intrépido pirata se pasaba los dias enteros en la trinchera; i á los superiores conozimientos que tenia como marino, unia los de un eszelente artillero: nadie sabia mas en esta parte. Coloca las baterías de un modo mas bentajoso, i aze un fuego orrible al rebellin i al caballero que cubria el fuerte, i era una de sus prinzipales obras.

No tardó en quedar el caballero como única defensa que impidiese á los sitiadores establezerse al pie mismo de la muralla. Abiéndose azercado un amanezer algunos artilleros turcos á reconozer la brecha perzibieron una tronera

tan baja que uno de ellos subido en ombros de otro descubrió dentro del caballero los soldados cristianos dormidos en el suelo : abisa á los suyos, que con el mayor silenzio i zeleridad acuden, ponen las escalas, entran por la cañonera al rebellin, i pasan á cuchillo la mayor parte de los cristianos.

Entre el rebellin i el caballero abia un foso en que los sitiados echaron un puente portatil que conduzia de aquel á este : perzíbenle los turcos, i saltan á él, resueltos á azerse dueños del caballero como lo eran del rebellin ; pero ya estaba en alarma la guarnizion, i los mas esforzados de ella se abalanzan al sitio amenazado, i despues de un obstinado combate obligan á los turcos á bolberse al rebellin. Mas como estos notasen que del foso conduzia una senda al caballero se arrojan á ella sin bazilar, i se renueba el ataque con tan obstinado empeño que duró desde la salida del sol asta el mediodia, en que el imbenzible balor de la guarnizion fijó la bictoria, á costa de beinte caballeros i zien soldados : tres mil perdieron los turcos, i sin embargo se quedaron con el rebellin.

Pero como estaba abierto del lado del fuerte izieron en los que le guardaban un gran destrozo las baterías de los sitiados : mas á pesar de eso estaba Mustafá bien combenzido de la importanzia de conserbarle, i embió tropa de refresco i muchos gastadores que con sacos de lana, tablazon i zestones lebantaron para resguardarse, un espaldon de donde nunca pudieron los caballeros desalojarlos.

Esta desgrazia fué tanto mas sentida del gran maestre cuanto mas culpa tenia de ella la guarnizion : no obstante embió socorros, i con-

tinuaron la defensa i el sitio con el mismo empeño. El estado de los del fuerte era mas peligroso que nunca: los turcos trabajaban inzesantemente por lebantar el rebellin asta que dominase al castillo, i la guarnizion no podia ya sin el mayor riesgo parezer en la muralla; porque en la muralla i en la guarnizion azia orribles estragos la artillería turca, tanto, que biendo los muros casi destruidos, asta los mas intrépidos caballeros empezaban á desesperar, i temer que les fuese imposible resistir el asalto que de un momento á otro esperaban.

En este conflicto resolbieron aunque con la mayor repugnanzia, pedir permiso al gran maestre para abandonar la plaza, i diputaron para obtenerle al caballero Medrano, que con efecto le espuso que era ya indefendible; i que aun cuando se obstinasen en conserbarla algunos dias, tan inútil defensa solo serbiria para acabar con la guarnizion: que nada podia ser mas agradable á los turcos que ber pasar diariamente á morir en ella las tropas que nezesitaban las otras fortalezas de la isla; las cuales bendrian así mas fázilmente en su poder: i añadió, que aunque así lo creia la guarnizion se le abia encargado mui particularmente de que protestase la mas ziega obedienzia así de los caballeros como de las tropas, á lo que ordenase i fuese lo que quisiese.

La mayor parte de los caballeros opinaron que se aczediese inmediatamente á lo que la guarnizion solizitaba. Mas la Balette fué de contrario dictámen: no porque dudase que la plaza fuese ya indefendible, ni que dejase de llorar la suerte de los dignos caballeros que aun la conserbaban; empero sabia que ai ocasiones en que es absolutamente preziso arriesgar los

miembros por conserbar el cuerpo, i que este era el duro caso en que se allaba. Sabia tambien por buen conducto que si san Telmo se rendia, no pudiendo ya el birei de Sizilia atacar á los turcos con la misma bentaja, no arriesgaria por la defensa del resto de la isla ni la armada, ni las tropas del rei su amo; i que por consiguiente la salud entera de Malta i de la órden dependia absolutamente de la durazion del sitio. Encargó á Medrano que dijese de su parte á los caballeros, que se acordasen de los botos que izieran en su profesion de sacrificar su bida en defensa de la relijion; que les asegurase de que les embiaria cuantos socorros nezesitaran, i de que estaba resuelto, cuando fuese combeniente, á enzerrarse él mismo en la plaza i morir en su compañía con las armas en la mano, antes que rendirla á los infieles.

Dada por Medrano esta respuesta, muchos caballeros adictos por prinzipios i por onor á su órden, i particularmente los mas antiguos protestaron sepultarse bajo las ruinas del fuerte antes que abandonarle; pero al mayor número parezió la respuesta dura i aun cruel, i zincuenta i tres de ellos representaron al gran maestre insistiendo en su solizitud, i manifestándole que si á la noche siguiente no les embiaba barcos para salir de la plaza en que iban á perezer, estaban determinados á azer una salida espada en mano i morir todos antes que sufrir la muerte ignominiosa que les esperaba si eran tomados por asalto.

El gran maestre les respondió: «que para morir con onor como dezian no bastaba acabar con las armas en la mano, sino que además debia añadirse el mérito de la obedienzia: e

si abandonaban el fuerte, no podian esperar que les socorriese el birei, i que los turcos no dejarian de embestir i sitiar inmediàtamente el Burgo: que los que bergonzosamente querian desertar del puesto cuya defensa les abia confiado la relijion, se berian entónces reduzidos como los otros á una situazion mas desesperada que la que trataban de ebitar» Además embió tres comisarios que esaminasen i le refiriesen con berdad el estado de la plaza, ó mas bien con el objeto de ganar tiempo é impedir que la guarnizion perdiese de todo punto las esperanzas.

Estos comisionados discordaron enteramente en la relazion que izieron á su buelta: dos de ellos aseguraron que ya no podia ser por mas tiempo defendida; pero el terzero llamado Constantino Castrioto, prínzipe griego, i deszendiente del famoso Scanderberg, el éroe de la Albania, fuese por ignoranzia, fuese por el sentimiento interior de los medios que aun le proporzionarian su talento i su balor superior al de los otros dos, sostubo que la plaza estaba mui léjos de allarse en el último estremo, i en prueba de lo combenzido que estaba de ser así se ofrezió á enzerrarse en ella i sostener su defensa con las tropas que quisiesen acompañarle.

El gran maestre que conozia la urjente nezesidad de prolongar el sitio le azeptó la oferta, é izo los mayores elojios de su zelo i su balor. No le fué difizil á Castrioto el reunir un buen golpe de tropas dezididas tan de buena boluntad como él: todos á porfia querian alistarse, i tomar parte en sus peligros.

Luego que la Balette bió la resoluzion de aquellos balientes no dudó que el sitio se alargaria, i respondió á los caballeros conzedién-

doles su relebo, i anunziando que embiaria otra guarnizion que se entregase de sus puestos, i que ellos podian bolberse al Burgo en los mismos barcos que llebasen á los que iban á relebarlos. «Bolbed acá, ermanos mios, les dezia, aquí estareis mas seguros, i yo mas tranquilo azerca de la defensa de una plaza de la que depende la salud entera de la isla i de nuestra órden.»

El estilo de la carta, i la órden que contenia, irieron bibamente á los caballeros, i dispertaron en ellos aquella emulazion i aquel delicado pundonor que por tanto tiempo i con tanta gloria distinguieron su órden: se estremezieron al pensar en el rezibimiento que les esperaba del gran maestre i de sus ermanos. «Si la nueba guarnizion, dezian, fuese tan felíz que defendiese la plaza asta la llegada de los españoles ¿en qué rincon de la tierra ocultariamos nuestra infamia?» Resolbieron sin bazilar en permanezer mientras uno de ellos respirase, antes que zeder sus puestos á una nueba guarnizion, ni entregar el fuerte al enemigo; i fueron juntos á suplicar al gobernador iziese presente al gran maestre su arrepentimiento, i se uniese á ellos para obtener que se les permitiese borrar con su conducta asta la memoria de su culpa.

Condeszendió el gobernador, i para prebenir la llegada de los barcos que á la noche esperaban, embió la representazion con un diestro nadador. La Balette, dado que mui contento con el mensaje, afectó no aczeder á lo que se le pedia, i respondió que esperaba mas de un cuerpo de tropas nuebas, que de unos guerreros beteranos que reusaban someterse á la disziplina militar. Consternados los caballeros con esta res-

puesta instaron en los términos mas umildes que se les perdonase, i el gran maestre les perdonó. La guarnizion no pensó desde entónzes mas que en prolongar la defensa.

Todas las noches se le embiaban tropas de refresco para reemplazar los muertos i eridos, se le abastezia con abundanzia de probisiones de boca i de guerra, i de fuegos artifiziales, de los cuales abia imbentado el gran maestre una nueba espezie, i se reduzia á unos aros de madera lijera, bien frotados con azeite irbiendo, cubiertos con lana empapada en licores inflamables mezclados con nitro i pólbora. Luego que se enzendian se arrojaban á lo mas espeso de los batallones, i muchas bezes dos i tres turcos se allaban cojidos con un aro que los quemaba bibos; en fin esta temible imbenzion produzia el desórden mas espantoso adonde quiera que se empleaba.

Los sitiados nezesitaban de ella así bien que de cualquier otro medio de dañar i resistir á sus enemigos; los cuales á pesar de tan braba defensa abian echado un puente en el foso, i empezaban á minar la muralla. Desde el 17 de junio asta el 14 de julio no ubo dia sin faczion. Muchos fueron los asaltos que izo dar Mustafá, pero en todos fué repelido con gran pérdida de sus mas balientes soldados.

Abergonzado de que una tan despreziable plaza le detubiese tanto tiempo se resolbió en azer un esfuerzo mas dezisibo, dando un asalto jeneral con tantas cuantas tropas permitiese la estension del fuerte. La muralla se allaba ya en el peor estado, i para mas fazilitar el ataque se empleó todo el 15 de julio en batirla en brecha hasta dejarla al ras de la roca en que estaba construida del lado por el que el bajá

proyectaba dar el nuebo asalto. Al siguiente 16 desde el amanezer se azercó la armada turca al castillo, tanto cuanto se lo permitió la profundidad del agua. Cuatro mil arqueros i arcabuzeros se colocaron en las trincheras, i el resto del ejérzito, á la señal combenida, dió el asalto. Estaba preparada la guarnizion, i en la brecha muchas filas de soldados cristianos, i en cada una de ellas, de zierta en zierta distanzia, un caballero.

Atacaron los turcos, bolbieron á atacar, renobaron mas porfiadamente el ataque para romper aquella tropa i oprimirla con el número; pero la muchedumbre i la ostinazion solo sirbieron para aumentar la pérdida. La artillería del fuerte azía un destrozo orrible, i los aros enzendidos produjeron un efecto asombroso. La nobedad de estas máquinas inspiraba el mayor terror, i los alaridos de los que tenian la desgrazia de que les alcanzasen, le aumentaron asta el punto de que los ofiziales turcos no pudieron contener las tropas, ni lograr el buen ecsito que les aseguraba la superioridad de fuerzas si ubiesen conserbado su puesto.

Eran pasadas mas de seis oras sin que ganasen ni un palmo de terreno; por lo cual mandó Mustafá tocar retirada. Perdieron los sitiados en este asalto al rededor de beinte caballeros i trescientos soldados, que inmediatamente fueron reemplazados con otros. Desengañose Mustafá de que no cortando la comunicazion entre el Burgo i el fuerte duraria el sitio miéntras ubiese caballeros en la isla. Resolbió pues por dictámen de Dragut estender las líneas que estaban al pie del castillo asta llegar á aquella parte del mar ú de la grande ensenada en que desembarcaban los refuerzos que todos los dias

raban, i despues de arrancarles el corazon i abrirles en canal, pusieron los cadáberes en figura de cruz para escarnezer el signo que les condecoraba i era el de su fé. Pusiéronlos así en tablas i los arrojaron al mar para que el biento i la marea los echase al pie del castillo de Sant-Anjelo, i á la parte del Burgo.

A bista de tan orrendo espectáculo, prorumpio en lágrimas el gran maestre; pero su dolor no tardo en dejenerar en ira é indignazion, dejandose arrebatar de estas pasiones asta usar de una represalia poco digna de su grande alma. «Para enseñar, dijo, al bajá á azer la guerra con menos barbaridad.» Izo inmediatamente degollar á todos los prisioneros turcos, i arrojar sus cabezas ensangrentadas en lugar de balas al campo enemigo.

El sitio del fuerte san Telmo costó al órden mil quinientos ombres, i ziento treinta de los mas balientes caballeros. Aunque profundamente aflijido de tan gran perdida disimulo la Balette con su prudenzia ordinaria, su cuidado i su pena; mostró su natural firmeza, i aquel balor sublime que le azia superior á los suzesos, é inspiró á todas las tropas la resoluzion firme é inmutable de defender la ziudad, i las otras fortalezas hasta derramar la última gota de sangre.

En bano esperó Mustafá que intimidados con la suerte de sus compañeros el gran maestre i los suyos, se allarian mas dispuestos á oir proposiziones de capitulazion; i en esta confianza embió á la puerta del Burgo un ofizial con un esclabo cristiano que le sirbiese de intérprete. No se admitio en la ziudad mas que al esclabo: se le izo pasar por medio de muchas filas de soldados que estaban sobre las armas, i despues de enseñarle las fortificazio-

nès de la ziudad ; i sobre todo los fosos cuya anchura i profundidad procuraron que esaminase detenidamente, «he aquí, se le dijo, el único paraje que queremos zeder á buestro jeneral, i en que esperamos sepultarle pronto á él i á todos sus jenízaros.»

Ofendido el soberbio bajá de una respuesta tan animosa se resolbió en seguir el sitio con el mayor bigor asta el último estremo. Su ejérzito aunque considerablemente disminuido bastaba todabia para sitiar á la par la ziudad, i el fuerte san Miguel: izo un fuego contínuo sobre uno y otro; pero su intento era rendir primero éste, atacándole por mar i tierra á la punta de la península en que estaba situado. Para ello nezesitaba introduzir en el puerto muchos barcos que trasportasen la tropa. Pero como la entrada de la baía estaba zerrada con una gran cadena de yerro, i defendida por los fuegos de Sant-Anjelo, ubiera el bajá desistido de este proyecto si Pialy no le sujiriera la idea de que los cristianos i la chusma trasportasen á ombro los barcos nezesarios, al istmo en que estaba situado el fuerte de san Telmo, i llebarlos despues á nado al gran puerto. Supo la Balette lo que se intentaba por un ofizial turco, que como griego escrupulizó de continuar sirbiendo á infieles, i se paso á los cristianos; y embió trabajadores que iziesen una estacada en el mar: i donde la profundidad del aguá i la dureza del suelo no permitiesen asentar sobre estacas la altura proyectada á lo largo de aquella parte del cabo que los turcos se proponian atacar, se izo una gran trinchera. Miéntras los esclabos i chusma llebaban por tierra los barcos á la ensenada, no zesó el fuego de batir el castillo. Por fin creyó el bajá que eran ya

bastantes las tropas que abian pasado i que la brecha estaba practicable ; y sin mas tardanza resolbió atacar el san Miguel por mar i tierra, tanto mas confiado en el buen ecsito cuanto acababa de rezibir un refuerzo considerable en la llegada de Aszem, ijo de Barbaroja, al frente de dos mil quinientos ombres escojidos llamados comunmente los balientes de Arjél. Abia eredado Aszèm la actibidad é intrepidez de su padre, i deseaba señalarse en serbizio de Solimán. Pidió, pues, al bajá le confiase el ataque del fuerte, jactándose con su arroganzia ordinaria de tomarle espada en mano : i Mustafá, bien porque confiase en los talentos del mozo, ó bien porque no le pesara que se combenziese á sus espensas de que era un presuntuoso, le otorgó su demanda, añadió seis mil ombres á los arjelinos, i le ofrezió apoyarle al frente de todo el ejérzito.

Confió Aszem la mitad de sus fuerzas á Candelisa, biejo corsario, i su lugar-teniente, i el ataque por mar, reserbándose el de tierra.

Embarcadas las tropas se presentó Candelisa al estruendo de tambores i otros instrumentos, prezedido de un barco lleno de sazerdotes i relijiosos maometanos, implorando unos en sus cánticos i plegarias el fabor del zielo, miéntras leian otros en su ritual imprecaziones contra los cristianos. Emprende Candelisa destruir la estacada ; pero la encontró mas fuerte de lo que esperaba, i el fuego de los sitiados azia estragos en los que trabajaban en ello: por lo cual tubo por mas fázil azer un desembarco en aquella parte de la costa que el gran maestre abia fortificado con trincheras, i encargado al comendador Guimerán. Espero este sin azer fuego á que se azercasen los barcos

enemigos, i cuando les bió á corta distanzia, con una descarga de su artillería echó á pique muchos, i mató cuatrozientos turcos; pero esto no impidió que arribasen los otros. Saltó en tierra Candelisa, miéntras los artilleros bolbian á cargar, i desembarcaron sus arjelinos; empero Guimerán abia reserbado algunos cañones cargados de cartuchos que izieron tan orrible destrozo en ellos, i de tal modo les desordenaron, que empezaron á uir á sus barcos. Manda Candelisa que estos se alejen; con lo que biendo los arjelinos que era preziso morir, ó benzer, animados de la rabia que infunde la desesperazion abanzaron en peloton á la trinchera con el sable en una mano i la escala en otra. Mostraron los combatientes de ambos partidos el mas estraordinario balor: corrian arroyos de sangre, i en los fosos no cabian ya los muertos y eridos. En fin, al cabo de cuatro oras ganaron los turcos la zima de la trinchera i plantaron en ella sus estandartes. Abergonzados los caballeros, tornan al enemigo con mas furor que nunca; pero hubieran probablemente tenido que bolber á zeder á tan gran superioridad de fuerzas, si el gran maestre no les socorriera tan á tiempo con las tropas que les llebaron el comendador de Giou, jeneral de las galeras, i el caballero de Quinzy, que cargaron con tanto ímpetu á arjelinos i turcos, que aterraron al mismo Candelisa, tan conozido por su intrepidez: llamó los barcos, i fué de los primeros á uir. Todabía sus soldados aunque abandonados del jefe continuaron como desesperados; pero fueron arrojados de la trinchera, i obligados á reembarcarse con la mayor prezipitazion, perseguidos de los cristianos: las baterías azian fuego sobre ellos, i

ca de la muralla una espezie de plataforma de tierra i piedra, mas alta que el parapeto. La noche impidió que se continuase la obra, i reportase su autor las bentajas que le ubiera dado; pero no dudó apoderarse al dia siguiente de la plaza.

Tubo capítulo la órden, i la mayor parte de los caballeros opinaron que era ya imposible defender por mas tiempo el Burgo, i nezesario bolar lo que quedaba, metiéndose la guarnizion i los abitantes en Sant-Anjelo. Mas el gran maestre desechó este dictámen con zierta espezie de orror: «eso, dijo, seria entregar la isla entera á los infieles: el fuerte de san Miguel, que se defiende con tanta bizarría, como que rezibe su fuerza de la comunicazion con la ziudad, se beria bien pronto reduzido á la nezesidad de rendirse. Además; en el castillo de Sant-Anjelo no cabrian los soldados i los abitantes, ni podria probeer del agua indispensable para bibir.» Propúsose despues que se llebasen allá solo las reliquias de los santos i los ornamentos de los templos; i los caballeros rogaron encarezidamente al gran maestre que tambien se retirase, protestándole que sostendrian el sitio con todo el esfuerzo i bijilanzia posibles. «Eso no, ermanos mios, les respondió: lo que proponeis para conserbar las cosas sagradas no serbiria mas que de consternar á los soldados, en bez de ocultarles nuestros temores. Aquí es donde se nezesita benzer ó morir: ¿dónde á la edad de setenta i un años podria yo acabar mis dias mas gloriosamente que con mis ermanos i amigos en defensa de nuestra santa relijion?» Despues les comunicó los medios que juzgaba combeniente se tomasen, i prozedió á ejecutarlos. Llamó á todos los soldados que no consideró

nezesarios para el serbizio de la artillería del castillo de Sant-Anjelo, i les destinó con los abitantes á que durante la noche iziesen trincheras detras de la brecha; i despues embió algunos de los mas balientes caballeros con un cuerpo escojido, que se introdujeron sin ruido á lo largo del pie de la muralla, i llegaron asta la plataforma lebantada por Pialy. Acometen los cristianos con gran bozería el cuerpo de guardia que allí abia dejado; i que creyendo tener sobre sí toda la guarnizion, abandona el puesto, i uye prezipitadamente.

Fortificóse el caballero, se lebantó un parapeto, i aun se coronó de artillería, con lo cual quedó la brecha impracticable, la ziudad mas segura que ántes, i la obra destinada á azelerar su ruina se combirtió en baluarte para su defensa.

Entónzes conzibió el gran maestre mas esperanzas que nunca de poder sostenerse asta que los españoles llegasen. Las seguridades que le abian dado Felipe i su birei en Sizilia eran tan positibas, que azia mucho tiempo contaba con su llegada, i estrechaba á este á que apresurase su salida de Mesina; pero su conducta parezió misteriosa: apuró asta el estremo la pazienzia de los caballeros, que en fin llegaron como muchos á creer que el berdadero motibo de prozeder así era el temor de probar sus fuerzas con un almirante de tanta reputazion como Pialy; pero se bió despues que el birei no izo mas que conformarse con las órdenes que tenia. Por mas que Felipe, por las razones arriba apuntadas, estubiese berdaderamente interesado en la conserbazion de Malta, i que ubiese engañado á los caballeros con las magníficas ofertas de un poderoso socorro, lo que parezió

fué que nunca pensó en arriesgar su armada, i que desde el prinzipio del sitio estubo dezidido á no abenturar una aczion jeneral.

Mui de otro modo lo iziera un prínzipe jeneroso i reconozido, con un aliado tan acreedor á sus socorros; i si la magnanimidad ó la gratitud ubiesen sido el norte de Felipe, mirara en aquella ocasion á los caballeros como á sus propios basallos, interesándose en su conserbazion i defensa con la misma actibidad i enerjía que si le reconozieran por soberano.

Empero Felipe no tenia cuenta con el peligro de ellos, sino en cuanto amenazaba á sus estados. Zierto es que resolbió obrar en su fabor antes que enteramente les arruinasen; pero poco sensible á las calamidades que les oprimian, les tubo abandonados á sus propias fuerzas miéntras cupo en lo posible que con ellas se defendiesen. Así, no solamente conserbaba las suyas, sino que se allaba dispuesto á aprobechar una ocasion faborable de atacar á los turcos con bentaja, debilitados que fuesen de resultas del sitio.

No quiso Felipe alterar este plan, i le izo obserbar mas tiempo que el que combenia á sus propias miras, á pesar de las importunidades repetidas del gran maestre; porque sin el balor casi inconzebible de la guarnizion, la firmeza eróica, la infatigable bijilanzia, i la consumada prudenzia de la Balette, aun mucho mayor de lo que naturalmente debia esperarse, ubiera sido imposible á un puñado de ombres resistir por tanto tiempo á tan numeroso ejérzito i tan bigorosamente capitaneado. La muerte del gran maestre, que se esponia á peligros contínuos, bastara para consumar la ruina de los caballeros, mucho antes que Felipe ubiese dado órden

á su birei para que efectibamente los socorriese; i como en tal caso sus estados i su armada ubieran sido inmediatamente atacados, probablemente no ubiera tenido motibo para alabar su conducta tímida i poco jenerosa.

Júzguese como se quisiese, el birei no se alló autorizado para zeder á las instanzias repetidas del gran maestre asta el momento en que las operaziones del sitio empezaron á aflojar, i el ejérzito turco se alló reduzido de cuarenta i zinco, á diez i seis mil ombres cansados de tantas i tan continuadas fatigas; i de ellos una parte inserbible, por el gran estrago que en ellos causaba el flujo de sangre muchas semanas azia.

En este estado en que era probable que los caballeros ubiesen forzado á los turcos á lebantar el sitio, fué cuando el birei anunzió al gran maestre que ya podia manifestar su afecto á la órden; i aunque no atacar á la armada turca; pero que llebaria inmediatamente un cuerpo de tropas, i le dejaria en Malta á la entera i absoluta disposizion del gran maestre, asta que el enemigo ebacuase la isla.

Se sospechó que el birei aún buscaria algun nuebo pretesto para dilatarlo; pero por esta bez cumplió su palabra, i desembarcó el 7 de setiembre seis mil ombres á las órdenes de don Albaro de Sande i de Ascanio de la Corna, en la parte de la isla mas distante de los turcos, i se bolbió inmediatamente con la armada á Sizilia.

Por lo que á los bajaes abian informado sus espías, esperaban que el birei iziese el desembarco en Sant Anjelo, i para prebenirlo, se estubo Pialy al ancla muchos dias delante del gran puerto, despues de barreada la entrada

con una cadena de entenas, estacas i bateles.

El desembarco de los españoles i la noticia de su marcha pusieron á Mustafá en la mayor consternazion. Bien combenzido del desaliento de sus soldados por la mala fortuna en sus empresas, temia ser atacado por un ejérzito superior i de las mejores tropas de España: i sin mas aberiguar el número á que aszendian, lebanta el sitio con prezipitazion, retira la guarnizion del fuerte de san Telmo, abandona asta la artillería, embarca su ejérzito, i todo tan apresuradamente como si el enemigo le biniese á la espalda con fuerzas irresistibles. Mas apénas se allaba á bordo cuando un desertor del campo español le instruyó de que los que abian echo uir á diez i seis mil ombres no llegaban á lo mas á seis mil, sin jeneral, i mandados por jefes independientes unos de otros. Esto abergonzó é irritó al bajá, que inmediatamente desembarcara si se atrebiera á azerlo sin consultar antes á Pialy, Aszem i los cabos prinzipales.

Mas, en tanto, aprobechó el gran maestre aquel momento, i todos los abitantes, ombres, mujeres, niños i soldados zegaban las trincheras del enemigo i demolian sus obras: tambien embió sin tardanza guarnizion á san Telmo, de modo que desde sus nabes beian los turcos tremolar las banderas de san Juan, donde poco antes tremolaban las de Maoma.

No podia ocultarse á Mustafá la empresa que era bolber de nuebo al sitio; pero irritado contra sí por aberle tan prezipitadamente lebantado, i temiendo el rezibimiento que debia esperar de Solimán, quiso reparar su imprudenzia, i borrar la nota á que abia dado lugar, con la bictoria ó con la muerte. A Pialy, em-

bidioso del crédito de Mustafá, no le pesaba de su mala suerte; é izo presente en el consejo que el llebar á la pelea unas tropas desanimadas i descaezidas, ó bolber á empezar las operaziones del sitio era esponerlas á una derrota zierta; pero el dictámen de Mustafá prebalezió á pluralidad de botos: se resolbió el desembarque, i se dezidió que se marchase en derechura al enemigo.

Quejáronse amargamente los soldados de una resoluzion tan inesperada, i ubo muchas dificultades para sacarlos de sus barcos, pues tubieron los ofiziales que balerse de las amenazas i la fuerza: por fin, ya en tierra las tropas destinadas al combate, se puso Mustafá al frente, i fué en busca del enemigo.

No abia omitido el gran maestre dar abiso de la marcha de los turcos á los comandantes españoles que se abian atrincherado en una montaña escarpada i casi inaczesible. Algunos de los prinzipales ofiziales propusieron el aprobecharse de aquella situazion i estarse á la defensiba; pero el intrépido Albaro de Sande i la mayor parte de los ofiziales españoles desecharon este dictámen, i todo el ejérzito salió de los reales á pelear en campo abierto. Esta resoluzion, que al fin fué mas felíz que prudente, contribuyó á aumentar el desaliento de los turcos, i á fazilitar su derrota. Arrastrábaseles á pesar suyo á combatir á un enemigo que con el mayor furor les atacaba de frente i por los flancos: apénas izieron resistenzia, se desordenaron i sobrecojidos de terror uyeron bergonzosamente.

Mustafá confundido i desesperado al ber aquella mengua de sus tropas, fué ademas arrebatado por la multitud de los fujitibos, cayó

dos bezes del caballo, i ubiera sido cojido si no le socorrieran algunos ofiziales. Los españoles persiguieron á los infieles asta la playa. El almirante Pialy tenia dispuestas barcas para rezibirlos, i guarnezida la costa con chalupas de arcabuzeros que abanzaron para ayudarles á salbarse; sin cuya precauzion infaliblemente ubieran todos perezido, pues que á pesar de ella perdieron mas de dos mil soldados miéntras que de los benzedores no quedaron en el campo mas que treze ó catorze.

Tal fué despues de cuatro meses el fin del sitio de Malta, para siempre memorable por el balor berdaderamente eróico i sublime de los caballeros, que en tan corto número rechazaron los bigorosos esfuerzos del monarca mas poderoso de la tierra, encarnizado en su ruina. Esparziose la nueba por toda la cristiandad, i el nombre de la Balette se izo zélebre en todas las naziones, i el objeto de la admirazion unibersal. De todas partes rezibia felizitaziones i alabanzas. En muchas causó este admirable suzeso una alegría unibersal. El rei de España que era á quien mas importaba aquella gloriosa defensa embió un embajador al gran maestre, que le presentó una espada i una zimitarra con el puño de oro mazizo, guarnezido de diamantes, como un testimonio de su aprezio i de su benerazion; i se obligó á pagarle anualmente zierta cantidad para ayuda de reparar las fortificaziones arruinadas.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO SÉTIMO.

Libre ya del temor que los turcos le causaban, bolbió Felipe todo su cuidado á la estirpazion de las erejías, i á azer que se obserbasen los cánones del conzilio: no alló muchas dificultades que benzer para uno ni otro, salbo en los Paises-Bajos donde las semillas de la discordia, esparzidas desde el prinzipio de su reinado, abian fructificado marabillosamente. La duquesa de Parma conozió á poco de partir su ermano, el grabe empeño en que se abia metido. El clero regular declamaba mas que nunca contra el establezimiento de los nuebos obispados, i fomentaba cuanto podia el descontento del pueblo. «No se debe azer, dezian, ninguna mudanza en la constituzion eclesiástica, sin el consentimiento de los estados; i las nuebas erecziones son por consiguiente una biolazion manifiesta de la lei fundamental.» Si los abades, en cuyo perjuizio se abian echo, murmuraban resentidos; los naturales, i particularmente los berdaderos pa-

triotas que se interesaban en el bien público, no se oponian con menos teson á estas innobaziones, sostenidas en contrario por los obispos enteramente sometidos á las córtes de Roma i España. Pero como la rejenta tenia que obedezer las órdenes del rei sin atender las quejas ni representaziones del pueblo, fueron infructuosas las reclamaziones de las ziudades asignadas á los nuebos obispos. Todas eszepto Amberes, embiaron diputaziones á Madrid, i combenzieron á Felipe de que estas ereczioneѕ que presajiaban el establezimiento prósimo de la inquisizion, alejaría de las probinzias á los estranjeros en daño i ruina de su comerzio (1).

Aunque ocupada la rejenta en tan grabe asunto, no por eso desatendia la ejecuzion de los decretos del rei azerca de erejes, pues se les perseguia con el mayor rigor sin distinzion de edad, secso, ni calidad, i sin que las leyes de la naturaleza ni de la umanidad fuesen mas respetadas que las leyes pátrias. Estos medios crueles i sanguinarios no eran de la particular aprobazion de la rejenta; pero tenia que arreglar sus determinaziones á la opinion de Grambela, que sabia era conforme con la del rei.

Rara bez se llebaban al consejo los asuntos relatibos á los nuebos obispados i á la ejecuzion de los decretos; i cuando por acaso iban, no como si se tubiesen que discutir, sino como ya determinados: la rejenta se dezidia por el dictámen de Grambela, (2) i el consejo no azia mas que sanzionar lo que entre ambos se abia resuelto.

(1) Meteren., Bentiboglio, Grotius &c.

(2) Nuebo arzobispo de Malinas, elebado á cardenal.

No es pues estraño que de tan absoluta arbitrariedad se resintiesen los otros consejeros, embidiosos tambien de la preferenzia que en todo se daba á Grambela. Particularmente el prínzipe de Oranje i los condes de Egmont i el de Horn (1) se daban por mui ofendidos. Su rango, su mérito, sus serbizios i la confianza que abian merezido siempre al emperador Cárlos V debia darles la mayor influenzia en los consejos mas íntimos de la rejenta; i teniales quejosos ademas i desabridos, la parzialidad que en toda ocasion manifestaba por el cardenal. «Esta era, dezian, la recompensa de sus serbizios, i del imbiolable afecto que abian tenido siempre al rei: que por premio de sus sacrifizios se les sometia al despotismo de un eclesiástico insolente i altanero: que la duquesa no tenia de rejenta mas que el nombre, i Grambela el poder: que los asuntos mas importantes se dezidian muchas bezes por su opinion particular, teniendo en nada la de los otros, i aun sin que lo supiesen: que sus plazas en el consejo, i sus gobiernos en las probinzias no eran mas que palabras bazias de sentido, banos títulos que no les daban mas que la aparienzia de la autoridad sin ningun poder efectibo, siendo ellos como los demas flamencos el juguete de la arbitrariedad de Grambela.»

No debia pues esperarse que el prínzipe ni los otros señores á quienes se daba tantos motibos de descontento, iziesen ejecutar con mucha esactitud las órdenes del rei. Banos eran los esfuerzos que se azian para sufocar las nuebas opiniones esparzidas de un cabo al otro de

(1) Almirante de los Paises-Bajos.

las probinzias. Grambela lo atribuia á la negligenzia de los ministros; i el prínzipe i el conde de Egmont á Grambela, que dezian abia esasperado los ánimos del pueblo con actos de autoridad incompatibles con la libertad de los Paises-Bajos, i que abia echo odioso i despreziable el gobierno de la rejenta. A ella misma en persona se le dieron repetidas bezes estas quejas; pero estrechada por otra parte con las órdenes del rei, dominada por Grambela, i cuidadosa de las resultas que podia produzir aquel fermento de sedizion i disgusto, no daba mas que respuestas ambiguas, esperanzas bagas, i seguridades jenerales de que se satisfaria á los descontentos.

Aun mayor fué su irresoluzion cuando el prínzipe propuso en consejo pleno la nezesidad de combocar los estados jenerales como único remedio á tanto mal. No se esperaba que Grambela aczediese, pues le constaba cuan jeneralmente aborrezidos eran su persona i su gobierno, i temia el influjo del prínzipe en aquella asamblea; pero este inzidente le ofrezio un nuebo motibo para azer la corte á su amo. Cuando la rejenta le partizipó la proposizion del prínzipe, i le pidió su dictámen, la respondió Grambela: «que nada podia ser mas perjudizial á su autoridad que la combocazion de los estados, que siempre combenia ebitar, porque comunmente inspiraba designios de atentar á las prerogatibas de la corona; i particularmente entonzes en que tantos ziudadanos de todos estados se allaban contajiados del espíritu de sedizion: que concurririan los abades bibamente irritados por lo que sus rentas abian disminuido: que á la nobleza de segundo orden i á los diputados de las ziudades seduzi-

rian el prínzipe i los otros señores descontentos: que el pueblo amigo siempre de nobedades confiaria mas en sus diputados, i se interesaria mas en sus petiziones que en las de la rejenta i sus ministros.»

Merezió este dictámen la aprobazion del rei como conforme á sus miras i á sus sentimientos, i en consecuenzia renobó sus órdenes á la rejenta para que no aflojase en la ejecuzion de sus decretos. Así el prínzipe i los demas señores pudieron fázilmente conozer que se estaba mui distante de combocar los estados, pedidos socolor de determinar en ellos si abia ó no espedientes mas suabes i adecuados para atajar los progresos de la erejía (1).

Las persecuziones continuaron pues como antes, i la compasion que eszitaban las desbenturadas bíctimas del gobierno le izieron jeneralmente detestable. Los majistrados allaron difiCultades imbenzibles en la ejecuzion de las órdenes de la corte, i los protestantes se aumentaban en razon de los esfuerzos que la rejenta i sus ministros azian para destruirlos. Grambela procuró persuadir al rei que la berdadera causa de los progresos de la secta era la neglijenzia de los gobernadores de las probinzias. Supieronlo estos, i les indignó tanto la imputazion, que resueltos á bengarse de su implacable enemigo, dirijieron al rei una representazion en que el prínzipe i los condes de Egmont i de Orn despues de atribuir todas las turbulenzias de los Paises-Bajos al cardenal, cuyo despotismo le abia echo el objeto del odio unibersal, protestaron «que lès era imposible serbir útilmente á S. M. ni al pueblo, miéntras que

(1) Bentiboglio, lib. 2, p. 15.

ministro semejante poseyese esclusibamente un poder ilimitado; pero que el gobierno se aria suabe i amado si se esoneraba á Grambela; como que entonzes tendrian ellos el poder i tambien el zelo nezesarios para sostener la autoridad real, i conserbar la pureza de la fe católica, á que no estaban menos unidos que el cardenal.»

Con retardo de algunos meses les respondió Felipe con la suabidad que era de esperar; mas en la conclusion les decia «que no acostumbraba deponer á sus ministros por quejas de sus enemigos, sin darles la libertad i los medios de justificarse: que la justizia esijía tambien que de las imputaziones jenerales deszendiesen los acusadores de Grambela á pruebas particulares de malbersazion; i que sino les acomodaba azer esto por escrito podia uno de ellos pasar á Madrid donde seria rezibido con toda espezie de miramientos i de distinzion.»

Descontentos ademas quedaron con esta respuesta el prínzipe i los otros señores; que tubieron la presenzia de espíritu nezesaria para contestar «que les abia causado la mayor estrañeza el que S. M. no se ubiese dignado de prestar mas atenzion á sus representaziones: que la anterior no la abian dirijido como acusadores de Grambela sino como consejeros de su soberano, obligados á informarle de todo lo que les pareziese interesar esenzialmente á sus estados: que ni deseaban, ni pedian la desgrazia del cardenal; que léjos de eso sabrian con gusto que era felíz i afortunado en cualquier parte que no fuese los Paises-Bajos, en los cuales su permanenzia la juzgaban incompatible con la tranquilidad pública; i añadie-

ron, que no estimaban en tanto á Grambela que mereziese la pena de un biaje á España; pero que pues S. M. era serbido de escasearles su confianza esperaban que en lo suzesibo les dispensase de asistir al consejo, á que ya no podian concurrir sin mengua de su dignidad, i en donde ademas les era imposible ser en nada útiles miéntras el cardenal conserbase su poder.»

Felipe respondió que tomaria en considerazion lo que se le esponia, i que entre tanto esperaba que continuasen asistiendo al consejo.

Con esto se desengañaron los caballeros flamencos de que el rei no pensaba aczeder á su petizion: no obstante obedezieron i concurrieron al consejo sin azer nobedad; pero aprobechaban tan bien toda ocasion que se les presentaba de poner en rídiculo al cardenal, i le izieron tantos desprezios, que aburrido de tan contínuos bejámenes pidió lizenzia para retirarse, i Felipe se la conzedió; empero sin perdonar jamás al prínzipe ni á los otros señores el que le ubiesen reduzido á aquella nezesidad (1).

La dimision de Grambela no produjo á sus enemigos las bentajas que esperaban: abianse lisonjeado de que recobrarian su influjo en el gobierno; pero Biglio, i el conde Barlaimont, católicos zelosos, mui partidarios del cardenal i mui en sus prinzipios, subieron pronto al mismo grado de fabor que aquel tubo con la rejenta, i gozaron del mismo crédito i del mismo poder.

Algun tiempo antes abia publicado sus cánones el conzilio de Trento, i Felipe estaba

(1) Bentiboglio, Grotius.

como emos dicho resuelto á azer que se rezibiesen en todos sus dominios. Las turbulenzias que ajitaban los Paises-Bajos debian azerle temer que sirbiese en ellos de atizar el inzendio: los animos estaban inflamados, i no era prudente apurarlos mas. Pero su espezie de debozion, i las másimas arbitrarias que adoptara, se oponian á todo lo que fuese moderazion, i le determinaron á esijir en Flandes así como en España é Italia el pase del conzilio. Presentadas al consejo por la rejenta las órdenes con que sobre esto se allaba, encontró mui dibididos á los que le componian. El prínzipe de Oranje sostubo que la rejenta no podia esijir de las probinzias que rezibiesen aquellos cánones, entre los cuales abia muchos contrarios á las leyes fundamentales de la constituzion; añadió que algunos prínzipes católicos los abian desechado; i propuso se representase al rei que era nezesario rebocase sus órdenes. Pero Biglio (1) espuso con enerjía la nezesidad de obedezer inmediatamente: «la iglesia, dijo, a asegurado en todos tiempos por medio de los conzilios jenerales la pureza de su doctrina i el órden de su disziplina. Imposible es imajinar remedios mas eficazes contra las erejías que aquí causan tantos desórdenes, que los cánones que se propone se desechen. Si bajo algun respecto se allan en oposizion con las leyes i fueros del pais, es fácil obiar este incombeniente prozediendo en la práctica de estos nuebos reglamentos con prudenzia i moderazion. Es una gloria particular de nuestro soberano, i una bentaja sobre los demas prínzi-

(1) Presidente del consejo pribado, i tenido por el primer jurisconsulto de los Paises-Bajos.

pes, el no allarse reduzido á la nezesidad de desechar un conzilio, cuya doctrina es la guia de su fe; sino seguir prinzipios de gobierno igualmente nezesarios al bien de la iglesia, que propios para asegurar la paz i la prosperidad de los basallos." (1)

Biglio persuadió á la duquesa á que preszindiendo de cuanto abia espuesto el prínzipe iziese publicar los cánones. Pero todo concurria á aumentar el número i balor de los protestantes: las guerras zibiles de Franzia abian espelido muchos reformados, que se abian refujiado al sur de los Paises-Bajos: las probinzias del norte estaban llenas de ministros de la secta, por la correspondenzia contínua que ellas mantenian con sus bezinos, i particularmente con la Inglaterra i la Alemania. El ardiente zelo que inspiran las nuebas doctrinas animaba á los reformados, que con la tenazidad comun á todas las sectas, sostenian sus dogmas relijiosos, i azian muchos prosélitos; á lo que no poco les ayudaba una multitud de libros publicados contra la doctrina i las zeremonias romanas.

Eran muchos los nobles i majistrados imbuidos en las nuebas opiniones: los gobernadores de las probinzias repugnaban mucho el ejecutar los edictos que siempre abian desaprobado, porque temian que causasen una despoblazion funesta, obligando á los ziudadanos mas industriosos á que uyesen de su pátria: en algunas ziudades no tenian fuerza las órdenes del rei: en otras eran los protestantes arrancados de manos de los inquisidores, que muchas bezes escapaban con dificultad del furor del populacho irritado.

(1) Bentiboglio, t. 2, p. 22.

La rejenta se allaba en la mayor perplejidad: deseaba que su gobierno mereziese la aprobazion del rei, i se conformara de buena gana con sus órdenes; pero no podia preszindir de las reiteradas representaziones que se la dirijian, ni de las desagradables resultas que podia tener una conducta tan odiosa al pueblo; i juzgó combeniente embiar uno de los prinzipales señores del pais que informase al rei mas zircunstanziadamente que podia azerlo por escrito del berdadero estado de las probinzias. Elijió para ello al conde de Egmont como el mas azepto á los dos partidos, i á Biglio encargó que en consejo pleno le diese las correspondientes instrucziones. Al prínzipe descontentaron mucho los términos en que estaban conzebidas. «Este cuadro del estado de nuestros asuntos, dijo, es el mas bien pensado para engañar al rei. La relazion que el presidente aze de nuestras calamidades es mui inferior á la berdad Subamos á los prinzipios, i descubramos los males que aflijen la pátria: no aziéndolo así, mal podrá el rei aplicar remedios oportunos. No le agamos creer por una falsa relazion que los erejes son menos de los que son: instruyámosle de que las probinzias, las ziudades i los pueblos estan llenos de ellos: no le ocultemos que desprezian los edictos, i respetan poco á los majistrados. Así comprenderá fázilmente que es imposible introduzir la inquisizion, i se combenzerá de que los medios de que piensa balerse son peores que el mal. I añadió que aunque católico zeloso i leal basallo, creia que los bandos en que ardian la Alemania i la Franzia probaban arto bien que no combiene forzar las conzienzias, ni combátir la erejía con el yerro ni el fuego, sino con el

raziozinio i la persuasion; i que era mal modo de atraer el degollar á los erejes como biles animales.» Continuó esponiendo lo absurdo que era el proponer en tan críticas zircunstanzias la admision de los cánones del conzilio; i concluyó que se ordenase al conde pidiera al rei que mandase suspender la publicazion asta que se sosegasen los alborotos. Pero la rejenta no queria ni podia preferir el dictámen del prínzipe al de Biglio. Llamó al conde pribadamente, i reiteradas las instrucziones que ya tenia, le izo partir para España, despues de aberle lisonjeado con la esperanza de que si sabia aprobecharse de la ocasion, se granjearia el fabor de su soberano. (1)

El rei le rezibió con las mayores demostraziones de aprezio, i continuó dándoselas miéntras permanezió en España: á su partida le regaló zincuenta mil florines, i le ofrezió para cada uno de sus muchos ijos un establezimiento correspondiente á sus zircunstanzias. Mucho difieren los istoriadores en cuanto al objeto de esta embajada. Lo mas probable es, que por mas equíboca que fuese la respuesta del rei á las petiziones del conde, seduzido este por la afectada clemenzia con que se esplicaba azerca de los decretos, i por las protestas que azia de amor á sus basallos los flamencos le engañó su misma sinzeridad, i no dudó que Felipe estubiese dezidido á bariar de másimas i de medios; i bolbió á Flandes sumamente satisfecho de la corte de España, (2) esaltando la bondad del rei i el amor que profesaba á sus pueblos. No fué tan fázil de aluzinar el prínzipe. «El conde

(1) Bentiboglio, l. 2. Grot, l. 1.

(1) Grotius.

de Egmont, dezia, a sido engañado por la astuzia española: su amor propio i su interés particular an ofuscado su penetrazion, i le an inspirado esta seguridad tan peligrosa á la causa pública.» (1) Mas si al prínzipe no le aqüietaba nada de lo que el conde dezia, la mayor parte de los consejeros i la rejenta misma lo dieron entero crédito. De otro modo jamas ubiera aczedido sin consultar antes al rei como lo acostumbraba, á que se reuniese en Bruselas zierto número de eclesiásticos i juristas, para que propusiesen los medios mas seguros de atajar los progresos de la erejía. Pero aczedió no temiendo que al rei fuese desagradable, i llamó á los obispos de Arras, de Iprés i de Namur; á Rabenstenio i Jansenio, eclesiásticos de mucha considerazion; á los presidentes de los consejos probinziales de Flandes i de Utrecht, i á los dos mas famosos jurisconsultos de Malinas i de Brabante.

El resultado de sus deliberaziones fué que se nezesitaba establezer en las probinzias escuelas en que se educase la jubentud en los prinzipios de la fé católica: que se emprendiese con el mayor esmero la reforma de la bida lizenziosa del clero, i que se castigase á los erejes con penas menos duras que aquellas cuya ineficazia se abia esperimentado. (2)

Informó la rejenta al rei del resultado de esta junta, i no la sorprendió poco el que lejos de merezer su aprobazion, la inculpase fuertemente por aberla consentido. «Lo que en ella se a discutido, dezia el rei, eran ya puntos resueltos por su autoridad, i por lo mismo

(1) Vid. Billiam's Apology, pag. 485.
(2) Bent. l. 2, p. 25.

fuera de toda discusion: que los desórdenes que tanto cuidado daban á la rejenta prozedian de la connibenzia ó descuido de sus ministros; i que si algunos de ellos en lo suzesibo no desempeñasen sus destinos con zelo i actibidad, les remobiese i nombrase otros en su lugar; i en fin, que ningun serbizio podia azerle que mas le agradase, ni que mas contribuyese á su gloria que el sufocar la erejía en los Paises-Bajos.»

Desde el prinzipio abia puesto la duquesa el mayor esmero en complazer á la corte de España; i por nada en el mundo ubiera consentido en que se zelebrase la junta sin estar íntimamente combenzida, por lo que el conde la abia dicho, de que la aprobaria el rei. Mas apenas desengañada, izo publicar un bando confirmando los anteriores, i encargando el mas puntual cumplimiento á los gobernadores i demas personas á quienes tocaba su ejecuzion. (1)

Asta el mismo Biglio (2) dudó en aquellas zircunstanzias opinar por medidas tan biolentas que eszitaron una sorpresa i un disgusto unibersal. Así se realizaron las esperanzas conzebidas del biaje, i ofertas que el rei izo al conde de Egmont; i así se reagrabó mas la indignazion pública al ber engañadas tan lisonjeras esperanzas. No se acusaba al conde, porque se creia que fué engañado, pero se abominaba la perfidia de Felipe i la dobléz de sus ministros.

Era el conde demasiado pundonoroso para no resentirse de esta felonía: quejábase amargamente del rei, que en manifestarle tanta moderazion se abia propuesto engañarle i azerle

(1) Meursius Gul. Auriac., p. 4, 5.
(2) Ibidem, p. 4.

aborrezible i despreziable á sus conziudadanos, para pribarle así de su crédito i autoridad. (1)

El prínzipe fué el único que no estrañó la nobedad de los demas inesperada; i cuando rezibió el nuebo bando, espuso á la rejenta «que en las zircunstanzias en que el pueblo se allaba era imposible á los buenos serbidores del rei cumplir sus órdenes sin eszitar una guerra zibil: que si S. A. estaba imbariablemente determinada á azer que sin dilazion ni restriczion se ejecutasen los decretos, deseaba pusiese en su destino persona mas á propósito para coadyubar á sus miras, i que tubiese mas conzepto en el pueblo: que el rei sabia la buena boluntad con que se abia ofrezido siempre á su serbizio, i que por lo tanto no podia atribuirse aquel prozeder ni á menos zelo, ni á falta de fidelidad, sino á lo íntimamente combenzido que estaba de que sin faltarse á sí i á su pátria le era imposible obedezer; (2) empero sin que el prínzipe ni los condes de Egmont i de Orn llebasen mas allá su descontento que á quejarse i representar. Sus sínzeros deseos i su interés les aconsejaban que ebitasen el incurrir en la desgrazia del rei, i por lo tanto le dieron todas las pruebas de fidelidad que debia esperar de basallos que como indibiduos de un estado libre abian jurado la guarda de las leyes fundamentales.

La conducta de muchos otros nobles no fué ni tan mesurada ni tan detenida, sino que se coligaron para impedir que la inquisizion se estableziese. Fué el motor Felipe de Marnis, señor de santa Aldegunda, caballero mui distin-

(1) Estrada, lib. 4, pag. 118.
(2) Gen. ist. of the Netherlands.

guido por su elocuenzia, su abilidad i sus talentos políticos, i que tubo el onor de contribuir mas que ningun otro, salbo el prínzipe, al buen écsito de esta felíz reboluzion, que libró del yugo español las probinzias setentrionales de los Paises-Bajos. Por su dictámen se compuso un escrito, que él notó, con el título de compromiso, el cual pondremos aquí porque pinta con berdad el espíritu que animaba á los flamencos.

"Sabiendo que algunos mal intenzionados, mobidos de zelo por la fé católica en la aparienzia, i en la realidad por orgullo i ambizion, an persuadido al rei nuestro señor á que introduzca en estas probinzias el mas detestable de los tribunales, cual es la inquisizion, no solo contrario á las leyes dibinas i umanas, sino que eszede en crueldad á las bárbaras instituziones de los tiranos mas ferozes del paganismo; que somete todas las autoridades á la de los inquisidores; á los ombres á una miserable i perpetua esclabitud; i por sus imbestigaziones espone aun á los mas birtuosos á contínuos temores; en términos, que si un clérigo, un español, un malbado faborito, un balido inicuo quieren, la tal instituzion les proporziona el mas seguro medio de arruinar á cualquier ziudadano, por mas inozente que sea, azerle prender, condenar, i azer morir sin ser confrontado con sus acusadores, ni que se le permita probar su inozenzia, ni ablar en su fabor: hemos determinado los que abajo firmamos probeer á la seguridad de nuestras familias, de nuestros bienes i de nuestras personas; i á este fin nos unimos por este compromiso en una confederazion sagrada, prometiendo bajo el juramento mas solemne oponernos con todo nuestro poder al establezimiento de dicha inquisi-

zion en nuestras probinzias, bien se intente pública ó clandestinamente, i bajo cualquiera nombre, sea el de inquisizion ó bisita, sea el de comision, ó lei. Declaramos al mismo tiempo que estamos mui distantes de intentar que se cause ni el mas remoto perjuizio á los intereses del rei nuestro soberano; que por el contrario, nuestro imbariable propósito es sostener i defender su gobierno, conserbar la paz, i oponernos con todas nuestras fuerzas á toda sedizion, tumulto ó reboluzion. I conformes en estos prinzipios, emos jurado, i por el presente prometemos i juramos respetar siempre el gobierno como una instituzion sagrada, i ponemos á Dios omnipotente por testigo de que nunca le debilitarémos, ni obrarémos contra él por obras ni aun de palabras.»

«Tambien prometemos i juramos defendernos recíprocamente en todo tiempo i lugar contra todo insulto que se nos aga, ó persecuzion que contra cualquiera de nosotros se suszite por cualquiera de las causas arriba enunziadas; i declaramos que ninguna inculpazion que nos agan nuestros perseguidores, i calificazion que agan de nuestra conducta, ya sea dándole el nombre de rebelion, sedizion ó cualquier otro epíteto que quieran, no por eso dejarémos de estar á nuestro juramento, ni dejará de tener cumplido efecto nuestra promesa. Ninguna jestion que se dirija á oponerse á los inicuos decretos de la inquisizion mereze el nombre de rebelion; i si se prozediese directamente contra cualquiera de nosotros bajo el pretesto de oposizion á tales decretos, ó el de castigarle por rebelde ó sedizioso; juramos por la presente balernos de cuantos medios sean lejítimos para conseguir su libertad.»

«Así en este caso como en cualquiera de nuestros prozedimientos relatibos á la inquisizion, nuestra boluntad es someternos á la opinion jeneral de los confederados, ó al de aquellos que unánimemente designemos para que nos ayuden con sus consejos.»

«Y en testimonio de la pureza de nuestras intenziones imbocamos el santo nombre de Dios bibo, como escudriñador de nuestros corazones, rogándole umildemente derrame sobre nosotros sus grazias el Espíritu Santo, á fin de que nuestras empresas sean coronadas por el ecsito, se aumente la gloria de su santo nombre, i sea todo para salud de nuestras almas, i para la paz i prosperidad de los Paises-Bajos.»

Tales eran los términos en que estaba estendido el compromiso, que con la mayor rapidez se estendió por las probinzias, i le firmaron personas de toda calidad i secta. Al mismo tiempo parezieron, i se esparzieron una prodijiosa multitud de libros en que se sostenia la nezesidad de la libertad de conzienzia, en que se combatian las absurdas doctrinas de la curia romana, i en que se azian pinturas orrendas de la inquisizion.

Mucho alteró á la rejenta este suzeso, i empezó á temer las consecuenzias que probablemente debian resultar de tanto i tan jeneral descontento. Nunca la abian llamado tanto la atenzion las reflecsiones del prinzipe, i de algunos otros consejeros; i se lamentaba amargamente de la situazion á que la reduzian las órdenes de España. «¿A qué promulgar edictos cuando me falta poder para azerlos ejecutar? A dar mas audazia al pueblo, i azer mi autoridad despreziable.» (1)

(1) Bentiboglio et Strada.

El príncipe ni los condes de Egmont i de Orn concurrieron al consejo desde que se publicó el edicto. La rejenta les escribió estrechándoles á que bolbiesen, i bolbieron; i despues de instruirlos de los motibos que tenia para consultarlos, les pidió le diesen su dictámen sin contemplazion ni reserba.

El prínzipe fué el último que abló, i dijo: (1) «Pluguiese á Dios que mis reflesiones ubieran merezido alguna consideración cuando me arriesgué á predezir lo que suzede aora: no abria sido nezesario recurrir desde luego á los remedios estremos que an irritado los ánimos; ni el error se ubiera arraigado en los que en él cayeron, si tan eficazmente no ubieran á ello contribuido los medios mismos que se an empleado para sacarlos de él. No, zierto, ninguno aplaudirá al médico que para curar una llaga que pareziese ecsijir remedios suabes, propusiese el cauterio i el yerro.»

«Ai dos espezies de inquisizion: una ejerzida en nombre del papa, i otra que lo fué mucho tiempo por los obispos: en cuanto á esta, la mayor parte de los ombres se deja conduzir por las preocupaziones i los ábitos, i puede creerse sin presunzion que estendida con el acrezentamiento del número de obispos podrá establezerse sin dificultad, i se allará sufiziente: mas en cuanto á la primera, como objeto de un justo orror, debe ser inmediatamente abolida.»

«Por lo que respecta á los decretos que con tanta frecuenzia se an publicado contra los nobadores, no me oigais á mí, creed á buestra

(1) Este discurso le trae íntegro Nicolas Burgandio, que compuso su istoria por los papeles del presidente Biglio. Béase la istoria de Brandt de la reforma de los Paises-Bajos.

propia esperienzia: ella os dize que las persecuziones en ellos ordenadas no an serbido mas que para aumentar i propagar los errores á cuyo esterminio se dirijian. Son aze algunos años los Paises-Bajos una escuela en que el obserbador menos atento puede aber aprendido cuan insensato es el medio de la persecuzion para sufocar la erejía. Los ombres no renunzian por una nada á la bida, ni menos se esponen sin motibo á crueles suplizios. El desprezio de la muerte i del dolor que en tan eminente grado an manifestado los erejes entregados á los berdugos, produze los mas eficazes efectos en el ánimo de los espectadores en fabor de una relijion por la cual ben padezer con tanto balor. Conmobidos de piedad, penetrados de admirazion de aquella firmeza inconzebible, incurren en la sospecha de que debe de ser el fruto de la berdad: los erejes an sido tratados en Franzia é Inglaterra con la misma dureza que en los Paises-Bajos; i por bentura ¿a produzido allá mejores efectos que aquí? ¿No a abido motibo así acá como allá para acordarse de lo que se dezia de los antiguos cristianos, que era su sangre la mas fecunda semilla que produzia á la iglesia un sin número de prosélitos? Bien combenzido de esta berdad estaba el mas formidable enemigo del cristianismo; i bien sabia que la opresion i el rigor solo eran buenos para abibar el ardiente zelo que deseaba estinguir. El emperador Juliano recurrió al poderoso medio del rídiculo i del desprezio, i le alló mas eficaz que el de la persecuzion. El imperio griego fué en diferentes ocasiones infectado de diferentes espezies de erejías. Aezio enseñó sus errores en el reinado de Constanzio; Nestorio en el de Teo-

dosio; Arrio en el de Constantino; pero sin que jamas se impusiese ni aun á los eresiarcas, cuanto menos á sus diszípulos, penas semejantes á las que oi tienen desolados los Paises-Bajos. ¿I en qué an benido á parar todos esos errores que tanto trabajo les costó esparzir á sus autores? Tal es la naturaleza de la erejía: ¿la despreziais? pues ella se caera de caduca; ¿pero la perseguís? inzesantemente le dais fuerzas nuebas. Es un yerro que el ózio enmoeze, i el uso aguza: desdeñadla, bolbed á otra parte la bista, en brebe perderá el mas seductor de sus atractibos, su mas irresistible fuerza, es á saber, el encanto de la nobedad. Pero no son ejemplos de prínzipes paganos los que yo quiero proponer á la rejenta; sino que siga las uellas del último emperador de gloriosa memoria, del gran Cárlos V, su padre, que combenzido por su propia esperienzia de que los medios suabes eran los únicos eficazes, miéntras los seberos no azian mas que aumentar el mal, abandonó éstos, i adoptó i siguió un sistema moderado muchos años antes de su abdicazion.»

«Felipe mismo a parezido por algun tiempo inclinado á la clemenzia; pero las sujestiones de los obispos, el influjo de los eclesiásticos que le rodean an echo que la abandone. Justifiquen si pueden su conducta esos ombres intolerantes: en cuanto á mí estoi plenamente combenzido de que es imposible desarraigar por la fuerza los males que aflijen á los Paises-Bajos, sin trastornar el estado. Concluiré aziendo presente que sabeis todos mui bien que los protestantes flamencos estan en correspondenzia con los de Franzia: temamos irritarlos mas de lo que estan, no sea que imitando la sebe-

ridad de los católicos franzeses embolbamos como ellos nuestro pais en los orrores de una guerra zibil.»

No fué enteramènte perdido este discurso; pues combenzió á la rejenta de la nezesidad de conzeder algo á los confederados, ó recurrir á las armas. A esto era á lo que mas se inclinaba en cuanto seria al rei mas agradable que ninguna conziliazion. Combidó al conde de Egmont con el mando de algunas tropas que destinaba á someter á los descontentos; pero el conde le reusó manifestando francamente que no podia pelear con onor siendo en defensa de la inquisizion. Esto la inclinó á que en la alternatiba á que se hallaba reduzida elijiese el partido que menos faborezia sus miras, i trató de aplacar los ánimos, templando algo el rigor de los decretos. (1)

En el interbalo de estas deliberaziones fueron tantos los que suscribieron al compromiso, que se juzgaron con fuerza sufiziente para ensayarla en el cumplimiento de sus empeños. Dirijeronse pues á Bruselas, residenzia de la rejenta, i nombraron una diputazion para obtener el permiso de comunicarle sus opiniones i sentimientos azerca de objetos importantes igualmente al rei que á ellos. No estubieron acordes los indibiduos del consejo en cuanto á la respuesta que combenia dar: muchos estubieron porque se desechase la petizion: otros porque no se admitiesen mas que dos ó tres de los confederados; pero los que temian fuese peligroso en aquellas zircunstanzias el dar ningun pretesto plausible á los descontentos, negándoles lo que tenia derecho á pedir cual-

(1) Brandt, p. 165, vol. 1.

quier flamenco, prebalezieron, i con tanta mas razon cuanto que los confederados estaban sin armas, i ningun peligro abia en admitirlos.

Entraron en Bruselas á prinzipios de abril de 1566, de treszientos á cuatrozientos á caballo, acaudillados por Enrique de Brederode, señor de Biana, deszendiente de los antiguos condes de Olanda; los condes de Culemburgo i de Fresemberg; el marques de Mons, el baron de Montiñi, i Luis de Nasau, ermano del prínzipe de Oranje: señores todos mui distinguidos, i de mucho crédito.

Salieron en cuerpo de dos en dos desde la casa del conde de Culemburgo, i fueron rezibidos por la rejenta acompañada del consejo de estado.

Dieron prinzipio á su petizion protestando «que así como nunca abian dejado de ser fieles al rei, así persistian imbariablemente resueltos en continuar tributándole el amor i adesion que le debian: que no dudaban que sus prozedimientos serian mal interpretados; pero que mas querian esponerse á ello que dejar que ignorase la rejenta cosas que juzgaban de la mayor importanzia al rei i á las probinzias: que el zelo que manifestaba S. M. por conserbar en sus estados la pureza de la relijion católica, merezia los mas justos elojios; pero que una funesta esperienzia probaba que los medios de que para ello se balian lo eran solo para aumentar el mal: que azía mucho tiempo se lisonjeaban de que los estados se reunirian para proporzionar otros mas suabes i eficazes; pero que pues abian sido engañadas sus esperanzas creian de su obligazion informar á S. A. que si no mudaba el gobierno enteramente de prinzipios en cuanto á opinio-

nes relijiosas seria inebitable una sublebazion jeneral: que sus mas eficazes deseos eran que se dignase de embiar una persona ilustrada i de buena intenzion que representase eficazmente al rei la nezesidad de templar el rigor de los decretos; i en tanto que se sabia la dezidida boluntad del soberano, que se suspendiese la ejecuzion de ellos. Pero sino se tienen en consideracion nuestras umildes súplicas, dijeron al concluir, ponemos á Dios, al rei, á S. A. i á sus ilustres consejeros por testigos de que le emos anunziado los peligros que amenazan la tranquilidad pública, i no seremos responsables de las calamidades que produzca la denegazion de lo que con tanta justizia pedimos.» (1)

Respondió la rejenta por escrito «que no se allaba con facultades para suspender la ejecuzion de los nuebos decretos; pero que era de su aprobazion el que se embiase á España una persona á propósito para que fuesen bien rezibidas las reclamaziones del pais: que la seria mui grato el interponer su influjo para que el comisionado allase buen rezibimiento en la corte: que entre tanto daria órden á los inquisidores para que prozediesen con templanza en el ejerzizio de su ministerio; i que en reconozimiento de esto esperaba que los suplicantes ebitarian cuidadosamente todo motibo de que se ofendiese al gobierno.»

Descontentos ademas los confederados con esta respuesta, instaron por otra menos baga i mas esplízita; i la rejenta temiendo despedirlos mas desabridos, mandó que se les comunicasen las instruziones que abia pensado di-

(1) Bentiboglio i Brandt.

rijir á los inquisidores, depues de un maduro esámen, en que les ordenaba «prozediesen en lo suzesibo con la mayor umanidad contra los culpables en materia de relijion: que á nadie impusiesen prision, destierro, ni confiscazion, salbo si se les combenzia de tratos sediziosos; i estas últimas órdenes, añadia, deben tener fuerza de lei asta que llegue la última resoluzion de S. M.» Los confederados se obligaron por su parte á no emprender innobazion alguna en materia de relijion, i á esperar con pazienzia la dezision de los estados, que creian con arta lijereza, se reunirian mui luego para poner fin á todos los abusos.

Consiguiente á su primera oferta diputó la duquesa al marques de Mons, i al baron de Montiñi para que presentasen al rei las petiziones de los confederados. Ambos emprendieron de buena gana el biaje, sin sospechar lo inútil que seria, ni lo funesto que les abia de ser; porque como despues beremos no les miró Felipe como embajadores de la rejenta, sino como sediziosos que la abian reduzido á la nezesidad de que les rebistiese de aquel carácter; i como cabezas de una coligazion contra su gobierno.

Esparzióse en este interbalo la boz de que la rejenta abia permitido la profesion pública de la relijion reformada; i en esta creenzia salió el pueblo de los límites que asta entonzes abia guardado: i los ministros protestanses predicaron en muchas partes á numerosos auditorios, que se reunian armados para defenderles de cualquier atentado que los inquisidores emprendiesen. Mas no tardaron los reformados en llebar mas adelante su audazia: apoderáronse á biba fuerza de las iglesias i

las despojaron de sus mas magníficos ornamentos.

En Flandes fué donde empezaron estos eszesos que imitaron al instante las demas probinzias: la misma eferbeszenzia tumultuaria prorumpió en las plazas de comerzio, en que el frecuente trato con los protestantes estranjeros, i aquel espíritu de republicanismo que creze en las grandes ziudades, abia eszitado al pueblo, i de tal modo propagado las nuebas opiniones, que eran casi jeneralmente adoptadas.

En Amberes fueron aun menos disculpables los eszesos: insultaron á los católicos estando en sus ejerzisios relijiosos: entraron de tropel en la catedral, que era uno de los mejores edifizios de la Europa, derribaron los altares, rompieron los cuadros, i destruyeron las imájenes de los santos. De la catedral corrieron á los combentos i los saquearon despues de forzar las puertas, i obligaron á frailes i monjas á salir i refujiarse en la ziudad. En son de zelo relijioso, las ezes del pueblo aprobecharon esta ocasion de satisfazer sus criminales deseos. En otras muchas partes abortó el mismo espíritu de sedizion, que á manera de bolcán inzendió suzesibamente todas las probinzias. Las mismas causas produjeron en todas partes los mismos efectos. Eran muchos los combustibles para que el fuego se contubiese.

La presenzia de la corte infundió algun mas respeto en Bruselas: sin embargo ubo tambien una gran fermentazion. La rejenta llegó á temer asta por su persona, i resolbió retirarse á Mons; empero los condes de Egmont i de Orn, i el prínzipe de Oranje la espusieron enérjicamente los incombenientes de tal intento. Cono-

zian el desonor que debia resultarles de que con tal resoluzion mostrase la duquesa que no se consideraba segura en una ziudad en que tenian el mando, i en que ademas gozaban del mayor crédito. Obtubieron pues que desistiese respondiendo con sus cabezas de las resultas, i asegurando que emplearian todo su poder en reprimir los desórdenes que causaban su cuidado. (1)

La mayor parte de los señores se trasladaron inmediatamente á sus respectibos gobiernos. El prínzipe de Oranje que tenia los de Olanda, Zelanda, Utrecht i Borgoña era ademas bizconde i gobernador de Amberes, adonde asta los istoriadores católicos sientan que pasó muchas bezes, i reprimió con la mayor firmeza los tumultos produzidos por el fanatismo relijioso de los reformados: izo ajustiziar á tres, multó á muchos, izo que bolbiera á abrirse la catedral, i restablezió el ejerzizio de la relijion católica.

Pero como al mismo tiempo estaba combenzido de la imposibilidad de impedir á tanta multitud el que profesasen la suya, izo un combenio con los protestantes que tenian mas influjo en su partido, en que les prometió el libre ejerzizio de la reforma en muchas iglesias de la ziudad, á tal que no perturbasen ni inquietasen á los católicos: que no se atropasen armados, i que sus predicadores se abstubiesen de toda imbectiba contra la iglesia romana: i aseguró que esta conziliazion subsistiria asta que se supiese la última boluntad del rei; i los protestantes se obligaron á obserbarla ó dejar inmediatamente los Paises-Bajos.

(1) Bentiboglio, Brandt, &c.

Todo lo aprobó la rejenta en esta ocasion, menos el permiso dado á los reformados para que tubiesen sus juntas en la ziudad. El prínzipe la espuso que nunca se le ubiera conzedido si la esperienzia diaria no le ubiera enseñado: que le seria mucho mas fázil prebenir los efectos peligrosos del fanatismo de los reformados no saliendo de la ziudad á sus ejerzizios relijiosos: que las juntas zelebradas á bista de los majistrados nunca eran tan numerosas, ni tan tumultuarias: que entonzes los ministros no osaban entregarse á aquel entusiasmo contajioso que eszitaba las sediziones, ni zaerir tan indezentemente al gobierno, como cuando estaban á campo raso, donde nadie podia refrenar su audazia, ni la del pueblo inflamado con sus seductores discursos. «Estos medios, añadió, no solamente son prudentes sino tambien nezesarios. No es de esperar que se sometan los reformados, firmemente resueltos á establezer en la ziudad la libertad de su culto, bien lo tolere, bien lo proiba el gobierno. Las juntas que tenian en la campaña no bajaban de beinte i zinco mil personas, miéntras las de la ziudad apénas pasan de diez mil. Mas ¿dónde está el ejérzito con que contener á tantos sectarios? ¿i quién es el flamenco, aun suponiéndole, que se deje persuadir á tomar las armas contra sus conziudadanos?» (1)

Apaziguadas las turbulenzias de Amberes pasó Guillermo á Olanda, i á Zelanda donde no era menos nezesaria su presenzia. En estas probinzias izo como en aquella cuanto le permitian su poder i su crédito para reprimir la lizenzia de los protestantes; i ninguno otro

(1) Brandt, ban Meteren, lib. 2.

ubiera logrado tanto sin tropas que iziesen respetable la autoridad: les persuadió que debolbiesen á los católicos las iglesias de que les abian despojado; i eszepto en dos ó tres partes, en todas se contentaron con el permiso que les dió la rejenta de tener sus asambleas en los arrabales de las ziudades ó en el campo.

No fué menos la actibidad del conde de Egmont en las probinzias de su mando. Su carácter i sus prinzipios le alejaban de la crueldad i aun de la seberidad, i nadie era mas tolerante. Sin embargo, en esta ocasion estaba firmemente resuelto por agradar al rei en prozeder con rigor: puso la mayor actibidad en descubrir los autores de las sediziones, i castigó rigurosamente á algunos. Restituyó en su libertad á los sazerdotes para que ejerziesen sus funziones: izo abrir las iglesias que se zerraron, i obligó á los protestantes que abitaban en el distrito de su mando á que estubiesen i pasasen por las condiziones prescriptas por la rejenta.

El conde de Orn prozedió con el mismo rigor i enerjía en Turnai, donde fueron los desórdenes mayores que en ninguna otra parte: llegaron como seis mil de los naturales á tomar las armas, sitiaron la guarnizion, i pusieron al comandante en nezesidad de representar á la rejenta que sino le socorria, solo podria defenderse beinte i cuatro oras. Pero la rejenta no tenia tropas sufizientes que oponer á los sediziosos, ni bió otro mejor medio de salbar la guarnizion que el de embiar al conde de Orn, ermano del baron de Montiñi, gobernador de Turnai, (1) para que aplacase á los subleba-

(1) Entonzes se allaba el baron én España.

dos. El conde se abrió paso por medio de ellos con riesgo de su bida, i tubo bastante maña para persuadirles no solo á que lebantasen el bloqueo, sino á que rindiesen las armas, se desapoderasen de las iglesias, i se contentasen para sus juntas con ziertos sitios que les señaló fuera de la ziudad. (1)

La conducta del prínzipe i de los condes no debian pues darles que temer la desgrazia del rei; dado que ni mostraron menos zelo, ni sus esfuerzos fueron menos felizes que los de los demas gobernadores (2) de quienes se asegura quedó el rei mui satisfecho. Empero azía tanto tiempo que aquellos abian desaprobado, i tan altamente, los prinzipios i los pasos que el gobierno daba: que abian reclamado con tanta enerjía los pribilejios nazionales con motibo de la permanenzia de las tropas españolas en los Paises-Bajos; i reprobado tan al descubierto los edictos: que se abian opuesto con tanta firmeza al establezimiento de la inquisizion, i constantemente se mostraban tan animados de zelo patriótico por sus conziudadanos, i por la conserbazion de sus libertades i de su constituzion; que todos estos motibos, juntos al resentimiento de aberse bisto en zierto modo reduzido por las importunidades de los señores flamencos á esonerar á Grambela su ministro faborito, tenian enteramente irritado al rei, cuyo carácter sombrío i bengatibo no sabia perdonar, ni nunca fueron parte para aplacarle el tiempo ni los mas señalados serbizios.

La dimision de Grambela nada mejoró el estado de las cosas. Biglio i el conde Barlaimont

(1) Brandt, Meteren.
(2) Los condes de Aremberg i de Mejen.

no eran menos enemigos de los prozeres de la nobleza flamenca que aquel déspota cardenal, i se empeñaban como él en interpretar malignamente sus acziones. Allábanse sostenidos por Grambela que á poco de salir de los Paises-Bajos fué llamado á Madrid, donde gozaba del crédito que siempre, i no dejaba de emplearle en daño de unos enemigos que tantos motibos le abian dado para que los aborreziese; persuadiendo al rei que el prínzipe de Oranje i los condes de Egmont i de Orn eran los primeros motores de los tumultos. Ardiendo en ira contra ellos resolbió Felipe azerles esperimentar tarde ó temprano el peso de su enojo, mas entre tanto juzgó nezesario continuar disimulando, i manifestó en sus cartas á la rejenta el mas bibo reconozimiento por el zelo que abia manifestado en aquellas zircunstanzias tan delicadas; i la esortó, así bien que á los gobernadores de las probinzias, á que continuasen aziendo los mayores esfuerzos para allanar los alborotos del modo mas pronto i conduzente á la situazion actual de los asuntos. I ademas la embió dinero i órden para que lebantase un cuerpo de tropas catolicas, con cuya fidelidad i sumision absoluta pudiese contar.

Obedezió inmediatamente la rejenta: juntó caballería, i zinco rejimientos de infantería, de los cuales dió el mando al conde de Erbestain; á Cárlos de Mansfelt, ijo del conde Pedro Ernesto; al conde de Reuls, i al baron de Schomberg, i al señor de Ierjes, ijos del conde de Barlaimont.

El prínzipe de Oranje i los condes de Orn i de Egmont fázilmente adibinaron para que se abian lebantado aquellas tropas, i denotaron en el consejo el mayor descontento diziendo que

esto era querer que se enzendiese de nuebo la tea de la discordia.

Al mismo tiempo supieron por cartas particulares del marques de Mons i del baron de Montiñi, que fuese la que quisiese la respuesta pública que el gabinete español diese á la duquesa de Parma, nadie ignoraba en Madrid que al rei abia irritado mucho lo que á los protestantes se abia conzedido: que los señores flamencos eran mirados como fautores de tumultos i protectores de erejías: que el rei i sus ministros se esplicaban ya con mas claridad que antes: que á la confederazion no se daba otro nombre que el de conspirazion; i que las sediziones populares eran miradas como berdaderas rebeliones: que tampoco se dudaba que instigado el rei por las sujestiones de Grambela i del duque de Alba estaba mui dezidido á que esperimentasen los efectos de su resentimiento todos los que abian tenido parte en aquellos mobimientos, i en espezial los que juzgaba mas culpables; i en fin, que aunque en el momento no se pensase en serbirse de otras tropas que de las nazionales, serian mui luego sostenidas por un ejérzito español.

El prínzipe abia pedido muchas bezes á la rejenta su permiso para dimitir sus empleos, por serle imposible, dezia, llenar á un mismo tiempo sus deberes ázia su pátria, i obedezer al rei: mas la rejenta se le negó siempre, dándole en la denegazion los mas claros testimonios de aprezio, pidiéndole encarezidamente que no la abandonase en un tiempo en que nezesitaba mas que nunca de sus consejos i de sus ausilios. Dirijió al rei en derechura la misma súplica, i rezibió la propia respuesta con las mayo-

res seguridades de confianza i de amistad. (1).

Pero á Guillermo no deslumbraban estas aparienzias: estaba mui bien informado de las intenziones de Felipe respecto de él, i de lo que se maquinaba en su consejo secreto. Por una correspondienzia que mantenia en Franzia abia logrado adquirir una carta de Alaba, ministro de Felipe en aquella corte, que confirmaba las notizias que le abian dado el marques de Mons i el baron de Montiñi. En la tal carta insistia Alaba prinzipalmente en la nezesidad de aprobechar la ocasion faborable que se presentaba para establezer en los Paises-Bajos la autoridad despótica que el rei ambizionaba tanto; i persuadia á la rejenta á que engañase á los señores flamencos con el disimulo i los artifizios de que ellos mismos se abian balido asta entonzes, asta que sin peligro pudiese quitarse la máscara Y concluia asegurándola que el rei no dudaba que eran ellos los móbiles secretos de todos los alborotos, i no tardaria en pagarlès el salario debido á su perfidia, pues abia jurado azer un ejemplar espantoso, castigando con el último rigor á los flamencos. (2)

El prínzipe comunicó esta carta á su ermano Luis, á los condes de Egmont, de Oogstrate i de Orn, i á otros muchos nobles que se reunieron en Dendremonde, para deliberar sobre los medios que combenia elejir. El conde Luis fogoso i temerario quisiera sin mas tardanza animar al pueblo á que tomase las armas; pero el prínzipe lo resistió, manifestando que si daban

(1) Bentiboglio. Béase la carta inserta en la apolojía de Guillermo.

(2) Brandt, 216. Rudanus, p. 3. Meteren, l. 2.

prinzipio á la guerra en el estado presente de las cosas, no podrian azerla con buen ecsito, ni justificar su conducta: que la inquisizion estaba realmente abolida, los decretos en desuso, i una libertad razional conzedida en materia de relijion: que no debia estrañarse que despues de aquellas conmoziones apénas sosegadas, ubiese la rejenta lebantado aquellas tropas, tanto menos cuanto eran nazionales: que por consiguiente no podian por entonzes alegar ninguna razon plausible para tomar las armas; pero que no dudase de que no tardarian en darle los mas justos motibos: que su dictámen era esperarlos, i entre tanto no solo bibir con el mas bigilante cuidado, sino difundir en el pueblo el conozimiento del peligro que le amenazaba, á fin de que se allase dispuesto á obrar á su tiempo.

Si el conde de Egmont ubiera pensado en esta ocasion como el prínzipe, no ai duda que todos los demas unánimemente ubieran aprobado las medidas de precauzion que se propusieron, i que una union tan temible por el poder de los que la ubieran compuesto, i el crédito de que en el pueblo gozaban, ubiera podido disuadir al rei de sus intentos por la imposibilidad que descubriera de realizarlos. Pero todos quedaron confusos i admirados al oir al conde "que léjos de tomar parte en una liga que pudiese ofender al rei, miraba el proyecto como imprudente i criminal: que los escesos á que el pueblo se abia dado, abian debido inspirar al rei desconfianza de su fidelidad: que estaba determinado á borrar si era posible estas sospechas, empleándose con el mayor teson en reduzir al pueblo á la obedienzia, i en contenerle para que no la bolbiese á perder: que no duda-

ba que si lo conseguia, así bien que los otros gobernadores de las demas probinzias, no se bolberia á oir ablar de tropas españolas; i en fin, que se le resistia el dar crédito á los designios despóticos que se atribuian al rei, despues de tantas i tan repetidas seguridades como le abia dado de sus intenziones faborables ázia los flamencos.»

En bano procuraron el prínzipe i los otros señores atraerle á su dictámen. Aunque el conde tenia mas de una prueba de que no se podia contar con la buena fe de Felipe; el interés que este abia aparentado tomar por su familia, i las demostraziones de afecto que le izo en Madrid le tenian tan engañado, i le faszinaban la bista asta el estremo de no dejarle ber los inminentes peligros á que estaba espuesto. (1)

Pribados el prínzipe i sus partidarios de los ausilios que podia suministrarles un sujeto de tanto crédito, conozieron que no les quedaba otro medio que el de recobrar la grazia del rei, cooperando con actibidad á que tubiesen cumplido efecto los medios que la rejenta iba á emplear para asegurar la tranquilidad pública.

Los gobernadores abian trabajado de buena fe en conseguirlo; pero las cosas aún no se allaban en el estado en que la rejenta las queria. Inflamados los protestantes de un eszesibo zelo para poder ser reprimido por los majistrados, continuaron entregándose á los eszesos mas reprensibles, particularmente en la ziudad de Balenzienes en que todo el populacho abia abrazado la reforma. Esta plaza fuerte i mui poblada, inmediata á la Franzia, i en disposizion de ser socorrida por los protestantes franzeses, con

(1) Bentiboglio.

quienes tenia frecuente comunicazion, era mui importante; i por lo mismo creyó la rejenta nezesario meter en ella una guarnizion de las tropas rezien lebantadas, i solizitó que los abitantes la rezibiesen; mas cuando ya tubo por imposible el persuadirles, les declaró rebeldes, i mandó á Noircarmes que les sitiase. Ben las baterías dispuestas á batir la ziudad, desmayan, i se rinden á discrezion. Entra en ella Noircarmes, é inmediatamente condena á muerte al gobernador i su ijo, á los ministros protestantes i muchos bezinos que abian eszitado las últimas turbulenzias: proibió despues el ejerzizio de la relijion reformada, i dejó en la ziudad una fuerte guarnizion á las órdenes de un zeloso católico.

Este resultado llenó de terror á los protestantes, i animó á los católicos. Turnai, Bois-le-Duc, i otras muchas plazas se sometieron; i asta Amberes consintió que se la pusiese guarnizion. Con esto el partido católico tomó tal aszendiente, i el protestante se intimidó tanto, que sus ministros fueron desterrados sin oposizion, i el ejerzizio de su relijion enteramente abolido. (1)

El conde de Brederode i algunos otros señores izieron nueba solizitud; pero ya eran intempestibas sus representaziones: ni la rejenta, ni los confederados se allaban ya en aquella situazion en que estos podian disponer, i aquella nezesitaba deferir: tenia la duquesa tropas á sus órdenes; i la mayor parte de los descontentos, combenzidos de su debilidad, se abian apresurado á ponerse de su parte, i á manifestar sumision al gobierno. Pidió el conde de Brederode

(1) Bent. p. 47.

una audienzia, i se le denegó sin darle otra respuesta que "él i sus partidarios abian dado á las conzesiones de la rejenta una estension en que nunca pensó: que abian fomentado las sediziones, i por tanto, roto el combenio que el gobierno se abia dignado de azer con ellos, i perdido todo derecho de quejarse." (1)

Esta contestazion combenzió á Brederode que no le quedaba mas arbitrio que el de las armas. Resuelto á tentar fortuna se retiró á Olanda, lebantó un cuerpo, i se fortificó en la ziudad de Bianen. Pero los condes de Aremberg i de Mejen cayeron sobre él, i tubo que fugarse á Alemania. Al año siguiente bolbió á los Paises-Bajos, i murió en el castillo de Arnoff. (2) Respetábanle mucho los protestantes; pero su talento no correspondia á su zelo, ni tenia ninguna de aquellas partes que constituyen un cabeza de partido.

Despues de la espulsion del conde de Brederode, no tubieron los protestantes ningun medio de tumultuarse. Una profunda tranquilidad suzedió á las turbulenzias que tanto abian ajitado á los Paises-Bajos. Reparáronse los templos, lebantáronse los altares, restableziéronse las imájenes, i todo bolbió á la obedienzia. Los majistrados recobraron su autoridad, i los descontentos parezia que limitaban sus deseos á eszederse unos á otros en pruebas de afecto i zelo por el serbizio del rei i de la iglesia.

(1) Brandt i Bent.
(2) Brandt.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO OCTABO.

En tanto que la duquesa de Parma allanaba con sus azertadas probidenzias los lebantamientos de Flandes, tambien á Felipe ocupaba un asunto de tanta importanzia. Asegurábale la rejenta, de acuerdo con los señores confederados, que su presenzia seria el mas eficaz remedio de los males que trabajaban las probinzias. Esta era tambien la opinion de algunos de los ministros españoles; i el rei parezió adoptarla, puesto que dió órden para equipar las nabes que abian de serbir en el biaje, i la Europa lo creia. Pero dado que pensase azerle, con fazilidad le disuadieron los incombenientes ó los peligros que podian resultar: consideraziones que zierto no detubieran á Cárlos V: ubiéralas despreziado. Tubo éste que azer otro igual biaje, i no dudó ponerse en manos de Franzisco I, su ribal i enemigo, por llegar mas pronto, no á reduzir una probinzia sublebada, sino á allanar un alboroto en Gante. Pero Felipe no tenia ni el balor ni la actibidad de su padre, ni amaba

tanto como él á los flamencos para esponer su persona por restablezer la tranquilidad entre ellos. Ademas bemos en todo el discurso de su reinado que uia de ejecutar por sí sus intentos, prefiriendo encargarlos á quien se atubiese á las órdenes que le comunicase. (1)

Resuelto, en fin, á no ir á Flandes, faltábale determinar si embiaria ejérzito que sometiese i castigase la rebelion del pueblo, ó si atenderia á sus esposiziones. En su consejo eran barios los parezeres. El prínzipe de Eboli i el duque de Feria tenian el de que se aboliese la inquisizion, se suprimiesen los decretos, i se tanteasen medios mas suabes de atraer á los protestantes, dado que por esperienzia se beia que el rigor no aprobechaba. Por el contrario, el duque de Alba i el cardenal Grambela sostenian que tanta condeszendenzia era la que abia eszitado su audazia á cometer tan inauditos eszesos en desprezio de la relijíon i de la autoridad real. Espusieron que nunca fuera menos á propósito la clemenzia: que demasiado tiempo abia rezibido S. M. la lei en bez de darla: que á los flamencos ensoberbezian sus fueros, i que si prontamente no se castigaban su insolenzia i presunzion, no tardarian en disputar al rei el derecho de mandarles, i arian lo que con sus abuelos izieron los suizos, asta declararse independientes; ó mas bien el prínzipe de Oranje i los condes de Egmont i de Orn, á pretesto de defender las libertades públicas, se arrogarian toda la autoridad, i repartirian entre sí las probinzias, que tanto tiempo azia tentaban su ambizion. «Y ¿qué pretesto mas plausible se presentará jamas para introduzir

(1) Bentiboglio, an. 1567. Errera, lib. 9.

un ejérzito en los Paises-Bajos? ¿qué ocasion mas faborable de establezer en ellos la autoridad soberana, como lo está en España é Italia?" (1)

Nada mas conforme con el carácter é inclinaziones del rei. Sin bazilar se dezidió porque se embiase á Flandes un grande i bien disziplinado ejérzito á las órdenes del duque de Alba, á quien por una larga esperienzia reconozia por el mas dispuesto para llebar á cabo el plan de tiranía i opresion que tenia adoptado.

En este interbalo abia restablezido la duquesa el buen órden, i se lo comunicó al rei, manifestándole que ninguna nezesidad abia ya de ejérzito en aquellas probinzias en que las guarniziones contenian las plazas sospechosas, los tumultos eran disipados, castigados los sediziosos, impuesto silenzio á los erejes, los eclesiásticos restablezidos, i la tranquilidad completa.

Si Felipe no tubiera otras miras que las que aparentaba, con estas notizias mandara detener la marcha de las tropas: no era, pues, el zelo de la relijion, ni el deseo de la tranquilidad lo que le mobian: mobíanle otras dos pasiones á cual mas biolentas: establezer un gobierno despótico sobre las ruinas de la antigua constituzion, i satisfazer sus resentimientos contra el de Oranje i los otros señores. Lo primero debia alagar á un prínzipe tan dominante como Felipe, tanto mas opuesto á los fueros de aquellos estados, cuanto mas léjos caen estos de la silla de su imperio: lo segundo deleitaba su corazon bengatibo, irritado por la desconfianza i la oposizion de la prinzipal nobleza.

(2) Bentiboglio.

Preszindiendo Felipe de lo que la rejenta le dezia, insistió en su primer designio, i el duque de Alba se embarcó para Italia, donde reunió diferentes cuerpos que estaban acantonados, i subirian á ocho mil infantes i mil i quinientos caballos, i de allí marchó á los Paises-Bajos por tierras del duque de Saboya, i despues por la Borgoña i la Lorena. Aumentado el campo en la marcha con siete mil caballos, los tres mil de ellos borgoñones, i los cuatro mil alemanes, llegó pronto i sin obstáculo á la probinzia de Lusemburgo, i despues de guarnezidas muchas ziudades fronterizas, arribó á Bruselas en agosto de 1567. (1)

Con su llegada se consternaron i sorprendieron las probinzias: muchos millares de personas las abian ya dejado; i el prínzipe de Oranje, que mui de léjos prebiera la tempestad que á su pátria amenazaba, se abia retirado con sus deudos i amigos al condado de Nasau, en Alemania. Sabia cuan imbeterado era el odio que Felipe le tenia, i no dudaba que un ejérzito formidable i á las órdenes de un satélite de la tiranía como el duque de Alba presajiase la mas terrible opresion. Solo el aberle elejido daba bien claro á entender que el rei intentaba gobernar los Paises-Bajos con zetro de yerro, i que no perdonaria á una nobleza que tan irritado le tenia con su resistenzia i murmuraziones.

Quisiera el prínzipe atraer al conde de Egmont á que siguiese su ejemplo, i á este fin izo cuanto pudo por abrirle los ojos al azercarse el peligro. Le representó los disgustos que abia dado al rei, i los motibos porque no debia dudar de su resentimiento: le recordó el

(1) Errera, lib. 9, cap. 3.

carácter imperioso del duque de Alba, que de enemigo i ribal le tenia de jefe, i no dejaria de emplear su autoridad en arruinarle. Empero el conde tenia una numerosa familia i un rango que no podia sostener con dignidad fuera de los Paises-Bajos. Asegurado en la conzienzia de su fidelidad, contaba con los serbizios que abia echo al rei; no podia persuadirse que las demostraziones de afecto que le izo en España fuesen otras tantas perfidias; i creyó que solo aquellos que abian tenido alguna parte en los últimos alborotos serian los que tendrian que temer su resentimiento. Biéndole inflecsible, le dijo el prínzipe estas notables palabras: «Bos sereis el puente que ollarán los españoles para pasar á Flandes, i que romperán despues: os arrepentireis de no seguir los consejos que os doi, pero temo que el arrepentimiento llegue demasiado tarde.»

Abíase retirado el prínzipe á Alemania en abril de 1567, i el duque llegó á los Paises-Bajos en agosto siguiente. En este corto interbalo bió el conde disminuirse su crédito i considerazion; pero resuelto en zeder á las zircunstanzias, se umilló asta salir á rezibir al duque en la probinzia de Lusemburgo, i presentarle dos ermosos caballos en prueba de la buena intelijenzia que queria mantener con él: rezibiolos el duque con la altanería que le era natural; disimulando sin embargo asta que llegase el tiempo en que mas á su salbo pudiese poner por obra sus intentos.

No tardó mucho; pues el primer golpe de autoridad que dió inmediatamente que llegó á Bruselas fué arrestarle á él i al conde de Orn; pero con tanta perfidia como injustizia i tiranía. El primero á quien engañó fué al de Eg-

mont, i de él se balió para que el de Orn cayese tambien en el lazo. (1) Luego que el duque conozió la seguridad en que bibian no dudó que era llegado su tiempo. Pidioles que pasasen á su casa para que le dijesen sus dictámenes azerca de una ziudadela que intentaba construir en Amberes. Pasaron con efecto, i despues de discutido el asunto fueron conduzidos bajo ziertos pretestos á dos cuartos separados, el de Egmont por el duque, i el de Orn por su ijo: « dadme la espada, conde, le dijo el duque: así lo manda el rei, i que os deis preso. » Aterrado el conde con una órden tan imprebista, quiso escaparse, pero se alló rodeado de las guardias del duque, i se la entregó diziendo: « mas de una bez a contribuido á la gloria de Felipe. » (2) Protestaron ambos que como caballeros del toison de oro no podian ser juzgados sino por sus pares, ni presos sino por su órden; pero ningun caso se izo de sus protestas. Llebaronlos á un castillo léjos de Bruselas i de las probinzias en que residian, contra el derecho auténtico i sagrado que la lei fundamental conzedia asta al último ziudadano. (3)

Tras estas prisiones se siguió la del secretario del conde de Egmont, el señor de Beckerseel, i las de otras muchas personas de distinzion. Difundiose la notizia asta las estremidades de las probinzias; i católicos i protestantes todos se llenaron de terror. « El amor á la relijion católica, dezian, no es una salbaguardia contra los resentimientos del rei; pues los que

(1) Strada, p. 215.
(2) Ibidem.
(3) Grotius et Bentiboglio.

se an mostrado mas actibos en reprimir á los reformados estan espuestos á su indignazion. Zierto, que ninguno de nosotros se a señalado tanto por su zelo; ni echo tan importantes serbizios como los sujetos á quienes acaba de ofrezer á la muerte.»

Todos los ziudadanos de toda clase i condizion se consternaron: muchos dejaron sus ogares; i se calculó que el terror que con esto inspiró el duque, i el que causó su llegada espatrió mas de zien mil personas, que se refujiaron en los paises estranjeros; la mayor parte industriosas que llebaron sus artes, sus manufacturas i sus conozimientos á estados enemigos de Felipe, que se enriquezian con sus pérdidas. (1)

A la rejenta asombró mas que á nadie la prision de los condes. Abiala asegurado el rei que aunque ubiese confiado el mando jeneral de las tropas al duque, en nada menoscabaria su autoridad, sino que la conserbaria íntegra: i con esto benian bien los despachos que el duque la presentó á su llegada. Empero á la rejenta se le azia increible que el jeneral osase imbadir su autoridad tan abiertamente, arrestando sin su anuenzia á dos de los prinzipales personajes del estado, si sus facultades no se estendiesen á mas de lo que los despachos sonaban; sospechó que el rei abia conferido á su jeneral una autoridad superior; no dudó que engañado por las calumnias de sus enemigos, fuese disminuyendo aquella confianza que tan segura estaba de merezer por su zelo i sus serbizios; i concluyendo de todo que no podia permanezer con onor en los Paises-Bajos, pidió

(1) Ban Meteren, p. 80.

inmediatamente lizenzia para retirarse. Conzediósela el rei despues de reiteradas instanzias, i dejó á Bruselas á prinzipios de 1568, llorada de los flamencos, particularmente de los protestantes que tubieron por prudente i moderado su gobierno cuando le comparaban con el sebero é implacable del duque, (1) en cuyas manos quedó con efecto la autoridad absoluta despues de la partida de la duquesa: é inmediatamente zirculó el decreto en que se le daba mas poder que el que nunca tubieron sus predezesores, i que el que el soberano podia lejítimamente conferir; pues aquella autoridad era un atentado formal contra las leyes i pribilejios que solemnemente abia jurado conserbar en el acto de su inauguracion. Mas Felipe abia recurrido á aquellos medios de justificar la iniquidad, de que con tanta frecuenzia se balian los católicos: obtubo de S. S. la relajazion de este juramento, i ya no ocultaba el designio de establezer en Flandes el despotismo mas arbitrario sobre las ruinas de su antigua constituzion.

Abiasele conferido al duque ademas del mando en jefe de las tropas, la presidenzia de los tres consejos de estado, justizia i azienda, con poder ámplio para absolber ó castigar delitos de toda espezie, segun lo juzgase combeniente. Dió prinzipio á su gobierno publicando un bando en que conzedia un mes á los reformados para que saliesen del pais, en cuyo tiempo diesen órden en sus negozios, sin temor de ser inquietados ni bejados; pero al propio tiempo la dió él en secreto á los inquisidores para que prozediesen inmediatamente á la eje-

(1) Bentiboglio et Strada.

cuzion de los decretos con el último rigor.

Para ayudarles i animarles á ello establezió un nuebo tribunal compuesto de doze consejeros españoles, que llamó consejo de las rebueltas, cuyo instituto era formar causa á los que directa ó indirectamente ubiesen contribuido á los últimos desórdenes. Era el duque el presidente, i en su ausenzia un tal Bargas, conozido entre los juristas sus compatriotas por su abarizia i su crueldad. (1)

El primer estatuto de este tribunal llamado por los flamencos «consejo de sangre» ordenaba que cualquiera que ubiese presentado ó firmado cualquier representazion contra los últimos decretos, el establezimiento de los nuebos obispados, ó el de la inquisizion; ablado en fabor de los reformados, ó insinuado de cualquier modo que fuese, que el rei no tenia facultad para abolir los pribilejios que abian sido el oríjen de tantas impiedades, era reo de alta traicion, i digno del castigo que se tubiese á bien imponerle. (2)

Abia el duque dispuesto sus tropas del modo que le parezió mas combeniente para sostener este tiránico estatuto que amenazaba á tantos ziudadanos. Izo lebantar una ziudadela en Amberes, i forzó á los abitantes á que la costeasen i contribuyesen así á la esclabitud que les preparaba. En otras ziudades construyó castillos: derramó por las probinzias sus tropas, que causaban tantas bejaziones, que los abitantes uian de su tirania, ó se abandonaban á la desesperazion. Beinte mil personas

(1) Brandt, p. 260. i 265. Ban Meteren, lib. 3, p. 66.

(2) Ban Meteren, l. 3, p. 66.

se salbaron entonzes en Franzia, Inglaterra i Alemania: (1) muchos detenidos en el momento en que disponian su fuga fueron bíctima de las persecuziones que desolaban su pátria. Aun los inozentes, aterrados por el temor que infundian los castigos que beian imponer á los delincuentes, jemian por las desgrazias de aquel pais tan floreziente en otro tiempo, i tan felíz por la blandura de su gobierno; i que ya no ofrezia mas que objetos de orror, fugas, destierros, confiscaziones, prisiones, suplizios. (2) No se distinguia de clase, de edad, ni secso: muchachos apénas entrados en la adoleszenzia, biejos caducos, caballeros de la mas alta nobleza, ombres de la mas ínfima plebe, todos indistintamente eran sacrificados á la codizia i á la crueldad del gobernador i de sus satélites.

Aunque en pocos meses perezieron mas de mil i ochozientas personas á manos del berdugo, el sanguinario duque no se allaba satisfecho, los calabozos no estaban bastante llenos, ni los presos bastante oprimidos. Azercábase el carnabal, i esperaba que los reformados aprobechando la distraczion de los católicos, se abenturarian á salir de las guaridas en que se abian escondido, para ber á sus familias i amigos. Soltó pues á sus inquisidores i soldados como otros tantos lobos contra tímidas obejas: sorprendió á no pocos protestantes, i de sus casas i sus camas les izo trasladar á obscuros calabozos.

Muchos que no abian concurrido mas que una sola bez á sus juntas, i juraban su adesion

(1) Brandt et Bentiboglio.
(2) Bentiboglio, p. 58.

á la iglesia romana fueron aorcados ó aogados: los que confesaban ser protestantes, i se resistian á abjurar sus errores, se les ponia á cuestion de tormento para que declarasen sus cómplizes, i despues se les descuartizaba en la plaza pública: prolongábanse sus tormentos con la mas injeniosa barbarie; sus cuerpos eran quemados: i para impedir que enmedio de sus suplizios diesen testimonio de su creenzia, no se contentaban con que se sufocasen sus gritos, sino que los berdugos les aplicaban un yerro ardiendo á la lengua, i les encerraban en una máquina imbentada para bariar i agrabar los tormentos de aquellos infelizes. (1)

La pluma se cae de la mano al referir los ejemplos sin número de las crueldades del duque de Alba i sus satélites; i mas cuando se reflesiona que las malabenturadas bíctimas en quienes se ejerzian tantas atrozidades, léjos de ser de aquella clase de malbados indignos de compasion por la ferozidad sanguinaria con que atropellan las leyes de la naturaleza i de la umanidad, eran en jeneral ombres inozentes i pazíficos, que abiendo adoptado las nuebas opiniones tenian demasiada probidad para no tributar omenaje á su creenzia; ó cuando mas eran de carácter lijero que se dejaron llebar de su zelo ó entusiasmo á imprudenzias que creian agradables á Dios é importantes á su gloria i á la felizidad de los ombres.

Inspiró el duque su barbarie á los majistrados subalternos, que conozian mui bien que el medio mejor de complazer al rei i á su ministro era mostrarse implacables. No obstante, muchos, mas umanos que políticos i zircunspec-

(1) Brandt et Meteren, p. 69.

tos, abisaron á los protestantes que uyesen de la tiranía. Asta los indibiduos del «consejo de sangre» sentian alguna bez que á su corazon repugnaba el orrible abuso de poder de que eran cómplizes. No pudiendo resolberse á cometer legalmente tantos asesinatos, pidieron muchos lizenzia para renunziar sus plazas: otros mas animosos se ausentaron; de modo que de los doze de que el tribunal se componia, rara bez asistian mas de tres ó cuatro. (1)

Por este tiempo los majistrados de Amberes, que desde la llegada del duque abian mostrado la mas ziega obedienzia, creyeron que debian interzeder por algunos que abia preso la inquisizion. Su esposizion estaba conzebida en los términos mas umildes: que aunque las personas por quienes interzedian se ubiesen allado dos ó tres bezes en las juntas de los protestantes, fueran conduzidos por la curiosidad: que eran berdaderos ijos de la iglesia romana, i fieles basallos del rei; i que abian permanezido en los Paises-Bajos asta el momento de su detenzion asegurados en la fe del bando publicado, en que se ofrezia que por un mes nadie seria perseguido por las ocurrenzias anteriores á la llegada del duque.

Empero este respondió con su altibez ordinaria «que estrañaba fuesen tan insensatos

(1) La prueba es que las sentenzias no se allan firmadas mas que de dos ó tres indibiduos del consejo. La de Antonio de Straale, por ejemplo, no la firmaron mas que Bargas i otros dos. El duque asistia rara bez, escepto en los dos ó tres primeros meses; pero pronunziaba todas las sentenzias; ademas de que la actiba é infatigable crueldad de Bargas azia inútil su presenzia. Grumestone.

que se atrebiesen á pedirle por unos erejes: que no les faltaria motibo para arrepentirse de aber sido tan presuntuosos ó tan atrebidos; pues debian estar seguros de que les aria aorcar á todos para ebitar con su ejemplo que otros imitasen su audazia.» (1) No obstante, algunos nobles, i el mismo Biglio que con tanto zelo se prestaron á las medidas despóticas del cardenal de Grambela, mobidos de compasion por las desgrazias que asolaban su pátria, tubieron balor para representar al rei contra las crueldades de su gobernador. Asta el papa mismo le esortó á que prozediese con mas templanza. Mas nada bastó á que suprimiese ni modificase sus primeras órdenes asta ber lo que le dezia Bargas; el cual le aconsejó que llebase adelante locomenzado, asegurándole que el ecsito seria el mejor i mas completo; i ofreziéndole al mismo tiempo un manantial inagotable de riquezas en las confiscaziones. Bargas fué poderosamente sostenido por los inquisidores de corte; Felipe no oyó mas que á ellos; desestimó toda representazion, i las persecuziones continuaron con el mismo furor que antes. (2)

Perdió el pueblo toda esperanza de mober á compasion á su soberano, cuando supo como se ubo con su propio ijo don Cárlos. Los istoriadores coetáneos difieren en la narrazion de esta catástrofe, no menos misteriosa que trájica. Lo que nos a parezido mas consecuente i berisimil es que desde la mas tierna edad se notó en el prínzipe don Cárlos un carácter impetuoso i biolento; i aunque no abia motibos para que se juzgase faborablemente de su capazidad i

(1) Brandt, p. 265.
(2) Brandt, de Thou.

talento, abialos sobrados para no dudar de su mucha ambizion i del mas beemente deseo de que su padre le diese alguna parte en el gobierno. Empero Felipe ya por zelos, ya porque estubiese combenzido de la incapazidad de su ijo, reusó constantemente alimentar su ambizion, tratándole con la mayor reserba i frialdad, miéntras dispensaba su confianza al duque de Alba, á Rui Gomez de Silba, i al presidente Spínola; que eran prezisamente los tres á quienes el prínzipe tenia una abersion imbenzible, ora por embidia, ora porque les mirase como espías puestos por su padre, para que belasen sobre su conducta. Tales disposiziones azen menos estraña la imprudenzia de no aberse abstenido de zensurar el gobierno de su padre, i particularmente los medios adoptados en los Paises-Bajos; de cuyos abitantes abia dado muestras de compadezerse. Amenazaba con frecuenzia al duque de Alba, i llegó á atentar contra su bida en castigo de aber azeptado aquel gobierno. Izose sospechoso de tener pláticas secretas con el marques de Mons i el baron de Montiñi, i de aber formado el proyecto de pasar á Flandes á ponerse al frente de los descontentos.

Súpolo el rei, é inmediatamente consultó á los inquisidores, cuyo dictámen oia siempre en todo asunto de importanzia, i resolbió arrestar al prínzipe, i frustrar así sus intentos. Entró á la noche en su cuarto acompañado de algunos consejeros i guardias, i despues de reprender su conducta le dijo: «bengo á castigarte como padre;» despidió sus criados, i dejó guardias que bistieron de luto á su desgraziado ijo. Éste, naturalmente feróz, irritado asta el estremo con semejante tratamiento pidió á su

padre i á los que con él estaban, que le quitasen la bida: se arroja de cabeza á una gran lumbre, i con no poca dificultad le sacaron de ella los guardias. Su desesperazion dejeneró en frenesí. Pasábase en ayunas dias enteros esperando despues morir á manos de su borazidad. Muchos prínzipes, i toda la nobleza española interzedieron por su libertad; empero su implacable padre fué inflesible; i despues de tener seis meses preso á su desbenturado ijo quiso que la inquisizion le sentenziase, i le sentenzió á muerte: i á pretesto de esta abominable sentenzia dispuso el padre que se le diese un tósigo que le acabó á pocas oras á la edad de beinte i dos años. (1)

Ya abia dado Felipe pruebas de la crueldad de su carácter: bimosle asistir gustoso a contemplar á sangre fria los orribles suplizios con que en Balladolid se atormentaron á los protestantes sus basallos. Sin embargo no falta quien disculpe aquella ferozidad. Atribuyenla unos á la superstizion de que estaba imbuido, cuando otros la miran como la prueba mas combinzente de la sinzeridad de su zelo por la berdadera relijion. Empero la barbarie con que izo dar muerte á su ijo no puede mirarse bajo ninguno de estos dos puntos de bista; sino que se miró jeneralmente como una prueba de la atrozidad del rei, tan incapaz de umanidad como desnaturalizado. Absortos no menos que orrorizados sus pueblos conozieron, particularmente los flamencos, lo inútil que era esperar grazia de un soberano que con tanta obstinazion se abia resistido á perdonar á su ijo, cu-

(1) Compárese á Tou, lib. 43, cap. 8, con Strada, lib. 7, p. 225 &c.

yo delito, dezian, era el aberse compadezido de sus calamidades, i el aberles dado alguna muestra de inclinazion. No les quedaba pues á estos desgraziados otra esperanza que la prudenzia, el patriotismo, i los grandes recursos del prínzipe de Oranje.

Inmediatamente que llegó el duque á los Paises-Bajos izo zitar á Guillermo ofreziéndole en nombre del rei que si se presentaba seria tratado con la mayor considerazion. Pero era el prínzipe demasiado astuto para meterse en el lazo. Reusó comparezer porque «para el dia que el duque me señala, decia, no debe esperar que me presente, dado que es imposible azerlo á la distanzia en que me allo; porque el emplazamiento es opuesto bajo muchos aspectos á las leyes fundamentales de los Paises-Bajos; i porque el término que se me conzede no es el que las leyes prescriben. Yo no debo bajo ningun respecto reconozer la autoridad del duque, pues como caballero del toison de oro no puedo ser juzgado sino por mis pares, i como bezino del Brabante, por mis conziudadanos. Es un atentado contra mis pribilejios el comisionar para que me juzgue á una persona incompetente, i no me queda mucha esperanza de que se juzgue mi conducta con equidad, cuando empieza la injustizia desde el nombramiento del juez, que es ademas mucho tiempo aze mi enemigo personal, que a prozedido ya contra mí sin oirme, i que por la sola suposizion de que puedo resultar culpado se apodera de mi ijo el conde de Buren, i le embia á España, á pesar de ser incontestable la inozenzia del jóben que cursaba los estudios en Lobaina, bajo la salbaguardia de los pribilejios de aquella unibersidad.»

Pasados que fueron los términos conzedidos al prínzipe de Oranje, á los condes de Oogstrate, i de Culemburgo, i á otros muchos caballeros emplazados, les sentenzió el duque en rebeldía á pena capital i confiscazion de bienes. Izo arrasar el palazio de Culemburgo en Bruselas, donde muchas bezes se abian reunido los confederados: i los bienes del prínzipe de Oranje, que ademas de su prinzipado en Franzia era dueño de muchas tierras en Borgoña i los Paises-Bajos, los confiscó para la cámara de S. M.; empero que si se cree á algunos istoriadores se los aplicó para sí i para pago de los muchos delatores que mantenia.

Tan conozida le era al prínzipe la inflesibilidad del rei, que estaba bien seguro de que nada ni nadie seria poderoso para aplacar su resentimiento ni azer que perdonase á un basallo rebelde. No obstante, para dar mas peso á su razon, i azer ber á la Europa entera que de tanto tropel de injustizias no le quedaba mas apelazion que á las armas, embió al emperador una razon zircunstanziáda del modo con que se le abia tratado, i de las crueldades que el duque de Alba ejerzia en los Paises-Bajos, suplicándole se compadeziese de ellos, é interzediese por él. Era Masimiliano de carácter diametralmente opuesto al de Felipe; é inmediatamente escribió á éste manifestándole que segun su dictámen i el de todos los prínzipes alemanes, la conducta del duque de Alba era tan imprudente como bárbara: i para azer mas recomendable su interzesion embió á su ermano el archiduque Cárlos á Madrid.

Empero la respuesta fué la que debia esperarse de un déspota: «Las seberidades empleadas en los Paises-Bajos aun no bastan para

reprimir la insolenzia de mis basallos flamencos; i espero que el emperador se guardará mui bien de permitir que el prínzipe de Oranje ni sus partidarios agan lebas de tropas en Alemania.» (1)

Una respuesta tan altanera á un soberano que sobre ser tan su deudo tenia la primera dignidad de Europa, manifestó cuan en bano se procuraria aplacarle; i no contribuyó poco á que Masimiliano se separase de los intereses del rei su primo, i fazilitase las lebas del prínzipe de Oranje en Alemania.

Azia meses que los flamencos uidos i desterrados instaban al prínzipe á que tomase las armas; pero este quisiera diferirlo algo mas, por si se presentaba algun momento faborable, no dudando que Felipe se allaria tarde ó temprano embuelto en alguna guerra con sus bezinos, y le seria imposible destinar toda su atenzion i todas sus fuerzas á oprimir á los Paises-Bajos. Empero los emigrados estaban tan impazientes por bolber á su pátria, i su número se acrezentaba de dia en dia tanto, que al fin se determinó el prínzipe á obrar, con tanta mas razon cuanto la abia mui fundada para temer que el duque de Alba estableziese tan sólidamente su poder que fuese despues imposible derrocarle.

Bendió sus alajas, su bajilla i sus muebles. Su ermano el conde Juan de Nasau le ayudó con una suma considerable, i los flamencos refujiados en Lóndres, Embden, Clebes, i otras ziudades le remitieron socorros cuantiosos.

Sabia el prínzipe que los Paises-Bajos eran incapazes por sí solos de resistir á las armas

(1) Ferreras, 1568.

españolas, i que tendrian que rendirse sino les ayudaban otras naziones; pero sabia tambien que el poder de Felipe no era ni con mucho el que fué en tiempo de María; la cual no reconozió mas lei que la boluntad de su esposo, ni escrupulizó jamas en sacrificar á la ambizion de éste los intereses de su pueblo. Si aquella reina bibiera, ó Felipe conserbara el mismo influjo en el consejo británico, en bano combatieran por su libertad los flamencos. Felizes en que Isabel por interés i por prinzipios siguiese un sistema político absolutamente opuesto al de María! Isabel adoptó en su reino la reforma, i se intereśó siempre por los reformados: ayudó poderosamente á los calbinistas en las guerras zibiles que asolaron la Franzia, miéntras Felipe faborezia el partido contrario. Así Guillermo debia naturalmente esperar que no seria una mera espectadora de los alborotos de la Flandes.

Contaba tambien con los socorros de los reformados franzeses, á cuyos jefes el prínzipe de Condé, i el almirante de Coliñi, abia comunicado sus proyectos. Pero de quienes los esperaba mui cuantiosos era de los prínzipes protestantes de Alemania, á quienes abia procurado persuadir que sino trabajaban con bigor en sostener la libertad de los Paises-Bajos, no contasen con aquellas probinzias que tenian con ellos estrechas relaziones: que las ziudades comerziantes que les ofrezia tan bentajosa salida á sus efectos, se combertirian en otras tantas ziudadelas presidiadas por españoles, que su ambizioso jeneral emplearia sin duda contra las potenzias bezinas, sometida que fuese la Flandes.

Mobidos de estas razones, i animados del

zelo de sostener su creenzia, el conde Palatino del Rin, el duque de Witemberg, el Landgrabe de Esse i otros muchos pínzipes de Alemania, resolbieron ayudar á Guillermo, le suministraron grandes socorros en dinero, le ofrezieron mas, i le permitieron lebantar tropas en sus estados.

Miéntras el prínzipe se ocupaba en reclutarlas en Clebes i en las inmediaziones del Brabante i de Güeldres, no prozedia con menos actibidad su ermano Luis ázia el norte de Alemania: recojia soldados, i reunia los flamencos uidos i desterrados; de modo que se alló mucho antes que el prínzipe en estado de salir á campaña como lo izo, empezando su marcha en fin de abril ó prinzipios de mayo. Desde luego pensó sitiar á Groninga, i á este fin acampó de modo que cortó la correspondenzia de la ziudad con los Paises-Bajos, dejando espedita la suya con la Alemania.

El duque embió contra él al conde de Aremberg, ofizial de mucha reputazion, con órden al de Meghen, gobernador de Güeldres, i de Zutphen para que con su rejimiento de caballería alemana se reuniese á aquel con la brebedad posible. Al azercarse el de Aremberg, mejoró Luis de campo, situándose en una colina que tenia al frente un ancho pantano.

Entonzes dieron los españoles pruebas de aquella presunzion i ferozidad que conserbaron miéntras duró la guerra de los Paises-Bajos: izieron el mas alto desprezio de los flamencos, ansiaban el combate, i pidieron á gritos que se les llebase al enemigo. Procuró su jeneral contener su ardor representándoles, que ademas de la bentaja del sitio les era mui superior el ejérzito del conde Luis, é imposible

atacarle con buen ecsito antes que llegase el conde de Meghen. Pero los españoles sin respetar su autoridad ni dar oidos á su dictámen le acusan de ignorante, de cobarde i aun de desleal. No pudo el de Aremberg despreziar tan feas imputaziones. Irritado de berse tratar así «bamos, les dize, pues lo quereis; bamos, no á benzer sino á ser benzidos, menos por las armas del enemigo que por el terreno en que tenemos que pelear: nos beremos sumerjidos en el agua i en el fango antes que podamos llegar á las manos: mas, bien pronto se berá tambien si yo no tengo balor, ni fidelidad al rei.» Ordena que se marche al enemigo llebando al frente los españoles i á retaguardia los alemanes: la caballería distribuyó en pelotones segun lo permitia el terreno. Esperábale Luis con impazienzia, i le bió llegar con alegría. A su derecha mandaba la caballería su ermano Adolfo, conde de Nasau, i el grueso del ejérzito tenia á la izquierda apoyado en una montaña, que abia echo ocupar por un gran destacamento de arcabuzeros: bajo de él abia un bosquezillo i un combento: el pantano casi impracticable ya dijimos que cubria el frente. Arrójanse á él los españoles sin bazilar, i llegan marchando asta el fuego de los enemigos. Entonzes fué cuando conozieron su imprudenzia, cuando ya no era tiempo de repararla. A los que entraron primero en el fango impelian los que iban detras: cuanto mas abanzaban mas se undian, i mas se esponian al fuego enemigo. En esta desesperada situazion les ataca Luis de frente con el mayor bigor, miéntras su ermano les acomete con la caballería por el flanco: fueles casi imposible resistir, i padezieron un orrible destrozo. Seiszientos

murieron: á los alemanes, que se rindieron á discrezion, se dió libertad despues que juraron no bolber á tomar las armas por el duque de Alba. El conde de Aremberg izo como baliente soldado lo que le fué imposible como jeneral. Arrójase furioso á Adolfo de Nasau, que le rezibe con el mismo ardor, i le da el golpe mortal. Perdieron los españoles la artillería, el bagaje i la caja militar. Apénas se abia concluido la batalla, cuando llegó el conde de Meghen con tropas sufizientes para aber cambiado la suerte de la jornada si ubiese llegado á tiempo; pero solo, fuera un desacuerdo azer rostro á un enemigo bictorioso. Metióse en Groninga, i allí recojió los restos del ejérzito benzido. (1).

La nueba de esta rota irió bibamente al duque de Alba, que sabia cuanto importaban en la guerra las primeras bentajas. Beia que el conde Luis apénas entrado en los Paises-Bajos abia alcanzado una señalada bictoria, i que el prínzipe estaba para caer sobre los españoles con un ejérzito mayor que el del conde. No dudaba el duque que este próspero suzeso animaria á los flamencos á declararse por los ermanos; i á los prínzipes bezinos á prestarles sus ausilios: motibos sufizientes para pasar inmediatamente á Frisia á disipar ó destruir las tropas del conde. Mas ántes quiso dejar fenezidas las causas de los de Egmont i de Orn, i de otros señores que izo arrestar á su llegada. Algunos de sus amigos intentaron disuadírselo, representándole que tales presos eran otras tantas prendas de la conducta de sus partidarios, i que su castigo no serbiria mas que para irritar á los flamencos, i disponerles á que rezi-

(1) Bentiboglio, p. 67.

biesen al prínzipe con los brazos abiertos como á su libertador; empero el duque insistió en su resoluzion, temiendo, segun algunos istoriadores, que el pueblo se lebantase en su ausenzia, i á biba fuerza les diese libertad. Otros pretenden que dió mas á la ira que á la prebision, i que abibado su rencor con el rebés de Aremberg, no pudo reprimirle.

En un solo dia izo ajustiziar á diez i nuebe caballeros, declarados reos por el consejo de las rebueltas: su delito, aber firmado el compromiso, ó echo representaziones á la duquesa de Parma. Los católicos eran decapitados, los protestantes quemados. A Casembrot, señor de Bekerseel, i secretario del conde de Egmont, condenado por aber firmado el compromiso, se le puso á cuestion del mas orrible tormento, con la esperanza de que culpase á su amo i amigo; i cuando ya desfallezido estaba prósimo á espirar en el potro, furioso el duque por no aber podido arrancarle nada que justificase la condenazion del conde, mandó que fuese tirado por cuatro caballos. (1)

Apénas ai en la istoria un solo ejemplo de tan cruel castigo por culpa tan lebe. Tal fué el precursor de la sentenzia de los condes de Egmont i de Orn, que siguió inmediatamente al suplizio del malabenturado Casembrot.

Dado que las órdenes del rei i la conducta del duque fuesen una biolazion manifiesta en particular respecto de estos caballeros, empero se juzgó nezesario rebestir su sentenzia con las fórmulas legales; i antes de pronunziarla, izo el duque representar la bárbara comedia de un juizio solemne. Creia que siempre que pudiese

(1) Grimestone et Bentiboglio.

salbar las aparienzias, aplacaria el ódio que debia inspirar la muerte de dos personas tan considerables, adoradas del pueblo, i distinguidas por los grandes serbizios que al rei abian echo. Pero este modo de prozeder en la causa produjo un efecto opuesto al que él esperaba, i dió á los acusados los medios de probar su inozenzia, de azer públicas las pruebas, i de denunziar á la Europa entera la cruel tiranía de Felipe. E aquí las acusaziones prinzipales:

Primera. Que se abian ligado con el prínzipe de Oranje para sustraer las probinzias de la obedienzia del rei; i las pruebas de esta imputazion eran que las reiteradas ofensas que abian echo al cardenal de Grambela abian obligado al rei á esonerar á aquel ministro contra su boluntad.

Segunda. Que abian sido cómplizes de la confederazion formada para impedir el establezimiento de la inquisizion i la ejecuzion de los decretos; i que aunque el conde de Egmont ubiese sabido que Casembrot abia firmado el compromiso, le abia conserbado en su serbizio.

Terzera. Que se abian juntado en Dendremonde con el prínzipe de Oranje, el conde Luis de Nasau i otros muchos, para deliberar sobre los medios de oponerse á la entrada del ejérzito del rei en los Paises-Bajos.

Cuarta. En fin, que en lugar de castigar á los erejes con una inflesible seberidad les abian conzedido en algunas ziudades la libertad de zelebrar públicamente sus juntas.

Estos dos señores protestaron desde luego la incompetenzia de tal juez, porque como caballeros del toison de oro no podian ser juzgados sino por sus pares. Negaron aber conzebido

nunca pensamiento alguno en menoscabo de la autoridad real: «cuando solizitamos que el rei llamase á Grambela, creimos i aun creemos que el serbizio del rei se interesaba esenzialmente en ello, i que era el único medio de restablezer la tranquilidad en los Paises-Bajos. Si emos tenido conozimiento de la confederazion, nunca parte en ella, ni en nuestra mano el disiparla. Si uno de nosotros a continuado sirbiéndose de Casembrot despues que firmó el compromiso, fué por tenerle en el conzepto de mui buen católico, i mui leal basallo del rei, como lo a probado en las ocasiones de tumultos, buscando con el mayor empeño los sediziosos. Berdad es que asistimos á la junta de Densos. Berdad es que asistimos á la junta de Dendremonde en que el conde Luis nos propuso que nos uniésemos para impedir la entrada de las tropas españolas en los Paises-Bajos; pero léjos de aczeder, nos opusimos i desaprobamos semejante intento. Emos procurado cuanto en nos a sido sufocar la erejía, emos buscado i castigado con seberidad á los sediziosos; i si en algunas partes emos conzedido á los protestantes la libertad de juntarse, en eso mismo nos proponiamos impedir la destruczion total de las iglesias católicas, i los últimos eszesos que debian temerse del fanatismo de los reformados. Si somos culpables, no podemos serlo sino por aber errado en la eleczion de los medios, pero no por mala intenzion. Emos bibido, i queremos morir en el seno de la iglesia romana. I así como emos dado siempre pruebas de ser sus ijos, así tambien las emos dado de ser fieles al rei, sin que nuestra lealtad se aya desmentido nunca jamas, i sin que pueda darse prueba mas auténtica ni mas reziente que la ninguna dificultad con que condeszendimos con los deseos

de la duquesa de Parma, jurando obedezer al rei en todo, i tener por enemigos del estado á todos los que S. M. tubiese á bien declarar que lo eran.»

Miéntras los condes se defendian de un modo tan combinzente, se empleaban en su fabor las mas poderosas recomendaziones.

Mobido de compasion el emperador Masimiliano, interzedió por ellos eficazmente, i tenia tanta esperanza de aplacar al rei, que pocos dias ántes que les ajustiziasen embió á dezir á la condesa de Egmont: «que no dudaba de que sus temores por la suerte de su esposo fuesen felizmente disipados.»

La duquesa de Parma, que jamas pudo prebeer que las quejas que dió contra ellos en tiempo de su rejenzia tubiesen tan funestos resultados, escribió al rei apoyando la representazion de la condesa de Egmont, en que le recordaba los serbizios que su marido, distinguido por sus talentos entre la nobleza flamenca, abia echo á la corona, así en su reinado, como en el del emperador su padre; i le suplicaba no olbidase las bictorias que el conde alcanzara en Europa i en Africa, ni las en que tanta parte tubo. Confesaba que era delincuente á pesar de cuanto dijese en su defensa, si su conducta parezia criminal á su soberano; pero imploraba su misericordia, suplicándole no permitiese que una madre desbenturada pasase el resto de sus dias en el oprobio i en el llanto, con onze ijos que ninguna parte tenian en las culpas de su padre.

Empero el alma infernal de Felipe, para quien era tan desconozida la clemenzia como la justizia, fué insensible á estas consideraziones, i el duque, con arreglo á sus órdenes, pronun-

zió sentenzia de muerte contra los condes de Egmont i de Orn á primeros de junio de 1568, despues de nuebe meses de enzierro. El obispo de Iprés les leyó la sentenzia á media noche; i ellos la oyeron con el balor i la resignazion de ombres. «No creo merezer, dijo el de Egmont, que el rei me trate con tanto rigor. Siempre le e serbido con zelo, i nunca e dejado de procurar sus intereses i su gloria; mas yo me someto sin murmurar á mi suerte: no obstante, el corazon se me parte cuando pienso en mi mujer i en mis ijos.»

Algunas oras antes de ser conduzido al cadalso escribió al rei, esponiéndole: «que aunque le ubiese condenado á muerte como traidor i fautor de la erejía, se debia á sí mismo el protestar que nunca abia faltado al respeto i fidelidad que le debia ni en dichos ni en echos, ni abia sido menos católico que fiel basallo. I no dudo, añadió, que cuando V. M. se alle mejor informado de lo ocurrido en los Paises-Bajos, se combenzerá de la injustizia con que se me condena. Boi á ser castigado por lo que no e echo ni aun pensado azer, i de ser así, pongo por testigo á Dios, ante quien boi á parezer en este dia. Suplico, pues, á V. M., i es la última grazia que le pediré en mi bida, que se digne de apiadarse de mi mujer i de mis ijos, en considerazion á mis primeros serbizios i á la pureza de mis intenziones. En esta esperanza boi á padezer con resignazion el suplizio á que V. M. me condena.» (1)

Azia pocos dias que trajeron á los condes, de Gante á Bruselas. Al de Egmont condujeron primero á la plaza mayor en que se abia de

(1) Strada &c.

azer la justizia. Julian Romero, mariscal de campo, estaba á su lado, i el obispo de Iprés le ausiliaba. Estaba el cadalso enlutado, i diez i nuebe compañías de infantería le rodeaban. Subió el conde acompañado de solo el obispo, i despues de aberle ablado algunos instantes, se incó de rodillas, i así permanezió orando algun tiempo. Se lebantó, se desnudó por sí mismo, i embolbiéndose la cabeza i la cara con un pañuelo, bolbió á incarse de rodillas, puestas las manos, i así rezibió el golpe mortal.

Cubrieron al momento la cabeza i el cadáber ensangrentado para que no le biese el de Orn, que llegó mui luego con el mismo acompañamiento que su amigo. Subió al cadalso, i preguntó si estaba ya decapitado el de Egmont, i se le respondió que sí. «No nos emos bisto, dijo dirijiéndose al pueblo, desde que nos prendieron: mas aprended en nuestra suerte, ¡o amigos mios! asta donde se estiende la obedienzia que buestros señores os ecsijen. Si e ofendido á alguien, le pido perdon, i me encomiendo á buestras oraziones.» Dichas estas brebes palabras, se desnudó tambien por sí mismo, i sufrió su suerte con noble continente i la mayor tranquilidad. Estubieron las cabezas una enfrente de otra puestas en sendas picas asta despues de medio dia, que juntas á sus cuerpos, se dieron á sus amigos. (1)

Fué unibersal el dolor que causó la muerte atroz de estos dos grandes ombres: el pueblo no pudo contener su indignazion por mas peligro que ubiese en manifestarla delante de tantas tropas como rodeaban i guardaban el cadalso. Muchos se arrojaron á él, empaparon pañue-

(1) Strada.

los en la sangre de sus desbenturados conziudadanos, i juraron en presenzia de los españoles que antes de poco se abian de arrepentir el gobernador i sus satélites del cruel asesinato que acababan de cometer. (1)

El conde de Egmont no tenia mas de cuarenta i seis años. A sus talentos sobresalientes unia la mayor probidad, conducta decorosa i afabilidad estremada. Desde su mas tierna jubentud abia acompañado á Cárlos V en sus espediziones militares, adquiriendo en todas ocasiones estimazion i gloria. Al paso que sus birtudes militares le azian zélebre, su carácter i sus modales le azian adorar de todo el mundo. De las dos bictorias que los ejérzitos de Felipe ganaron á los franzeses en san Quintin i en Grabelinas, combienen todos en que la primera se le debió en gran parte, la segunda en el todo. Nadie ignoraba las bentajas que Felipe sacó de ellas, ni nadie supo sin orror la ingratitud con que pagó á quien le izo tan importantes serbizios. (2)

Dado fin á tan tremenda catástrofe, bolbió el duque todo su cuidado á echar de las probinzias al conde de Nasau i su ejérzito. Izo poner puentes en el Mosa, el Rin i el Issel, i marchó derecho al enemigo. A mediados de julio llegó á Debenter donde abia de juntarse la masa jeneral del ejérzito: juntaronse, pues, doze mil infantes i tres mil caballos, i con ellos

(1) Bentiboglio.

(2) Al mismo tiempo se ajustiziaba en Madrid al baron de Montiñi, ermano del conde de Orn, embiado por la duquesa de Parma con el marques de Mons, muerto algunos meses antes, para presentar al rei la representazion de los confederados.

de allí á poco dió bista al del conde Luis que sobre ser mui inferior en número aun lo era mucho mas en la calidad. Bien lo conozió el conde, i por lo mismo trató de retirarse, i lo izo en mui buen órden i con poca pérdida. Reparó en Jemminjen i allí acampó tomando una posizion casi inatacable: tenia á la espalda el lugar de Jemminjen, á la izquierda el Ems por donde podia probeerse de bíberes de Embden i de otras partes, i su derecha ocupaba una llanura erizada de trincheras i reductos. Empero la prinzipal bentaja de esta posizion era que los españoles no podian atacarla sino pasando por una espezie de desfiladero, pues nezesitaban costear el rio por el dique, el cual dominado por una batería se estendia diez millas rodeado del Ems por una parte, i de un pantano por otra: i el proyecto de Luis era romper el dique é inundar el pantano. En tan bentajosa posizion esperaba que no le seria difizil contener al enemigo asta que su ermano empezase las operaziones i obligase al duque á retirarse.

Conozido por éste el intento, i el peligro á que se esponía de diferir el ataque, izo abanzar con la mayor prontitud á sus soldados biejos, i llegó al enemigo cuando estaba ocupado en romper el dique. El conde i los ofiziales por sí mismos trabajaban: á bista de los españoles corrieron los flamencos á las armas, pero tubieron que zeder al número i retirarse á sus baterías. Fiaba Luis que con su artillería conserbaria el terreno; pero los alemanes de su ejérzito, que no eran menos de siete mil, no abian rezibido su pre en algunas semanas; i presumiendo que si el jeneral no se los daba era porque no desertasen, determinaron baler-

se de esta ocasion para arrancárselos; i amenazaron de no pelear si al instante no se les pagaba. Súpolo el duque por sus espías ó por los desertores, é inmediatamente resolbió atacar la batería: izo que entrase en el pantano parte del ejérzito que le alló mas transitable de lo que esperaba, porque el estío le abia desecado, i el conde no tubo tiempo para inundarle. Dió por un costado en los flamencos, miéntras con el resto del ejérzito atacaba con bigor la batería. El conde i los flamencos se defendieron algun tiempo con mucho balor, pero biéndose abandonados de los alemanes, que sobrecojidos de terror casi nada izieron de probecho, tubieron que retirarse. Estas tropas indisziplinadas rezibieron el justo castigo de su rebelion; pues que casi todas fueron destrozadas: los que quisieron uir á nado se aogaron, i los que no, cayeron bajo la espada del enemigo. El duque no perdió mas que ochenta ombres; el conde casi siete mil. Despues de inútiles esfuerzos para reunir sus tropas dispersas, se salbó en un barquichuelo, i partió á Alemania con el conde de Oogstrate. (1)

El duque de Alba tomó la buelta de Groninga, i en seguida pasó á Utrecht i á Amsterdam. A su paso azia las mas seberas imbestigaziones para descubrir protestantes, i castigaba con el mayor rigor á todos los que tubieron parte en las últimas sublebaziones. De buena gana diera mas tiempo á esta ocupazion como mas análoga á su feróz carácter; empero supo que el prínzipe de Oranje abanzaba por Treberis amenazando á la Güeldres ó al Brabante.

(1) Strada, Bentiboglio, et Grimestone: (ist. gen. des Pais-Bas.)

Antes de salir de Alemania publicó el prínzipe un manifiesto de los motibos que le obligaban á recurrir á las armas. «Ya no me queda, dezia, ningun otro medio de preserbar de la esclabitud á los flamencos. Es una obligazion indispensable de todo ziudadano el defender á sus compatriotas, tanto mayor cuanto mas deba como yo á la pátria, por el mayor rango que en ella tenga. Yo espero que el rei se berá pronto libre de los pérfidos consejeros que le estrabian; pero sea de esto lo que quiera ningun flamenco debe serbir al soberano en detrimento de las leyes; i Felipe no tiene en los Paises-Bajos el poder legal que en los otros sus estados; ni es nuestro rei sino en cuanto mantiene nuestros fueros. Nuestra constituzion fundamental desliga á los pueblos del juramento de fidelidad si el prínzipe usurpa sus derechos.»

Declaró tambien en este manifiesto que abia mudado de opiniones en materia de relijion, por aberse combenzido de que las de los protestantes eran mucho mas conformes á la escritura, que sin duda debia ser la guia del cristiano.

No pasaba su ejérzito de beinte mil ombres, i el duque podia oponerle otro igual despues que rezibió los socorros de España, é incomparablemente mejor probisto de muniziones de toda espezie: bentajas que no se le ocultaban al prínzipe, pero le estrechaban tanto los flamencos á que se internase en las probinzias, i le ablaban con tanto calor del odio que en todas al duque se tenia, que llegó á creer que su arribo causaria una rebolucion, i que algunas de las ziudades de primer órden le abririan las puertas.

Pasó el Rin sin obstáculo á fines de agosto, un poco por zima de Colonia; i cayendo sobre la izquierda abanzó ázia Ais-la-Chapelle. A poco llegó el duque á Maestricht. El prínzipe se azercó desde luego á Lieja esperando que se declarase en su fabor; pero engañada su esperanza bolbió al Norte con intenzion de badear el Mosa. El duque atento á impedírselo, puso apostaderos á lo largo del rio, i acampó el ejérzito tan zerca como pudo del enemigo.

Mas despues de muchas marchas i contramarchas alló el prínzipe medio de pasar de noche el Mosa enfrente de Stoken, por donde el duque lo juzgaba imposible. Con los calores del estío abia el rio bajado mucho; i el prínzipe á imitazion de Zesar en el paso del Loira, izo que entrase la caballería en el Mosa por zima del bado, i formó así una espezie de dique contra la rapidez de la corriente.

Cuando á la mañana se le dijo al duque, no lo creyó, i con aire desdeñoso dijo al oficial que le dió la notizia «si creia que el enemigo tubiese alas.» Quiso el prínzipe persuadir á sus tropas lo combeniente que seria atacar al momento á los españoles; que zierto, si se les ubiera sorprendido tan inesperadamente mui probable era que no izieran una gran resistenzia. Empero los alemanes, que desgraziadamente para ellos i para la causa que defendian, nunca prestaron á sus jenerales la obedienzia que debieran, reusaron abanzar miéntras no se les diese una noche de descanso; i esta tenazidad pribó al prínzipe de la única ocasion que jamás le bolbió á ofrezer el duque de que le obligase á pelear.

Al dia siguiente cuando el prínzipe ofrezió la batalla, alló tan atrincherados á los espa-

ñoles que nada podia emprender contra ellos con esperanza de buen ecsito. Chiappino Bitelli, ofizial de mucha reputazion, aconsejó al duque que la azeptase, con tanta mas razon, dezia, cuanto el enemigo fatigado con el paso del rio, aun no abia tenido tiempo de dar disposiziones, ni de asegurarse una retirada, i que importaba mucho umillar las tropas flamencas, antes que las ziudades fortificadas se declarasen por el prínzipe.

Empero el duque estaba firmemente resuelto en no dar nada al acaso: conozia que él abenturaba infinitamente mas que su enemigo; i que una derrota no se reduziria solo á la pérdida del ejérzito, sino á la de la mayor parte de las probinzias. Sabia el duque ademas el poco dinero que Guillermo tenia, i no dudaba que le fuese imposible mantener por mucho tiempo tantas fuerzas, i mas estando tan zerca el imbierno: i juzgaba mui probable que el prínzipe se destruyese á sí mismo, i se allase prezisado á dejar la Flandes, á no ser que se apoderase de alguna plaza prinzipal.

Juzgaba tambien que los intentos del prínzipe eran pasar al Brabante, i por eso izo que se reforzasen las guarniziones de Tillemont, Lobaina i Bruselas. I así fué que cuando Guillermo se encaminó á Tongres se alló rodeado en términos que le fué imposible azercarse. A do quiera que se dirijia le seguia el duque, inquietaba sus cuarteles, atacaba los comboyes, i le dificultaba los medios de adquirir forrajes i probisiones; miéntras que él se atrincheraba con tanta abilidad que era imposible atacarle ni obligarle á pelear.

En tal estado eran inebitables las frecuentes escaramuzas con bentaja ya de unos ya de

otros; empero los mobimientos de los dos caudillos eran tan bien ordenados, i su conducta tan prudente i zircunspecta, que ninguno dió al otro la menor bentaja.

La única de que los españoles pudieran gloriarse seria de la que obtubieron en el paso del Jeet, en que atacaron la retaguardia de los flamencos, mataron algunos soldados, i los demas dispersaron. Pero se desquitaron estos en Quesnoi. Iba á rezibir Guillermo al señor de Jenlis con quien el prínzipe de Condé le embiaba un refuerzo de tropas que reparasen las pérdidas padezidas en el Brabante: destrozaron diez alférezes alemanes; ocho españoles, i tres compañías de caballería lijera. (1)

Mas ya empezaba á suzeder lo que el duque abia prebisto. El prínzipe se allaba cruelmente engañado por los mas de los que le abian ofrezido dinero. El terror que inspiraba la tropa española, i las sabias disposiziones de su jeneral impidieron que le acudiesen sus amigos. Su campo estaba falto de todo, ansiando apoderarse de alguna gran fortaleza, i en la imposibilidad de resolberse á acampar en medio del imbierno. Los alemanes que mas de una bez se abian ya amotinado, desertaban á bandadas. En este estado quiso mas el prínzipe lizenziarlos que berlos desbandarse enteramente. Dioles una parte de su pre, i letras por el resto sobre el señorío de Montfort i el prinzipado de Oranje. (2) I con tanto se retiró á Franzia con su ermano Luis, llebando mil ó mil i doszientos caballos en socorro de los calbinistas.

(1) De Tou.
(2) De Tou, Albanus, p. 19. Meteren, p. 79.

Tal fué el ecsito de las primeras tentatibas que los Nasaus izieran para librar los Paises-Bajos del yugo español. Es fázil conozer que si ubieran empezado juntos sus operaziones, i entrado á la par en las probinzias, ubieran echo mucho mas. El duque abria tenido que dibidir sus fuerzas, i mui probable que zeder al número: mas el conde que reclutó su jente antes que su ermano se alló por desgrazia falto de medios para mantenerla en inaczion, i nezesitó abrir la campaña tambien antes. La misma falta de medios fué igualmente causa de que el prínzipe gastase mas tiempo, i la que en fin le obligó á desazer su campo.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO NOBENO.

PRIMERA PARTE.

Miéntras la intoleranzia i el despotismo de Felipe azian una guerra debastadora en los Paises-Bajos, las mismas causas produzian los mismos efectos en el reino de Granada, en que los moros embilezidos asta el estremo por la mas infame abyeczion é insufrible tiranía, eran en fin probocados á sacudir el yugo con las armas. Abian sido dueños de casi toda España por muchos siglos, asta que en 1492 fueron de todo punto subyugados por Fernando el católico: empero el pueblo subsistia, aunque abolido su gobierno; i no solo se le abian dejado sus propiedades, i permitido sus usos i sus trajes, sino tambien el ejerzizio de la relijion de sus padres; de modo que nada mas perdieron que sus reyes: sin que el político Fernando escrupulizase de jurar solemnemente la guarda de estos conziertos, miéntras allaba medios de reduzirlos á que abrazasen la relijion católica.

Mas luego que la esperienzia de muchos años le combenzieron de que el trabajo, la predicazion i las instrucziones de los sazerdotes empleados en su combersion eran absolutamente inútiles, olbidó lo que jurado abia, i puso por obra el intento que tubo siempre de obligarles por la fuerza á que renunziasen á su creenzia. A pretesto de que los moros biolaran las condiziones con que se les conzediera la paz, porque algunos de ellos irritados contra el gobierno tiránico i biolento del cardenal Zisneros, eszitaron algun mobimiento, pronunzió Fernando sentenzia de muerte contra los abitantes de Granada, declarando que se ejecutaria irremisiblemente sino renunziaban al maometismo. Sobrecojidos de terror, zincuenta mil se izieron cristianos, como quiera que no ubiesen tenido parte en la rebelion. Mas los abitantes de las billas i aldeas, indignados de lo que con sus ermanos se azia, i temiendo esperimentar la misma injustizia se prepararon á resistir á sus opresores. Empero Fernando, no menos prudente i actibo, que ambizioso i pérfido, se arrojó á ellos al frente de un ejérzito formidable, i antes de que se pusiesen en estado de defensa les tomó una ziudad, pasó á cuchillo á los abitantes, i obligó al resto de la probinzia á someterse. A algunos permitió que pasasen á Africa por zierta cantidad que dieron: la mayor parte fué obligada á quedarse i abrazar la relijion cristiana. Sin embargo, aunque forzados á conformarse con las zeremonias i ritos católicos, el apego á su secta no les dejaba disimular la repugnanzia que les costaba, ni la biolenzia con que lo azian. Los inquisidores obserbaban de zerca su conducta i se encarnizaban en su castigo: muchos eran

quemados como los erejes, i muchos miles uyeron de miedo á Berbería.

Representose con frecuenzia á la corte azerca de estas emigraziones, i del daño que causaba á la tierra la seberidad del santo ofizio; pero la mayor parte de estas representaziones ó no llegaban al rei, ó no azia caso, puesto que los inquisidores continuaron con el mismo desenfreno las mismas bejaziones, dando libre carrera á su fanatismo.

Los istoriadores españoles que escribieron del fin del reinado de Fernando, i de todo el de Cárlos V, rara bez ablaron de los moros; de modo que por medio siglo parezen ú olbidados ó sin dezir de ellos mas que el que conserbaban la propia abersion á los cristianos i al cristianismo. Empero la buelta de Felipe á España alentó á los inquisidores por el conozimiento que tenian del zelo sebero i de la ardiente superstizion del rei, i esperaban les oyese faborablemente; i así fué que imbocaron de nuebo su autoridad contra aquel desgraziado pueblo, i renobaron sus quejas contra sus impiedades i obstinazion. «Solo de nombre son cristianos, dezia á Felipe el arzobispo de Granada Guerrero, i de corazon maometanos. No oyen misa los dias de prezepto sino por ebitar la pena en que incurren los que no asisten. Enzierranse en sus casas, trabajan los domingos i las fiestas de guardar, i se uelgan i solazan los biernes, en que los cristianos azen penitenzia. Presentan sus ijos al bautismo; mas apénas le reziben cuando los laban con agua caliente para insultar este augusto sacramento; los zircunzidan, i les ponen nombres moriscos. Bienen á casarse á la iglesia porque las leyes lo esijen; mas apénas tornan á sus casas cuando

se bisten á su usanza i zelebran sus bodas con cánticos, danzas, i zeremonias particulares á su nazion.»

Estas representaziones debian erir bibamente el ánimo del rei: mas el arzobispo que sabia que no era menos político que relijioso procuró eszitarle en ambos conzeptos; i así, á lo que achacaba á los moros aun añadió, que mantenian correspondenzias criminales con los turcos, i con los piratas berberiscos: «acostumbran, dijo, robar niños cristianos, benderlos, i embiarles á Berbería, donde les crían en la relijion maometana.» No podemos asegurar si esto último era zierto, pues carezemos de pruebas; pero los moros de España tenian tanta analojía con los de África, en relijion, costumbres i lengua; los inquisidores i su bárbara persecuzion les causaban tanto orror; el gobierno tiránico de Felipe les era tan odioso; estaban tan resentidos de berse escluidos de todo destino de confianza i de todo pribilejio onroso, que no es estraño que Felipe juzgase necesario tomar precauziones contra ellos.

Fué la primera el desarmarlos, i para ello embió bajo barios pretestos muchos rejimientos que se acuartelasen en Granada, i en todas partes se apoderaron de todo jénero de armas; pero el rezelo con que los moros bibian les indujo á ocultar muchas.

Esta pública demostrazion de desconfianza, i este acto de autoridad agrabó el desabrimiento de los moros, i no les irritó á ellos menos que animó á los inquisidores á multiplicar sus quejas, en que esponian la nezesidad de emplear medidas mas eficazes que asta allí. El rei estaba mui bien dispuesto á seguir los consejos

biolentos que se le diesen; i despues que consultó con un teólogo llamado Oradizi i le respondió como buen inquisidor con el adajio que «de los enemigos los menos» quedó mui satisfecho con la respuesta.

Firmemente resuelto á estirpar de sus estados el ejerzizio pribado de la relijion maometana, así como sus predezesores abolieron el público, ubiera sofocado antes la fe musulmana en la sangre de los moros, que renunziado á prezisarles á que la abjurasen. Dió pues órden á una junta de eclesiásticos escojidos para que le propusiesen los medios mas propios de lograr su intento: i conformándose con su dictámen, mandó publicar un edicto que contenia los artículos siguientes, é imponia la pena de muerte á los contrabentores. «Los moriscos no ablarán su idioma ni otro que el castellano: dejarán sus trajes i usos, i adoptarán los de los castellanos: no tendrán nombres ni apellidos moros, ni otros que los que en España se usan: no tracrán las insignias particulares con que se distinguen los sectarios de Maoma: sus baños serán inmediatamente demolidos: sus mujeres no se presentarán en público con belos: ninguno podrá casarse sin obtener dispensa del obispo; ni mudar de domizilio sin lizenzia: se les proibe el uso de armas, i el conserbarlas.»

El ejerzizio de su relijion les estaba ya proibido bajo las penas mas seberas por los predezesores de Felipe, i por eso no se izo ninguna menzion en el bando. Prebieron los moros que el berdadero objeto de la nueba lei, era dificultar de cada bez mas el ejerzizio secreto de su relijion, i acabar así con ella. Mas, aunque no temieran tan fatales consecuenzias del bando, no por eso debia esperarse que sufrie-

sen tantos ultrajes con bil resignazion. Los ombres se suelen apegar mas á las formas esteriores, i á los usos ordinarios de la bida, que á las cosas mas esenziales á su felizidad. El zelo de los moros por su relijion, unido á aquel apego que tenian á las costumbres trasmitidas de padres á ijos; i sobre todo bibamente eridos por las injustizias que esperimentaban, i las innumerables crueldades que de los inquisidores sufrian, les tenian tan indignados, que se resolbieron en esponerse á todo antes que someterse al bando destructor de la poca libertad que les quedara. Empero como al mismo tiempo conozian su debilidad, i ningun socorro podian prometerse de las potenzias estranjeras, antes de tomar las armas combinieron en tantear si les era posible persuadir al rei que rebocase sus órdenes.

«Nuestro traje, dezian, ninguna relazion tiene con nuestra relijion, ni es mas cristiano que maometano, pues que los abitantes de Marruecos, de Fez i de Constantinopla se bisten diferentemente; miéntras los cristianos esparzidos en Turquía bisten á la turca. Mándasenos que compremos trajes á la española, lo cual será obligar á muchos á azer gastos superiores á sus facultades. Si nuestras mujeres usan belos es solo por modestia; ademas de que tambien está en uso en muchas ziudades de Castilla, i del reino de Granada: nuestras danzas i nuestra música son dibersiones indiferentes á que nos damos los dias de fiesta, i sin que tengan ninguna analojía con nuestra relijion, pues los prelados mas distinguidos por su zelo i santidad las an mirado como plazeres inozentes.»

«Nuestros baños no son mas que una costumbre introduzida por el gusto del aseo: los

de los ombres están separados de los de las mujeres; i desafiamos á los cristianos que los guarדan á que prueben que ni unos ni otros ayan jamas serbido para usos que ofendan la dezenzia, i menos la relijion. Respecto de nuestra lengua, es difizil conzebir en qué puede el árabe ser opuesto al cristianismo; ademas de serbe-nos imposible dejar de ablarle, dado que la mayor parte de los nuestros estan mui adelante en la edad para aprender nueba lengua; i que muchos no saben mas que la suya, ni tienen medios para aprender la castellana.» I concluyeron reiterando sus protestas de fidelidad al rei, i suplicándole se sirbiese de tener presente que en las guerras estranjeras abia rezibido de ellos mas de una prueba de su rendimiento i adesion.

Los moros no tenian ningun aczeso al trono; i era mui de temer que sus representaziones no llegasen al soberano; pero se las presentó el presidente de la chanzillería de Granada, Deza, sostenido por don Juan Enriquez, don Antonio de Toledo, el prior de Leon, i el marques de Mondejar, capitan general de la probinzia, que tomó con el mayor empeño el que el rei rebocase sus órdenes. Conozia mejor que nadie á los moros, i no dudaba que el bando produjese una rebelion. Empero Felipe abia meditado con mucha detenzion el partido que acababa de tomar; i como los consejeros de su mayor confianza le confirmasen en su resoluzion, á nada quiso dar oidos, i mandó al de Mondejar que inmediatamente partiese á Granada á prepararse para todo lo que pudiese ocurrir, empleando si fuese nezesario la fuerza para obligar á los moros á que obedeziesen.

Mas no bien supieron ellos el resultado de su esposizion cuando proyectaron rebelarse, i

juntos los prinzipales en Cadiar, ziudad puesta á la entrada de las Alpujarras, acordaron embiar á Arjel, Fez i Constantinopla en demanda de socorros, i repartieron emisarios por las probinzias inmediatas que dispusiesen los ánimos á la rebelion que se meditaba.

En todas partes en que no abia presidio que les tubiese á raya, fué oido con aplauso el intento de recobrar con las armas la libertad; i en poco tiempo toda la Alpujarra, que tiene diez i siete leguas de largo i diez de ancho, sembrada de lugares i aldeas con multitud de abitantes, se puso en armas: rezibieron un refuerzo de algunos zentenares de turcos, i muchas munizioness de guerra que les embiaron de Africa, lisonjeándose de que ademas les embiaria mui pronto el gran señor socorros considerables.

Los jefes moriscos tubieron entre tanto otra junta en que elijieron por rei á don Fernando de Balor, mozo de asta beinte i zinco años, de la alcurnia de sus antiguos soberanos, i llamádo en zierto modo por su balor, su actibidad, i la opinion que de sus talentos se tenia, á la peligrosa dignidad que le ofrezian sus compatriotas. Tomó el nombre de Aben-Umeya, que fuera el de sus abuelos: rebistiéronle de las distinziones que usaban sus reyes, i con las zeremonias que se acostumbraban cuando se elejian; é inmediatamente empezó á azer uso de su autoridad nombrando ministros i ofiziales, i embiando órdenes á los jefes que no se abian allado en la junta, para que estubiesen dispuestos á obrar al primer abiso.

Era su prinzipal objeto apoderarse de Granada, donde esperaba poderse defender asta la llegada de los socorros turcos, i no sin fundamento; puesto que sus partidarios abian intro-

duzido en ella el espíritu de conspirazion con el mayor sijilo, i sin que nadie la ubiese rebelado: Sus juntas abíanlas tenido con pretestos que engañaron la penetrazion de los españoles; i los preparatibos militares solo en las Alpujarras se abian echo. No obstante, algo barruntó el de Mondejar, que le izo representase al rei la nezesidad de mas tropa. Pero en aquel mismo tiempo, eszitado el presidente Deza por los furiosos zelos que contra el comandante jeneral tenia por competenzias de jurisdiczion, espuso al rei que este abultaria el descontento de los moros; que ninguna aparienzia abia de mobimientos: que el último bando bastaria para contener á Granada, i dar fuerza á la autoridad zibil; i en fin, que el marques no desearia la guerra, sino esperara mandarla él, ó el conde de Tendilla su ijo.

El presidente tenia amigos en el consejo, por cuyos ojos beia Felipe, que aunque naturalmente póbido i sospechoso, ningun caso izo de las representaziones de Mondejar: por lo cual no se le embiaron las tropas que pedia, la guarnizion de Granada no pudo reforzarse, i la ziudad se salbó por un aczidente imposible de prebeer. Fué así, que como ya emos dicho, Aben-Umeya mantenia correspondenzia secreta con los del Albaizin, que biene á ser una parte de la ziudad, i dió órden de que pasase allá Aben-Faras á fines de diziembre con un cuerpo de seis á siete mil ombres; que si ubieran llegado al tiempo combenido, ayudados por los abitantes, tubiera la guarnizion que zeder al número. Empero abiendo caido una gran nebada en las sierras que Aben-Faras tenia que atrabesar, apénas pudo azerlo con ziento zincuenta ombres, i con ellos se metió de noche en el Albai-

zin; i es indudable que si ubiera logrado que los abitantes tomasen las armas, se ubiera apoderado de la ziudad. Mas, aunque sinzeramente adictos á su nuebo señor, no osaron declararse en su fabor al ber los pocos que les abian de ayudar. Con tanto, i despues de estar en la plaza algunas oras, tubo Faras que salir antes de amanezer, i tomar la buelta de la sierra, cuya niebe detubiera su campo. Por fin, abrió Felipe los ojos, conozió que sus consejeros le abian engañado, i dispuso que inmediatamente se embiasen al marques las tropas que abia pedido.

Ocupábase entonzes Aben-Umeya en fortificar los desfiladeros i las gargantas que iban á las Alpujarras: despues se puso al frente de un cuerpo de tropas, confió otro á Aben-Faras, i fueron de lugar en lugar, esortando i aun obligando á los moros á sublebarse, destruyendo los altares i las imájenes, combirtiendo en mezquitas las iglesias, i dando cruel muerte á sazerdotes i cristianos que se resistian á abrazar el islamismo.

Estrechado el marques de Mondejar á atajar los progresos de los reboltosos, salió de Granada tan luego como pudo reunir algunas tropas. Disputaronle los moros la entrada en las montañas; pero eran incapazes de resistir mucho á los esfuerzos de los intrépidos españoles, que no encontraban paso que no benziesen, pasando á cuchillo á algunos moros, i aziendo prisioneros á muchos. Uyó Aben-Umeya con las reliquias de su ejérzito á lo mas inaczesible de las montañas; empero en pocos meses quedaron todas las Alpujarras sometidas. Atemorizados los moros con los rápidos progresos del marques, deponen las armas, acuden á bandadas,

i embian á pedir perdon. Conzedíoles Mondejar la paz, á tal que en lo suzesibo obedeziesen al rei, i les libertó de las bejaziones que los soldados les causaban, i eran lo que mas temian. La misma fortuna tubo el marques de los Beléz, que mandaba otro campo en las zercanías de Almería, desalojando á los moros de los puestos inmediatos al mar, en que se abian ya fortificado para fazilitar el desembarque de los turcos. Con tanto, creyó Mondejar que la guerra estaba acabada, i que Aben-Umeya se allaria pronto reduzido á rendirse ó espatriarse. Informó al rei del estado de los negozios, pidiéndole sacase de la probinzia parte de las tropas; pues su objeto era calmar los ánimos, i así trataba con blandura á los moros que se abian sometido, i aún á los prisioneros. Pero por desgrazia no tenian los amigos del marques tanta mano en la corte como sus enemigos, i Felipe preferia por temperamento i por prinzipios la seberidad á la induljenzia; fué insensible á las representaziones de Mondejar, i dispuso que todos los prisioneros de mas de onze años, sin distinzion de calidad ni secso, fuesen bendidos por esclabos. (1)

Este bárbaro prozeder abibó el enojo de los rendidos, i aumentó el orror que todos tenian al yugo español: unos i otros fueron mui luego tratados de un mismo modo.

No sabemos, ni en el dia es ya posible aberiguarlo, si el erario se allaba tan esausto como se dezia, ya por los inmensos gastos que

(1) De resultas de este tratamiento dize Ferreras que una multitud de moras bibieron en esclabitud algunos años, i despues murieron á los rigores de la tiranía.

ocasionaron los últimos armamentos en el mediterráneo, ya por los indispensables en la guerra de los Paises-Bajos, ó ya en fin porque zelosos de Mondejar los ministros se baliesen de este pretesto para mortificarle; fué lo zierto, que por el motibo que se quisiese, las pagas de la tropa se abian atrasado, é importaban tanto, que le era imposible al marques el satisfazerlas; de que resulto lo que es natural en un ejérzito que no se le paga: el jeneral perdió su autoridad; los soldados i aun muchos ofiziales abandonaron el serbizio, se derramaron por el pais, i le saquearon, degollaron muchos moros, i esclabizaron mas; todo en contrabenzion de la promesa que el capitan jeneral les abia echo de que no serian molestados. Procuró el marques con la mayor actibidad i zelo poner fin á estos eszesos, embiando soldados de confianza que reprimiesen i castigasen los que debastaban el pais; pero sus deseos fueron infructuosos, porque sus tropas no fueron sufizientes: los españoles continuaron aprobechando toda ocasion de saziar su concupiszenzia, dejando despues sus banderas, i pasándose con la presa á las probinzias bezinas.

La desesperazion de los moros abia llegado á colmo; i las reiteradas bejaziones que sufrian les izieron arrepentirse de la fazilidad con que se sometieron. Combenzidos ademas por una cruel esperienzia de que no debian contar con ninguna promesa de sus pérfidos enemigos, para quienes ningun conzierto era sagrado, buelben á las armas, buscan ansiosos en quien bengarse, degüellan las partidas españolas derramadas por la montaña, i resuelbense á probar nueba fortuna, bajo la direczion del electo rei. En tanto rezibe Aben-Umeya de Africa un so-

corro de cuatrozientos turcos á que dezian seguiria mui pronto una numerosa armada i un poderoso ejérzito. Sedientos de benganza i animados con esto, no dudaron ya tomar las armas, bien persuadidos de que las calamidades inseparables de la guerra no podrian ser menos llebaderas que las que padezian en el seno de aquella paz que los españoles biolaban.

Déjase bien conozer que los enemigos del marques no atribuirian esta nueba sublebazion á las mismas causas que sus amigos. Aquellos dezian «que se abia engañado en el modo de azer la guerra, i en el de ajustar la paz: que abia dejado las armas, incurriendo en el absurdo de creer que los moros, conozidos por su dobléz, guardarian el asiento echo, mas tiempo que el que á ello se les obligase; i que no era menos absurda la esperanza de que infieles obstinados abrazasen nunca de buena fe la católica: que las crueldades cometidas en los sazerdotes, i los sacrilejios, pedian benganza; i que la justizia así bien que la política esijian que fuesen todos pasados á cuchillo ó bendidos como esclabos.»

Los partidarios del marques sostenian «que aquel pueblo abia sido castigado con eszesiba seberidad, i que ademas no abia echo otra cosa que seguir el impulso de sus jefes. La umanidad, dezia el jeneral, i el interes del rei me an impedido el sacrificar á una inútil i desapiadada benganza millares de basallos útiles, i la mayor parte inozentes del crímen porque se les quiere sacrificar ¿Qué ubiera yo echo con llebar la desolazion á una tan gran parte del reino? ¿i qué con pribar al rei de tantos basallos? De ningun modo es creible que ubiesen faltado á lo prometido, ni renobado la guerra si antes no ubieran sido bíctimas del furor de los solda-

dos, á quienes me a sido imposible contener, porque el ministerio a descuidado remitirme las pagas de estos ombres ferozes, que no tienen otro mobil que el oro; i tambien porque mas de un sujeto a procurado amotinarlos contra mi autoridad, i despojarme de todo influjo en sus ánimos.»

Esta dibersidad de opiniones tenia al rei en la mayor indezision; asta que en fin, fuese por sí mismo, ó porque la mayoría de su consejo desaprobase la conducta del marques i la blandura con que queria tratar á los moros; ó bien porque no quisiera dar á los enemigos del jeneral, que eran por la mayor parte sus faboritos, el disgusto de que le biesen conserbar la autoridad absoluta en la probinzia de Granada, resolbió embiar á su ermano natural don Juan de Austria.

Nazió este prínzipe en Ratisbona, de una alemana llamada Blomberg, i le crió secretamente Luis Quijada, señor de Villagarzía, en calidad de ijo, asta que llegó Felipe á España en 1559, i á poco le reconozió por ermano á insinuazion de su padre. Púsole casa correspondiente á su calidad, i le izo educar en la corte con el mismo esmero que á su propio ijo.

Era don Juan mui parezido á su padre, así en la apostura como en la grazia de sus modales. Mui desde los prinzipios dió muestras de inclinazion á las armas, de talento para ellas, i por muchos rasgos dió bien á conozer que llegaria dia en que se le contase en el número de los grandes ombres de su siglo. (1)

Empero como entonzes no tubiese mas que beinte i dos años i ninguna esperienzia de la

(1) Strada, an. 1578.

guerra, no le dió Felipe mas que el título de comandante en jefe, proibiéndole acometer ninguna empresa, ni dar ningun paso militar sin el dictámen i consentimiento de los consejeros que le designó, i fueron el arzobispo de Granada, el presidente de la chanzillería Deza, el duque de Sessa, el marques de Mondejar i don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, i nombrado lugar-teniente de don Juan.

Izose la guerra á la par por muchas partes, i con mucha mas jente que antes; pero el ecsito no correspondió á los esfuerzos. Los moros dieron en todas partes muestras de balor, i en algunas benzieron. Teníanle á don Juan impaziente las trabas que le pusieran, i procuró persuadir al rei que le conzediese una autoridad ilimitada, sin sujetarle á gastar en consultas el tiempo oportuno de obrar; i lo consigüió. Inmediatamente, i abiendo rezibido algunos refuerzos, marchó en persona contra los moros, i dispuso que por otra parte los atacasen Requesens i el marques de los Belez. Mal armados, indisziplinados, i caidos de ánimo los moros al ber frustradas sus esperanzas en el gran señor, apénas resistieron á tropas regladas, i tan superiores en número, que benzieron sin pelear. Juntóseles tambien el que algunos de sus jefes estubiesen entre sí dibididos; otros bendieron á Aben-Umeya, á quien mataron los deudos de su mujer; porque él abia echo dar muerte al padre de ella, por notizia que tubo de que mantenia correspondenzia con los cristianos. Suzedióle en el reino Aben-Boo, que no tardó en sufrir la misma suerte á manos de sus propios ofiziales, que esperaban espiar su rebeldía con esta alebosa traizion; i con su muerte se acabó la guerra que durara dos años.

:

Ni don Juan ni Requesens adquirieron gloria alguna en esta espedizion, ni ebitaron la nota de inumanidad en que en aquel siglo incurrieron la mayor parte de los españoles, demasiado zélebres por sus atrozes benganzas.

Ninguna disculpa tiene la eszesiba dureza con que se portaron, á no ser la de que obedezieron lo que el rei les mandaba; que en berdad abia desaprobado la moderazion de Mondejar; i eran arto bien conozidas sus disposiziones de sacrificarlo todo á la boz del fanatismo i á su benganza implacable. Estas funestas pasiones le azian que á cada momento olbidase la mácsima que un buen rei pondrá siempre en el número de las mas importantes i sagradas; combiene á saber: «que la fuerza i la gloria de un prínzipe dependen de la gloria i de la prosperidad de sus basallos.»

Este monarca superstizioso i cruel jamas puso límites al orror con que miraba á los que se apartaban, ó él creia apartarse de la relijion católica. Mandó que una multitud de maometanos que moraban en las llanuras, i ninguna parte tubieron en la guerra, fuesen muertos por sospechosos de mantener correspondenzia con los rebeldes. Los abitantes de muchos lugares i distritos, ombres, mujeres i niños fueron esterminados. Los prisioneros de ambos secsos, muertos ó reduzidos á serbidumbre; i los moriscos, aun los que reusaron mezclarse en las rebueltas, fueron todos, eszepto los pocos prezisos para conserbar las manufacturas, arrancados de sus ogares, i trasportados en las probinzias interiores á serbir de burla, i sufrir los insultos de un pueblo altanero. Reduzidos la mayor parte al estado mas miserable por su estrema pobréza i absoluta dependenzia de los cris-

tianos, no libraron mucho mejor que sus ermanos bendidos como esclabos.

Tal fin tubo esta guerra, que á pesar de la enorme desigualdad de fuerzas, espuso á la monarquía al mayor peligro en que se ubiese bisto en el reinado de Felipe. Si los moros se apoderaran de Granada, como suzediera sino por una desgraziada casualidad, i no por falta de fuerzas ni de buenas disposiziones; ó si ubiesen logrado interesar en su fabor al sultan Selim, muchas ziudades de Andaluzia abitadas por moriscos, i casi todo el reino de Balenzia en que eran los mas, se ubieran reunido á los sublebados, i en este caso era mui berisimil que lebantaran un ejérzito tan considerable, que con los socorros de Berbería dieran sériamente en que entender i por muchos años á todas las fuerzas del rei de España, obligado á sostener otra guerra mui actiba tambien contra sus basallos.

Felizmente para Felipe, i acaso para todos los prínzipes cristianos, se obstinó Selim en quitar á los benezianos la isla de Chipre, i nada fué poderoso á que desistiese del empeño de conquistarla, á pesar de las bibas instanzias de su gran bisir Maomet i sus mas prudentes consejeros, para que suspendiese una guerra tan poco bentajosa, i bolbiese todas sus fuerzas contra el rei de España en una coyuntura tan faborable.

ISTORIA
DEL REINADO DE FELIPE II,
REI DE ESPAÑA.

LIBRO NOBENO.

SEGUNDA PARTE.

Poco tardó Selim II en arrepentirse de no aber dado oidos á Maomet, pues Felipe no bien ubo sujetado á los moriscos cuando izo liga con benezianos, el papa i otros muchos prínzipes de Italia. Ocupaba la silla apostólica el famoso Pio V, elebado á ella por su mérito desde la mayor obscuridad. Aunque infectado de los bizios que caracterizaban á los eclesiásticos de su tiempo, empero tenia calidades que le azian digno de la tiara. Abíanle interesado los benezianos en que interpusiese su mediazion para que les ausiliasen los prínzipes cristianos contra el sultan, que en plena paz, i en desprezio del mas solemne tratado, imbadiera la isla de Chipre; i S. S. abrazó sus intereses con el zelo que combenia al padre comun de los fieles. (1)

(1) Tou, l. 48. Ferreras, ann. 1568. Cabrera, l. 8.

La mayor parte de los soberanos de Europa se mostraron poco dispuestos á oir sus amonestaziones, porque ademas de que el furor de las cruzadas se abia estinguido para siempre, hallabanse entonzes, aun los soberanos mas superstiziosos, dominados antes de sus miras políticas que del zelo de la relijion. El emperador Masimiliano acababa de ajustar con Selim una tregua que le interesaba mantener. Al rei de Franzia, antiguo aliado de la Puerta, ocupaban las dibisiones intestinas que despedazaban el reino, i nada podia azer por los benezianos. Sebastian, rei de Portugal, era demasiado jóben para empeñarse en una guerra esterior; i Sejismundo III, rei de Polonia, oprimido del peso de los años no pensaba en espedeziones militares. Felipe era el único prínzipe grande en Europa de quien Pio V podia prometerse mas, i cuyo mayor zelo le daba tambien mayores esperanzas. Sus progresos, que le colocaban en el primer rango de los soberanos, casi le obligaban á ayudar á Benezia contra la Puerta, de la que no tenia él menos que temer que la república, ora por la situazion de sus estados, ora por la enemistad que le conserbaba aquel terrible emperador.

No dudó pues Felipe otorgar lo que el papa le pedia, é izo un tratado de alianza por el que se obligó á pagar la mitad de cuanto costase el gran armamento que se tubiera por nezesario: Benezia las tres cuartas partes del resto, que completaria S. S.; i combenidos en los preparatibos, se izieron con la mayor prontitud. A mediados de setiembre estubo pronta á dar la bela para Mezina una armada de mas de doszientos zincuenta nabíos de guerra, sin contar los barcos de transporte; i si emos de estar por

lo que dizen los istoriadores contemporáneos, llebaban á bordo zerca de zincuenta mil soldados, de los cuales, catorze mil los abian aprontado los prínzipes de Italia.

El mando jeneral de esta formidable armada se dió á don Juan de Austria, para quien se imbentó entonzes el título de JENERALISIMO, i por su lugar-teniente se nombró al comendador mayor Requesens. Los jefes prinzipales que sirbieron á sus órdenes fueron el marques de Santa Cruz, Doria, Marco Antonio Colona, jeneral de las galeras del papa, i Benerio, comandante de las de la república.

Arrebatado de júbilo el anziano pontífize al ber el buen resultado de sus negoziaziones, se lisonjeaba con las mas alagüeñas esperanzas, sin dudar del felíz ecsito de la guerra. I como si se allara inspirado del zielo prometió á don Juan la bictoria mas completa, esortándole á que embistiese al enemigo en la primera ocasion que se le presentase. Embióle al mismo tiempo un pabellon bendito, i muchos eclesiásticos para el serbizio de las cosas espirituales en los nabíos: ordenó un ayuno jeneral, é izo que se publicase una induljenzia plenaria para todos los que se distinguiesen por su balor contra los infieles.

Cuidaba Selim de ocurrir al daño que le amenazaba; i aunque empleada parte de sus tropas en Chipre, aun tenia medios de equipar una armada mayor que la de los cristianos. Alí, á quien confirió el mando, arribó á la costa ozidental de la Grezia casi al mismo tiempo en que don Juan dió la bela de Sizilia; i las dos armadas se abistaron el 7 de octubre zerca del golfo de Lepanto, en la firme resoluzion de darse batalla.

Empezó el combate por los dos almirantes, i los cabos siguieron su ejemplo luego que sus jefes lo mandaron i los bientos lo permitieron. Embistiéronse don Juan i el bajá con indezible furor i encarnizamiento: aferraronse despues de cañonearse: tres bezes saltaron al abordaje los españoles, tres bezes fueron rechazados con pérdida; asta que en fin el marques de Santa Cruz les embió un refuerzo de doszientos soldados con que los turcos fueron benzidos, Alí muerto, i pasados á cuchillo ó prisioneros todos los que á bordo se allaron. Inmediatamente se abatió la media luna, enarboló en su lugar la bandera de la cruz, i la cabeza de Alí en la punta de una pica que se colocó en lo alto del palo mayor para aterrar á los infieles.

Los gritos de bictoria resonaron por la armada cristiana, i bolaron de nabe en nabe. Sin embargo, aun estaba la aczion empeñada i las partes se daban los mas furiosos encuentros. Tronaba la artillería de un cabo al otro de las nabes, que no contentas con aquellos destrozos se embestian cuerpo á cuerpo como en un campo de batalla: serbianse turcos i cristianos de picas, flechas, dardos, i de cuantas armas ofensibas i defensibas imbentara el jenio de la destruczion entre antiguos i modernos. Igualmente intrépidos era igual en ambos partidos el estrago. El mar tinto en sangre i cubierto de cadáberes i miembros mutilados, ofrezia el mas orrendo espectáculo; asta que en todas partes se declaró la bictoria por los aliados. Los cristianos esclabos que iban en las galeras turcas, animados por las bentajas de sus ermanos, rompieron sus cadenas, asaltaron á sus tiranos, i no contribuyeron poco á que la bictoria se fijase; miéntras muchos galeotes italianos i

españoles con la esperanza de merezer la libertad, piden lizenzia para atacar á sus enemigos, la obtienen i abordan á los turcos con irresistible furor, i con aquella audazia que solo puede inspirar la desesperazion, el ansia de quedar libres, i el orror á la esclabitud. Desanimados los turcos por la pérdida de su almirante, i tentados por la fazilidad de salbarse en las costas bezinas de su señor, se dieron á uir, se salbaron en las costas de la Libadia, i abandonaron sus nabes como presa que no podian disputar al enemigo. No es difizil señalar las causas de tan brillante bictoria.

Abiase equipado la armada cristiana mucho mejor que la turca: i los soldados tanto mas frescos i bigorosos, cuanto menos tiempo embarcados, tambien estaban mucho mejor probistos de armas defensibas, i azian mas uso de los mosquetes. Por el contrario los turcos no se serbian en jeneral sino de arcos i flechas, cuyas eridas eran rara bez mortales. Las galeras de los cristianos estaban parapetadas, i las turcas no. El biento que al prinzipio fué á estas faborable cambió repentinamente i ayudó á aquellas. La felíz audazia de don Juan, la intrepidéz i conozimientos de Requesens, de Santa Cruz, de Colona, i sobre todo las atinadas maniobras de Beniero, de Barbarigo i de los otros benezianos contribuyeron á este memorable triunfo; i los aliados ganaron la bictoria mas grande de que aga memoria la istoria moderna.

No porque se obtubiese sin pérdida, pues llegaron á diez mil los muertos en el combate ó de eridas. Fué uno de ellos Barbarigo, probeedor beneziano, igualmente recomendable por su prudenzia i balor que por su moderazion. En

su muerte tubo la causa comun una pérdida irreparable; empero la libertad de quinze mil cristianos cuyas cadenas se rompieron templó el dolor que causó la pérdida de tan balientes guerreros. De los turcos murieron beinte i zinco mil, i se izieron diez mil prisioneros. Ziento i treinta de sus nabes tomaron los aliados: las demas echadas á pique ó quemadas, eszepto treinta con que se retiró i salbó el Ucali, grazias á su abilidad i al gran conozimiento que tenia de aquellos parajes, i entró con ellas en Constantinopla.

Tan completa bictoria ganada al enemigo mas temible de la cristiandad causó una alegria jeneral en Europa, i don Juan á quien como jeneralísimo se atribuyó la gloria prinzipal, fué mirado como el éroe de todas las naziones, i el bengador de los cristianos. Nadie tenia mas motibo que Felipe para gloriarse de tan felíz suzeso; sin embargo rezibió al que le llebó la notizia con afectada indiferenzia, atribuida menos á moderazion que á los zelos que le inspiraba su ermano: pasion odiosa que despues quedó mas al descubierto. «Don Juan a benzido, dijo, pero arriesgaba mucho, i podia serlo.» Mas sínzera fué la alegría del papa, que al rezibir la nueba esclamó con aquellas palabras de la escritura: «ubo un ombre llamado de Dios, que tenia por nombre Juan.»

Esta memorable bictoria no tubo consecuenzias proporzionadas á la alegría que eszitó. Las disputas de los jefes, i la oposizion de intereses de los confederados izieron que se perdiese todo el fruto. No combinieron en las medidas que se debian tomar para continuar la guerra. Pues si bien don Juan tenia el título de jeneralísimo; empero en el tratado de alianza

se abia acordado que ninguna resoluzion importante se tomase sin consentimiento de los otros comandantes. Queria don Juan dar la bela para los dardanelos, á fin de acábar con los restos de la armada turca, é interzeptar la comunicazion de Constantinopla con el mediterráneo. Pero el jeneral beneziano con algunos otros indibiduos del consejo de guerra, reusaron concurrir á la ejecuzion de este proyecto. Propusieronse otros que se desestimaron; i en fin no combiniéndose en nada, se bolbieron á sus puertos para recorrer sus escuadras i prepararse para nuebas acziones en la primabera.

Poco despues de la llegada de don Juan á Mezina, los cristianos de Albania i Mazedonia, deslumbrados con el brillo de su bictoria, i persuadidos de que el turco no se restablezeria tan pronto del descalabro que acababa de rezibir, le embiaron una embajada ofreziéndole la soberanía de su pais, asegurándole que si llebaba en su ayuda un ejérzito, sacudirian el yugo de los turcos, se ofrezerian á su serbizio, i sacrificarian por él sus aziendas i sus bidas.

Don Juan, cuya pasion dominante era la ambizion, ubiera azeptado de buena gana tan seductora oferta; pero tubo por nezesario consultar i obtener del rei su consentimiento; i fué lo que respondió á los embajadores griegos. Puso en notizia de su ermano la proposizion que se le azia; empero fuese por zelos como se creyó jeneralmente, fuese por los motibos que dió de política i de prudenzia, destruyó en un instante todas las esperanzas que don Juan pudo aber conzebido, respondiéndole que «era nezesario por entonzes desechar toda idea de establezimiento semejante para no poner en cui-

dado á los benezianos, ni darles motibo de que renunziasen á la alianza.»

Es en berdad mui probable que así ubiera suzedido, porque la república no temia menos la inmediazion de los españoles que de los turcos, i tenia pretensiones á parte del territorio á cuya soberanía aspiraba don Juan.

En tanto el Ucali, á quien Selim diera el mando jeneral de todas sus fuerzas nabales, equipó con la mas estraordinaria brebedad nueba armada, porque los restos de la benzida estaban casi inserbibles; empero los medios que el imperio otomano tenia eran tales que el bajá salió de Constantinopla en abril con mas de doszientas galeras i un gran número de barcos.

Con esta armada recorrió las costas de la Morea i del Epiro, i las de la isla de Negroponte; puso las ziudades marítimas en estado de defensa; castigó rigurosamente á los cristianos que se abian ofrezido á don Juan, i surjió en Modon para obserbar los mobimientos del enemigo.

Los aliados le dieron tiempo para todo; i despues de deliberar sobre el plan de operaziones que debia seguirse, i de perder el tiempo en inútiles disputas, les fué imposible emprender la conquista de Grezia i de las costas de Africa; porque el Ucali abia probisto á su defensa; i fué nezesario contentarse con bolber á buscar la armada enemiga. Mas abiendo sospechado Felipe que el rei de Franzia meditaba atacarle en el Piamonte ó en los Paises-Bajos, cuya dibersion seria bentajosísima al gran señor, dió órden á don Juan para que aun difiriese por algun tiempo su salida de Mezina; i allí permanezió asta pasado el famoso i tremendo dia de san Bartolomé. Libre Felipe de

los temores que le abian causado los designios de la corte de Franzia, permitió á su ermano que se reuniese á los aliados, i continuase la guerra contra los turcos.

Empero esta reunion no pudo berificarse asta el último de agosto, ni dar bista al enemigo asta despues de mediado setiembre. Luego que el Ucali perzibió la armada, formó la suya en batalla como si pensase pelear; mas echa una descarga, ya por fanfarronada ó como por una espezie de desafio, se bolbió al abrigo de sus fortificaziones en Modon, cuyos aproches eran peligrosos, resuelto á no salir de allí, con el fin de impedir cualquier desembarco, i esperar ocasion de atacar con bentaja, sin perder ninguna de inquietar á los aliados.

Combocó don Juan consejo de guerra para tratar de lo que se abia de azer si el almirante turco se obstinaba en reusar la batalla. Tubose por imposible el forzar la entrada del puerto de Modon, i se acordó el desembarcar las tropas i sitiar la ziudad por tierra, á cuyo fin embiaron quien la reconoziese; mas luego que por este medio supieron que estaba tan bien fortificada, que no seria probable rendirla asta entradas de imbierno, desistieron del intento.

Combinieronse despues en sitiar á Nabarino, otra ziudad en la costa oczidental de la Morea, á tres leguas de Modon; cuya empresa se confió á Alejandro Farnesio, prínzipe de Parma, que años despues fué uno de los mas grandes jenerales de su siglo, i acaso de la antigüedad; pero aquel asedio no le proporzionaba ocasiones de desembolber aquellos talentos que por tan justos títulos le an inmortalizado. La guarnizion rezibió socorros considerables de Modon, i el Ucali reunió en las inmediaziones un ejér-

zito tan numeroso para atacar á los sitiadores, que Farnesio despues de batir por muchos dias las murallas, tubo que lebantar el sitio i embarcar la tropa en la armada, que se bolbió á Mezina.

Algunos meses adelante tubo la liga una pérdida irreparable en la muerte del pontífize; pues si bien su suzesor Gregorio XIII tenia los mismos deseos, i manifestó las mayores disposiziones de seguir el mismo plan que Pio V; empero no tenia su zelo, ni su aszendiente, ni sus talentos. No rezelando Felipe ningun mobimiento de la parte de Franzia estaba mas resuelto que nunca á proseguir la guerra; pero á los benezianos abia descontentado mucho la inaczion en que estubo la armada todo el berano; i mas cuando lo que abian ganado al cabo de dos años, i no obstante la bictoria de Lepanto, ninguna comparazion tenia con los gastos á que se obligaran. Dieron pues oidos á las proposiziones que les izo el embajador de Franzia, i por la mediazion de su corte ajustaron un tratado particular con Selim.

El papa i don Juan manifestaron sin rebozo su indignazion por tal espezie de perfidia; empero Felipe se creyó mui superior á este acontezimiento para dar el menor indizio de que le pesase; i así fué que cuando se le dió la notizia respondió con frialdad «que si abia entrado en la liga no fué mas que por condeszender con los deseos de S. S.: aunque los benezianos, añadió, ayan tenido por combeniente abandonarme, no por eso dejaré yo de destinar mi armada i mi ejérzito á un fin tan importante como el que la confederazion se propuso i era el umillar á los infieles, i defender de sus imbasiones á los cristianos.»

Con este intento dió órden á don Juan, á Doria i al marques de Santa Cruz para que dispusiesen el reparo i aumento de la armada, i con tanta brebedad que estubiese pronta á obrar en la primabera. El Ucali llegó con la suya asta Prebera en Epiro, pero con tan poca intenzion como los españoles de arriesgar una accion jeneral, i se contentó con reforzar las guarniziones de las plazas marítimas, despidió á los corsarios que se le reunieran, i dió la bela para Constantinopla á fin del estío. Don Juan rezibió órden de pasar á Africa, i atacar á Túnez; para cuya espedizion llebó una escuadra de dos mil belas con beinte mil infantes, cuatrozientos caballos lijeros, setezientos gastadores, i un gran tren de artillería.

Estaba entonzes Túnez en poder de los turcos, i azia poco que embiara Selim al bajá Eder por gobernador de la ziudad i del reino; pero espantado éste al ber la armada española uyó con la guarnizion i parte de los abitantes, i don Juan tomó posesion sin allar la menor resistenzia.

Abiale mandado el rei que destruyese la ziudad, i aumentase las fortificaziones de la isla i el fuerte de la Goleta; pero en lugar de esto fortificó la ziudad mas que nunca, echó los zimientos de una ziudadela, trató mui bien á los abitantes que no uyeron, i atrajo á los que se refujiaron en los montes, á que se sometiesen al gobierno español, i despues se bolbió á Sizilia.

El porqué don Juan obró de un modo tan contrario á las órdenes que tenia, fázil es de discurrir. Abiale embanezido el felíz resultado de una empresa que se le frustró al gran Cárlos V, como si aquella conquista se debiese

á otra cosa mas que á la cobardía del gobernador turco; pero inflamada su ambizion con la gloria de sus últimas espediziones, le zegaba asta lisonjearse de obtener fázilmente de su ermano, que le otorgaria el título i dignidad de rei de Túnez, para indemnizarle de la soberanía de Grezia que le abia proibido azeptar. El papa, que segun se dize, abia desaprobado la resoluzion de demoler á Túnez, animó al jóben con aquella esperanza, i le indujo á desobedezer al rei, no dudando que la posesion de aquel reino fazilitaria los mejores medios de destruir los estados de los piratas. Ello es zierto que Gregorio izo las mayores instanzias para que Felipe conzediese á su ermano la soberanía de su nueba conquista, esponiéndole que la cristiandad entera, i particularmente España é Italia serian las que sacasen las mas esenziales bentajas.

Empero Felipe conozia que en medio de sus grandes recursos, miéntras durase la guerra de los Paises-Bajos, no serian bastantes á fundar un nuebo estado á despecho de un enemigo tan formidable como el gran señor; i esta fué la razon porque dispuso que Túnez se demoliese, para ebitar los gastos que abia de causar la numerosa guarnizion que la abia de defender. Sin embargo no manifiestó mucho resentimiento á su ermano por su desobedienzia. Mas cuando el papa le estrechó á que le diese la imbestidura de rei, contestó: «que aunque nadie se interesase mas sínzeramente que él por la gloria i los intereses de su ermano, dudaba mucho que fuese azerle un berdadero serbizio el otorgarle lo que le pedia, dado que era preziso esaminar antes la posibilidad de conserbar

su conquista contra el temible armamento que aparejaba el sultan para recobrarla.» Poco tardó en confirmarse la prudenzia de esta respuesta, ora la dictase una ilustrada prebision, ora la sujiriese un motibo secreto de embidia.

Al estío siguiente embió Selim al Ucali contra Túnez con una armada de treszientas nabes i cuarenta mil ombres á bordo, á las órdenes de su yerno el bajá Sinan. Aun no estaba concluido el nuebo fuerte, ni la guarnizion era bastante para resistir mucho tiempo á tan considerable ejérzito. Apresúrase don Juan con todo el zelo posible á reunir su armada con el objeto de azer lebantar el sitio; empero detubiéronle por muchas semanas en barios puertos, tempestades i bientos contrarios.

En tanto, ayudados los turcos poderosamente por el birei de Arjél i el gobernador de Trípoli, estrecharon á la par el sitio de Túnez i el de la Goleta. Defendiéronse los españoles por mucho tiempo con todo el balor que era de esperar; pero al fin zedieron al número, i Túnez i la Goleta fueron tomadas por asalto.

Mucho apesadumbró á don Juan este desastre; que asimismo le combenzió de que le abia engañado su presunzion, i que nezesitaba renunziar á las esperanzas lisonjeras de berse soberano: esperanzas con que mucho alimentara su ambizion. Fuéle tanto mas sensible este rebés cuanto despues de los mayores esfuerzos aun era mui débil la armada española para pensar en un desquite útil i glorioso. I Felipe llegó asta temer que los turcos en prosecuzion de sus conquistas atacasen sus posesiones en Africa, i tentasen algun desembarco en el reino

de Nápoles ó el de Sizilia: temores mui bien fundados, i que berisimilmente se realizaran si Selim no muriera, ni dejara por suzesor á su ijo Amurat III, que dedicó los prinzipios de su reinado á las artes de la paz. (1)

(1) Istoire de l'Empire Ottoman, du prinze Cantemir. Antonio Errera i Ferreras; in hoc anno. Miniana l. 8.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO.

En tanto que estas cosas pasaban en España, en las costas de Africa i en los mares; las de los Paises-Bajos, de cada bez mas importantes, nos ofrezen una nueba eszena mui digna de ser atentamente obserbada.

Asta los enemigos del duque de Alba confesaban que su primera espedizion contra el conde Luis i su ermano el prínzipe, fué dirijida con la mas consumada prudenzia. Si su conducta posterior fuera tan mesurada podria conserbar su autoridad é impedir la conjurazion de los Paises-Bajos, á pesar del odio que tenian á su tiranía; puesto que aun aquellos que mas la detestaban no abian osado moberse, aun biendo al prínzipe de Oranje que al frente de un ejérzito poderoso podia faborezerlos. Mal pues era de esperar que destituidos de toda esperanza de socorro se atrebieran á sublebarse contra la autoridad de un gobernador tan temido, si su insolente orgullo i su opresion llebados al último estremo no combirtiera en ar-

resto i balor del pueblo lo que asta entonzes fuera pusilanimidad.

Desecho que ubo el prínzipe su ejérzito, lizenzió el duque su caballería alemana, distribuyó en cuarteles de imbierno la mayor parte de la infantería, i partió para Bruselas donde izo una entrada triunfal, i dispuso que su bictoria se zelebrase con toda clase de regozijos. Mandó despues que en todas las probinzias se iziesen solemnes acziones de grazias por la prosperidad que abia acompañado á sus armas. Izose erijir una estátua de bronze, i acuñar medallas, que zierto contribuyeron menos á perpetuar la memoria de sus azañas que á descubrir su arroganzia i banidad: tales que asta sus amigos se abergonzaron. Ni estos eszesos sirbieron mas que para amanzillar su gloria, i que se le negasen los elojios que merezian su balor i sus talentos. (1) Uno de los primeros ac-

(1) En una de estas medallas izo que se le representase subiendo á un carro triunfal coronado por la bictoria. En la mano derecha tenia una espada en significazion de aber benzido al conde Luis, i en la izquierda una ejida, emblema de la sabiduría, aziendo alusion á la prudenzia con que abia desconzertado los planes del prínzipe de Oranje. El carro estaba tirado por dos mochuelos, que en la mitolojía se consagran á Minerba.

Empero la estátua que despues se erijió en la ziudadela de Amberes era un monumento que aun manifestaba mas su orgullo. Era obra de Dockelin, escultor alemán, el mas zélebre artista de su tiempo.

El gobernador ollaba un monstruo emblemático, que por diferentes caractéres recordaba el famoso compromiso, las petiziones echas á la rejenta, i las rebueltas que resultaron. El pedestal, en una de cuyas fazes estaba el nombre del escultor, tenia las

tos de su autoridad, de buelta á Bruselas, fué dezidir de la suerte de los prisioneros que abia echo: á todos los que abian sido abitantes de los Paises-Bajos se les tubo por rebeldes i murieron por ello.

Izose una escrupulosa perquisizion de los que durante la guerra se dezia que abian dado alguna señal de inclinarse al prínzipe. Como no ubo aczion dezisiba, i la fortuna faborezió ya al uno ya al otro, dejaron muchos trasluzir sus esperanzas i su cuidado, no prebiendo ni la posibilidad de tan sebera imbestigazion de unas espresiones escapadas entre amigos i bezinos, ni que aun aberiguadas se mirasen como los mas atrozes delitos. Estaban los flamencos en la antigua posesion de no ser juzgados sino por los majistrados de la ziudad ó jurisdiczion de

otras llenas de inscripziones en onor del duque en que se le alababa de aber estirpado la erejía i sufocado la rebelion; de aber preserbado la iglesia de su total ruina, i de aber restablezido el curso de la justizia, i la tranquilidad en los Paises-Bajos. No es creible que al rei agradase la banidad del duque de Alba; que zierto fué un objeto de irrision para sus enemigos en la corte de España, i del mas bibo resentimiento é indignazion para los flamencos. (*)

Por el testimonio de Grozio sabemos que el duque izo por entonzes muchos reglamentos útiles relatibos al comerzio, á la moneda, i á la libertad de la imprenta; empero no sirbieron para lo que se izieron, i asta la memoria de ellos se perdió por la biolenzia con que continuó desplegando su despotismo.

(*) *Bentiboglio*, p. 86. *Ban Loon*, t. 1, p. 135. *Strada*, p. 250.

su domizilio, ni ser condenados á muerte á no ser que confesasen su delito. Empero sin atender á uno ni otro se arrancaron de sus ogares muchas personas de todas condiziones, i llebaron á tan larga distanzia, que no tenian medios de justificarse de lo que se las imputaba por poco fundado que fuese. Muchos fueron arrestados por simples sospechas, muchos condenados á muerte por lebes pruebas, i muchos reduzidos á la desesperazion i á la miseria por las contínuas persecuziones que padezieron. (1)

Fué tan jeneral el terror que el duque, sus satélites i los inquisidores infundieron en todas las probinzias, que no solo los protestantes sino los que abian mostrado amor á la libertad de su pátria se combenzieron de que el duque aspiraba á la total ruina de ella, que era lo único que podia artar su alma sanguinaria:

(1) La fazilidad con que los juezes sentenziaban las miserables bíctimas que los inquisidores les entregaban seria increible slno estubiesen tan contestes los istoriadores contemporáneos, i los echos que refieren no los dejase fuera de toda duda. Entre otros ejemplos se zita este. Abíase dado órden para ajustiziar á muchos presos sentenziados. Pusose en la lista de ellos á uno que aun no lo abia sido: condujosele al suplizio i se le ajustizió. Algun tiempo despues mandaron los juezes que se le presentasen; i supieron que ya abia padezido la última pena en birtud de sus primeras órdenes, i al mismo tiempo rezibieron las pruebas mas demostratibas de su inozenzia. Los mas de ellos manifestaron el mayor pesar; empero el jurista español Bargas les izo presente «que este error no debia causarles tanto sentimiento, pues que sobre todo debian tener por feliz aquel ombre que por aber muerto inozente abia asegurado su salbazion.»

que de nada les aprobechaba disimular ni aun negar sus sentimientos, puesto que muchos que abian tenido el mas escrupuloso cuidado en ocultarlos no por eso ebitaron la muerte ni la confiscazion; obteniendo por todo fabor que se les conmutara la pena de ser quemados, en la de ser degollados ó aorcados. Combenzidos todos de que nadie abia que no tubiese que temer, muchas personas de ambos secsos abandonaron sus casas i se retiraron á paises estranjeros. Acaso no será todo lo que se dize de estas emigraziones, dado que muchos istoriadores azen subir á mas de diez mil las casas que quedaron desocupadas; pero lo indudable es que la poblazion de muchas de las prinzipales ziudades disminuyó sensiblemente, i las pequeñas quedaron casi yermas. A muchos acojió Isabel de Inglaterra; i como en su reino gozaban del libre ejerzizio de su relijion fiáronse en él de buena gana. Por este medio quedó bien recompensada de la proteczion que dispensó á los flamencos, con las manufacturas i las artes que en él ni se sabian ni se estimaban, i le llebaron los industriosos refujiados.

En gran daño de la Flandes se auyentaba á tantos ziudadanos útiles; empero el duque léjos de mudar un plan que tales consecuenzias produzia, se opuso á la buelta de los desterrados, de los refujiados, i asta los que abian ido á berlos queria impedirles que tornasen á sus casas. En esta razon dió un decreto por el que á cualquiera que tubiese correspondenzia con los rebeldes, declaraba incurso en las mismas penas que á los que suministraban ausilios á los enemigos del rei.

No lisonjeó poco su banidad el que este mismo año le embiase S. S. una embajada con un

sombrero i una espada benditos. Este obsequio reserbado en jeneral á los prínzipes, se tributó al duque como á un ilustre defensor de la fe, i contribuyó mucho á confirmarle en los prinzipios sanguinarios á que debia tan alto onor.

Mas ya casi abian zesado las persecuziones; porque cuantos abian incurrido en su desagrado, ó les abia echo ajustiziar, ó por sí mismos se abian espatriado; i los que nó, permanezian sumisos i resignados á soportar todos los actos de despotismo que le pluguiese ejerzer. Los nuebos obispos, los cánones del conzilio de Trento, los ritos i dogmas de la iglesia romana fueron rezibidos i establezidos en todas las probinzias.

En tanto, los prósperos suzesos militares i políticos del duque tenian en cuidado á algunos prínzipes bezinos, i en particular á la reina de Inglaterra. Esta prudente soberana, desde el prinzipio de su reinado abia bisto con desconfianza el acrezentamiento de la monarquía española; i sabia cuanto zelebrara Felipe turbar su gobierno. Los Paises-Bajos que tan zerca la caian, daban á aquel soberano ambizioso la mayor fazilidad para llebar á cabo cuanto contra ella proyectase; i mas, despues que sustituyó en aquellas probinzias el mas arbitrario despotismo, á una limitada autoridad, i que distribuyó en ellas como quiso grandes fuerzas militares, que las naziones bezinas debian temer casi tanto como los flamencos á quienes oprimian.

Menos era bastante para que Isabel protejiese á los refujiados; i no faltan istoriadores que digan suministró en secreto socorros pecuniarios al príncipe de Oranje. Teníanla cuidadosa los partidarios de la reina de Escozia; i el

estado de sus negozios domésticos no la permitia romper abiertamente con Felipe; empero estaba firmemente resuelta á no dejar pasar ninguna ocasion de oponerse á sus designios.

Poco tardó en presentarse una, i no tardó mucho Isabel en aprobecharla. Ziertos comerziantes jenobeses abian tomado á su cargo el pasar á los Paises-Bajos zierta suma de dinero perteneziente al rei; á cuyo fin pusieron cuatrozientos mil escudos á bordo de zinco barcos, los cuales fueron en la trabesía atacados por armadores franzeses de los del prínzipe de Condé, i los jenobeses se refujiaron en los puertos de Plimout i de Soutampton. El embajador de España en Lóndres pidió inmediatamente á aquel gobierno un salbo conducto para embiar en derechura aquel dinero á los Paises-Bajos. Isabel se mostró al prinzipio dispuesta á otorgar lo que se le pedia; mas despues dió por última respuesta «que estaba persuadida de que aquel dinero pertenezia á los comerziantes italianos, i abia resuelto detenerlo algun tiempo; pero de modo que los propietarios no tubiesen de que quejarse.» Izo el embajador cuanto pudo para probar que era de su amo, i el duque le reclamó en sus esposiziones dirijidas á la reina; mas esta se resistió á toda reclamazion, i dió á conozer que estaba dezidida á retener el dinero. Nadie menos capaz que el duque de sufrir con pazienzia tamaña injuria, ni nadie mas para ostinarse contra las dificultades, mejor que buscar medios de eludirlas. Sin tener cuenta con los tratados esistentes entre flamencos é ingleses, i sin consultar á los estados ni al consejo de los Paises-Bajos, mandó prender á todos los comerziantes de aquella nazion que se allasen en Amberes, i confiscar sus bienes, sin conside-

rar que eran mas los que los flamencos tenian en Inglaterra. Aunque este biolento prozeder no alterase mucho á Isabel, embió no obstante al rei un embajador que reclamase el agrabio; mas denegada toda satisfaczion, el derecho de represalias en los efectos de españoles i flamencos indemnizó superabundantemente lo que sus basallos perdieran en Flandes. Conozió al fin el duque la prezipitazion con que abia obrado, i embió á Cristobal Assonbille para que negoziase una transazion con la reina. Empero esta que se complazia en umillar el orgullo del duque reusó dar audienzia á su comisionado, á pretesto de que no llebaba credenziales del rei. Despechado el duque con este desaire, soltó la rienda á su resentimiento, i proibió toda correspondenzia i comerzio con ingleses. Mas por último, despues de muchas negoziaziones se acomodaron las diferenzias en 1574, i quedó el comerzio como antes. (1)

En tanto satisfizo Isabel sus deseos, causó grabísimos daños á Felipe en los Paises-Bajos, acaso mayores de lo que esperaba, ni era posible prebeer. Fué así que la retenzion del dinero produjo consecuenzias mui importantes; porque era mucho lo que á las tropas de España se debia: el duque abia contraido cuantiosas deudas en la construczion de ziudadelas: el real erario estaba mui gastado con las dispendiosas guerras sostenidas contra turcos i moros; i el rei, aunque el mas rico de Europa, no podia pagar las tropas de Flandes, ni subenir á su manutenzion. En este estado juzgó el duque nezesario recurrir á los flamencos, á quienes te-

(1) Meteren, pag. 80. Strada, pag. 252. Bent., pag. 80.

nia por tan sumisos, que no dudaba otorgarian cuanto les pidiese, que era en realidad añadir la locura i lo absurdo á la opresion i á la tiranía.

Mas su presunzion, i la profunda ignoranzia de los intereses de un pueblo comerziante, le prezipitaron i le perdieron; i á esto deben atribuirse las dificultades que esperimentó despues, i los esfuerzos berdaderamente asombrosos que izieron los flamencos por sacudir el yugo español. Acaso parezerá estraño que ayan sido mas poderosas para esazerbar á este pueblo las contribuziones, que las mas atrozes crueldades i mas inauditas persecuziones; pero la razon es mui obia. Las persecuziones eran parziales, i los esactores de los impuestos a todos bejaban, i por todos se les miraba como instrumentos de una opresion jeneral i perpetua.

En ningun tiempo abian los soberanos impuesto contribuziones á los flamencos: este derecho era esclusibo de los estados, afianzado en la constituzion i en la práctica. Si el soberano nezesitaba subsidios, á los diputados de las probinzias era á quienes se dirijia; i estos se los otorgaban ó denegaban, segun el juizio que azian del objeto para que se pedian. En ziertas épocas, i particularmente al prinzipio del reinado de Felipe, fueron los estados tan estremamente zelosos de este importante derecho, que nombraron por sí comisarios que recaudasen del pueblo lo que se le abia cargado, é interbiniesen en su distribuzion. Empero el duque no tubo mas miramiento á este derecho que abia tenido á los otros; i resolbió establezer de autoridad propia impuestos que no solo cubriesen los gastos ordinarios, sino que ademas sobrasen para azer un fondo perpetuo que fuese capaz

de suministrar cuanto su gobierno nezesitase.

El modo con que abian de imponerse las contribuziones no era menos arbitrario que las contribuziones opresibas. Tres propuso el duque: la primera de uno por ziento sobre todos los bienes muebles é inmuebles: la segunda de beinte por ziento anual sobre todos los bienes inmuebles i las erenzias; i la terzera de diez por ziento sobre todas las bentas i cada bez que se iziesen de inmuebles. La primera solo por una bez: las otras dos por todo el tiempo que lo ecsijiesen las nezesidades públicas.

Estas petiziones se izieron en nombre del rei á la junta de los estados, i no es posible describir el asombro que causaron. No sabiendo qué responder los diputados, pidieron tiempo para esaminarlas, i dar cuenta á sus comitentes. En todas partes se rezibieron con indignazion; i de un cabo al otro de las probinzias no se oian mas que murmullos i quejas amargas.

«No le basta á Felipe, dezian, el aber pribado al pais de tantos abitantes, el aberle llenado de tropas estranjeras, el tenerle aerrojado con tantas ziudadelas i presidios, sino que tambien le a de imponer la orrorosa carga de mantener estos instrumentos de su opresion? En bez de las contribuziones boluntarias i moderadas que emos pagado á sus antepasados, se nos imponen para siempre cargas biolentas i opresibas. No obstante toda la tiranía con que el duque nos a gobernado desde su llegada, emos permanezido fieles al rei, i contribuido con todas nuestras fuerzas á la espulsion de los Nasaus; empero demasiado bien bemos ya que nuestro mas implacable enemigo es el rei mismo, que pareze no aspira á otra cosa que á reduzirnos á la mas orrible esclabitud, i que pa-

ra lograrlo, nos a embiado al duque, cuya conducta confirma que a benido á destruirnos en lugar de gobernarnos i protejernos. Tiempo es ya de mostrar que no nos emos embilezido tanto que seamos insensibles á la opresion en que jemimos, ni absolutamente indignos de nuestros ilustres aszendientes, á cuyo balor i prudenzia somos deudores de los preziosos pribilejios de que el rei i los abominables satélites de la tiranía se prometen despojarnos.»

El descontento con que oyó el pueblo las cargas que se le querian imponer, animó á los diputados á que manifestasen al duque su opinion. «Acordaos, le dijeron, de las turbulenzias que en 1546 causó el impuesto del uno por ziento. Todos los ziudadanos de toda clase i dignidad opusieron la mayor resistenzia, no solo por la esorbitanzia del impuesto, sino mucho mas porque les ponia en la desagradable prezision de azer público el estado de sus negozios. Pues aún es mucho mayor el motibo de lamentarse oi. Las cargas propuestas son eszesibamente onerosas, i sobre todo la dézima en cada benta. Ademas de que en nuestra istoria no ai ejemplo de una carga semejante, nos es absolutamente imposible soportarla. En muchos casos aszenderia á tanto como lo bendido baliese, pues que esto suele pasar por zinco ó seis compradores antes de llegar al consumidor, como suzede en las manufacturas de lana, que comprada en rama por diferentes manufactureros, son unos los que la ilan, otros la tejen, i echa tela la tiñen otros, estos la benden al comerziante, de quien la compra el mercader, que es de quien se surte el que la nezesita. I si la dézima se ecsijiera en cada una de estas bentas aszenderia á la sesta ó sétima parte del balor de la

cosa. De aquí seguiriase la destruczion de nuestra prosperidad, porque los estranjeros no arian pedidos á nuestros fabricantes luego que estos no pudiesen darles sus jéneros á los prezios comunes. Obreros i comerziantes uirán de un pais en que esperimenten una tan intolerable opresion, i los flamencos se berán prezisados á comprar del estranjero lo mismo que antes acostumbraban benderle. Entonzes se agotarán los manantiales de nuestras riquezas, i como no podremos sostener ninguna de nuestras manufacturas, poco tiempo nos durarán los medios de comerziar bentajosamente con los productos de las ajenas.» A estas razones añadieron los diputados la esposizion de las dificultades que se allarian en la perzepzion del impuesto, i los enormes gastos que ocasionaria. «Seria nezesario, dezian, emplear una multitud de colectores: el pueblo en muchas zircunstanzias allará medios de eludir la lei, i se alterará la tranquilidad pública por las quejas i las disensiones que inzesantemente se susziten.»

El duque respondió á todas estas esposiziones con su acostumbrada altanería i la mayor ignoranzia en la materia: que nada podia combenzerle de que las contribuziones que abia propuesto fuesen tan opresibas como se le queria azer creer. «Es ebidente, dezia, que yo no pretendo mas que el diezmo para el rei, i lo demas se lo dejo al pueblo. En la billa de Alba en España se paga eso mismo, i produze anualmente una renta de cuarenta á zincuenta mil ducados. Si como lo espero cobro en los Paises-Bajos la misma renta ecsoneraré al pueblo de todas las demas contribuziones. Oí muchas bezes al último emperador quejarse de las dificultades que le costaba el obtener ausilios de sus

basallos los flamencos, i de que para lograrlos abia tenido que conzederles pribilejios mui perjudiziales á su autoridad. Mas ya pasó i para siempre el tiempo de las representaziones. El rei debe mucho á sus tropas : ai que construir inmediatamente muchos fuertes para seguridad del pais : nezesito dineros, los nezesito al instante, i no beo medio mas eficaz que el propuesto para allegarlos.»

Tal fué la respuesta del gobernador á las objeziones de la junta de los estados. No obstante, las dificultades que entrebió en la ejecuzion de su plan le determinaron á proponerle al consejo, i quiso que cada consejero diese su dictámen sobre los medios mas propios para llebarle á efecto. Muchos de ellos por azerle la corte le esortaron á que persistiese en su designio, opinando que combendria prinzipiar atrayéndose á los que en las probinzias mas se abian distinguido por su fidelidad; cuyo ejemplo abrian de seguir los demas, porque no se les achacase desafecto en la oposizion.

Empero la mayoría fué de contrario dictámen, i en particular el presidente Biglio, ministro de una esperienzia consumada, perfectamente instruido en los negozios é intereses de los Paises-Bajos, i cuya fidelidad no podia ser sospechosa al rei. «No tienen réplica, dijo, las objeziones echas contra las nuebas cargas. El gobierno de España no debe serbir de regla en Flandes : la diferenzia entre ambos estados es inmensa. Las riquezas de aquella consisten en la estension i fertilidad de su terreno : separanla de sus bezinos el ozéano, i montes inaczesibles. Aquel ermoso reino á sí solo se basta, i ninguna relazion con otros le es absolutamente nezesaria. Por el contrario los Paises-

Bajos son de mucha menos estension, no produzen para alimentar á sus abitantes; i situados en el zentro de Europa, rodeados de tantas i tan diferentes naziones estan destinados por la naturaleza, i obligados por la nezesidad, á azer un comerzio considerable. Si á este se le desanima ó se le oprime, los manufactureros, artesanos, i comerziantes podran i sin duda querran trasplantarse en los estados que les rodean, llebándose su industria, sus artes i sus riquezas. Tan fatales consecuenzias fueran mui de temer, aun cuando las imposiziones de que se trata fuesen mucho menos onerosas de lo que son; que no lo pueden ser mas, ni jamas se an bisto en un estado comerziante, ni es de esperar que jamas se sometan á ellas los flamencos. El interés del rei es el que me anima, i no perderá menos que los Paises-Bajos en el establezimiento de tan opresibas contribuziones. I si el duque no desiste absolutamente de su intento es mui de temer que los flamencos se bean mui pronto reduzidos por su ningun comerzio, á tal estremo de pobreza que les será imposible probeer los subsidios nezesarios á los designios del gobierno.» (1)

Este discurso irritó mas que combenzió al duque. Sin considerazion á la dignidad del presidente ni á la fuerza de las razones en que fundó su opinion dió por toda respuesta « que azia mucho tiempo estaba dezidido en el asunto de que se trataba: que antes de su arribo á Flandes abia comunicado su resoluzion á los condes de Barlaimont i de Noir-carmes: que estaba imbariablemente decretada la imposizion de las cargas, i que los leales basallos del

(1) Meursii, Albanus, p. 35, Bent., p. 83.

rei debian sin mas discusion esforzarse en atraer los estados á que se sometiesen á su boluntad.»

Cuando bieron los diputados que el gobernador no izo mas caso de las razones de Biglio que de las suyas, empezaron á temer los efectos de su resentimiento, i consintieron la imposizion del uno por ziento, suplicándole sin embargo, rebocase las otras, representándole en los términos mas enérjicos las fatales consecuenzias que resultarian de no conzedérselo. Empero el duque fué inesorable, i aunque consintió en tentar á los prinzipios algunos medios mas suabes de allegar dinero, estaba bien dezidido á recurrir á la biolenzia si aquellos no bastaban.

A prinzipios del año 1568 pronunzió Felipe, con dictámen de los inquisidores de Madrid, una sentenzia jeneral de proscripzion contra sus basallos de los Paises-Bajos, declarándoles á todos reos de lesa majestad, i pribándoles de sus bienes, derechos i pribilejios. Esta increible sentenzia de imposible ejecuzion abia tenido á aquel malabenturado pueblo en una contínua cuita. Pero como el rei de España le creia enteramente sometido, i temia que las probinzias sucumbiesen bajo el peso de tanta calamidad, resolbió conzeder una amnistía jeneral; i algunos meses antes de las ocurrenzias que acabamos de referir la embió al duque, despues de aber echo que el papa la confirmase. Creyó el duque no podia conzeder aquel perdon en mas oportunas zircunstanzias, i se lisonjeó de que le conziliaria la benebolenzia del pueblo, i disminuiria la abersion á los nuebos impuestos.

Publicóse solemnemente la amnistía en Amberes, donde el gobernador sentado en un trono, con una pompa que ninguno de sus prede-

zesores abia ostentado, mandó que se leyese en presenzia de un concurso prodijioso, atraido de todas las probinzias por el cuidado i la esperanza. Imprimióse despues, i se zirculó, empero sin que produjese ni con mucho los efectos que el gobernador esperara; porque eran tantas las eszepziones que tenia, que mas propio era para renobar temores que para disiparlos, ni aun disminuirlos.

Escluianse pues, no solamente todos los ministros de la relijion reformada, sino tambien todos los ziudadanos que en cualquier tiempo les ubiesen rezibido en sus casas; todos los sediziosos que ubiesen concurrido á la destruczion de las imájenes; todos los que ubiesen firmado el compromiso, ó la representazion de los nobles, ó cualquier otro proyecto de asoziazion, i en fin todos los flamencos que ubiesen faborezido á los enemigos del rei, ó parezido inclinarse á ellos, ya lo ubiesen manifestado de palabra, ó por escrito, ó por acziones. Tales fueron los eszeptuados; mas en cuanto á las ziudades i corporaziones se declaró que si alguna ubiese tenido parte en los últimos alborotos, á pretesto de mantener sus pribilejios, el rei se reserbaba castigarlas ó perdonarlas segun lo tubiese por combeniente.

No es pues de estrañar que semejante amnistía no produjese ningun efecto faborable. Los ziudadanos de todas clases quedaron mui ofendidos de que tan sin rebozo se declarase ya que abian perdido sus pribilejios. Por otra parte aquellos mismos que sínzeramente profesaban el catolizismo estaban unidos con estrechos bínculos de amistad i deudo á los que de el se separaran. Animados pues de los sentimientos mas naturales i sagrados; i á estímulos de la

gratitud i de la umanidad abian faborezido á sus bezinos, á sus amigos i á sus parientes, cuyos actos de benefizenzia les tenian espuestos á las mismas penas que si ubiesen cometido los delitos mas atrozes. Los ánimos se irritaron mas que nunca : aumentóse la fermentazion, i la amnistía se miró mas como un ultraje agregado á las persecuziones padezidas, que como un acto de clemenzia i misericordia. (1)

El duque, cuyos prinzipios eran tan diferentes, resolbió poco despues azer la esperienzia de si sus medios correspondian á sus fines; i para ello ordenó á los gobernadores particulares que iziesen saber á sus respectibas probinzias, que nezesitaba un socorro en dinero, i que inmediatamente prozediesen á la cobranza del impuesto del diez por ziento sin mas reclamazion ni tardanza. Creyó no obstante que nezesitaba emplear diferentes medios con ziertas probinzias. Como los abitantes de Namur, Artois i Enao, se abian mostrado desde el prinzipio enteramente sometidos á su boluntad, dispuso que los condes de Barlaimont, i de Noircarmes les asegurasen que deseaba tener su consentimiento para esta imposizion, antes para dar á las otras probinzias un ejemplo de obediénzia, que con el objeto de esijirla de ellos, que tan bien abian merezido de él por su fidelidad. Mas á las otras probinzias dió sus órdenes en tono mas absoluto. «Yo cuidaré, dezia, de prebenir las consecuenzias que se temen, i aboliré la contribuzion luego que bea ser esenzialmente perjudizial al comerzio; mas en tanto, es la boluntad del rei que se imponga. Tengo su poder para esijirla, i estoi im-

(1) Meteren, p. 84, Bent., p. 85.

bariablemente dezidido á usar de él. Por último, les dezia, acordaos de las faltas que buestro soberano puede echaros en cara en los últimos alborotos; i teneos por felizes de que se digne de proporzionaros ocasion de espiarlas, dándole boluntariamente una parte de buestros bienes, miéntras podia con justizia tomarlos todos.»

El duque arrancó en fin el consentimiento de los estados jenerales empleando las ofertas i las amenazas; sin que los diputados pusiesen á su consentimiento mas condiziones que las de que los impuestos serian rezibidos por todas las probinzias sin eszepzion; i que el gobernador en cumplimiento de sus promesas los moderaria de modo que el comerzio ni las manufacturas padeziesen ningun perjuizio. Solo las probinzias de Utrecht i de Brabante se opusieron; i la primera mostró en el curso de este importante asunto una firmeza i un balor que merezen ser recordados.

Luego que les llegaron las órdenes del gobernador jeneral comisionaron diputados que le representasen: que despues del mas maduro esámen no alcanzaban ni la posibilidad de otorgar lo que se pedia. «El territorio de Utrecht, dezian, es corto; las tierras del interior estériles, i solo á fuerza de enormes gastos se libran las demas del furor de las olas. Aunque aze poco que somos basallos de la casa de Austria, emos ya contraido una gran deuda para satisfazer los tributos que el emperador i el soberano reinante nos an pedido; i nunca nos emos bisto en estado de pagarla. En los últimos lebantamientos emos padezido mas que nuestros bezinos: nuestros mas industriosos abitantes an emigrado de nuestras ziudades; i

nuestro comerzio que nunca a sido grande es ya casi ninguno. Esnos pues imposible soportar las cargas que se quiere azeptemos. Empero como tambien se nos alcanza que la nezesidad de las zircunstanzias esije prontos socorros, i queremos reconozer las obligaziones que al duque tenemos por aber restituido la tranquilidad á los Paises-Bajos, le ausiliaremos con todo nuestro poder, i nos obligamos á pagarle zien mil florines en cada uno de seis años, siempre que en ellos se nos esente de toda otra carga.»

El gobernador desechó con indignazion la oferta. Los estados le embiaron otra diputazion asegurándole «que esaminado con la mayor escrupulosidad todo lo conzerniente á sus aberes, se abian combenzido mas i mas de que nada podian adelantar á su primera oferta: que se abian lisonjeado de merezer su benebolenzia asegurados en el íntimo combenzimiento en que estaban de que abian echo cuanto les era dable para contribuir á sus miras i llenar sus deseos. Pero que se allaban en la nezesidad de protestarle que fuesen las que quisiesen las resultas les era imposible ofrezer ni dar mas.» Los presidentes de las zinco iglesias unieron á esta representazion la protesta de «que no podian consentir aquellas imposiziones sin incurrir en la zensura de escomunion fulminada en la bula *In cœna domini*, i no solo contra los que impusiesen cargas sobre las rentas de las iglesias sino tambien contra los que á ellas se sometiesen.» Empero el gobernador no miró mas las protestas de los eclesiásticos que las representaziones de los estados. Irritóle mucho el que una tan pequeña probinzia como la de Utrecht iziese una resistenzia tan obstinada; i resolbió poner por obra las amenazas que izo á

los diputados de balerse de la fuerza para ser obedezido.

Dió á ello prinzipio embiando un rejimiento de infantería con dos mil cuatrozientos ombres que bibiesen á discrezion en casa de los bezinos; de quienes ademas se esijía cada semana tantos florines como abia soldados, por razon de paga. Estos que no ignoraban el por qué su jeneral les abia embiado, no ubo ultraje ni esaczion que no iziesen. El duque ademas zitó á los majistrados de la ziudad i á los diputados de los estados de la probinzia á que comparezi esen ante el consejo de las rebueltas para que en él diesen cuenta de su conducta en los lebantamientos del año 1556, en que zedieron una de sus iglesias á los protestantes para que tubiesen sus juntas relijiosas. En bano alegaron en su defensa, que algunos particulares fueran los únicos autores de aquella conzesion de que se acusaba á la ziudad entera; i que aun aquellos mismos lo abian echo mobidos de zelo por la relijion i el mejor serbizio del rei, la tranquilidad pública i la de los católicos en particular; puesto que todo abia que temerlo del fanatismo de los reformados sino se ubiera contemporizado con lo que pedian. El consejo no tubo mas en considerazion estas razones que el gobernador; i sin bazilar pronunzió sentenzia en que embolbió á todas las clases de la probinzia, nobles, eclesiásticos i simples ziudadanos: los nobles fueron pribados de todos los onores é inmunidades; las ziudades de Utrecht, Amersfort, Wyck i Rhenen, de sus pribilejios; ordenando que se confiscase el territorio, así bien que todas las rentas, i las de los ayuntamientos i conzejos que contenia la probinzia, como que era la mas culpable.

Consternó tanto á los estados tan inicua sentenzia, i era tan intolerable la rapazidad del soldado, que resolbieron por ebitarlo estender á ziento ochenta mil florines la cantidad ofrezida. Pero ni todo lo que padezieron, ni el temor que les inspiraba el resentimiento del imperioso gobernador, fueron poderosos á azerles consentir los impuestos del diez ni del beinte por ziento.

Esta intrépida conducta tubo las mas importantes resultas. Por decontado anuló el consentimiento de las otras probinzias que le prestaron bajo condizion espresa de que seria seguido absolutamente de todas; é inspiró en los flamencos la resoluzion de oponerse bigorosamente á la cobranza de los nuebos impuestos.

Conozió el duque cuan difizil le seria, en el estado en que las cosas se allaban, el llebar á cabo sus intentos; i aunque no diese el mas lebe indizio de aber renunziado á su plan, como la nezesidad de dinero era urjente combocó una junta de los estados en Bruselas, i pidió que ademas del beinte por ziento en que azia poco abian consentido, (1) pagasen en lugar de los impuestos que reusaban admitir, dos millones de florines en cada uno de seis años. Inútiles fueron los esfuerzos de los diputados para combenzerle de la esorbitanzia de aquella suma. Dióles un mes para que lo reflesionasen; i el temor á tan implacable tirano arrancó el consentimiento.

Entre tanto no era el prínzipe de Oranje mero espectador de estas altercaziones. Ya dijimos que á fines de 1568 se unió á los protestantes franzeses, i tubo parte en las acziones de los

(1) Aszendia á 400.000 florines.

calbinistas con los católicos en la Caridad, en la Rochela i en Potiers. Pero el interes que tenia en los asuntos de Flandes no le permitia permanezer mucho á tanta distanzia. Dejó pues allá á su ermano Luis al frente de las fuerzas alemanas, i en setiembre de 1569 bolbió á su condado de Nasau donde se empleó por algun tiempo en preparar lo nezesario para bolber á tentar fortuna contra los españoles.

Supo mui zircunstanziadamente todo lo ocurrido en Flandes desde su salida, i no dudó que el duque ubiese aumentado con sus últimas estorsiones el odio que su persona i su gobierno inspiraban. Aseguraronle los flamencos la firme resoluzion en que estaban de sacudir su yugo. Católicos i protestantes, los que permanezian en sus casas, los desterrados, i los que ábian salido uyendo de la tiranía; todos á una le pidieron que tomase las armas en su defensa. Empero el prínzipe tenia mui presentes las causas que izieron inútil su primera empresa; i estaba resuelto en no comenzar otra, ni aun á lebantar tropas, miéntras no tubiese el dinero nezesario para mantenerlas.

A poco de aber llegado el duque á Flandes, muchos de los que abian uido de la persecuzion, se reunieron, i equiparon un gran número de nabes armadas en corso, con las que se apoderaban de todos los bastimentos españoles que allaban en las costas de Flandes i de Inglaterra. El despotismo del gobernador aumentó considerablemente aquel número, al cual se agregaron muchas personas de cuenta, que como era regular, adquirieron sobre los otros el mayor aszendiente. Empero todos en uno azian las partes del prínzipe, esperaban con ansia su buelta, contaban con su prudenzia, i nada desea-

ban tanto como berle encargarse de sus negozios. En consecuenzia, combinieron por dictámen de sus jefes, en obedezer sus órdenes, i pagar la cuarta parte de sus presas á los ofiziales que destinase para perzibirla.

Era su armada mui superior á todas las fuerzas marítimas que el duque podia oponer; i así causaron males incalculables á los comerziantes españoles, i alguna bez tambien á los flamencos; de modo que si sus presas ubieran sido bien bendidas, la parte asignada al prínzipe fuera mui considerable.

Balióse despues Guillermo de otros medios de azer fondos. Autorizó á barios caballeros para que en su nombre comisionasen ministros protestantes, que disfrazados recorrieron las probinzias, i obtubieron socorros de todos los que aborrezian, ó la relijion romana, ó el actual gobierno. Este medio produjo la doble bentaja de saber con qué personas se podia contar, i cuáles de ellas eran las mas á propósito para persuadir al pueblo, ya por su elocuenzia, ya por su carácter. Así fué, que adquirieron un esacto conozimiento de las berdaderas disposiziones de los flamencos; i establezieron una estrecha correspondenzia con los prinzipales: que no contribuyó poco á faborezer las miras del prínzipe, i á preparar sus buenos suzesos. En las probinzias de Olanda i Zelanda, en que la reforma abia echo mas progresos que en las meridionales, fué donde particularmente ganaron los predicantes al prínzipe muchos partidarios. La naturaleza i situazion de aquellas probinzias, cortadas en todas direcziones por rios nabegables, canales i brazos de mar, contribuian á inspirar balor i confianza al pueblo; que en efecto podia resistir mas fázilmente á las

tropas españolas. Allí donde el arte i la naturaleza pareze que concurrieron á una á erijir el trono de la libertad, allí fué donde el prínzipe resolbió azer las primeras tentatibas, como el sitio que mas probabilidades ofrezia de poderse conserbar. Dió, pues, prinzipio á las negoziaziones por medio de sus ajentes con los prinzipales abitantes: propuso su proyecto, i proporzionó tener inteligenzias en las ziudades marítimas, que debian entregarse á los protestantes refujiados. Se intentó la toma de Enchuisen i de otras ziudades én el norte de Olanda, pero diferentes causas concurrieron á frustrar la empresa, que se dejó para tiempos mas propizios. Los que tubieron parte en ella no debian esperar el quedar desconozidos. Sin embargo, era el gobierno tan jeneralmente odioso á protestantes i católicos, que ni aun aquellos mismos que abian desconzertado los proyectos del prínzipe dieron abiso al duque. Tanto les repugnaba el azer el menor serbizio á un ombre que por tantos motibos aborrezian. Estremeziales ademas la sola idea de las orribles crueldades con que atormentara á los culpables si se les descubriera.

Nada, pues, supo el duque, ni pareze probable que supiese nada de lo que se urdia, asta que se tomó el fuerte de Loebestein, situado en la isla Bommel, formada por el Mosa i el Wal. Aunque poco considerable, no dejaba de ser importante por su situazion. Armán de Ruiter, natural de Bois-le-Duc, deseaba señalarse por alguna azaña importante en serbizio del prínzipe, i la tomó por sorpresa. No llebó consigo mas de zincuenta ombres, i sin embargo creyó poderse defender con ellos el tiempo nezesario para ser socorrido; pero un desgra-

ziado é imprebisto aczidente detubo á sus partidarios: el fuerte fué zercado por fuerzas superiores, que Rodrigo de Toledo izo partir inmediatamente de Bois-le-Duc. Los sitiados se defendieron con la mayor obstinazion; mas al fin fueron oprimidos por el número, i asta el mismo Ruiter perdió allí la bida.

En gran cuidado puso este suzeso al duque, mas atento á la causa que al efecto. Aunque de esta primera empresa ninguna bentaja abia sacado el enemigo, temió que se intentasen otras. Empero la profunda umillazion que causó á su orgullo el aber sido sorprendido, infundió en su pecho una indignazion i un furor iguales á su sobresalto. Aumentóse el resentimiento con la memoria de la oposizion que las probinzias marítimas abian echo á las imposiziones. Nunca en ellas pudieron cobrarse, ni aun el cupo que las correspondió de los dos millones de florines que acordaron los estados jenerales. Esta resistenzia ubiera debido abrir los ojos al duque, i azerle conozer la nezesidad de otros medios mas suabes. Pero léjos de aber produzido este efecto en su ánimo, los síntomas de una fermentazion tan terrible le arraigaron en el designio de balerse de la biolenzia, i obtener por la fuerza cuanto nezesitase. Resolbió, pues, fuesen las que quisiesen las consecuenzias, estrechar á los flamencos á que se sometiesen no solo al uno por ziento que los estados abian consentido, sino tambien al diez i beinte que abian reusado. Para coonestar este prozeder aseguró al consejo que los estados consentian igualmente en cada una de las tres imposiziones. Recordáronle Biglio i algùnos otros, que aquel consentimiento tenia una condizion que aún no estaba cumplida; empero la irritazion del duque no le per-

mitia oir la berdad, ni sufrir que nadie le contradijese: «bos no sois mas que unos rebeldes, les dijo: el onor i el interés del rei ecsijen que los impuestos sean inmediatamente cobrados; i mas quisiera que me izieran pedazos, que permitir que los estados faltasen á la palabra que me an dado.»

Izo en consecuenzia publicar un decreto, por el que se requeria á todos los abitantes de los Paises-Bajos que pagasen inmediatamente el diez, el beinte, i el uno por ciento á los comisionados nombrados para su perzibo. Mas, como abia prometido el moderar las dos primeras contribuziones para ebitar las perjudiziales consecuenzias que se temian, conzedió la esenzion del diez por ziento á los comerziantes estranjeros por la primera benta de las mercanzías que importasen; i les permitió tambien que las esportasen sin debengar el derecho, con tal que no ubiesen mudado de dueño miéntras estubieran en los Paises-Bajos. La misma franquizia conzedió á la primera benta de bueyes, trigo i otras produzziones del pais.

Estas lijeras modificaziones creyó el duque las tendria el pueblo por otras tantas condeszendenzias del gobierno; pero mas ilustrada la nazion azerca de sus berdaderos intereses, conozia que tales impuestos, á pesar de sus modificaziones, atraerian la ruina de su comerzio i la pérdida de sus manufacturas. Era, pues, mui de esperar que se dezidiese mas que nunca á resistir que se cobrase. Muchas ziudades sufrieron zierta espezie de ambre inmediatamente que se publicó el decreto. No se llebaron al mercado las cosas mas comunes i nezesarias á la bida, ni los mercaderes ponian nada en benta. Estos incombenientes se sintieron particular-

mente en Bruselas, residenzia del gobernador, donde ubo una interrupzion total de toda espezie de comerzio: zerráronse tiendas i talleres, i no abia donde comprar que comer ni beber. Redújose al pueblo á la desesperazion, i toda la ziudad estaba consternada.

En estas zircunstanzias formó el duque la bárbara resoluzion de azer ajustiziar diez i siete de los prinzipales comerziantes en frente de sus propias casas. Ya los soldados estaban sobre las armas, los patíbulos lebantados, i los berdugos prontos á cojer sus bíctimas, cuando solo algunas oras antes de la señalada para la ejecuzion llegó un correo con la notizia de que los flamencos desterrados abian echo un desembarque en la isla de Boorn, i apoderadose de la Brilla.

Esta notizia irió como un rayo al gobernador, rebocó sus órdenes sanguinarias, i resolbió, aunque con mucha repugnanzia, suspender la cobranza de los impuestos. Conozió las grandes bentajas que los partidarios del duque podrian sacar de la adquisizion de una plaza, que situada á la embocadura de un gran rio en la inmediazion de muchas ziudades importantes, se abia mirado siempre como una de las prinzipales llabes de los Paises-Bajos. Ni podia dudar que las probinzias marítimas, que le aborrezian i detestaban su gobierno, dejasen de seguir el ejemplo de la Brilla, ni dejar de temer como mui probable que muchas ziudades abriesen las puertas al enemigo.

Era, pues, este suzeso de la mayor importanzia, i debia umillar tanto mas al duque, cuanto menos abia echo para impedirle. Fue á la berdad una falta capital el no abèr pensado en formar una marina capaz de azer rostro á la del prínzipe; cuyos corsarios casi arruinaron el

comerzio; i la Flandes estaba casi indefensa por aquel lado en que los Nasaus debian naturalmente azer sus tentatibas; puesto que sus fuerzas, de solo nabes constaban. En las ziudades mas espuestas ni guarnizion abia. El duque se contentaba con tener acuarteladas sus muchas tropas en Utrecht, miéntras los corsarios enemigos infestaban alternatibamente todas las costas. Si los cuerpos que tenia de obserbazion los distribuyera en las ziudades marítimas, desconzertara todas las medidas del enemigo. Ni puede darse otra razon de la indolenzia de un jefe tan zélebre por su capazidad, que el estremo desprezio en que tenia á los flamencos espatriados, á quienes miraba como unos miserables piratas, perjudiziales á solo los barcos mercantes, empero incapazes de ninguna empresa de considerazion.

Mas aunque el duque no ubiese tomado las precauziones nezesarias contra lo que pudiesen intentar aquellos corsarios, abia no obstante dado alguna atenzion á sus mobimientos. Abíase quejado á la reina de Inglaterra de que francamente les permitiese bender en sus estados las presas que azian á los basallos del rei su amo; lo cual, dezia, «era realmente darles socorros, i biolar los tratados esistentes entre ambas coronas.» Interesábase Isabel por los flamencos, i tenia tan pocos motibos como inclinazion á condeszender con los deseos de Felipe ni su ministro. Sabia que de tiempo atras tenia el duque correspondenzia con sus basallos católicos, procurando alterar su gobierno. Sin embargo, no juzgó combeniente romper con el rei de España, i otorgó lo que su gobernador en Flandes le pedia. Mandó que todo barco perteneziente á flamencos rebelados contra su soberano desocu-

pasen sus puertos, i proibió á sus basallos que les diesen probisiones ni asilo.

Tan inesperada complazenzia de Isabel fué un gran triunfo para el duque, i una estrema mortificazion para el prínzipe; empero que produjo efectos mui diferentes de los que se esperaban, i consecuenzias absolutamente contrarias á los intereses de Felipe. Reduzidos á la desesperazion los refujiados i desterrados, arrojados por la única potenzia de Europa que les abia conzedido proteczion, resuelben apoderarse á toda costa de una plaza fuerte en su pátria. Júntanse en Doubres, equipan beinte i seis nabes, i dan el mando á Guillermo de Lumei, conde de la Marck, nombrado su primer jefe por una comision del prinzipe. Tubo esta escuadra la felizidad de encontrar i tomar en su trabesía dos nabes españolas ricamente cargadas, lo cual sirbió de zierta compensazion de los ausilios que en Inglaterra se les negaban. Abíase propuesto el conde azer una tentatiba sobre Enchuisen, en Nord-Oland, pero el biento contrario le obligó á entrar en el Mosa, i ancló delante de la ziudad de la Brilla el 1.° de abril de 1572. Desembarca inmediatamente las tropas, i en nombre del prínzipe de Oranje intima la rendizion á los abitantes: estos dudan algun tiempo, i sospechando el conde que se preparaban á resistirle, manda, para no darles lugar, que se ponga fuego á la puerta del Norte. A benefizio de tan bigorosa resoluzion, entró sin resistenzia en la ziudad al frente de solos doszientos zincuenta ombres.

Esta conquista no menos impensada que fázil, fué el primer aconteztimiento de la guerra que trasformó los Paises-Bajos en teatro de orror i de debastazion por el espazio de mas de

treinta años; empero que en medio de las calamidades que derramó sobre sus abitantes, dió oríjen á birtudes, talentos, acziones, i sobre todo á un balor de que se allan pocos ejemplos en los anales del jénero umano. Nunca lucha mas desigual que la que empezó entonzes entre los flamencos i el monarca español; ni nunca ecsito mas contrario á la esperanza que debieron conzebir los dos partidos. Componia el uno un pueblo de manufactureros i comerziantes, de poca estension, i ya mui gastado por las calamidades que trae de suyo una larga tiranía. Era el otro el monarca mas rico de su siglo, que tenia á su disposizion grandes i aguerridos ejérzitos, disziplinados i conduzidos por jefes intrépidos, capazes, i distinguidos sobre sus contemporáneos por su consumada esperienzia en las artes de la guerra. En tan desigual balanza ¿qué peso era el que podia restablezer el equilibrio? La desesperazion. A ella solo es dado el inspirar en los oprimidos el despecho de resistir á sus opresores. Nada mas natural que pensar de los olandeses que iban de una bez á ser rendidos al momento que se les bió atreberse á tomar las armas; empero el tiempo probó cuán temerario es dezidir que no es posible sino lo probable.

Los corsarios flamencos empezaron á llebar su botin á bordo de sus bajeles el dia despues que tomaron la Brilla. Era su intento continuar en corso por la West-Frisa; mas uno de ellos natural de la isla de Boorn, (1) izo presente que no era de esperar allasen en otra parte un establezimiento mas bentajoso; i el conde de la Marck i los demas jefes adoptaron su opinion,

(1) Treslong.

i se resolbieron en poner la ziudad en estado de defensa con la artillería de la escuadra : i tubieron puntualmente el tiempo nezesario, cuando el conde de Bossut, gobernador de la probinzia, encargado del duque para atacarlos, llegó con un cuerpo de españoles, sacado de Utrecht i otras plazas inmediatas. El de la Marck, cuyas fuerzas eran mui inferiores, resolbió no obstante defender la ziudad asta el último estremo. Empezaba la artillería española á batir la muralla cuando uno de los abitantes llegó á nado á una de las esclusas que el de Bossut no abia cuidado de asegurar con un destacamento: la rompe, i da tal curso al Mosa, que en pocas oras inunda una gran parte del pais. Mas no por eso desistió el gobernador de su empresa, si bien le izo alejar el campo al mediodia de la ziudad, para donde las aguas no abian zerrado el paso. Allí abia colocado la Marck su artillería gruesa, i quitado á los españoles la esperanza de reduzirle en poco tiempo. No bien empezado el sitio, salen dos de los mas intrépidos jefes de los sitiados con un buen golpe de los suyos, diríjense á lo largo de los diques, llegan á las nabes españolas, queman unas, echan á pique otras, desaferran las demas, i se retiran á la ziudad sin la menor pérdida. Sabida esta nueba desgrazia por los españoles, i notando que el agua que les rodeaba iba subiendo por momentos; sobrecojidos de terror se prezipitan á la playa, sálbanse algunos en las nabes que el enemigo no tubo tiempo de desancorar ni destruir: esfuérzanse otros á ganar nadando los bajeles que bagan por las olas: aóganse muchos, i perezen no pocos sumerjidos en el fango. Si el enemigo les persiguiera, no quedara uno ; empero la Marck, que aún dudaba del afecto de

los naturales, lo juzgó peligroso, temiendo le zerrasen las puertas, i bolbiesen contra él su propia artillería.

Este felíz suzeso alentó á los protestantes, i aumentó su confianza. Los ziudadanos se declararon abiertamente por ellos; i una multitud de abitantes de la isla acudió á ponerse bajo su proteczion: fueron todos filiados con juramento de fidelidad al prínzipe de Oranje, como único gobernador lejítimo de la Olanda, obligándose á defender la ziudad i la isla en su nombre i el del rei contra el duque de Alba i sus tropas. (1)

Su ejemplo difundió mui pronto el espíritu que les animaba, i fué como una señal de reboluzion para las ziudades comarcanas. Bien á su pesar lo esperimentó el conde de Bossut, pues abiendo pasado con mucha dificultad de Boorn á Beyerlan con ánimo de dar algun descanso á sus tropas en Dordrecht, instruidos los abitantes del mal suzeso que abia tenido en la Brilla, i temiendo que les forzase á pagar los

(1) Este primer triunfo de los protestantes fué seguido de aquella ferozidad de que tantos ejemplos se allan en esta guerra. Conoziendo los relijiosos lo mucho que tenian que temer del resentimiento de los benzedores, procuraron salir de la isla; pero fueron detenidos en su fuga, tratados del modo mas cruel é ignominioso, i despues muertos. Los flamencos desterrados i protestantes tenian demasiado presente la crueldad i barbárie con que abian sido tratados, para distinguir al inozente del culpable, ni oir las bozes de la umanidad ni de la relijion, que creian onrar por un zelo tan ardiente, pero tan criminal. A ellos se les abia tratado como á bestias por sus enemigos, i como bestias destrozaron cuanto les caia en las manos.

impuestos; á pesar de todo lo que les podia sobrebenir, le negaron la entrada en la ziudad; i como no se allaba en estado de obligarles por fuerza, se dirijió á Rotterdam.

Mas esta no estaba mejor dispuesta que la de Dordrecht á rezibir los españoles; pero engañada la munizipalidad con las seguridades que le dió el conde de que solo queria el paso sin detenerse, consintieron en permitirsele á algunas compañías, una despues de otra. Mas no tardó la ziudad en arrepentirse de su condeszendenzia, puesto que apénas abia entrado la primera, cuando Bossut, en desdoro de la palabra que acababa de dar, se apoderó de las puertas, i dió entrada á toda la tropa. Echaronle en cara su perfidia, é intentaron, aunque inútilmente, bolberlas á zerrar. Asta entónzes abia sido estimado el gobernador por su moderazion; mas úbole de desamparar en aquel lanze, irritado sin duda por la resistenzia de los protestantes de la Brilla, i por el desaire que acababa de rezibir de Dordrecht. I resuelto á bengarse en Rotterdam, mostró á sus soldados lo que de ellos esperaba, matando por su propia mano á un bezino que forzejeaba por zerrar la puerta. Los españoles, prontos siempre á seguir el ejemplo de sus jefes, se arrojan con espada en mano á la milizia urbana, matan algunos, i echan de la ziudad á los demas: sueltan la rienda á su furor, derrámanse por la ziudad, i dan muerte á mas de treszientos abitantes.

Una aczion tan inícua como bárbara atizó la llama de la rebelion, que el conde de Bossut, como gobernador de la probinzia, estaba mas obligado á poner todo su conato en apagar. Solo un momento de reflesion le bastara para conozer la nezesidad de emplear medios mas

moderados para mantener en la obedienzia las probinzias marítimas, en cuyas ziudades ni abia ziudadelas ni guarniziones que las reprimiesen. Las tropas en ellas acuarteladas se abian sacado en diferentes ocasiones para castigar á Utrecht. La situazion del pais, rodeado del mar, cortado en todas direcziones por canales i rios, azia casi impracticables los asedios, i proporzionaba á los partidarios del prínzipe que penetrasen fázilmente en el pais asta donde quisiesen, á benefizio de sus nabes mui superiores en número á todas las fuerzas marítimas de los españoles. El pueblo, que no ignoraba ninguna de estas bentajas, se aprobechó de ellas en aquella ocasion. La matanza en Rotterdam aumentó el orror á los españoles, é izo que se mirase á Bossut como á un monstruo. Aun los mismos que deseaban permanezer fieles al rei se resistieron á rezibir en sus ziudades á sus tropas; i con tanta obstinazion i tenazidad como si se tratara de las del mas declarado enemigo.

Esta disposizion de los ánimos se manifestó desde luego en Flesinga, reputada por una de las prinzipales ziudades de los Paises-Bajos, como que dominaba la embocadura del Escalda. En las instrucziones que á su abdicazion dejó Cárlos V á su ijo, le recomendó que conserbase cuidadosamente aquella plaza, sin perdonar á gasto ni dilijenzia el asegurarla contra sus enemigos. Al duque no le abia llamado tanto la atenzion como merezia: abia debilitado mucho la guarnizion, embiándola á tomar cuarteles en Utrecht, sin dejar en ella mas de ochenta walones. Empero la pérdida de la Brilla, que podia atribuirse á otro semejante descuido, le izo conozer su error, i disponer que se con-

cluyese la ziudadela de Flesinga, cuyos zimientos echara años atras; i á este fin mandó ocho compañías de españoles al mando de un ofizial esperimentado. Vieron los naturales con la mayor tristeza las cadenas que se les iban á forjar: prebieron que el despotismo militar llebaria consigo la ruina del comerzio: no dudaban que aquella guarnizion tarde ó temprano se emplearia en obligarles al pago de los impuestos: ni estaban sin temor de ser tratados como los de Utrecht i Rotterdam; i en fin, el buen ecsito de sus compatriotas los de la isla de Boorn les animaba á resistir. Pero aún dudaban el partido que mas les combenia, cuando llegaron algunos emisarios del prínzipe espresamente á esortarles á que se dezidiesen con balor á asegurar su libertad. Bastante para fijar la indezision. Corre el pueblo á las armas, i echa de la ziudad el resto de la guarnizion.

Al dia siguiente entraron en el puerto los bateles que conduzian las tropas españolas. El pueblo, reunido en las calles i en la muralla, cayó en su primera perplejidad; pero los protestantes i los otros partidarios del prínzipe le manifestaron cuán insensato era dudar, despues de aber empezado las ostilidades. «Ya abeis echo, dijo uno de ellos, arrojando la guarnizion lo que los españoles caracterizarán sin duda de delito de lesa majestad. Considerad bien á la merzed de qué ombres os bais á entregar. Acordaos de la suerte de los condes de Egmont i de Orn, i bed si buestros serbizios ó buestra inozenzia son comparables con los de ellos.» Aún se balieron de otro medio para animar al populacho. Izieron publicar á son de trompeta por toda la ziudad «que la guarnizion de españoles se azercaba, i que los ziudadanos de-

bian tenerles prontas sus mujeres, sus ijas i sus bienes.» (1)

Cuando la boluntad indezisa fluctua entre dos resoluziones opuestas, la menor añadidura suele bastar para que la balanza se incline. Un ebrio que se allaba entre la multitud se ofrezió por una lijera recompensa á dar fuego á uno de los cañones de mayor calibre que apuntaba á los españoles; i lo izo por tres florines que le dió un protestante, i al momento se dezidió el pueblo. Asombrados los españoles con tal rezibimiento, i de ningun modo preparados á balerse de la fuerza, fueron amollando cables, i dieron la bela para Middelbourg, donde residia Antonio de Burgoine, señor de Backene, gobernador de la ziudad i de toda la probinzia; el cual luego que supo esta ocurrenzia partió para Flesinga, i juntados los abitantes en la plaza se balió de cuantas razones pudo alcanzar, mezclando las ofertas con las amenazas para persuadirles que bolbiesen á la obediénzia. Izoles presentes todos los motibos de temor que podian conmoberlos; mas el pueblo no estaba por entonzes para oir mas que los gritos de la pasion que le animaba. Su orror á la tiranía española abia llegado al mas alto punto; i el gobernador temiendo por su persona los eszesos de aquel desaforado populacho salió de la ziudad.

En seguida demolieron los zimientos de la nueba ziudadela, echaron á los injenieros encargados de construirla, i añadieron otra prueba aun mas combinzente de la resoluzion en que estaban de no bolber jamas á someterse al gobierno español. Abiase nombrado goberna-

(1) Reidanus, p. 10.

dor de Flesinga á don Pedro Pacheco, que se abia quedado algunos dias detras de sus tropas; é ignorando lo ocurrido entró en el puerto creyendo firmemente que estaban en la ziudad para rezibirle. Corre el pueblo á las armas, se apodera de su nabe, la saquea, i dá con él i con los que le acompañaban en un calabozo. Dizese que entre sus papeles se allaron los que probaban que su ida llebaba por objeto el establezer allí la tiranía ordinaria de los españoles, cuyo descubrimiento i la zircunstanzia de reconozerle por pariente mui zercano del duque de Alba inspiró en el pueblo la bárbara resoluzion de darle muerte. Ofrezió Pacheco por su bida un gran prezio, i quedarse prisionero; mas no fué oido. Pidió en fin que tubiesen consideration á su nazimiento, i conmutasen en el cuchillo el suplizio de la orca; pero ni aun esto quisieron conzederlo. Las inumanas eszenas tantas bezes á su bista repetidas, abíanles echo ferozes, i zelebraron la ocasion de despicarse en su benganza con el duque, amanzillándole en el infame castigo de su deudo.

Al mismo tiempo que cometian estas terribles ostilidades se precabian contra las resultas que debia de tener un prozeder tan biolento. Y como no dudaban que les atraeria todo el resentimiento del duque, tampoco omitieron precauzion alguna que de él pudiese librarles. Inzesantemente trabajaban en las fortificaziones: en secreto adquirian probisiones i muniziones de toda clase, é imploraron los socorros del prínzipe de Oranje, i de los protestantes de Franzia é Inglaterra. Al momento les embió el conde Luis algunas tropas de Franzia, i de Inglaterra acudieron quinientos flamencos desterrados, que fueron seguidos de doszientos esco-

zeses é ingleses boluntarios al mando de los abentureros Morgan i Balfur. Ademas rezibió su escuadra un refuerzo que no debia esperar. Fué así, que abiendo el duque echo equipar meses antes un gran número de nabes con destino á cruzar en las costas, se declararon los jefes por el partido que astá allí abian perseguido: dieron la bela de Flesinga, i amainaron su pabellon ante el del conde de Tserart, á quien el prínzipe abia dado el mando en jefe de todas las fuerzas de la probinzia.

Aumentadas con esta deserzion, eran no solo bastantes para defender á Flesinga sino para emprender la reduczion de todas las demas ziudades de Zelanda; con tanta mas probabilidad de buen ecsito cuanto sabia su diposizion á lebantarse, particularmente Campbere i Arnmuyden: de modo que sin emplear la fuerza, toda la Zelanda, salbo Middelbourg i el castillo de Rammekins, siguió el ejemplo de Flesinga i rezibió las guarniziones que les embió el conde.

No les detenia á la mayor parte de los abitantes de Middelbourg mas que el temor que la guarnizion les inspiraba. Sin embargo era mui corta, i el conde de Tserart al tomar la resoluzion de sitiar la ziudad no dudó echarla de ella en poco tiempo, puesto que como dueño del mar juzgó casi imposible que se la pudiesen embiar socorros que retardasen la rendizion. Por su parte el duque conozia de cuanta importanzia era aquella plaza, i estaba dezidido á conserbarla á toda costa; i para ello acordó que se metiese en ella Sancho de Abila, uno de sus mejores ofiziales, con mil soldados escojidos, mitad españoles, mitad walones: mezcla que acostumbraba azer para que la emulazion les animase á ser mas balientes. A estos mil se

agregaron muchos boluntarios, todos ofiziales de reputazion por su balor i su cuna. Cuanto mas peligrosa era la empresa, i cuanto mas difizil, tanta mayor gloria ofrezia á los que la acometiesen.

A últimos de abril fué cuando Abila salió de Berg-op-zoom al frente de su tropa i se embarcó en el Escalda: fué la nabegazion felíz; mas, tubo que desistir del intento de desembarcar lo mas zerca que pudiese de la isla, como se lo abia propuesto, con el fin de tener poco que andar para llegar á la ziudad. Sabiendo que los sitiadores estaban instruidos de su designio, el temor de encontrar con su numerosa escuadra le izo dirijirse al norte, aziendo un gran zírculo asta llegar á aquella parte de la isla que el ozéano baña. El desembarque era difizil por los muchos bancos de arena, i poco fondo: los soldados caminaron mucho tiempo en el agua; pero como el enemigo no se opuso al desembarco ninguno perezió. Pónese Abila al frente de un gran destacamento escojido, i se adelanta á reconozer la situazion de los sitiadores; los cuales estaban con toda la seguridad imajinable, confiados enteramente en sus buques, i sin aber tomado ni la menor precauzion contra un ataque inesperado por imprebisto. Reune Sancho sus tropas i á su frente abanza i cae sobre ellos con la mayor impetuosidad. Este ataque produjo tanto mayor efecto cuanto fué menos prebisto, i cuanto mas bigorosa fué la salida que los sitiados izieron: de modo que todos los sitiadores fueron pasados á cuchillo, eszepto los pocos que se salbaron en Flesinga i en Campbere. (1)

(1) Bentiboglio, p. 73.

Este descalabro no desanimó á los protestantes: sus fuerzas nabales eran mayores que las de los españoles, i en ellas confiaban que distribuidas en torno de la isla interzeptarian cuantos socorros se intentasen introduzir; i la guarnizion de Middelbourg se allaria pronto reduzida á capitular. No era infundada esta confianza: su armada se componia entonzes de ziento i zincuenta nabes lo menos, montadas por ábiles marinos, i conduzidas por espertos pilotos, miéntras que los de las españolas no podian ser mas ignorantes. Esta superioridad azia siempre bictoriosos por mar á los protestantes; así como por tierra eran casi siempre benzidos, porque á soldados beteranos i bien disziplinados no podian oponer mas que reclutas echas con prezipitazion, sin disziplina, sin esperienzia, i poco abituadas á las fatigas de la guerra.

Sus nabes cubrian el mar: los puertos de los Paises-Bajos estaban todos bloqueados cuando el duque de Medinazeli llegó á la costa. Embióle Felipe á reemplazar al de Alba, que abia pedido lizenzia para retirarse por el mal estado de su salud. Mandaba una armada de zincuenta nabes montada por dos mil soldados españoles; pero como que nada sabia de lo que pasaba en las probinzias marítimas, ni sospechaba que los protestantes tubiesen tantas fuerzas nabales bibia descuidado, de modo que sus nabes se allaron acometidas cuando menos lo pensaba. Tomaronle beinte i zinco de las mayores, i las demas se retiraron á Rammekins i á Midelbourg; i á él no le costó poco trabajo refujiarse en el puerto de la Esclusa. Alláronse en las nabes apresadas doszientos mil florines amonedados, que con lo que ellas balian pudo baluarse la presa en quinientos mil.

Al mismo tiempo se apoderaron tambien los confederados de beinte nabes que el duque de Alba embiaba á Middelbourg cargadas de artillería, tropas, armas i pólbora: nabes que fueron atacadas antes de salir del puerto, i despues conduzidas á Flesinga. Otras equipadas en la Esclusa i con el mismo destino tubieron la misma suerte. Los zelandeses abiendo sabido á tiempo el momento de su partida, apresaron tres en la corta trabesía de la Esclusa á la isla de Walcheren, persiguieron las demas asta la ensenada de Rammekins, donde á pesar del fuego de la guarnizion tomaron algunas i quemaron las otras.

Estas bentajas izieron mas eficaz en los zelandeses el deseo de apoderarse de Middelbourg, puesto que miéntras permaneziese bajo el dominio español estaria la isla espuesta á nuebas incursiones. Despues de todas las tentatibas inútilmante echas por el enemigo para introduzir socorros, no quedaba ya mas que ber si por la ziudad de Tergoes era posible. Está situada en la isla de Sud-Bebeland, comunica con el mar por un canal, i tenia ochozientos walones i españoles de guarnizion, é Isidoro Pacheco, ofizial español, de comandante.

El conde de Tserart despues de lebantado el sitio de Middelbourg en los términos que arriba dijimos, le puso á Tergoes; pero tambien le lebantó con prezipitazion por la notizia falsa que le dieron de que los españoles iban con mucha fuerza á atacarle. Al fin del estío intentó bolber á esta empresa. Constaba su ejérzito de ocho mil protestantes alemanes, franzeses é ingleses: i la guarnizion era mui débil para oponerse al desembarco, que con efecto se izo sin el menor obstáculo. Zercóse la ziu-

dad i estrechó el conde el sitio con mucha actibidad; i á pesar de muchas salidas i de la defensa mas bizarra, llegaron los sitiadores á abrir muchas brechas considerables; de modo que despues de algunas semanas juzgó Pacheco que no le seria posible mantenerse mucho tiempo. Dióle parte al duque de Alba, que estaba bien combenzido de que de la conserbazion de Tergoes dependia no solo la de Middelbourg sino la de toda la Zelanda; i no lo estaba menos de que la pérdida de aquella plaza nunca se atribuiria ni á Pacheco ni á la guarnizion, cuyo balor era arto bien conozido, sino á él solo, por no aber embiado los socorros que le pidieran. Dió pues órden á muchos rejimientos dispersos en diferentes cuarteles para que juntos en Berg-op-zoom bajasen el Escalda, i siendo tan corta la trabesía entrasen en Sud-Bebeland: i al mismo tiempo que este refuerzo de ombres, embió tambien muchos trasportes cargados de muniziones de guerra i boca á las órdenes de Abila i Mondragon, ambos mui señalados por su balor i esperienzia; i que en esta ocasion mostraron ambos ser dignos de la eleczion.

Fueron repetidas las tentatibas que izieron para pasar por medio de la escuadra de los protestantes; pero sabiendo estos su designio espiaron con tanto cuidado sus mobimientos, i maniobraron con tanto azierto, que no pudieron aquellos salir con su intento. Probó Abila otro medio del que abia conzebido las mayores esperanzas, i fué colocar muchas baterías de distanzia en distanzia á lo largo del Escalda para alejar al enemigo i fazilitar á Mondragon el paso; empero por desgrazia encontró tan úmedo el terreno i tan zenagoso, que no pudo colocarlas tan zerca de la ribera que impidie-

sen que el enemigo abanzase. En tal situazion no les quedaba otro medio de salbar sus nabes, siempre espuestas á ser echadas á pique, que el desistir de la empresa i bolberse al puerto.

Empezaban pues á desconfiar de poder socorrer á Tergoes cuando un zelandés, llamado Plumart, á quien conozian por su adesion á los españoles, se presentó á ellos, i les propuso un medio que al prinzipio tubieron por impracticable; pero que sin embargo tantearon despues. La isla de Sud-Bebeland, en que Mondragon queria desembarcar sus tropas, solo dista siete millas de una lengua de tierra, á la que podia fázilmente pasar de Berg-op-zoom. Esta lengua está al oriente separada del Brabante por el Escalda, i de la Flandes por el Ondt. Antes del 1532 azia parte de la isla de Bebeland; pero entonzes quedó separada por aquella terrible creziente del mar que rompió los diques, cubrieron las aguas la parte de la isla mas próccsima al Brabante, i la desunió en zierto modo del resto de la isla. Esta inundazion se estendió de norte á sur, es á saber: cubrió todo el terreno que abia de este á oeste, que por lo mas estrecho podia tener de estension como siete millas italianas. En bano los abitantes de aquellos desgraziados paises agotaron todos los recursos para dar corriente á las aguas: nunca pudieron conseguirlo. Ni aun en tiempo de las grandes mareas se podian aquellos sitios inundados atrabesar en bateles, así por el poco fondo, como por los muchos bancos de arena; i en la baja mar fuera peligroso el esponerse á pasar por el bado: ademas se sabia que muchos arroyuelos atrabesaban el terreno.

A pesar de tantas dificultades propuso Plumart á Mondragon aquella ruta para las tro-

pas destinadas al socorro de Tergoes, ofreziéndose á serbir de guia. El proyecto era atrebido, la empresa difizil, por nadie intentada, nadie tenia conozimiento esacto del terreno, porque apénas nadie abia que se acordase de aberle bisto seco. Sabíase sí la lonjitud, i por consiguiente lo que los soldados tenian que atrabesar; pero nadie podia presumir que los destinados á esta empresa pudiesen sostener la fatiga de una marcha tan penosa, en el agua, en el lodo i en el fango. Considerabase tambien que por poco que cualquier aczidente imprebisto les detubiese, era mui de temer que sobrebiniera la marea i el mar se los tragase. Esto, aun preszindiendo de que el enemigo podia barruntar el proyecto, caer sobre ellos al momento de tomar tierra, i despedazarlos.

Nada empero fué bastante para desanimar á Plumart, sino que propuso que nada se dezidiese miéntras por sí mismo no se asegurase de si como no dudaba abia realmente un bado practicable. Acompañado de dos españoles i de un biejo del pais que conozia perfectamente el terreno por aberle bisto antes de la inundazion, sale Plumart en busca del bado, le alla, le pasa, llega al otro lado, i se buelbe por el mismo camino sin mas dificultades que las que desde luego esperaba.

Con tanto, Abila i Mondragon adoptaron el pensamiento, i prepararon todo lo nezesario para ponerle por obra. Llenaron muchos saquillos de pólbora, mecha i pan, é izieron pasar de Berg-op-zoom á Agger, lugar puesto á la entrada del bado reconozido, tres mil soldados escojidos, i Mondragon se puso al frente, tomando á su cargo aquella singular empresa. Distribuidos los saquillos, conduze su jente á la en-

trada del bado sin aberles dejado trasluzir su intento asta el mismo instante en que iba á meter el pie en el agua que les dijo le sigueran, i les instruyó del descubrimiento que Plumart i sus camaradas abian echo, i de la empresa que iban á acometer, pintándosela como que debia cubrirles de gloria. «Esta empresa, les dijo, interesa al rei i á la relijion: ningun ejérzito a emprendido jamas otra semejante.» Llenos los soldados de aquel balor intrépido que distinguió en toda aquella guerra á las tropas españolas, i embanezidos por la preferenzia que sobre los demas se les daba, manifestaron la mayor alegría por tan inesperada nueba, i pidieron con instanzia que se les llebase sin mas tardar.

Entran en el agua al tiempo de baja mar: delante ban los españoles, llebando á su frente á Mondragon, i por guia á Plumart; siguen los alemanes, i los walones zerraban la retaguardia. Caminaban todos mui zerrados para poderse baler unos á otros en caso de nezesidad, i para mejor poder resistir el mobimiento de las aguas. Así estrechados unos con otros, tanto cuanto lo permitian las aguas que los rodeaban i el piso mobedizo i zenagoso en que iban, llegaron sanos i salbos al dique de Yersicken, eszepto nuebe que perezieron de cansanzio, ó por aber imprudentemente descuidado el órden de ir por dezirlo así agarrados á sus camaradas. Es Yersicken un pueblo distante solo cuatro millas de Tergoes; i allí dispuso Mondragon que descansase la tropa aquella noche con ánimo de llebarla al amanezer al socorro de los sitiados.

Supieron los sitiadores su llegada, i difundió entre ellos tal terror que imajinando en los españoles un poder sobreumano, i sin informar-

se del número de los que iban. Lebantan el sitio, abandonan trincheras, bagajes i artillería, i uyen prezipitadamente á la costa. Persíguelos la guarnizion, mata ochozientos, i fueron mas los que perezieron en las olas por llegar á los barcos. Entra Mondragon en Tergoes, i rezíbele la guarnizion como á su libertador; i despues de disponer otras nuebas fortificaziones, i de dejar al gobernador parte de las tropas que le acompañaban, tomó con el resto la buelta del Brabante á unirse con el duque de Alba. (1)

(1) Bent., p. 110. Meursii Auriacus, p. 89.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO UNDÉZIMO.

Miéntras en Zelanda pasaba lo que dejamos contado en el libro antes de este, el espíritu de reboluzion que se apoderara de los abitantes, obraba con la mayor actibidad i enerjía en los de algunas otras probinzias. Los de Enchuise, en la Nord-Ollanda, fueron los primeros que tubieron balor para enarbolar en sus muros el estandarte de la libertad, cuyo ejemplo siguieron los de Medenblik, Edam, Purmerende, i otras muchas ziudades; en algunas de las cuales todabia muchos estaban por los españoles; empero siendo mas los que propendian por la libertad obligaban á los otros á uir, ó á someterse al menos en aparienzia.

No era menor la fermentazion en la parte meridional de la probinzia de Olanda: el fuego que algun tiempo antes se enzendiera, débil al prinzipio. fué sin intermision cobrando fuerza, en términos que en el espazio de pocos meses se izo casi jeneral el inzendio. Leiden, Guda, Dordrecht, Arlem i todas las demas ziu-

dades de la probinzia, salbo Amsterdam, se declararon abiertamente por el partido de la libertad, reusaron toda obedienzia al rei de España, i protestaron que en adelante no reconozerian mas autoridad que la del prínzipe de Oranje i la de los estados. Muchas ziudades de las probinzias de Oberissel, Frisia i Utrecht tomaron el mismo partido i obserbaron la misma conducta que las de Olanda.

Aunque ausente el prínzipe no contribuyeron poco sus artes i manejos á que se declarase cuanto antes la rebelion. En su nombre obraban sus partidarios; i en tanto que él por sus cartas atraia á los prinzipales de las ziudades, lisonjeabales con la esperanza de afirmar sus pribilejios, i de gozar de una entera libertad en materia de relijion, bien fuesen protestantes, ó bien católicos. Eszitaba tambien su zelo con la esperanza de berse libres para siempre del enorme peso de los impuestos i contribuziones que les agobiaban. Sus amigos, sus echuras i sus secuazes diseminados por todas las probinzias obraban tambien por su parte, i con mucho calor: casi todos eran mui diestros, mui capazes i mui insinuantes, i la mayor parte gozaba de mucho crédito i tenia en el pueblo mucho influjo i autoridad. (1)

Los preparatibos para la guerra estaban ya mui adelante, i el prínzipe dispuesto á ponerse

(1) En Olanda nombró el prínzipe de Oranje teniente gobernador á Sonoy, i en la Güeldres, la Frisia i Utrecht al conde de Bag, caballeros ambos de los que mas contribuyeron á que la rebolu-zion se iziese: el conde estaba personalmente interesado en el buen ecsito de ella como que estaba casado con una ermana del prínzipe.

luego en marcha. Todo parezia combidarle á ello, i prometerle un ecsito mas feliz que el de su primera jornada. El ejérzito teniale ya reunido, i le componian soldados aguerridos i disziplinados: no le faltaba dinero para pagarle, puesto que sus amigos le abian acudido con sumas considerables, i ofrezídoselas aun mayores. Las prinzipales ziudades del mediodia le tenian asegurado que tan luego como se presentase le abririan las puertas; pero lo que parezia deberle dar mas confianza eran las disposiziones que la corte de Franzia abia tomado, i lo que tocante á la relijion suzedia entonzes en aquel reino.

Tenianle dibidido de muchos años atras dos facziones; son á saber, la de los protestantes, i la de los católicos que casi siempre llebó la bentaja; empero eszitada la otra por sus jefes, sostenida por los protestantes estranjeros, animada por el zelo ardiente de la relijion, i aun mas por las crueles persecuziones que padeziera, se abia echo temible á sus enemigos; i sus esfuerzos por sostenerse, i librarse de la opresion, mas de una bez causaron á los católicos cuidados grabísimos. La corte misma le ofrezió partidos mui abentajados en barias ocasiones.

Mas aunque en muchas se mobieron pláticas, i en algunas se izieron conziertos, ninguno duró: eran las pretensiones tan contrarias, los intereses tan opuestos, los prinzipios relijiosos i políticos tan incompatibles que no duraba la paz mas que lo que se tardaba en poder bolber á la guerra. Nunca los catolicos ni la corte tubieron mas fundada esperanza de ber destruidos i echados del reino á los protestantes i el protestantismo, que en fines de junio de 1569. Su jefe el baliente prínzipe de

Condé (1) muerto en la batalla de Jarnac : su ejérzito enteramente desecho ; (2) i en fin Coliñi i el jóben prínzipe de Bearne retirados con las reliquias de él en las montañas de la Gascuña i del Languedoc. Empero en este tan deplorable estado, conserbaron aquellos dos grandes ombres el mismo zelo por sostener su partido, i el mismo ardor por bengarle. Animados por sus mismas desgrazias, trabajaron con la mayor actibidad en reparar sus pérdidas, i en ponerse en estado de obtener de la fortuna de la guerra lo que no abian podido de la justizia del soberano. I con asombro de la Europa entera se les bió al frente de un ejérzito salir á campaña, i buscar el de los católicos.

Luego que la reina, que era la que mandaba con el nombre de su ijo, supo la marcha del ejérzito protestante i el estado de sus fuerzas, resolbió disimular, encubrir su odio i disfrazar el cruel apetito de benganza que la deboraba, con aparentes deseos de paz i de reunion de los dos partidos. Conozia serla mas fázil engañar que benzer á sus enemigos, i mas seguro combatirlos con la astuzia i ruines arterías, que con las armas. Su proyecto, de que solo eran sabedores el rei, el duque de Anjou, el cardenal de Lorena, el duque de Guisa i Alberto de Gondy, conde de Retz, fué aplaudido por todos, i todos se obligaron á guardar el mas imbiolable secreto. En consecuenzia, apénas se

(1) Dióse esta batalla el 13 de marzo. Montesquiou fué el que á sangre fria mató al prínzipe de Condé, que no contaba mas de treinta i nuebe años.

(2) En 3 de octubre. Si el duque de Anjou ubiera perseguido los restos del ejérzito de Coliñi abria dado fin al partido de los protestantes.

conzertó, cuando se puso en ejecuzion el plan de conducta que abia de obserbarse con el partido protestante; i se propuso al prínzipe de Bearne i al almirante Coliñi un tratado de paz, que fué azeptado i firmado en san Jerman (1) por el cual conzedia el rei á los protestantes un perdon jeneral de lo pasado, i prometia un entero olbido: permitia que tubiesen la. mas ámplia libertad para el ejerzizio público de su relijion, i por plazas de seguridad consentia el rei que el prinzipe i el almirante conserbasen en su poder las ziudades de la Rochela, Coñac, la Caridad i Montalban; mas con la condizion de que se le debolberian siempre que en el espazio de dos años contados desde la fecha se ubiesen cumplido en todas sus partes los artículos contenidos en el tratado.

No empero se fiaban por esto en la palabra del rei ni de su madre los jefes de los protestantes; combiene á saber, los prínzipes de Bearne, el de Condé, i el almirante Coliñi. Abian aprendido en lo pasado á temerlo todo de la falsedad del carácter de ambos, i tenian por tan imprudente como temerario el ir á la corte por mas que se les combidaba: creyeran que era ponerse en manos de sus enemigos, i esponerse á su benganza. Persistieron pues en la resoluzion de bibir léjos, i no dejar las plazas de seguridad. Mas, los contrarios nada ubo que no iziesen por disipar sus sospechas é inspirarles confianza: obserbaronse relijiosamente todos los

(1) Se firmó en agosto de 1570. Esta paz, que fué la terzera, se llamó la paz coja ó mal sentada, porque la ajustaron Biron que era cojo, i el señor de Malassises, que en castellano responde á mal sentadas.

artículos : dieronse las órdenes mas terminantes para que de modo alguno se perturbase el ejerzizio de la relijion reformada ; i si se suszitaba alguna disputa entre los que la profesaban i los católicos , siempre tenian estos la culpa , i se les trataba con rigor aun cuando eran justas sus quejas contra los otros. Si el rei ablaba del último asiento , azíalo con un aire de satisfaczion que daba bien á entender la que le resultaba de aberle ajustado. En presenzia de los católicos mismos , aun de los mas zelosos, aseguraba estar resuelto á obserbar todos los artículos con la mayor fidelidad. Acusabase frecuentemente de la inconsiderazion de aber creido que se podian subyugar las conzienzias por la fuerza ; i particularmente de que podia emplearse esta con buen ecsito. Dezia que era imposible ubiese ninguna considerazion , ningun motibo , ninguna razon que en lo suzesibo le empeñase á echar mano ni azer uso de ella; porque estaba combenzido de que seria trabajar igualmente en su ruina que en la de sus basallos. Dabase á todo esto un aire de berdad que cuantos lo oian , i no estaban en el secreto , lo tenian por sinzero. Muchos cortesanos , quejosos de la supuesta mudanza del rei , repetian con zierto enojo lo que le oian , i por lo mismo ayudaban tambien á engañar á los protestantes i azerles caer en el lazo. Empero el almirante, menos confiado cuanta mas esperienzia tenia , i mas conozimientos del rei i de sus confidentes, que los dos prínzipes , fué tambien mas firme que ellos en resistir á las instanzias que se le azian de que fuese á la corte. En bano le aseguraba el rei que deseaba tenerle á su lado para poder darle pruebas de la sinzeridad de su estimazion i amistad. El almirante respondia no po-

der persuadirse que bibiria seguro donde sus mas mortales enemigos los Guisas eran los dueños i tenian un poder absoluto.

En estas zircunstanzias se creyera que el mejor medio de engañarle ubiera sido pribar de su balimiento á los Guisas separándoles de la corte ; pero esta podria parezer una estremada condeszendenzia , i por lo tanto sospechosa al almirante. El rei tubo por mejor el contentarse con dezirle que sus temores eran quiméricos, que ya los Guisas no tenian con él el mismo aszendiente , ni eran como fueron dueños del gobierno. Para dar mas berosimilitud á esta ficzion , aparentaron los Guisas tanto desabrimiento que se retiraron de la corte ; i el rei para azerlo aun mas creible ofrezió su ermana Margarita al prínzipe de Bearne , i embió embajador á Inglaterra que negoziase el matrimonio del duque de Anjou con la reina Isabel. A todos estos medios empleados para engañar á los protestantes , i particularmente á sus jefes, se añadió el de anunziar la firme resoluzion de declarar la guerra al rei de España ; i para que se tubiese por mas probable se daba por motibo el aberse negado á dar satisfaczion de ziertas injurias que sus basallos en América abian echo á los del rei de Franzia. Este ofrezió al mismo tiempo al almirante el mando del ejérzito que debia obrar en los Paises-Bajos; asegurándole que en aquella guerra seguiria enteramente su dictámen, el del prínzipe de Oranje i su ermano el conde Luis. Déjase conozer la destreza con que todos estos medios se abian combinado para faszinar los ojos del almirante.

La inclinazion de este grande ombre á la guerra era igual á la superioridad de sus ta-

lentos. Sínzeramente adicto á la reforma trabajaba en su propagazion, i estaba dezidido á sacrificarlo todo en su defensa. Unianle estrechamente á los prínzipes de Nasau la semejanza de carácter, la conformidad de costumbres, i los bínculos de relijion i de política. Allábase con él en la Rochela el conde Luis cuando rezibió las proposiziones de la corte, i él fué en zierto modo el que le determinó á que tubiese alguna confianza en la sinzeridad del rei; i poco despues pasaron á París donde fueron rezibidos del rei i de su madre con tantas demostraziones de estimazion que no dudó el almirante de la sinzeridad de ánimo de uno ni otro.

Continuaba el rei disimulando porque aun no era llegado el tiempo de ejecutar su cruel designio; i como creia que lo que mas abia contribuido á engañar al almirante eran las seguridades que le abia dado de atacar á los españoles en los Paises-Bajos, afectó ocuparse con mas ainco que nunca en los preparatibos militares; é izo al conde Luis que partiese á la frontera á fin de que le fuese mas fázil el instruir de sus disposiziones á los descontentos, para que adbertidos de la prócsima llegada del almirante i su ejérzito estubiesen preparados á obrar por la causa comun. Nada, sin embargo, estaba mas distante de los intentos del rei. Los protestantes no bien supieron la llegada del conde Luis cuando se apresuraron á ofrezerle sus serbizios i todos los ausilios de que pudiese nezesitar para el logro de la empresa de que le creian encargado: el zelo relijioso, i el espíritu turbulento de aquel siglo á todos les animaba, inflamaba á todos, i á todos daba una increible actibidad.

Pareziòle al conde que importaba mucho no

dar lugar á que aquel ardor se entibiase; i sabiendo que para fazilitar el buen écsito de la jornada que iba á empezar el prínzipe su ermano, así como la imbasion de los franzeses en los Paises-Bajos, era nezesario apoderarse de una plaza fuerte en la frontera, pareziόle Mons la mas á propósito para sus designios; i con esta mira se proporzionó en aquella ziudad muchos partidarios, con quienes mantubo una correspondenzia secreta, i por cuyo medio se izo al fin dueño de ella del modo que aora diremos.

Púsose el conde al frente de un cuerpo de cuatrozientos caballos i mil fusileros; i tomó tan bien sus medidas, i caminó con tanta zircunspeczion, que llegó al anochezer, sin aber sido descubierto, á un bosque poco apartado de Mons. Embió luego doze soldados disfrazados, escojidos entre todos por su balor i astuzia: ospedaronse sin ser conozidos en un meson, diziendo que eran binateros, i que abian dejado atras los carros. "¿A qué ora, preguntaron al uéspede, se abren las puertas? A cualquiera, les respondió, si se le da algo al que tiene las llabes." Diéronle, pues, lo que pidió, i las entregó. Apénas empezó á amanezer abrieron la puerta: los que la guardaban fueron auyentados, i el conde entró al frente de zien caballos, dejó algunos á la puerta misma, i con los demas recorrió la ziudad, diziendo á los que encontraba que no iba como enemigo, sino como amigo, i que el prínzipe de Oranje caminaba con un poderoso ejérzito á asegurar su libertad, i librarles de todas las contribuziones que el duque de Alba les abia impuesto.

Este suzeso parezió no aber causado ninguna sensazion en la ziudad. Los abitantes, salbo los que estaban en el secreto, se estubieron

tranquilos en sus casas; mas no por eso lo estaba el conde: su infantería no llegaba: los soldados que consigo tenia no bastaban para conserbar su conquista contra el menor esfuerzo que los bezinos iziesen. El único partido que juzgó debia tomar era el de ir en persona á buscar su jente, que perdida en el bosque abia tomado un camino por otro. Állala el conde, azelera su marcha, i la conduze á la puerta, que temió encontrar zerrada, i no sin fundamento, porque por poca resistenzia que los de Mons izieran, forzaran á los soldados del conde á salir de la ziudad; i zerradas las puertas, frustrada la empresa. Inmediatamente que bolbió á entrar, su primer cuidado fué zerrarlas, i poner en ellas un cuerpo de guardia, así bien que en las murallas. Despues juntó los majistrados, i les manifestó los motibos que abia tenido para apoderarse de la ziudad i los intentos del prínzipe de Oranje. Aseguróles que los soldados no cometerian la menor biolenzia, i en seguida mandó á los bezinos, de quien no tenia confianza, que le llebasen sus armas, i les embió á entender en sus ocupaziones. No tenia el conde para defender su conquista mas de mil i quinientos soldados; mas poco despues, muchos protestantes de la Picardia i de la Champaña se le unieron. (1)

La pérdida de Mons sintió el duque de Alba tanto mas cuanto lo esperaba menos. Tenia al conde Luis por bibo, actibo, fogoso i emprendedor, i desde la paz de san Jerman abia espiado asta sus mas mínimas acziones, i échole redoblar su cuidado el buen rezibimiento que

(1) Bentib., pag. 95. Meursii Auriacus, pag. 79. Meteren, pag. 95.

tubo en Franzia; mas las espías que tenia en París, engañados por las aparienzias, le abian comunicado muchas bezes que el conde Luis jugaba á la pelota, queriendo darle á entender que le ocupaban mas sus plazeres que ningun proyecto importante. De aquí puede inferirse qué sorpresa no le causaria la notizia de que se abia apoderado de Mons. Dízese que en el primer mobimiento de ira tiró el sombrero, i pateándole, dezia: «una toscana me a engañado (Catalina de Médizis); empero dentro de poco, en lugar de lises toscanas, yo aré que sienta las picaduras de las espinas españolas.»

A proporzion que el duque meditaba las consecuenzias que podia tener la pérdida de Mons, se aumentaba su disgusto. Beia que aquella plaza era la capital del Enao, i una de las ziudades mas grandes i populosas de los Paises-Bajos: que situada en un terreno pantanoso, seria fázil azerla inconquistable: que distando tan poco de las fronteras, daria entrada en el pais á tropas estranjeras: que el rei de Franzia, que azia algun tiempo parezia mas inclinado á la guerra que á la paz, ó bien el prínzipe de Oranje, podian fázilmente socorrerla, é impedir que se recobrase.

Estas consideraziones le izieron que se resolbiese en emprender el sitio sin tardanza: pero al tiempo que mas ocupado estaba en azer los preparatibos, rezibió la nueba de que se abia lebantado la Olanda, i que el prínzipe de Oranje, al frente de un poderoso ejérzito, iba á ponerse en marcha para socorrer á los rebeldes, i acabar enteramente la reboluzion. No cayó el duque de ánimo, ni le espantó el peligro que le amenazaba; sino que con la mas increible actibidad trabajaba por su parte en ponerse en

estado de obrar con el mayor bigor. En poco tiempo lebantó un ejérzito de zinco á seis mil caballos i diez i ocho mil infantes, alemanes todos; á los que se agregaban zincuenta compañías de españoles, i ziento zincuenta de walones i flamencos. Fué su primer intento dibidir estas fuerzas, i emplear una parte en recobrar las ziudades marítimas, miéntras sitiaba á Mons con la otra. Mas reflesionando despues las dificultades que podria ofrezer así una como otra empresa, tubo por mejor acometerlas suzesibamente con todas las fuerzas.

Así resuelto, nezesitaba dezidir por dónde abia de empezar, si contra los rebeldes, ó contra Mons. En una zircunstanzia tan delicada no se quiso resolber sin oir antes á sus prinzipales cabos. Uno de los de mas reputazion entre ellos era el marques de Bitelli, no menos distinguido por su cuna i su rango, que por sus talentos militares, que le azian digno de la considerazion en que se le tenia. Fué su dictámen que debia prinzipiarse por las ziudades marítimas. « Las probinzias del interior, dijo, estan en berdad espuestas á los ataques, así de la Franzia como de la Alemania; mas dado que lo sean, siempre será despues mas fázil recobrarlas que las de Olanda i Zelanda: los abitantes de aquellas son mas leales que los de estas, infectados del espíritu nobador. Por otra parte, los ugonotes que manda el conde Luis, destituidos de todo socorro, se allarán mui luego en la nezesidad de dispersarse; pues yo no puedo persuadirme que la Franzia, que asta aora a manifestado tanto zelo por la berdadera relijion, quiera desonrarse faboreziendo las empresas de sus basallos rebeldes, á quienes anima el deseo de destruir esta misma relijion.

Las tropas alemanas que manda el prínzipe de Oranje an sido reclutadas de prisa, no estan disziplinadas, ni tienen mas aliziente para bibir reunidas á sus banderas, que la paga, ni para pelear mas estímulo que la codizia del botin. I así será, que tan luego como les falte la esperanza de enriquezerse, á bandadas dejarán sus jefes, se bengarán de ellos, i tornarán á sus casas antes que esponerse á las fatigas i peligros de un sitio. Nosotros podemos, continuó el marques, dejar para mejor tiempo el de Mons, i no ocuparnos por aora en la conserbazion de las fronteras de parte de tierra, pues que el estado actual de las probinzias marítimas es tal que no sufre ninguna dilazion. El beneno de la erejía se a comunicado á todos sus abitantes: un espíritu de bértigo se a difundido entre ellos: entréganse frenéticos á los mayores eszesos contra la iglesia i contra el rei. Por poco que se tarde en someterlos, acaso será nezesario renunziar asta la esperanza de atacarlos. La situazion de aquellas ziudades es por sí mui fuerte: pronto serán inconquistables. Para cada paso de un rio se nezesitará un gran golpe de jente, un ejérzito para apoderarse de un canal, i una campaña entera apénas bastará para un sitio. Considerad que aquellas ziudades pueden ser socorridas en todo tiempo, pues que por la mar i los rios se las puede introduzir toda espezie de ausilios en cualquier estazion del año, bien sean de Franzia, bien de Alemania ú de Inglaterra; miéntras sus escuadras impedirán que á los sitiadores lleguen los socorros que se les embien. Por otra parte, el prínzipe de Oranje, gobernador tantos años aze de aquel pais, posee en él muchos bienes, tiene relaziones estrechas con los de mas crédito; i como es en el donde

con preferenzia a lebantado el estandarte de la rebelion, tambien es en él donde piensa fijar la silla de su imperio usurpado, que tanto ambiziona conserbar. Ataquemos, pues, al enemigo en su fuerte, i cuando de él le ayamos arrojado, nos será fázil impedir que en ninguna otra parte se establezca.»

Tales fueron las razones que empleó Bitelli para persuadir al duque á que dejase para otro tiempo el sitio de Mons. I zierto que si su dictámen prebaleziera, acaso nunca se ubiera establezido la república de las probinzias unidas. Las ziudades lebantadas aún no estaban en estado de defensa, i si se las embistiera como el marques proponia, no podrian defenderse mucho tiempo contra fuerzas como las del duque. Amsterdam i Middelburg aún no se abian declarado: reunidas sus nabes á las que España ubiera podido embiar, formaran una armada mui superior á la de los protestantes, que se ubieran bisto en la dura nezesidad de someterse á las condiziones que Felipe les impusiera.

De que Mons permaneziese algun tiempo mas en poder del conde Luis, ni aun de que el prínzipe conquistara cualesquier otras plazas, no podian resultar tan infaustas consecuenzias como las que el marques predijo que resultarian de la tardanza en acometer las ziudades marítimas que propuso. En un pais abierto como la Flandes, de la fuerza ó debilidad de los ejérzitos depende la suerte de las ziudades; i era mui probable que el duque podria emplear siempre ejérzitos mas poderosos i mejor disziplinados que el enemigo, i particularmente despues de reduzidas á la obedienzia las ziudades marítimas; dado que como dueño del mar le

fuera fázil rezibir continuamente de España nuebos refuerzos.

Por mas justas que fuesen estas reflesiones, podian azerse otras que debilitasen su fuerza, pues que el asunto que se discutia era de aquellos de que no se puede sanamente juzgar asta que se be el resultado; por el cual se demuestra muchas bezes que no era el mejor el partido que antes por tal se tenia. Débese tener presente que entonzes no conozia el duque todas las dificultades que ai que benzer para sitiar una ziudad en paises tan cortados por el mar, por los rios i por los canales como las probinzias marítimas: acaso no prebió tampoco los prodijiosos esfuerzos que los naturales izieron por sostener la guerra i defender sus ziudades. Era tambien mui probable que supusiese en el rei de Franzia designios ostiles, i que temiese los cargos que se le podian azer sino se oponia á los estragos que el prínzipe de Oranje iziera en las ricas i fértiles probinzias del interior, i que esto amanzillase su gloria. Si se considera tambien el carácter del duque podrá inferirse que no fué el que menos contribuyó á que prefiriese su dictámen. Era biolento, bengatibo, soberbio, altanero: aborrezia personalmente al prínzipe, en otro tiempo su ribal de crédito i de fabor, i entonzes de gloria: i es mui presumible que el deseo de benganza le dezidiese á sitiar á Mons con preferenzia á las ziudades marítimas.

Tomada en fin esta resoluzion, llamó las guarniziones que tenia en Roterdam i Delftsaben, únicas ziudades de Olanda en que la abia. Llegadas que fueron embió el duque á su ijo don Fadrique de Toledo, marques de Coria, á

Noir-carmes i Bitelli con una parte del ejérzito á sitiar á Mons. Los abitantes de aquella ziudad que á la llegada del conde Luis formaron de él poco fabotable conzepto, temian su gobierno i sospechaban de sus intenziones, depusieron aquella prebenzion, se tenian por felizes en obedezerle, i trabajaban bajo sus órdenes sin repugnanzia i con actibidad para poner la ziudad en estado de resistir. Repararonse las fortificaziones, i se izo una probision considerable de muniziones de boca i guerra. Apénas las tropas españolas empezaron á prepararse para bloquear la plaza, cuando la guarnizion empezó tambien á azer frecuentes salidas, que mucho los molestaban.

En tanto, abia el conde Luis embiado á Jenlis á París para que instruyese al rei del buen ecsito de la empresa en Mons, i solizitase los socorros de tropas que se le abian ofrezido. Fué Jenlis rezibido de modo que no le quedó ninguna duda de lo bien que lo abia sido la nueba que llebaba; i aun se mandó que se lebantasen tropas. Mas nada de todo esto era lo que parezia: queriase ganar tiempo. La corte estaba dezidida á no socorrer al conde, teniendo que antes que la jente se reclutase i reuniese podria ejecutarse el orrible trato que tiempo antes se abia conzertado. Pero la actibidad del almirante engañó las esperanzas del rei i sus confidentes. Como tenia en el gobierno un poder ilimitado izo uso de él para que la jente se reuniese, de modo que se alló pronta á marchar mucho antes de lo que se pensaba. Tubo pues Jenlis á sus órdenes, á pocas semanas de aber llegado, un cuerpo de cuatro á zinco mil infantes i cuatrozientos caballos. El almirante i el conde Luis de acuerdo azerca de la marcha, querian

que Jenlis siguiese el camino de Cambrai, creyendo que por allí no seria atacado por los españoles, é iria con seguridad á unirse al ejérzito del prínzipe de Oranje. Mas Jenlis pensó de otro modo: quiso pribar al prínzipe de la gloria de azer lebantar el sitio de Mons, i ganarla para sí, teniendo por bastantes aquellas fuerzas. Supo el enemigo por la corte de Franzia el dia que Jenlis salió, i el camino que llebaba. Lebanta don Fadrique el bloqueo, junta sus tropas, pónese al frente, i se dirije á las fronteras, no dudando allar á Jenlis, ni derrotarle antes que se azercase tanto á la plaza que pudiese socorrerle el conde Luis aziendo una salida con la guarnizion, i atacando por la espalda á los españoles.

No bien abia llegado Toledo á la aldea de san Guillen, distante algunas millas de Mons, cuando sus batidores le abisaron que los enemigos abian entrado en un bosque bezino, i que podria atacarlos con bentaja al tiempo que saliesen. Manda el jeneral que la caballería se dirija al bosque, i él la sigue con la infantería. A la entrada descubren los jinetes como un ziento de los enemigos benidos allí como en descubierta. Atacanlos, fuerzanles á bolberse al bosque, entran con ellos, les persiguen, i no se detienen asta ber el campo de Jenlis, en el cual los fujitibos introdujeron tal confusion que no fué posible ordenarle en batalla antes que Toledo llegase con su infantería; la cual reunida á la caballería atacan á los franzeses, si con balor no fué menos el que estos opusieron. Dos oras duró el combate; mas al fin tubieron los franzeses que retirarse, i encomendar su salud á la fuga: dos mil quedaron en el campo: siguen los españoles el alcanze á

los fujitibos, i matan muchos, á que no ayudaron poco los paisanos en benganza de los insultos que poco antes rezibieran. Jenlis quedó prisionero, se le llebó á la ziudadela de Amberes en que murió repentinamente. Esta bictoria casi nada costó á los españoles.

Pocos dias despues bolbió don Fadrique al sitio, i no tardó en reunírsele su padre. El primer cuidado de este prudente jeneral fué defender sus trincheras de todo insulto, así del lado de la ziudad contra las salidas de la guarnizion, como del de la campaña contra lo que pudiera intentar el de Oranje. Izolas pues zircumbalar con doble foso, i muralla doble; lebantó muchas baterías que izieron un fuego terrible i continuado: mas los sitiados no mostraban menos enerjía en su defensa. El conde Luis i el bizarro la Noue, que en las guerras zibiles de Franzia abia adquirido una gloria inmortal, les animaban con sus discursos, les eszitaban con su ejemplo, i dirijian sus operaziones.

Empero por mas balor que tubiesen, i por mas atinadas que fueran las disposiziones que en su defensa se tomaran, no se podian prometer el forzar por sí solos á los españoles á que lebantasen el sitio. Su salud dependia del prínzipe de Oranje, que ya abia entrado en los Paises-Bajos i penetrado asta Ruremunda; cuya ziudad gobernada por los católicos no solo le negó los bíberes que pedia, sino que se los negó con fieros i amenazas, que irritaron al prínzipe, i mas á los soldados. Tenia Guillermo intelijenzias i muchos adictos en Ruremunda, i contando con su ausilio dió un bigoroso ataque á una de las puertas, que le defendieron con el mayor balor los catolicos; empero miéntras ellos estaban allí ocupados, los pro-

testantes introdujeron al prínzipe i sus tropas por otra. Los soldados, sordos á la boz del jeneral se dejaron arrastrar del deseo de bengarse. En bano intentó el prínzipe reprimirle: las casas fueron saqueadas, profanados los templos, i muchos sazerdotes i católicos degollados. Los istoriadores de esta relijion imputan á Guillermo estas crueldades; empero mejor instruidos sabrian que el prínzipe abia echo publicar un bando en que espresamente proibia que se cometiese ninguna biolenzia. Menos preocupados, debieron conozer que nadie tenia un interés político mayor que el prínzipe mismo en impedir semejantes desórdenes, los cuales no podian menos de predisponer en su daño á las demas ziudades. Ademas de que su conducta en otras muchas ocasiones prueba cuanto repugnaba á su carácter toda crueldad i barbárie.

Era al prínzipe mui importante la posesion de Ruremunda que le aseguraba el paso del Mosa: dejó en ella una fuerte guarnizion i marchó con todo el ejérzito ázia el Enao. Abrióle las puertas la ziudad de Malinas por sujestion del señor de Dorp: dejóla tambien guarnezida i siguió á Lobaina, que si reusó rezibirle ofrezió por ebitar los orrores de un sitio una gran contribuzion, que azeptó el prínzipe calculando que el tiempo que gastase en rendirla podia emplearle en mas interesantes conquistas. Nibelle, Diest, Lichem, Tirlemont se le entregaron en seguida; unas por temor i por amor otras. Apoderóse por sorpresa de Dandermunda, i Odenarda; donde los soldados cometieron los mayores desórdenes sin que los ofiziales pudiesen contener aquel odio frenético que contra los eclesiásticos les ajitaba. Aunque el prínzipe se detubo poco en estas ziudades no

pudo entrar en el Enao asta prinzipios de setiembre.

Pasaba entonzes su ejérzito de beinte mil ombres; mas ya se allaba en bísperas de nezesitar dinero. Los estados de Olanda le abian conzedido una suma considerable: los desterrados le abian embiado la mayor parte del dinero que cojieran á los españoles: sus amigos le acudieron con grandes cantidades, i todo lo abian consumido los enormes gastos que abia tenido que azer así en la recluta de los soldados, como en equiparlos i mantenerlos, comprar armas, artillería, i muniziones de guerra. Nunca mejor que entonzes le binieran los socorros que el rei Cárlos le tenia con mil promesas ofrezido; pero ya ninguna esperanza le quedaba por aquella parte. Al cabo de dos años de finjimientos, de amaños i de falsedades, Cárlos IX, su madre, i los Guisas acababan de ejecutar aquel orrible proyecto de que no ai ejemplo en la istoria. Los artifizios empleados para engañar á los jefes de los protestantes tubieron el ecsito que se deseaba: casi todos cayeron en el lazo que se les abia armado.

Azia algunos meses que el almirante Coliñi estaba en la corte rezibiendo del rei mas i mas pruebas de estimazion i amistad; manifestando ademas el pérfido monarca un afecto partícular á los amigos del almirante: dabales la preferenzia en todo, rodeabanle en el consejo, en su cuarto, i en los paseos. Este prozeder, obserbado constantemente para desbanezer en el almirante toda espezie de desconfianza, produjo el efecto que se esperaba; tanto mejor cuanto que abiendo pedido lizenzia por algunos meses para pasar á Chatillon á arreglar sus negozios domésticos, se le conzedió sin el menor

asomo de repugnanzia. Antes se miró esta ocasion como mui á propósito para confirmarle mas i mas en la seguridad que se le queria inspirar. Y zierto que el almirante podia dezirse: «si el atraerme á la corte fuera un lazo en que se me quisiera cojer, teniéndome ya en ella se me permitiera dejarla?» Esto acabó de disipar todo rezelo. Al mismo tiempo, como le manifestase el rei lo agradable que le seria el berle reconziliado con los Guisas, ningun obstáculo opuso, ni mostró la menor repugnanzia en que bolbiesen á la corte; de la que como emos dicho se abian alejado boluntariamente para mejor engañarle i á su partido. Pocos dias despues llegó el duque de Guisa á París acompañado de muchos caballeros sus apasionados, bió al almirante en palazio, i á presenzia del rei se izo la reconziliazion. El almirante prozedia de buena fe; empero no el duque, como lo mostró mui pronto.

La funesta catástrofe que se preparaba dos años azia se auunzió por la muerte de la reina de Nabarra, (1) cuyo talento, capazidad i grandeza de alma la abian echo formidable á los Guisas i á los de su balía. La enfermedad fué corta i su muerte no se tubo por natural.

Poco despues un partidario del duque atentó contra la bida del Almirante; (2) mas este su-

(1) Así lo creia d'Aubigny. Aquella prinzesa segun él, no tenia de mujer mas que el secso. Su alma combenia á las cosas baroniles, su talento á los grandes negozios, i su corazon era superior á las mayores adbersidades.

(2) Maurebert fué el que le irió de un arcabuzazo. Los autores contemporáneos dizen que Coliñi atribuyó el atentado al duque de Guisa: sospecha

zeso que al prinzipio llamó mucho la atenzion de los protestantes, no fué parte para que el almirante perdiese la confianza que tenia en la sinzeridad de los sentimientos del rei i de la reina: beíales tan lastimados del peligro que abia corrido, que ninguna sospecha conzibió de la parte que en él tubieron; de modo que todos los protestantes á su ejemplo desistieron de la resoluzion en que estaban de probeer á su seguridad: i esta confianza fué la que sin defensa les puso en manos de sus enemigos la noche del 24 de agosto de 1572.

El duque de Guisa fué el prinzipal actor en esta eszena orrible, de que la Franzia i la relijion aun todabía se abergüenzan. (1) Bióse en un momento difundirse el espíritu feróz de Guisa en todos los católicos, sin que ninguno de aquellos en quien queria inspirarle reprobase su abominable proyecto. La primera bíctima inmolada á su furor fué el almirante, á quien azia pocos dias estrechara en sus brazos jurándole una amistad imbiolable.

Murió Coliñi con aquel balor i tranquilidad que caracterizan á los grandes ombres. Al jóben Besma que iba al frente de los asesinos embiados á su casa por el duque, le dijo: «bien debierais respetar mis canas, (2) mas azed á lo

fundada, puesto que el duque no tenia mas que diez i nuebe años cuando asesinaron á su padre, i juró no morir sin bengarle. Aquel omizidio se atribuyó al almirante.

(1) Aczion ecsecrable, esclama Perefise, que no a tenido ni mediante Dios tendrá compañera. No obstante para bergüenza del siglo XVIII emos bisto un sazerdote azer el elojio de ella.

(2) Tenia entonzes zincuenta i zinco años.

que benís: no podreis abrebiar mi bida mas que algunos dias.» Apénas ubo acabado, cuando Besma le atrabesó el pecho con la espada. Inmediatamente fueron despedazados sus amigos i domésticos, entre los cuales se allaba el bizarro Guerchy, su teniente, i el jóben i amable Teliñi, su yerno, cuyas grazias atractibas abian ganado asta el feroz corazon del rei, i tenido por algun tiempo suspendida la espada de sus asesinos. Mas de diez mil perezieron en solo París, i se calcularon en zincuenta i aun en sesenta mil los de las probinzias.

No falta quien sostenga que este impío proyecto se le sujirió Felipe II á la reina madre, i que el duque de Alba de órden de su amo le dió el plan al tiempo que en 1569 se tubieron las conferenzias en Bayona. Lo zierto es que la nueba de este funesto suzeso causó en Madrid eszesiba alegría. Izo Felipe que se tributasen á Dios solemnes acziones de grazias, i escribió á Cárlos IX felizitándole por el felíz ecsito de la empresa. Distinta impresion causó en los Paises-Bajos la notizia: consternaronse los protestantes tanto mas, cuanto esperaban que la Franzia les ausiliaría para sacudir el yugo español; i bieron frustradas sus esperanzas.

Al prínzipe de Oranje irió mas que á nadie tan aziago fracaso, que á mas de pribarle para siempre de toda esperanza de ser socorrido por un soberano poderoso, que con tantos motibos tenia por amigo, temia que aquella gran reboluzion fuese funestísima en su ejérzito, particularmente si los franzeses que en él abia no entraron en su serbizio sino en intelijenzia de que su soberano le ayudaria con todo su poder al logro de sus intentos.

Creyó pues que debia obrar con el mayor bi-

gor, i que sin un echo señalado le seria imposible conserbar su ejército, i aun el impedir que se le desbandase. Diríjese á Mons resuelto no solo á azer lebantar el sitio sino tambien á embestir á los sitiadores i azerles benir á una aczion jeneral.

Tubo el Duque de Alba notizia de su marcha, penetró el motibo, i nada omitió que redujese á impedir la ejecuzion. Los muchos refuerzos de tropas alemanas que acababa de rezibir azian su ejérzito mui superior al del prínzipe, así en el número como en la disziplina; de modo que no debia temer llegar á las manos sino podia ebitarlo. Empero como sabia que la suerte de las armas depende muchas bezes del mas lebe acaezimiento imperzeptible á la prudenzia umana; i conjeturaba que la falta de subsistenzias no permitiria al enemigo tener por mucho tiempo la campaña, i se dispersaria su ejérzito; resolbió de ebitar cuanto en sí fuese el combate, i de conduzirse como en la primera jornada del prínzipe; sin dudar que temporizando le destruiria poco á poco, sin combatirle, ni dar nada al acaso. En consecuenzia dió tales disposiziones que sin dejar de bloquear la ziudad impedia que la entrasen socorros. Puso su campo en seguro, tomó todos los pasos que á ella conduzian, asegurándolos con buenas trincheras. Por sí mismo actibaba el trabajo, asta berse en estado de que al prínzipe le fuese imposible forzar las líneas; proibiendo al mismo tiempo toda escaramuza por mas que á sus tropas se probocase.

Embió de descubierta un cuerpo de quinientos caballos, que bien pronto se encontró con otro igual de los enemigos, mandado por el conde Enrique, el mas jóben de los ermanos del

prínzipe, que azia la primera campaña; i ansiando distinguirse por alguna aczion señalada, se arroja á los españoles, rompe sus filas, mata muchos, i pone el resto en fuga. Azércase entonzes el prínzipe cuanto puede á las trincheras del enemigo, i forma su ejérzito en batalla.

Empero al duque léjos de azerle mudar de plan este pequeño descalabro, sirbió para confirmarle mas en la idea de ebitar el combate. En bano el prínzipe no perdona á medio ni dilijenzia para atraerle, muda frecuentemente su campo, interzepta comboyes, ataca forrajeros, embia partidas á todas partes. Todo es inútil: los españoles permanezen constantemente atrincherados.

Muchos de ellos murmuraban del jeneral; i asta muchos de sus prinzipales ofiziales le estrechaban á que no sufriese por mas tiempo las brabatas del enemigo. El mas fogoso era el conde de Isemberg, arzobispo de Colonia: la sangre le erbia en las benas, i no respiraba mas que guerra i combates: la conducta del duque le enfurezía: érale imposible aprobar sus prinzipios, i sufria con impazienzia las trabas que se ponian á su balor. Mas el duque tan firme é inmutable á las instanzias de sus amigos como á los artifizios del enemigo «todos los acontezimientos son inziertos, dezia, pero los mas inziertos de todos son los de una batalla. No de combatir es de lo que un jeneral debe tratar, sino de benzer, i cuando lo puede lograr por otros medios que el del combate debe ebitar este i emplear aquellos.»

Arto bien indemnizado estaba el duque de las murmuraziones del arzobispo con las inquietudes que su conducta causaba al prínzipe:

inquietudes que no podian ser mayores. Conozia este que sino obligaba al duque á lebantar el sitio su ejérzito no tardaria en desbandarse. Todos los alrededores estaban gastados i no podian probeerle de subsistenzias: nezesitaba azerlas benir de mui léjos, i los medios se apuraban. En esta cruel situazion, i sin consultar mas que á su despecho, tomó la temeraria resoluzion de atacar al enemigo en sus líneas: solo la nezesidad podia disculpar tan arriesgada empresa. El ataque fué bigoroso, pero no lo fué menos la defensa: quedó rechazado i con mucha pérdida.

Ya sin esperanza de atraer al enemigo á batalla ni la de obligarle á lebantar el sitio, se resolbió el prínzipe en ebacuar el Enao; mas antes quiso tentar si podria introduzir en la plaza los socorros que nezesitaba para sostenerse asta el imbierno en que los temporales obligasen al duque á decampar. No habia mas que un solo paso, i ese estaba defendido por un fuerte guarnezido de un buen golpe de soldados, que era la flor del ejército, mandados por Sancho de Abila i Julian Romero. Mil infantes i dos mil caballos escojidos embió el prinzipe contra ellos para que forzasen el paso: atacaronlos con la mayor intrepidéz, i con la misma fueron rezibidos: la aczion fué mui animada, pero toda la bentaja estaba por los españoles: la artillería del fuerte les protejía: muchos de los enemigos quedaron en el campo, i á los demas obligaron á retirarse. Miéntras duró el combate se cañonearon los dos ejérzitos, i la artillería de la plaza izo un fuego continuado.

Combenzido en fin el prínzipe de que ni podia introduzir en Mons ningun socorro, ni obligar á dar batalla al duque, tomó el partido de retirarse, i decampó. Al dia siguiente le siguió

el duque con parte de su ejérzito, i fué cuando desplegó todo su jenio, i empleó toda su abilidad así en impedir al enemigo que bolbiese á Mons, como en ebitar el benir con él á las manos. No tardó en saber que el buen órden que reinara asta entonzes en el campo del prínzipe ya se abia alterado: que despues que se le frustró la empresa de socorrer á los sitiados, no tenian en él los suyos la misma confianza que antes, i que á pesar de toda su bijilanzia no podia mantener aquella disziplina sebera á que les abia acostumbrado, i sin la cual bien podrá un ejérzito ser numeroso, empero nunca formidable. El momento era crítico, i el duque resolbió aprobecharle. Fué por sí mismo á reconozer la posizion del enemigo i la situazion de su campo, i dezidió atacarle la noche siguiente. A Julian Romero encargó la empresa, i le dió dos mil infantes con órden de que llebasen oculta una camisa para que poniéndosela en la obscuridad pudiesen reconozerse. Llegados á la primera guardia en que una gran parte de los soldados estaban dormidos, los arrollan, i azen en ellos un destrozo orrible. El ruido de las armas, los gritos de los combatientes, los jemidos de los eridos i moribundos, difundieron la alarma en todo el campo, que juzgando tener sobre sí el ejérzito español, cuidó menos de defenderse que de uir. Aumentaron el asombro i el terror las llamas de las tiendas á que desde el prinzipio pegaron fuego los españoles. Mas si por este medio causaron la muerte á muchos que perezieron en el inzendio, tambien proporzionaron que el enemigo se desengañase de que eran menos de los que pensaba, i que reconoziese el berdadero sitio del ataque, i de aquí el que al prínzipe fuese fázil defenderse i rechazarlos;

empero los españoles no le dieron tiempo, dado que luego que conozieron que el enemigo tomara las armas para atacarlos se retiraron, i á fabor de las tinieblas se recojieron á su campo con poquísima pérdida, cuando el prínzipe tubo la de quinientos ombres.

Mas este acaezimiento le fué menos funesto por esta pérdida que por las consecuenzias que resultaron. Antes de aquella catástrofe, los soldados del prínzipe despreziaban á los españoles, porque les beian ebitar el combate; empero despues que les tubieron en medio de su campo sembrando la muerte i el inzendio, formaron de ellos una idea que les llenaba de terror i consternazion. Sin esperar la órden de su jefe, bióseles desde el amanezer abandonar el campo, dejándose en él una parte de sus equipajes; aziendo á su jeneral la injustizia de culparle de lo que acaba de suzeder, que era mas bien una consecuenzia de la neglijenzia con que obedezian sus órdenes. Quejábanse amargamente de que en bez de enriquezerles con despojos enemigos, se les abia llebado á los Paises-Bajos á que sufriesen las mayores fatigas i trabajos. No le costó poco al prínzipe el calmarlos, i azerles deponer el mal juizio que de él abian formado.

Miéntras esto pasaba en su ejérzito, se empeñaban los ofiziales del duque en persuadir á este que le persiguiese, inquietándole inzesantemente asta echarle de los Paises-Bajos: mas el duque, constante en sus prinzipios, pensaba mui de otro modo, i no respondia mas que con el antiguo adajio: «al enemigo que uye, mejor es azerle un puente, que reduzirle á la desesperazion.»

De este modo, miéntras él bolbia sus tropas al sitio de Mons, el prínzipe conduzia las su-

yas á Malinas, en cuya ziudad les dió algunos dias de descanso. Despues se dirijió al norte, i se detubo en Orsoi, ducado de Clebes, donde se amotinaron de nuebo, i con mas biolenzia que nunca. Tubieron sus juntas en que deliberaron si para lograr las pagas que se les debian, entregarian el prínzipe al duque de Alba. Los prinzipales ofiziales, á quienes se atrebieron á proponerlo, léjos de consentir en tan abominable intento, les manifestaron la mayor indignazion. Estaban bien combenzidos de que el prínzipe abia echo lo que en su lugar iziera el mas abil jeneral. Sabian que cuando formó su plan, todo le prometia que le llebaria á cabo; i que si así no abia suzedido, la culpa era de la corte de Franzia, que con sus artifizios abia ido alimentando su confianza, i échole adoptar un plan de operaziones, mui diferente del que sin esto ubiera seguido. Todos los ofiziales reunidos se balieron del crédito i aszendiente que con los soldados tenian para azerles desistir de tan pérfido intento. Lizenzió el prínzipe al ejérzito, i bolbió á Olanda, donde se le esperaba con la mayor impazienzia.

Esta inesperada retirada irió tanto al conde Luis, naturalmente sensible, que la desazon que le causó, junta á las fatigas padezidas por muchos meses, le produjeron una enfermedad mui grabe, durante la cual tomó el mando el baliente la Noue, i le desempeñó con tanta bizarría i abilidad, que izo desconfiase el duque de poder tomar la plaza antes del imbierno, i que ofreziera á los sitiados condiziones tan bentajosas, que las azeptaron, cuales eran que el conde Luis, los franzeses, i todos los nobles flamencos saliesen con armas i bagaje: que los abitantes que las abian tomado en defensa de

la plaza, podrian tambien salir con sus bienes, pero sin armas: que los de ellos que fuesen católicos podrian quedarse sin temor de ser molestados; pero que los protestantes, no solo saldrian de la ziudad, sino tambien de los Paises-Bajos; i que todos indistintamente estranjeros i naturales, eszepto el conde Luis, arian juramento de no llebar armas en un año contra el rei de España ni el de Franzia. Azeptadas, pues, estas condiziones, (1) se firmó la capitulazion por los duques de Alba i de Medinazeli, Fadrique de Toledo, marques de Coria i el baron de Noir-carmes.

Así Mons despues de mas tres meses dominada por los protestantes, bolbió á poder de su lejítimo soberano: conquista tanto mas importante, cuanto sabia bien el duque lo fázil que le seria la de las otras ziudades que se tenian por los protestantes, i no estaban fortificadas ni defendidas por guarniziones considerables. La primera contra quien bolbió sus armas fué Malinas; cuya empresa encomendó á su ijo el marques con las tropas españolas, á las que, como quiera que azia algun tiempo que no se les pagaba, se ofrezió el saqueo, i corrieron como lobos ambrientos. A su llegada pensó defenderse la guarnizion que dejó allí el prínzipe; pero biendo que los abitantes reusaban ayudarla, i no teniéndose por capaz de sostener por sí sola el sitio, se aprobechó de la noche para retirarse. A la madrugada del dia siguiente, el clero en prozesion se dirijió á la tienda del jeneral á implorar su misericordia; i miéntras procuraba aplacarle aziéndole presente que el número de bezinos que se abian declarado por

(1) El 19 de setiembre.

los protestantes era mui corto en comparazion de los que permanezieran fieles; temiendo los soldados que su jeneral se dejase persuadir, i les pribase de su presa, se arrojan á la ziudad, unos por las puertas, otros por las murallas, baliéndose de las escalas de que se les abia probisto; i á manera de torrente arrollan cuanto encuentran, pillan, matan sin distinzion de edad ni secso: fuerzan las mujeres en los brazos de sus esposos, las donzellas á presenzia de sus padres; i sin respetar birtud ni relijion, biolan el asilo de las bírjenes, saquean los monasterios, profanan todos los templos, sin aber lugar ni persona libre de su rabia ni su furor.

Aunque conozia el duque lo odioso que debia azerle á él i á los españoles tan brutal tratamiento á una ziudad que asta entonzes se abia distinguido siempre por su zelo i fidelidad, publicó una espezie de manifiesto, en que dezia que la rebelion de Malinas merezia aún mas sebero castigo: que la justizia del rei no quedaba satisfecha, i que la pérdida de sus bienes no era pena proporzionada á la enormidad del delito: i protestaba que todas las ziudades que ubiesen seguido ó siguiesen su ejemplo, serian del mismo modo tratadas; empero sin dezir una palabra ni de los sacrilejios, ni de los asesinatos, ni de las fuerzas, ni de los estrupos, ni de ninguna de las demas acziones abominables de la soldadesca, i por las que no se castigó á ninguno. Pero los apolojistas del duque dizen, para disculparle, que se allaba en la mas absoluta imposibilidad de pagar los atrasos de las tropas; i en zierto modo prezisado á permitirles el saco de Malinas, i que si no castigó sus eszesos fué por el conozimiento que tenia de la ferozidad de su jente. Mas es bien notable que

esta misma jente que abia cometido las mayores crueldades, i dádose con el mayor desenfreno á los eszesos mas abominables, sin respetar templos ni altares, sordos á los gritos de la naturaleza, é insensibles á los de la umanidad, no pudieron serlo despues á los de los remordimientos; i eslo tambien i no poco, que para acallarlos acudiese la superstizion, sujiriéndoles que empleasen una parte del pillaje en edificar á los jesuitas una casa en Amberes, lo cual seria bastante satisfaczion de los crímenes en Malinas cometidos. (1)

El duque pasó á Maestricht, i lizenziada la caballería alemana, se restituyó á Bruselas. Al partir de Malinas permitió á sus españoles que se quedasen allí algunos dias á las órdenes de su ijo, en tanto que reunian los bienes saqueados, i los trasportaban en barcos á Amberes, donde públicamente se bendiesen. Echo que fué, marchó el de Coria con ellos á someter las otras ziudades que se tenian por el prínzipe. Al azercarse uian las guarniziones, i los bezinos se rescataban del saqueo por grandes contribuziones que se obligaban á pagar. Solo Zutphen reusó bolber á someterse. Era esta plaza mui fuerte, defendida por una mui gruesa muralla, flanqueada de bastiones, i rodeada de un ondo foso. Por un lado el Issel, i por otro el Berkel impedian los aproches. El terreno de los otros dos era tan pantanoso, resbaladizo é impracticable, que la ziudad es inaczesible en la mayor parte del año. Empero por desgrazia de la guarnizion, abia empezado una fuerte elada algunos dias antes de la llegada del marques, i

(1) Meteren, pag. 107. Campana, pag. 97. Bentiboglio, pag. 114.

echo tan practicable aquel terreno, que los españoles pudieron sin obstáculo azercarse á la ziudad, lebantaron baterías, i en pocos dias abrieron brecha bastante para el asalto: mas al momento en que Toledo azia los preparatibos para darle, le comunicaron que la guarnizion con tòdos los bezinos que se abian declarado por el prínzipe, abian ebacuado la ziudad por la puerta opuesta: que los que abian quedado, como que no tenian ya quien les biolentase, ofrezian rendirse á discrezion. Desechó Toledo esta propuesta, socolor de la resistenzia que la ziudad abia echo: resistenzia que segun él, azia al bezindario indigno de toda espezie de induljenzia. Entraron, pues, los soldados, i cometieron los mismos eszesos que en Malinas; empero como allaron menos en que zebar su codizia, fueron aun mas crueles, mas bárbaros, i mas feturozes: inmolaron á su furor á todos los que tubieron la desgrazia de que les allasen al paso, ombres, mujeres i niños; i cansados ya de matar, iban arrojando al Issel las personas como las iban encontrando; i despues se dibertian en ber aquellas desgraziadas bíctimas de su barbarie bregar en el agua, i al fin undirse. Quinientos perezieron aquel dia. Los demas no se sustrajeron de la muerte sino pagando una fuerte contribuzion, que tan sin misericordia i con tanta crueldad se esijia que embidiaban la suerte de los que con la bida dejaron de padezer. (1)

(1) Meteren, pag. 110. Bentiboglio, pag. 115. Meursii Auriacus, pag. 98.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DUODÉCIMO.

Miéntras las probinzias meridionales ofrezian estas orribles eszenas, i los españoles se ocuparon en el sitio de Mons, i en azer que bolbiesen á la obedienzia las demas ziudades que se abian rendido ó dado al prínzipe de Oranje; las probinzias de Olanda i Zelanda aprobechaban el descanso de que se les permitia gozar en asegurarse contra las tentatibas que despues se iziesen, para bolberlas al yugo que abian sacudido: aumentaban sus fuerzas, fortificaban las ziudades; i lebantaban tantas tropas cuantas nezesitaban para que respecto de las bentajas que les daba la situazion de su pais, se prometiesen que sus fuerzas terrestres serian bastantes para repeler las del enemigo.

Antes de ir el duque á Mons, abia dado parte á los estados juntos del Brabante, Artois, Enao i Flandes como de España se le mandara, de que ya el rei no esijia el diez ni el beinte por ziento, á tal que tubiesen otros medios de allegar los dineros que nezesitaba; i el conde

de Bossut fué el comisionado para azer la misma proposizion á los estados de Olanda. En consecuenzia, les ordenó, en nombre del gobernador jeneral, que se reuniesen en el Aya para tratar de los medios de probeer al soberano las cantidades que le eran nezesarias.

Antes ubiera esta conzesion impedido que se lebantasen las probinzias marítimas; mas ya no era tiempo de proponerla, i así no produjo el efecto que se esperaba. Bió el pueblo con la mayor complazenzia que el rei condeszendia en la supresion de los impuestos; pero lo bió como un efecto del temor que el prínzipe les inspiraba á él i á su ministro: por consiguiente, su gratitud la tributó al prínzipe, con tanta mas razon, cuanto que era aquella la primera grazia que rezibiera de su soberano desde su adbenimiento al trono. Estaban ademas bien persuadidos los olandeses de que luego que el duque dejase de temer, dejaria tambien de ser moderado, i restablezeria su antiguo i tiránico sistema de gobierno, al que no era presumible que ubiese renunziado. Érales tambien arto conozido el carácter de su rei, i el espíritu de benganza que presidia en su consejo. Se acordaban de que por faltas mucho mas lebes que las suyas, millares de sus conziudadanos abian padezido los mas orribles suplizios; i estaban bien persuadidos de que por mas seguridades que se les diese de grazia i de indulto, solo en su sangre se estinguiria la memoria de su reboluzion. Las contínuas crueldades contra los protestantes, i el desprezio de sus pribilejios i leyes fundamentales abiales enajenado i para siempre de Felipe i su gobierno. Todos, en fin, estaban persuadidos de que su intento era, si lograba someterlos, tratarlos despues como esclabos; i

azia mucho tiempo que lloraban su suerte.

Desde que el duque llegó á las probinzias, los protestantes que se abian librado de la crueldad de los inquisidores encargados de su combersion, abian ocultado sus berdaderos sentimientos bajo las aparienzias de la mudanza que de ellos se esijia; dando á entender que dejaban sus nuebas opiniones por bolber á las antiguas; empero luego que con la buelta de los desterrados crezió el número, se quitaron la máscara; de modo, que la mayor parte de los abitantes i de los diputados de los estados de Olanda pertenezian á la reforma. Así fué, que el zelo de la relijion, no menos que el odio á la tiranía española, les confirmó en la resoluzion de defender su libertad asta el último estremo.

Animados de estos sentimientos los estados de Olanda, reusaron obedezer las órdenes que el conde de Bossut les intimara para reunirse en el Aya; i para manifestar de un modo mas enérjico su desprezio á la autoridad del gobernador jeneral, se combocaron en Dordrecht, i lo abisaron al prínzipe para que les embiase persona de su confianza que les ayudase con sus consejos; i el prínzipe elijió para comision tan importante al señor de santa Aldegunda, que instruido de mucho tiempo atrás de todos sus designios, conozia perfectamente los pensamientos mas ocultos de su corazon, i admitió el encargo mui de buena gana,

En la primera sesion dió grazias á los estados de parte del príncipe por la resoluzion que abian tomado de confiarle el cuidado de dirijir todas sus operaziones relatibas á la defensa de la libertad. «El prínzipe, dijo, está bien persuadido de que personalmente le interesa todo lo que puede contribuir á asegurar la felizidad

de las probinzias, i prinzipalmente las de Olanda i Zelanda, que por tantos años an sido el objeto de sus cuidados i atenziones. Los males que en todo tiempo an padezido por la tiranía española, le an causado los mayores sentimientos; i nada desea con tanta ansia como el ser el instrumento prinzipal para que se restablezcan los preziosos derechos de que se les a pribado, i que an sido por muchos siglos el oríjen de su felizidad. Para azelerar este dichoso restablezimiento, no a perdonado á gasto ni trabajo. Si se frustró la primera tentatiba que á este fin izo, no teme que se atribuya ni á falta de conducta ni de dilijenzia, sino á la superioridad de fuerzas del enemigo, i á sus muchos recursos. Para acometer segunda empresa todo lo a sacrificado, enajenando cuanto le quedaba para lebantar un ejérzito: aora cuenta para conserbarle con los socorros que las probinzias confederadas le an prometido: llegado es, pues, el tiempo de que cumplan sus promesas, á fin de ponerle en disposizion de que sin tardanza dé prinzipio á las operaziones militares.»

Sabian los estados que todo esto era berdad; i conoziendo que el logro de la empresa consistia en gran parte en los socorros que pedia el prínzipe, le embiaron zien mil florines que prestaron los ziudadanos mas ricos, asegurándole al mismo tiempo que le embiarian mas, luego que rezibiesen el producto de las contribuziones ordinarias, i las rentas de las casas relijiosas secuestradas con destino á los gastos de la guerra. Dieron tambien al comisionado un acta, por la que se obligaban á reconozer al prínzipe como único gobernador i statuder de la probinzia, le nombraban comandante en jefe de todas sus fuerzas de mar i tierra, i prometian

no oir ninguna proposizion de paz sin su consentimiento. I santa Aldegunda ofrezió en nombre del prínzipe que no depondria las armas, ni aria ningun conzierto ni tratado sin la anuenzia i aprobazion de los estados. (1)

Fieles á sus promesas, le embiaron á Ruremunda otros doszientos mil florines, asegurándole que serian seguidos de treszientos mil mas. Por estos antezedentes podrá inferirse cual seria la consternazion de los estados cuando supieron la nezesidad en que se abia bisto el prínzipe de lizenziar su ejérzito en Orsoi. Su temor i su cuidado no podian ser mayores. Conozian que no teniendo ya el duque enemigos que retardasen ni se opusiesen á sus progresos, podria cuando quisiese bolber todas sus fuerzas contra ellos para castigar el desprezio que izieron de su autoridad.

La obstinazion con que Amsterdam persistia en el partido de España, añadia nuebos temores i dificultades á los estados de Olanda; si bien aquella obstinazion prozedia mas que de afecto, del cuidado con que el duque abia puesto el gobierno en manos de católicos. Resolbieron, pues, los estados estrecharla, i para ello encargaron á Lezmei, conde de la Marck, que lebantase un gran cuerpo de ejérzito i la sitiase. Izolo el conde así, pero sin fruto, dado que despues de algunos progresos desesperó de la empresa, i lebantó el sitio. Quiso el conde atribuir el mal ecsito á la neglijenzia de los estados en socorrerle. Los estados por su parte sostenian que toda la culpa era del conde, cuya conducta azia mucho tiempo que les descontentaba. Era naturalmente cruel i sanguinario,

(1) Meursii Auriacus, pag. 84.

i abia permitido á sus soldados que cometiesen las mas orribles crueldades en los católicos; de que infirieron los estados que nunca lograrian que Amsterdam se uniese á las otras ziudades, miéntras mandase su ejérzito un ombre tan jeneralmente aborrezido. (1)

Esta considerazion era de tanto mas peso, cuanto los distritos mas amargamente se quejaban de los eszesos que los soldados cometian; i eran muchos los arrepentidos de aber prestado su consentimiento para la reboluzion. Tan jeneral descontento daba mucho cuidado á los estados, que no tenian poder para quitar la causa, puesto que su jeneral despreziaba las órdenes que le daban de que reprimiese á los soldados, i les impidiera que cometiesen ningun eszeso. En estas zircunstanzias recurrieron al prínzipe, creyendo que no obstante el mal ecsito de su última empresa seria su autoridad respetada, i reprimiria con ella la insolenzia de los soldados, i la indozilidad del jeneral. En consecuenzia, informaron al prínzipe de su crítica situazion, estrechándole á que fuese cuanto ántes á encargarse del gobierno de la probinzia i del mando de las tropas.

Rezibió Guillermo este mensaje cuando no ubiera sido onroso ni seguro dejar el ejérzito; mas lizenziado que le ubo, partió para Olanda acompañado de solos sus domésticos, i una compañía de caballos que le serbia de escolta. Pasó por Campen al Ober-Issel, atrabesó el Zuiderzeo, i llegó á Enchuisen, donde empleó algunos dias en ordenar lo nezesario á la defensa de aquella plaza. De allí pasó á bisitar las otras ziudades de la probinzia, i se constituyó

(1) Meursii Auriacus, pag. 95.

en Arlem, donde combocó los estados á fin de que acordasen con él lo mas combeniente en aquellas zircunstanzias.

Entre la unibersal alegría que causó su llegada, no dejó de trasluzir el prínzipe zierta mezcla de temor de no poder resistir á un enemigo en cuya presenzia él mismo abia tenido que uir, aun al frente de un ejérzito considerable. Por esto juzgó Guillermo nezesario ante todo lebantar el ánimo abatido de los pueblos, i particularmente de los miembros de los estados; i para ello les izo fijar la atenzion en las bentajas que podrian sacar de la situazion de su pais; que inutilizarian todas las tentatibas que los españoles iziesen para someterlos en tanto que conserbasen la superioridad por mar, i que las probinzias permaneziesen unidas i obrasen de conzierto. I dió tal impulso á lo que dijo, i descubrió tanta magnanimidad en su discurso, que el fuego que le animaba inflamó á los que le oian. En el instante mismo protestaron los diputados que se gobernarian en todo por su dictámen, i moririan antes que renunziar á la preziosa libertad, sin la cual es la bida antes un mal que un bien.

Tan faborable disposizion de los ánimos daba al prínzipe tanto aszendiente que desde entonzes ubiera podido gobernar las probinzias marítimas del modo mas absoluto, i ejerzer todos los poderes sin la menor dependenzia; empero no quiso adoptar esta forma de gobierno: sabia que otra era mas sólida i segura, i fué la que siguió. Abstúbose de azer nada sin consultar antes los estados, contentándose con ser el ejecutor de sus órdenes. Así fué que les reunió muchas bezes, i para dar aun

mas peso á lo que resolbiesen les persuadió que admitieran en su seno á los diputados de otras doze ziudades: por cuyo medio lisonjeó la banidad de ellas, i las eszitó á que contribuyesen de mejor gana á los gastos públicos: en fin reunio los diferentes distritos de la probinzia de un modo mas íntimo.

Aumentado que ubo los miembros de los estados se dedicó á la reforma de abusos, á buscar medios de impedir los desórdenes, en fin, á todo lo que podia contribuir á poner la probinzia en estado de defenderse. Muchos de los prinzipales abitantes de las ziudades, un gran número de los empleados en rentas, ó que ejerzian empleos públicos, los abian abandonado por amor á la relijion romana, ó porque dudaban de la solidéz i durazion de la nueba forma de gobierno; i abian salido de la probinzia dejando bacantes sus destinos. Probeyólos el prínzipe en protestantes, sin que ningun católico tubiese parte en el gobierno.

Proibióse el ejerzizio público de la relijion romana; i solo á la de Calbino, tal cual se profesaba en Jénoba i el Palatinado, se permitio iglesias abiertas; lo cual era conforme á los deseos del pueblo, cuya mayor parte dejara por la nueba la antigua creenzia. Empero al mismo tiempo se declaró abiertamente por la toleranzia, condenando toda espezie de persecuzion: i las razones que alegó para ello produjeron mas efecto en fabor de los católicos, que las que en otro tiempo espuso á la duquesa de Parma produjeron en fabor de los reformados. A su instanzia, pues, probeyeron los estados que en adelante ninguna persona seria inquietada por causa de relijion, á tal que bi-

biese pazificamente sin relazion con los españoles, i sin perturbar el culto dominante. (1)

Mas dificultades encontró en reprimir la lizenzia de los soldados que en asentar el buen órden en los tribunales de justizia, i en conzertar los intereses de la relijion. Consideradas las eszenas de orror que el duque i los suyos abian ofrezido en los Paises-Bajos, no es de estrañar que los protestantes se dejasen arrastrar del odio mas encarnizado contra sus perseguidores. Abian bisto tratar como á unos malbados á sus deudos, á sus amigos, i á otras personas cuya pureza de costumbres i santidad debida reberenziaban; miéntras que por ebitar igual suerte, otros muchos reduzidos á la desesperazion i pribados de toda subsistenzia dejaban sus ogares i andaban de pueblo en pueblo buscando asilo i pan. En este estado de desolazion, de amargura i de dolor los protestantes perdieron de bista los prinzipios de la relijion por la cual padezian: abíales abandonado el espíritu de dulzura i moderazion que ella inspira; i mas atentos á la boz de la benganza que les ajitaba, fueron crueles i sanguinarios asta la ferozidad. En mar no daban cuartel á ningun prisionero español: en tierra mataban sin piedad á cuantos eclesiásticos católicos les caian en las manos; por mas que estos eclesiásticos ningun mal les ubiesen echo, ni se les pudiese atribuir mas que la constanzia en la creenzia de sus padres.

El conde de la Marck, léjos de oponerse animaba el bárbaro furor de los soldados: el color, el zelo por la reforma; la berdad, su abarizia i benganza. Empero el prínzipe, enemigo

(1) Grotius, p. 41.

de toda biolenzia por carácter, éralo tambien por política. Intentó pues combenzer á la Marck de la locura, la inconsecuenzia i la injustizia de su prozeder con los católicos; pero biendo que nada aprobechaban sus amonestaziones, i que los soldados continuaban como antes en sus eszesos i crueldades le acusó á la asamblea de los estados, pidiendo que lo tomase en consideraziou, i resolbiese lo que mas combiniera. Los estados, ya mui desabridos con el conde por el desprezio que antes iziera de su autoridad le quitaron el mando i decretaron su prision. El prínzipe, que no abia olbidado los serbizios que el intrépido conde iziera en los prinzipios de la reboluzion, se interesó por él con los estados, i obtubo su libertad. Demasiado resentido el conde para ser prudente, no podia olbidar aquella injuria; i no contento con quejarse abiertamente de la ingratitud de los estados, abusó de su autoridad en la armada i el ejérzito, é izo por inspirar la sedizion en el pueblo. Lo supieron los estados, i trataron de arrestarle i formarle causa; empero el prínzipe no pudiendo desoir los gritos del reconozimiento, i estimulado por su ternura natural con sus parientes, disuadió á los estados de aquella resoluzion i les dezidió á que permitiesen aunque con repugnanzia, que el conde saliese llbremente de la probinzia, como lo izo, dado que sobrebibió poco á esta desgrazia, pues murió algun tiempo adelante en Lieja adonde se abia retirado.

Dióse el mando de las tropas al conde de Batemburgo, que restablezió en ellas la mas esacta disziplina; en términos que los católicos que quisieron permanezer en Olanda ya no tubieron que temer de la lizenzia de los solda-

dos, i pudieron bibir pazificamente sin temor ni sobresalto. Una de las prinzipales causas de los desórdenes por la tropa cometidos, era el atraso que por falta de fondos abia abido en sus pagas. Para que no bolbiese á suzeder destinaron los estados al pago del ejérzito i demas gastos públicos, todas las rentas de que el rei antes gozaba como conde de Olanda, el producto de los bienes de los sazerdotes i de los monasterios, todos los de los católicos emigrados, i zierta porzion de las presas que se iziesen en el mar. (1)

En tanto que el prínzipe i los estados trabajaban en todo lo que podia contribuir á la seguridad de la probinzia de Olanda, el ijo del duque azia que con la mayor brebedad bolbiesen á la obedienzia las otras probinzias lebantadas. Esta prezipitada sumision era efecto del terror que abia inspirado el buen suzeso de sus armas en los Paises-Bajos. Todas las ziudades de las probinzas de Groninga, de Ober-Issel, de Utrecht i de Frisia que se declararon por el prínzipe embiaron diputados que le asegurasen de su rendimiento, é implorasen su misericordia Puso guarnizion en las mas considerables, i todas las penas las redujo á contribuziones. Si en adelante prozediera con la misma moderazion acaso no allara mas dificultades en el recobro de algunas ziudades de la Olanda i de la Zelanda que las que tubo para someter las de las probinzias del interior. Empero á su carácter era mas agradable castigar que perdonar, i mas satisfactorio usar de seberidad que de templanza. Así lo justificó el

(1) Grotius, p. 40. Meursii Auriacus, p. 97.

bárbaro tratamiento que izo esperimentar á Naerden.

Era esta ziudad pequeña i poco fortificada; mas eszitados los bezinos por algunos protestantes que bibian entre ellos, osaron negar la entrada á una compañía de caballería que embió el marques á intimarles que le abriesen las puertas. Apénas dieron esta muestra de balor cuando se arrepintieron, i diputaron á los mas respetables de entre ellos, llebando al frente á Lamberto Ortensio, no menos distinguido por su birtud que por su sabiduría, para que implorasen la misericordia del jeneral que se allaba en Amersfort; pero no quiso berlos, é izo que se les dijese que podian dirijirse á Julian Romero, á quien azia árbitro de su suerte; del cual obtubieron salbas las bidas i bienes con tal que al momento pusiesen la ziudad en poder del marques, que bolbiesen de nuebo á jurar fidelidad al rei, i que un zentenar de soldados españoles cojiesen una sola bez tanto botin como pudiesen llebar. En seguida dió Romero la mano á Ortensio en tres diferentes ocasiones, en señal de la ratificazion del tratado, i entró en la ziudad con un corto número de españoles, sin duda con el objeto de quitar toda sospecha á los bezinos, é inspirarles mas confianza. Izoles intimar que acudiesen todos á la iglesia para rezibirles el juramento, i fueron sin armas como bíctimas que no prebeen el terrible golpe que les amenaza. Los istoriadores contemporáneos no dizen si Romero obró segun las órdenes del marques; pero lo zierto es que este entró en la ziudad al frente de sus tropas: que se fué derecho á la iglesia donde el mayor número de abitantes es-

taba reunido i prestando el juramento de fidelidad: que izo abrir las puertas, entró i mató por su propia mano al primer majistrado, i que los soldados á su ejemplo dieron muerte á cuantos en el templo se allaban; de donde se derramaran por la ziudad, degollaron á cuantos encontraron, sin distinzion de católicos ni protestantes, leales ni rebeldes. Entran despues en las casas, en las que no allan mas que mujeres oprimidas de dolor, llorando la muerte de sus maridos; i uerfanas llorosas que les pedian sus padres.

Empero aquellos bárbaros, léjos de compadezerse de sus clamores i jemidos, léjos de ablandarse con sus lágrimas, solo atienden á satisfazer su codizia, su crueldad i su brutalidad. Bióseles biolar niñas que ni con mucho llegaban á la edad de pubertad, atormentar á otras de un modo orrible, ya por gozar de plazeres infames que la boluptuosidad mas brutal reprueba, ya para obligarlas á que les descubriesen los tesoros de sus padres ó maridos que acababan de degollar. A muchas aogaron, i en la sangre de otras empaparon sus manos.

Abia un ospital de anzianos, en que se allaban muchos que pasaban de ochenta años: á todos mataron, así bien que á los enfermos i dolientes que yazían en sus lechos. No puede leerse sin estremezerse, que para obligar á uno á que descubriese el sitio en que pretendian tenia guardado el dinero, le izieron padezer los mas orribles tormentos, forzaron á su mujer á su bista, i luego le mataron porque afeó aquella infamia: despues agarraron la mujer, ataronla atras las manos, la colgaron de un tirante, colgaron tambien del mismo, i á su lado á un niño que daba el pecho para que la

fuese mas doloroso el suplizio, aumentado con el orrible espectáculo de aquella inozente bíctima. (1) Lamberto Ortensio debió la bida á los ruegos del conde de Bossut; empero iziéronle padezer un suplizio mil bezes mas orrible que la misma muerte: despedazaron á su ijo en su presenzia i le arrancaron el corazon. Acabada la matanza arrojan de la ziudad á los moradores que abian dejado con bida; i pusieron fuego á las casas reduziéndolas todas á zenizas.

Si no refirieran esta eszena mas que los istoriadores protestantes tendriamos razon para dudar de su esactitud; pero refierenla del mismo modo los católicos.

Llebó Toledo en seguida su ejérzito á Amsterdam, i allí permanezió algun tiempo. Lisonjeabase de que el temor de esperimentar igual suerte que Naerden estimularia á las otras ziudades de la probinzia á prebenir con la sumision los efectos de su benganza; pero se engañó. Tal conducta no era menos opuesta á las macsimas de la sana política que á las sagradas leyes de la relijion i de la umanidad: irritó i no intimidó. La suerte de Naerden combenzió á las otras ziudades de que el mismo peligro abia en rendirse que en defenderse; i que tan imprudente seria como peligroso tratar de ningun conzierto con quienes acababan de dar tantas pruebas de perfidia, de crueldad i de barbarie.

No tardó el marques en conozer que tales eran los sentimientos que jeneralmente abia inspirado: i la bigorosa defensa de Arlem de-

(1) Meursii Auriacus, p. 98. de Tou, lib. 4. Bentiboglio, p. 115.

bió enseñarle lo que debia prometerse de los medios que su falsa política le abia sujerido. Para atraerse aquella ziudad balióse de la mediazion de los católicos de Amsterdam; pero sin fruto. Berdad es que los majistrados de Arlem embiaran en secreto tres de ellos que tratasen con él; empero no bien lo supo Riperdá, caballero frison, á quien el prínzipe abia confiado el gobierno de la ziudad, cuando juntó á los prinzipales bezinos i les descubrió lo que contra ellos se tramaba. «No aze mucho, les dijo, que en una junta jeneral de ziudadanos combocada por buestros majistrados, juraron de no oir ninguna proposizion, no emprender ni aun proyectar nada que pudiese interesar al bien público sin nuestro consentimiento. Mas en desprezio de sus juramentos acaban de embiar diputados al marques, para que traten con él los medios de entregarle la plaza. Creen sin duda que no podemos resistir á las fuerzas que nos oponga: dizen que nos espondremos á los orrores de un sitio si no nos apresuramos á prebenirlos pidiendo umildemente perdon. Mas por bentura ¿an tratado mejor los españoles á los que se an fiado de su palabra que á los que les an resistido? Malinas i Zutphen ¿les an allado mas umanos que Mons? La deplorable suerte de Naerden ¿no os instruye bastante de cuan poco ai que contar con las promesas de estos ombres que en todos tiempos se an mostrado tan falsos como inumanos? Aun umea en las calles de aquella desbenturada ziudad la sangre de los que se fiaron de la palabra i de la compasion de los españoles. Si nos defendemos en nuestros muros podremos escapar á su furor; pero si les abrimos las puertas, nuestra ruina es infalible; ó nos dego-

llarán como tímidos corderos, despues de quitarnos las armas, ó nos condenarán á la mas bergonzosa esclabitud. No os lisonjeeis de que intentan reconziliarse de buena fe con nosotros: lo finjirán sí; empero para subyugarnos mas á su salbo. Por otra parte ¿no abeis bosotros mismos jurado permanezer constantes en el partido que elejisteis? ¿No abeis jurado defender buestros muros contra los españoles, i obedezer al prínzipe de Oranje á quien abeis reconozido por gobernador lejítimo de la probinzia? Qué! ¿por ebitar la fatiga de un sitio imitaremos sin pudor ni bergüenza el ejemplo de nuestros enemigos? ¿Seremos pérfidos como ellos, siendo su perfidia la que nos les aze aborrezibles?»

Este discurso produjo el mejor resultado: lebantó los ánimos, inflamó los corazones, i todos los que le oyeron esclamaron: «no se able de paz con los españoles; antes que abrir nuestras puertas á estos pérfidos, derramemos en nuestras murallas defendiéndolas, asta la última gota de sangre.» Inmediatamente Riperdá comunicó al prínzipe, que se allaba en Delft, lo que acababa de suzeder; i el prínzipe escribió á los abitantes esortándoles á permanezer en su resoluzion, i asegurándoles que las demas ziudades de la probinzia tomarian con empeño su defensa. Embióles cuatro compañías de soldados alemanes; i á santa Aldegunda con el encargo de deponer á los majistrados, i reemplazarlos por quienes mereziesen el conzepto de berdaderamente adictos á la reforma. De los tres diputados embiados al marques uno se quedó con él, i los otros dos bueltos á Arlem fueron presos i conduzidos á Delft, donde jurídicamente se les condenó como traidores á mo-

rir en un patíbulo: fallezió el uno en la carzel: el otro sufrió la sentenzia: seberidad nezesaria i que aprobó el prínzipe, considerándola como medio de impedir que en lo suzesibo tubiesen los católicos correspondenzia con el enemigo.

En un carácter como el del duque i su ijo fázil es de inferir la sensazion que aria la nueba de la resoluzion tomada por los de Arlem. Irritada su altibez con aquella resistenzia, esaltada la cólera, i no respirando mas que benganza dan órden de que marchen á Arlem las tropas; i ellos por sí propios trabajan en preparar lo nezesario para el sitio, bien dezididos á estrecharle con el mayor bigor.

Era aquella ziudad despues de la de Amsterdam la mas prinzipal de Olanda: rodeabala un profundo foso, i la defendia una fuerte muralla; mas como su zircuito era mui grande, su guarnizion nezesitaba tambien serlo. Su situazion en medio de una gran llanura es encantadora: á un lado está un bosque, por el otro corre un brazo del Spaaren, que dirije el otro por medio de la ziudad, i ba á perderse en el lago ó mar de Arlem. De Leidem i Amsterdam no dista mas que de tres á cuatro leguas, una al sur i otra al este. Para estar mas en disposizion de socorrerla se fijó el prínzipe en Leidem, de donde Arlem esperaba sacar bíberes. I el marques de Coria por su parte se proponia sacarlos de Amsterdam i Utrecht.

Para azercarse á la ziudad, el camino mas corto era costear el dique, defendido por el fuerte de Spaarendam, guarnezido por Riperdá con treszientos ombres con el fin de romper el dique é inundar el pais, en lo que trabajaban muchos paisanos de los alrededores; mas

era la elada tal que izo inútil su trabajo. Llegaron los españoles asta el fuerte i le dieron un brabo ataque : defendióle la guarnizion con balor ; pero zercada por todas partes, i oprimida por la superioridad del número, tubo que retirarse á la ziudad.

Siguió mui luego el marques con todo su ejérzito, que constaba de doze á treze mil ombres, la mitad españoles, el resto walones i alemanes. No bien abia empezado á dar disposiziones i señalar á cada uno su puesto cuando le adbirtieron que un cuerpo como de tres mil ombres con artillería i probisiones abia salido de Leidem con direczion é intento de meterse en Arlem antes que el bloqueo se formase. Al momento resolbió el marques interzeptar el comboi ; i á fabor de la niebe que mucha caia llega al enemigo que ignoraba asta su marcha, i le ataca zerca del lugar de Berkenrode, con fuerzas tan superiores que desde la primera carga rompió las filas, mató de seiszientos á setezientos ombres, i el resto uyó. En bano los ofiziales intentaron reunir los fujitibos i bolber á la pelea : la fuga continuó, dejando al benzedor la artillería i todo el comboi.

Embanezido con tan próspero suzeso bolbió el marques al sitio : apostó los walones i alemanes en el camino de Leidem, i con los españoles se alojó en un ospital situado zerca de la puerta de la Cruz, que era el lado mas fuerte de la ziudad. Cubria la puerta un rebellin, que impedia azercarse ; i los muros tenian por allí mas fázil defensa que por ninguna otra parte. No lo ignoraba el marques ; sino que cometió esta falta como por una espezie de brabata sujerida por su orgullo, i aun mas por lo poco en que tenia á los sitiados. Como á todas sus

empresas abia coronado asta entonzes un felíz ecsito, esperaba que le suzederia lo mismo en aquella; i se lisonjeaba de que Arlem seguiria el ejemplo de las otras ziudades i le abriria las puertas luego que empezase el ataque. Fué tanta su presunzion que no quiso tomar las precauziones que son comunes en todo sitio. Sin abrir trincheras que defendiesen á sus soldados del fuego de la plaza, lebantó baterías, empezo á batir el rebellin i la puerta, i luego que abrió brecha resolbió dar el asalto. A este fin izo echar un puente bolante en el foso, i embió ziento i zincuenta ombres que reconoziesen el estado de la brecha, con órden de bolberse sino la juzgaban practicable: mas el resto de los soldados no contaba menos que su jeneral con el buen ecsito: la esperanza del pillaje les animaba. Muchos de ellos, sin esperar órden, pasaron inconsideradamente el puente; pero no tardaron en reconozer que sus esperanzas eran banas: la brecha no era ni con mucho tan grande como á ellos se les abia figurado; i las escalas de que se abian probisto se encontraron mui cortas. Por otra parte, el puente era tan estrecho que no cabian mas de tres ombres de frente, de modo que obligados á estrecharse unos contra otros al márjen del foro estaban enteramente al descubierto i espuestos al fuego de la guarnizion i al que sin interrupzion azia la artillería de la plaza. A pesar de esto, ninguno queria retirarse; i para que lo iziesen fué nezesaria la mediazion de Romero á quien mucho respetaban. "¿No beis, les dijo, que la brecha es impracticable? ¿qué obstinazion es la buestra? ¿es en la escuela del duque de Alba donde abeis aprendido á respetar tan poco la disziplina, que

así os espongais sin defensa á los golpes de esos rebeldes que os insultan, que os inmolan á su furor mui á su salbo? Ellos están resguardados de buestros tiros, i os probocan con insolenzia: pronto podreis bengaros; mas ahora es imposible benzer los obstáculos que á ello se oponen.» Despues de no pocos esfuerzos al fin consigüió que se retirasen, él erido, i zerca de doszientos soldados i muchos ofiziales quedaron muertos.

Este rebés enseñó á don Fadrique á juzgar mas sanamente de su empresa, i ya no la bió tan fázil pues que para asegurarse del logro de ella i economizar la sangre de sus soldados izo suspender los ataques, i que para estrechar el sitio con bigor acopiasen sus comisionados en Amsterdam i Utrecht todo lo nezesario. No obstante, como todos los caminos que daban á su campo estaban tan cuidadosamente guardados por los olandeses, tardó mas de un mes en allarse en disposizion de empezar sus operaziones.

Sabia el prínzipe que no le era posible reunir un ejérzito capaz de azer lebantar el sitio, ni aun de atacar al enemigo en sus líneas, forzarle en ellas, é introduzir socorros en la plaza; pero aprobechándose de una fuerte elada que azia muchas semanas duraba, introdujo en la ziudad quinze compañías de soldados i muchos trineos cargados de muniziones de boca i guerra Es bien conozida la destreza con que los olandeses usan los patines en el yelo, que era entonzes tan fuerte que no ombres sino carros podian transitar por el lago, mejor que por tierra; i por este medio llegó el comboi á la ziudad.

Reunió al fin el marques todos sus prepa-

ratibos i con una actibidad asombrosa; i aunque no menos fogoso, pretendia con mas prudentes precauziones reparar las faltas que por su demasiada presunzion cometiera. Despues de lebantadas trincheras que defendiesen á la tropa del fuego de la plaza, empezó á batirla con toda su artillería, en tanto que tres mil minadores del pais de Lieja que su padre le embiara, trabajaban inzesantemente en zapar las murallas. Nadie uia el trabajo, nadie temia el peligro. Pero la bizarria i la bijilanzia de los sitiados eran iguales á los esfuerzos de los sitiadores. Por medio de contra minas abentaban las minas ó las inutilizaban. Apénas se abria una brecha, se azian nuebos fosos, ó lebantaban baluartes, que dificultaban los aproches mas que antes. No contentos con estar á la defensiba, azian salidas frecuentes, destruian las obras de los sitiadores, i caian sobre ellos espada en mano cuando menos preparados estaban para rezibirlos.

Miéntras la guarnizion de Arlem daba tanto en que entender á los españoles, trabajaba el prínzipe en suszitarles nuebas dificultades teniendo de contínuo partidas en campaña que interzeptasen los comboyes; i algunas bezes lo consiguieron. El marques para ebitarlo tenia que embiar grandes escoltas por ellos; empero esta menos fuerza en su campo fazilitaba la introduczion de socorros en la plaza, i los progresos del sitio se retardaban.

Casi todas las subsistenzias benian de Amsterdam al campo español; i como no pudiesen pasar mas que por un camino, tenia encargado el prínzipe á Antonio el Pintor, ombre recomendable por la parte que tubo en la sorpresa de Mons, que se apoderase de un paso impor-

tante que en él abia. Los católicos de Amsterdam que lo supieron embiaron tropas que tomasen aquel paso i arrojasen al enemigo. Binieron á las manos, i el destacamento de Antonio tubo que uir, i él quedó muerto en el campo. Su cabeza i la de otro ofizial llamado Koning se embiaron al campo de los españoles, que por escarnio las arrojaron en las murallas de la ziudad, con un papel en la de Koning en que se abian escrito poco dezentes chanzas sobre el nombre de Koning que significa rei, i sobre el aber benido con dos mil ombres á azerles lebantar el sitio. Para bengarse los sitiados de este insulto, cortaron la cabeza á doze prisioneros españoles; pusiéronlas en un barril, i le echaron á rodar por la trinchera, con estas palabras: «pago del diez por ziento con los intereses debidos al duque de Alba por el pago retrasado.»

A esta crueldad respondieron los españoles con otra: al frente de la trinchera colgaron por los pies i por el cuello muchos prisioneros echos á los sitiados; i estos en despique izieron lo mismo con mayor número de españoles. Tan orribles eszenas i tantas bezes repetidas no tubieron fin en tanto que el duque, i su ijo, que á ejemplo suyo autorizaba tamañas crueldades, permanezieron en los Paises-Bajos: con su ida zesaron.

Las operaziones del sitio se adelantaban cuanto permitian las zircunstanzias, supuesta la dificultad de adquirir bíberes i las muchas enfermedades causadas por el rigor de la estazion. No obstante, i á pesar de tantos obstáculos como se oponian i ubo que superar, se logró minar enteramente el rebellin que defendia la puerta de la Cruz, i obligar á los sitiados á que

le abandonasen. Despues de batir por muchos dias á la contínua aquella parte de la muralla se izo practicable la brecha, i se trató del asalto. Ya resuelto, llamó el marques todas las tropas que en diferentes partes tenia, i para sorprender al enemigo empezó el ataque antes de amanezer, sin omitir precauzion que pudiese contribuir al logro. A cada soldado se le instruyó en particular de lo que debia azer, del puesto que debia ocupar, de las maniobras á que debia contribuir. A zierta distanzia de la muralla quedaron apostados muchos que con un fuego continuado de mosquetería alejasen de la brecha á cuantos intentasen azercarse. A los destinados al asalto se les encargó el mayor silenzio asta que se apoderasen de la brecha; lo que se obserbó con tanta esactitud que muchos la abian ya montado, i otros escalado los muros sin ser sentidos de los sitiados. Empero luego que las zentinelas los perzibieron cayeron sobre ellos i les arrojaron unos sobre otros sin darles tiempo para ponerse en defensa.

Como los españoles eran dueños del rebellin de la puerta de la Cruz, i el asalto se daba allí zerca, abianse apostado en él i en los alrededores muchos soldados i ofiziales para socorrer en caso de nezesidad á los sitiadores. Empero los sitiados para que aquella fortificazion no fuese de probecho al enemigo tenianla minada i cargada la mina con pólbora i otras materias combustibles: bieron pues con gusto, i aprobecharon con dilijenzia el momento de azerla rebentar, i con efecto saltó una parte del rebellin i del terreno contiguo, i perezieron muchos españoles. Este desastre imprebisto llenó á los demas de terror i asombro. La guarnizion sin darles lugar á bolber sobre sí cae impetuo-

samente sobre ellos, les ataca con irresistible balor i les fuerza á retirarse con pérdida de muchos ofiziales i de mas de treszientos soldados.

Este mal suzeso izo que el marques empezase á dudar del ecsito. Ni podia menos de darle cuidado el que á pesar de la bizarría de sus tropas, i de las prudentes precauziones tomadas, todo ubiese sido inútil. Muchos asta de sus mismos ofiziales, ya desanimados, quisieron persuadirle que lebantase el sitio: «el ejérzito, le dezian, a padezido mas que la guarnizion: la escaséz de subsistenzias, ocasionada por la dificultad de traerlas de Amsterdam, le espone con frecuenzia á sufrir los orrores del ambre: el frio a matado mas soldados que la espada enemiga. Nunca llegaremos á ser dueños de la plaza; i si lo somos, nos costará mas que bale, ni su posesion puede baler; i nos allaremos los benzedores, cuando mas, en un estado tan miserable como los benzidos, i sin las tropas nezesarias para allanar otras ziudades lebantadas.»

Los que no eran de este dictámen, esponian, que de la toma de Arlem dependia el ecsito de la guerra: «si lebantamos el sitio, dezian, confirmaremos á las otras ziudades en su obstinazion: si por el contrario perseberamos, el logro de esta fazilitará las otras empresas. El rigor de la estazion no puede ya durar mucho: una sola noche puede bastar para que se derrita el yelo, de que tantas bentajas a sabido sacar el enemigo. Si emos perdido jente, la reemplazarán mui luego los reclutas que esperamos de España i los Paises-Bajos; i mui luego tambien nos allaremos en estado de cortar toda espezie de comunicazion entre los sitiados i las otras ziudades; i entónzes, pribados de los socorros que de ellas sacaban, se allarán en la

nezesidad de abrirnos sus puertas, i ofrezerse á nuestra discrezion.»

En esta bariedad de opiniones, i no queriendo el marques dezidir por sí, consultó con su padre; el cual en su respuesta, que mas parezia órden que consejo, manifestaba lo desagradable que le era el que siquiera dudase. «Es menester, le dezia, que continúes el sitio, i des fin á la empresa, sino es que quieres te se tenga por indigno de tu nombre, de la sangre que te anima, i del mando que te e confiado. En un sitio de tanta cuenta, no debes contar los dias, sino pesar la importanzia del ecsito feliz ú adberso. I pues no as podido someter al enemigo por la espada, ríndele por ambre: bloquea la ziudad en bez de escalarla, como lo podrás azer mui pronto i completamente con los refuerzos que te llegarán. Si no obstante esto, persistes en lebantar el sitio, me berás sin tardanza llegar al campo á pesar de mi enfermedad, i si esta no me lo permitiere, irá tu madre á relebarte, ántes que permitir que el ejérzito decampe, ni el sitio se abandone.»

Esta carta irió bibamente el orgullo del marques, que ya no pensó en dificultades ni peligros, sino en continuar el sitio; mas como no tenia bastantes tropas para bloquear toda la ziudad, temporizó, i obró con lentitud asta mediados de febrero en que zesó el yelo; lo cual izo que mudasen de aspecto las operaziones de sitiados i sitiadores.

Teníalo prebisto el prínzipe, i por consiguiente tomadas las mayores precauziones, para en el momento que el desyelo se berificase i ayudase el biento, socorrer á la guarnizion, como lo izo con probisiones de toda espezie, por medio de los bateles, que á pre-

benzion tenia construidos; los cuales partieron de Leidem, bogaron á lo largo del lago; i aziendo fuerza de bela, entraron en el Spaaren, i llegaron á Arlem sin nobedad. Por este medio fué abastezida la plaza miéntras los españoles no tubieron fuerzas nabales para impedirlo. Empero luego que el conde de Bossut equipó en Amsterdam un gran número de barcos con que se apostó en el lago, al lago se trasportó la eszena. Por muchas semanas se combatieron las escuadras, una por introduzir socorros, otra por ebitarlo. Al prinzipio fueron de poco momento sus combates; mas despues que los bajeles se aumentaron por ambas partes, se llegó en fin á una batalla en regla, que ademas de costar mucha sangre á los protestantes fueron benzidos; de cuya bictoria reportó mucho onor el conde de Bossut, que redujo la escuadra enemiga á tan miserable estado, que ni azercarsele osaba. Otra gran bentaja que produjo á los españoles fué la de azerse dueños del fuerte, asentado en la embocadura del Spaaren; en el que apostada una parte de su escuadra, quedó impedida toda comunicazion con la ziudad.

Empero, en tanto que esto pasaba en el lago, los abitantes i la guarnizion de Arlem obraban con la misma intrepidez que antes. Inquietaban á los sitiadores continuamente, i sin darles punto de reposo: atacaban ya un cuartel, ya otro. En una salida, entre otras, cayeron sobre el de los alemanes, les arrojaron de él, i despues de matar muchos, pusieron fuego á tiendas i bagajes, tomaron sus banderas i muchos cañones, i bolbieron en triunfo á la ziudad. (1)

Mas no les duró mucho el poder azer estas

(1) De Thou, tom. 3, pag. 218.

salidas que tanto les embanezian. El refuerzo que el duque abia prometido á su ijo, llegó en fin, i con él la posibilidad de asegurar sus líneas contra los insultos de dentro i fuera. Entónzes fué cuando los sitiados empezaron á presentir los orrores del ambre. No ubo medio de que no se baliesen para adquirir socorros. Repetidas noches intentaron forzar las líneas de los sitiadores, i aprobechar el momento en que desalojasen algunos de sus puestos para introduzir en la ziudad los comboyes que el prínzipe les tenia preparados. Mas todas sus tentatibas fueron inútiles: en todas partes encontraron al enemigo dispuesto á rezibirles; i si atacaban con bigor, con bigor eran rechazados. En este estado, i aconsejados de la desesperazion, rompieron el dique del Spaaren, é inundaron el terreno que media entre el lago i la ziudad. Esto obligó á los españoles á que abandonasen aquella parte de su cuartel que cubrió el agua, i proporzionó, es berdad, que algunos bateles chatos cargados de bíberes i pólbora entrasen en la ziudad; empero ni este ni otros socorros que tubieron eran de consideración. El conde, como dueño del lago, azia guardar con tanto cuidado los pasos, que no dejó á los olandeses ninguna entrada en la plaza.

Ya no les quedaba mas que una esperanza. Un mes azia que el prínzipe reunia tropas: tenia solizitados socorros de la reina de Inglaterra; i los abia pedido á los protestantes de Franzia i de Alemania, creyendo que juntos estos diferentes ausilios i las tropas que él reuniera, le pondrian en estado de atacar i forzar á los españoles á que lebantasen el sitio. Empero sus esperanzas se desbanezieron. Ni la reina quiso declararse todabía contra los españoles, ni los

protestantes franzeses i alemanes, arto ocupados en su propia conserbazion, tenian tiempo ni facultades para ayudar á sus ermanos de Olanda. Entre tanto, la situazion de Arlem iba siendo de dia en dia mas cruel. Ya padezian todos los orrores del ambre. Consumidos todos los bíberes, solo se mantenian de raizes de malas yerbas, de carne de caballo, de perro, i de otros animales repugnantes al ombre. Sabido por el prínzipe, se dispuso á tentar todos los medios de alibiarlos con unos cuatro mil infantes i seiszientos caballos que abia reunido, parte protestantes alemanes, ingleses i franzeses, i parte reclutas echos de priesa en las ziudades comarcanas; á cuyo frente quiso ponerse, i encargarse de la empresa. Pero los estados le persuadieron que la encomendase al conde de Batemburg. Dióse de todo i de su marcha zircunstanziado abiso á la ziudad por medio de las palomas, (1) què de ella se abian llebado á Leidem con este fin.

Partió el conde con su campo á prinzipios de julio, llebando algunos cañones de campaña, i todo en escolta de un gran comboi de toda espezie de probisiones. La instruczion que se le dió fué que dirijiese su ataque al cuartel de los alemanes establezido al lado de la bega de Arlem. Abíase dispuesto así con el intento de que atacase de frente la guarnizion, miéntras el conde lo azia por la espalda, i durante el combate se introdujese el comboi en la plaza. Empero el marques, sabedor del intento, dejó parte del ejérzito en las líneas para que rechazase los ataques de la guarnizion, i con el resto salió al encuentro al conde. El partido no

(1) De Thou, lib. 55, cap. 5.

era igual, dado que los que este mandaba eran bisoños, i los del marques beteranos, bien disziplinados, i muchos mas en número. Así fué, que desde el primer encuentro los pusieron en fuga, mataron mas de dos mil, i se apoderaron de casi todo el comboi. El conde mismo murió en la aczion.

Con este nuebo rebés, perdió de todo punto el ánimo la guarnizion. No teniendo ya esperanza de socorro, resolbieron rendirse, i embiaron una diputazion al marques, ofreziéndole la plaza si conzedia á la guarnizion los onores de la guerra, i libraba á la ziudad de saqueo. Toledo no quiso oir ninguna proposizion, esijiendo que se entregasen á discrezion.

Esta respuesta dió bien claro á conozer á los abitantes de Arlem la suerte que les esperaba: ya no les quedaba duda de que el marques, siempre implacable, tenia resuelto inmolarlos todos á su benganza, i que les tenia preparada la misma suerte que á los de Naerden. Luego que en la ziudad se supo la buelta de los diputados, los abitantes de todos los cuarteles acudieron á bandadas á la plaza para saber el resultado. Cuando las mujeres, los anzianos i demas que no se allaban en disposizion de tomar las armas supieron la respuesta de don Fadrique, sobrecojidos de espanto i de terror, creian ya ber sus casas deboradas por las llamas, i el yerro omizida del bárbaro español dispuesto á atrabesarles el pecho. No se oian mas que jemidos: ni se beia mas que la espresion del asombro i del dolor. La palidez de la muerte cubria todos los semblantes: los ojos de todos derramaban torrentes de lágrimas; i todos parezian oprimidos bajo el peso de su dolor. En todas partes reinaba aquel silenzio me-

lancólico, que casi siempre prezede á las crísis de la desesperazion.

Esta desesperazion llegó bien pronto á su colmo por la resoluzion del gobernador, la guarnizion, i todos los que se allaban en estado de tomar las armas, de salir de la ziudad, i abrirse paso espada en mano por entre las líneas del enemigo. Resueltas á impedir que no se ejecutase aquel bárbaro intento, por el que iban á quedar sin defensa espuestas á la rabia de los españoles, banse todas las mujeres llebando en los brazos sus niños á la puerta destinada para la salida. El corazon se partia al ber aquellas desoladas madres arrojarse unas en los brazos de sus maridos, otras postrándose á sus pies, presentándoles las prendas de la ternura que les unia. Estas inozentes bíctimas tendian sus infantiles manos ázia los autores de sus dias: no conozian su desbenturada suerte; pero los lamentos de sus madres les arrancaban aún mas tristes lamentos. Arrojábase la madre á los brazos del ijo, apoyo de su bejéz: la ermana abrazaba al ermano, pidiéndole un defensor: «perezed con nosotras, les dezian, ó permitid que os sigamos i perezcamos con bosotros.» Estas pocas palabras, pronunziadas con toda la enerjía que daba el caso, por personas amadas i queridas, produjeron el mejor efecto. Resolbieron, pues, que de los soldados de la guarnizion i los abitantes en estado de llebar armas, se formarian dos cuerpos: que en medio de ellos se colocarian las mujeres, los niños i los anzianos; i que en este órden saldrian de la ziudad, i atacarian las líneas de los sitiadores. Nadie ignoraba que la ejecuzion costaria muchas bidas: «mas, dezia el baliente Riperdá, si abrimos boluntariamente las puertas á los crueles españoles,

nuestra ruina es segura: si ejecutamos lo que acabamos de resolber, zierto es que corremos á la muerte; pero tambien puede suzeder que logremos escapar. Por otra parte, morir por morir ¿no es mejor que sea peleando por nuestra relijion i libertad, que en un patíbulo, en los mas orribles tormentos, ó en los calabozos de un benzedor incapaz de jenerosidad i de piedad?»

Instruido el marques de lo que pasaba en la ziudad, i de la resoluzion tomada, temió la ejecuzion, considerando que si no la prebenia, todo el fruto de su empresa aún lograda, se reduziria á ruinas i escombros, en lugar de una ziudad grande i floreziente. Esto, aun preszindiendo de lo peligroso que era esponerse al furor de un pueblo entero, reduzido á la desesperazion, i animado por la benganza; i que aun suponiendo que todo él pereziese, no podria ser sino á costa de muchos de sus soldados. Estas reflecsiones le determinaron á embiar un trompeta que anunziase á los sitiados estaba resuelto á perdonarlos. Entre la esperanza i el temor bazilaban sobre el partido que debian tomar; mas en fin, la desconfianza que les inspiraba el carácter del marques, pudo mas, i reusaron entrar en negoziazion. Viendo don Fadrique que una promesa baga no les satisfazia, se obligó á librar de saqueo la ziudad, con tal que le pagase doszientos mil florines; salba la bida de la guarnizion i los abitantes, menos la de zincuenta i siete personas que señaló.

Eran estas las prinzipales de la ziudad, i las que durante el sitio mas se abian distinguido por su balor i bizarría. Su proscripzion, pues, por tal se tubo la eszepzion que de ellas se izo, indignó á todos, é iban á responder que no querian oir ni tratar de ningun conzierto,

cuando los soldados alemanes de la guarnizion pidieron, de aquel modo en que se manifiesta que se esije lo que se pide, que se azeptasen las condiziones propuestas por el enemigo. Opoñianse los soldados walones i olandeses, porque como mas culpables respecto de los españoles, conozian que nada tenian que esperar de la clemenzia del benzedor. Así dibidida en opiniones la guarnizion, ubo muchos soldados que con intento de buscar ocasion de desertar, dejaron sus puestos, i abandonaron la guardia de las murallas. Temiendo entónzes los abitantes que lo perzibiese el enemigo, i tomase la plaza por asalto, embiaron diputados al jeneral español que azeptasen sus proposiziones, i le entregasen las llabes de la ziudad.

El 13 de julio de 1573 entró un rejimiento español, i tomó posesion de Arlem. Inmediatamente se dió órden á la guarnizion i á los abitantes de que rindiesen las armas: á estos que se retirasen á las iglesias, i aquella á los monasterios, i en unas i otros se puso guardia que impidiese la salida. El mismo dia entró tambien el marques con las tropas españolas. Antes de la rendizion abia echo asegurar á los alemanes que si contribuian á que se azeptasen sus proposiziones, no se les aria ningun mal; por lo qué, dado que se les guardaba como á los otros, i que no se les permitia retirarse, no se les maltrataba, ántes se les distribuia pan como á los abitantes. Al terzer dia llegó el duque de Alba, ya recobrada su salud: el color bisitar por sí mismo las fortificaziones de la plaza, i tomar conozimiento de su estado: la berdad prescribir á su ijo la conducta que debia tener respecto de los prisioneros.

No prebeian ellos la cruel suerte que se les

preparaba: cruel, orrorosa, i tal cual debian esperarla de un enemigo que desconozia toda espezie de jenerosidad, siempre implacable en su odio, siempre cruel en su benganza. Los soldados de la guarnizion fueron las primeras bíctimas. Treszientos walones de entre ellos fueron inumanamente degollados. A Riperdá i otras muchas personas de cuenta cortaron la cabeza en un cadalso. Dieron muerte á muchos zentenares de soldados franzeses, ingleses i escozeses; i á muchos ziudadanos que se les cojió uyendo, se les ató de dos en dos, i se les echó al rio. Los enfermos i eridos fueron degollados en el patio del ospital en que estaban.

Difieren los istoriadores azerca del número de bíctimas que el duque i su ijo sacrificaron á su benganza; no dejando de ser mui reparable el que los istoriadores españoles le agan subir mas que los olandeses. Pero, segun los cálculos mas moderados, fueron nobezientos los que despues de aberse fiado del marques de Coria, i de aber rendido las armas en el seguro de su palabra, fueron ajustiziados como biles malechores.

No es posible dejar de estremezerse al escribir tantas, tan inauditas i tan atrozes crueldades: el intentar justificarlas fuera insultar la umanidad de los lectores. Sin embargo, es nezesario combenir en que las crueldades en los de Arlem ejerzidas, tienen zierta espezie de disculpa en la obstinazion de su defensa, en los cuidados en que al duque le puso, i aun mas en las pérdidas que le ocasionó. Costóle la conquista mas de cuatro mil i quinientos soldados, sin contar otros muchos á quienes las eridas, las enfermedades produzidas por el rigor de la estazion, i lo escaso i malo de los alimentos im-

posibilitaron de continuar en el serbizio. Mas no fué esta pérdida el único daño que causó el largo sitio, sino que ademas de aber consumido en él las rentas reales, perjudicó notablemente la reputazion de sus armas, alentó á los sublebados, i les confirmó mas i mas en la persuasion de que un enemigo á quien tan caro costaba el benzer no era imbenzible. Dió ademas tiempo para que las otras ziudades lebantadas se pusiesen en estado de defensa, i al prínzipe para que actibase sus conquistas en la Zelanda, en que aún estaba Middelbourg por los españoles. (1)

Empero de todos los males que la larga durazion de aquel sitio produjo, el mas funesto fué el aber agotado el erario; lo cual puso al duque en la imposibilidad de pagar la tropa, en la de seguir las otras operaziones que para aquella campaña tenia proyectadas, entre otras la de pasar á la Nort-Ollanda inmediatamente despues de rendida Arlem, i reconquistar á Alcmar; i en fin, fué la causa de que el ejérzito se negase á ir á esta ziudad, resentido de que aquella no se ubiese entrado á saco. I para manifestar mas claramente su descontento, pidió el pago de los atrasos que se les debian. Inútilmente espuso el marques á los soldados que la tardanza en la obedienzia causaba incalculables perjuizios á los intereses del rei: este fué un estímulo para persistir en su demanda; pues cuanto mas nezesarios eran, i mas lo conozian, mas se obstinaban. Sin miramiento á las amonestaziones de sus ofiziales, sin respeto á las órdenes del jeneral, i en desprezio de lo capitulado, es-

(2) Bentiboglio, pag. 117. Meteren, pag. 110. Meursii Auriacus, lib. 8.

tablezieron su cuartel en la ziudad, é impusieron contribuziones á sus malabenturados bezinos, ya estenuados por la durazion del sitio, i por las bejaziones sufridas despues de la capitulazion; que en berdad fueron pocas menos que si por asalto ubieran tomado la ziudad. Esta era la mas eficaz leczion para que las otras aprendiesen cuan absurdo seria someterse á los españoles con cualesquier condiziones que fuesen, dado que aun cuando sus comandantes quisiesen cumplirlas, eran bioladas por la codizia de los soldados, que no podia contener ni reprimir toda la autoridad del jeneral.

Sintió el duque tanto este aczidente, cuanto prebeia las desagradables consecuenzias que podia produzir. Asta entonzes abia tenido sus tropas en la mas esacta disziplina; i si se dejara llebar de su inclinazion, prozediera con la mayor seberidad á restablezerla. Mas, por otra parte, las malas resultas que podria tener esta misma seberidad le izieron que prefiriese la blandura i la persuasion; i para que fuesen mas eficazes, se balió del marques de Bitelli, como del mas amado i respetado entre todos los ofiziales del ejérzito. Con efecto, empleó el marques todo el aszendiente que sobre los soldados tenia, i con la mayor destreza logró, aunque á duras penas, persuadir á los reboltosos á que por entonzes se contentasen con una parte de lo que se les debia, i reconoziesen como ántes la autoridad de sus jefes.

Perdióse en esta negoziazion un tiempo preziosísimo, i tanto, que la estazion estaba ya mui adelante sin que el ejérzito aún se ubiese mobido para ir á sitiar á Alcmar; cuya plaza, si se atacara antes, fázilmente se rindiera, dado que fué la última de la Olanda setentrional

en salir de la obedienzia: que el número de los bezinos católicos era mui considerable: que estos abian llegado asta apoderarse de una puerta, i que muchas bezes, despues de la toma de Arlem, abian solizitado del marques de Coria que fuese en su socorro, el cual no pudo azerlo por la insurreczion del ejérzito. Aprobechó el prínzipe de Oranje esta tardanza, i embió tropas que dieron la superioridad á los protestantes, i quitaron á los católicos la puerta que dominaban; embiando tambien de las ziudades bezinas armas i muniziones de boca i guerra.

Beia el marques de Coria las dificultades que tendria que superar para dar prinzipio en una estazion tan adelantada al sitio de una plaza como la de Alcmar, situada en tan pantanoso terreno; empero se lisonjeaba de que con un ejérzito tan poderoso, como que tendria al rededor de diez i seis mil ombres, podria rendirla ántes que empezasen las llubias. Conozia mui bien que aquella conquista le fazilitaria mucho la de las otras ziudades de aquella parte de la probinzia; i en consecuenzia, tan luego como el de Bitelli aquietó á los soldados, i se restablezió la disziplina, los condujo á Alcmar, distante solo una jornada de Arlem.

Lebantada una batería á cada lado de la ziudad empezó á azer un bibísimo fuego, que en pocos dias abrió brechas bastante capazes para que creyese tomarla por asalto. Para dibidir la atenzion i las fuerzas de los sitiados los atacó por ambos lados. Abianlo estos prebisto, i se prepararon á defenderlos. Echaron los españoles dos puentes bolantes en el foso, le pasaron i montaron al asalto con gran bozería, creyendo allar poca resistenzia; pero se equibocaron, i mui luego aprendieron que el balor

animado por la desesperazion puede suplir al número i á la esperienzia, i que el arte es inútil á quien no teme el peligro i desprezia la muerte. Opuso pues la guarnizion, ayudada del bezindario, una resistenzia tan bigorosa que asombró á los sitiadores. Muchas bezes bolbieron á la carga; empero inútilmente todas. Por fin tubieron que retirarse con pérdida de seiszientos ombres, sin que todas las promesas ni las amenazas que les izo don Fadrique bastasen para que bolbiesen.

A poco empezaron las llubias con tanta abundanzia que fué mucho lo que los españoles padezieron por la umedad del aire i del terreno. Ademas tubo el duque notizia de que los olandeses tenian resuelto abrir las esclusas é inundar todo el terreno al rededor de Alcmar; i temiendo la destruczion total del ejérzito embió órden á su ijo para que lebantase el sitio. Izolo así, i el 11 de octubre se retiró ázia el mediodia de la probinzia, dando cuarteles de imbierno á la tropa fatigada i consumida. (1)

No fueron mas dichosos por mar. Los abitantes de Enchuisen, de Orn, i de otras ziudades por bengarse de que los de Amsterdam ubiesen embiado socorros á los españoles miéntras sitiaban á Arlem, equiparon una escuadra que se apostó en la embocadura del Ye, por cuyo medio quedó enteramente cortada la comunicazion entre Amsterdam i el Zuyder-Zee. Cuantas nabes salian del puerto de aquella ziudad i tomaban aquel rumbo otras tantas eran cojidas ó destruidas; con lo cual se allaba su comerzio totalmente interrumpido. Para remedio de este mal, que si mucho durara fuera funes-

(1) Meteren, p. 123. De Tou, lib. 55, sect. 8.

to á los de Amsterdam, que solo del comerzio subsistian, entró el duque en la ziudad é izo equipar con la mayor brebedad doze buques de guerra, mas fuertes de lo que entonzes se acostumbraban, i dió el mando al conde de Bossut. Todabía quedaba esta escuadra inferior en número á la del enemigo, pero en opinion del duque esta desbentaja la compensaban los muchos soldados que la montaban, el grandor de las nabes, la esperienzia i balor del comandante.

Al azercarse, abandonaron los olandeses aquel apostadero i se retiraron ázia Orn i Enchuisen, donde se les agregaron tantas que se allaron en estado de ir en busca de la escuadra española. Mandaba la olandesa Teodoro Sonoy, que ardiendo en deseos de pelear, espiaba la ocasion de azerlo con bentaja. Ambas escuadras estubieron algun tiempo enfrente una de otra, i entre algunas de sus nabes ubo frecuentes i mui bibos encuentros. Empero el conde dudó por mucho tiempo el abenturar la suma de las cosas en una aczion, con fuerzas tan inferiores á las del enemigo. Así pues por ebitarlo, como por el grandor de sus nabes que calaban mucho agua, las tenia en alta mar i en los sitios en que sabia aber mas fondo. Los de Amsterdam desaprobaban la prudenzia del conde. Mas cuidadosos de ber libre su comerzio de los obstáculos que el enemigo le ponia, que del peligro que podia el conde correr en atacarle, obtubieron del duque á fuerza de importunidades, coonestadas con un estado falso que le presentaron de la fuerza de los zelandeses, que le mandase positibamente que diese la batalla.

Aunque tenia el conde pocas esperanzas de buen suzeso obedezió i fué á atacar á la escuadra olandesa, que se allaba en donde apénas

abia agûa que la sostubiese. El cómbate fué mui acalorado : peleóse por ambas partes con igual balor : mas la bictoria se declaró por los olandeses que como que tenian mas nabes pudieron atacar por todas partes al enemigo ; i como mas lijeras maniobraban con mas belozidad, i causaban mas daño que rezibian. Una nabe de las españolas fué echada á pique con su equipaje : tres encallaron i las tomaron despues, i las demas se salbaron uyendo, eszepto la capitana montada por el conde, (1) que segun los istoriadores contemporáneos era de las mayores que asta entonzes se abian bisto, i al mismo tiempo de las mejor tripuladas. Rodearonla muchas de las enemigas, que la cañonearon i aconcharon en un banco de arena. Aun no queria rendirse el conde, i continuó defendiéndose con el mayor balor asta que de treszientos soldados que tenia á bordo murieron doszientos beinte, i los demas, eridos é imposibilitados de pelear, sino quinze. En este estado le aconsejó un español que dejase el paso libre asta que entrasen cuantos cupiesen, i entonzes pegase fuego á la Santabárbara, i todos bolarian con la nabe. Aquel ombre, despues de las orribles perfidias que los de su nazion cometieran en Naerden i Arlem, i en que él abia tenido parte, no debia de esperar que los olandeses le diesen cuartel. El conde desechó su consejo: nada tenia que repreenderse: abia echo lo que su obligazion i su onor le pedian. Azeptó pues la oferta que los benzedores le izieron de salbarle la bida i á cuantos en la nabe estaban si se rendia. Este fin tubo aquel

(1) El nabio almirante llamado la inquisizion no llebaba mas que treinta i dos cañones.

combate que duró beinte i ocho oras. Al conde embiaron prisionero á Orn. (1)

Sonoy dió inmediatamente abiso de su bictoria á los estados de Olanda, que bien persuadidos de que su salud dependia de la conserbazion de la superioridad por mar, esperaban con el mayor cuidado el ecsito del combate. Dispusieron que en todas las iglesias de la probinzia ubiese acziones de grazias por tan señalada bictoria.

La toma de Jeertruidenberg acrezentó el júbilo de los olandeses. Fué sorprendida aquella plaza por un protestante franzes llamado de la Payette, que de noche la tomó por asalto. A la guarnizion compuesta de un rejimiento walon pasó á cuchillo, i al gobernador que era español izo lo mismo. Era de tanta importanzia aquella ziudad como que azia á los olandeses dueños del Mosa, i les abria la entrada del Brabante.

Indemnizó en parte, de esta pérdida al duque de Alba la bentaja que un destacamento de su ejérzito tubo del señor de santa Aldegunda, que al frente de otro destacamento marchaba á impedir las incursiones que los españoles azian en la parte meridional de Olanda, i fué desbaratado i él mismo prisionero. No perdonara el duque la bida de un ombre cuyo zelo abia animado al de todos sus conziudadanos por la libertad; empero el conde de Bossut estaba en poder del prínzipe de Oranje, que abia protestado le trataria como el duque á santa Aldegunda.

Abiase propuesto el duque abrir la campa-

(1) De Thou, l. 55, sect. 7. Meteren, p. 125. Bentiboglio, p. 133.

fia por el sitio de Leidem, i aun echo ocupar por sus tropas muchos puestos á los alrededores de aquella ziudad. Aquel sitio no menos memorable que el de Arlem no ofrezia menos dificultades que benzer, ni menos gloria que adquirir; empero fué al suzesor del que formó el proyecto á quien estubo reserbada la ejecuzion, dado que como ya dijimos tenia el duque pedida lizenzia para bolberse á España á pretesto de su quebrantada salud por la umedad del clima i las fatigas que abia padezido. Muchos no obstante creyeron que la berdadera causa fué el temor de que sus enemigos prebiniesen al rei, le llamase á su lado, i probeyese en otro el gobierno. Mas esto no era berisimil, puesto que el duque no abia echo mas que obrar conforme á las órdenes del rei mismo, i que asta las acziones mas crueles le fueron prescritas. Pero pudo rezelar el duque i con arta probabilidad, que su amo empezase á desconfiar del logro de sus intentos, particularmente por los crueles medios que abia seguido; i que zediendo á la nezesidad, á pesar de su gusto é inclinazion natural, quisiese probar otros mas suabes. Tales eran en efeto las disposiziones de Felipe cuando el duque le pidió lizenzia para dejar los Paises-Bajos. Teniasele en Madrid por el menos á propósito para seguir el nuebo sistema adoptado; i el consejo estaba bien combenzido de que miéntras permaneziese en su gobierno nunca las probinzias lebantadas darian oidos á ninguna proposizion que les iziese un ombre á quien tanto aborrezian. El rei aczedió á la solizitud del duque, i embió al de Medinazeli que le reemplazase. Mas á este á su llegada le espantaron las dificultades que tenia que benzer, la poca gloria que adquirir i los

muchos peligros que arrostrar; pareziéndole tal el estado de las cosas que reusó encargarse de un destino, que graduó de mui superior á sus fuerzas, i por consiguiente pidió lizenzia, i la obtubo para bolberse á España. Sin embargo permanezió en los Paises-Bajos asta fines de 1573 que el nuebo gobernador don Luis Zúñiga de Requesens, comendador mayor de Castilla, llegó á Bruselas, adonde pasó el duque de Alba á rezibirle i entregarle el mando. Pocos dias despues partió el duque con su ijo para Alemania, desde donde por Italia se restituyó á España.

Esta mudanza no la miraron todos bajo un mismo aspecto. Ni los protestantes mismos deduzian unas propias consecuenzias. Zelebrabanla unos, porque conozian los grandes talentos del duque, i temian su abilidad. Pensaban otros que la fortuna le abia abandonado en zierto modo, i que el orror que su tiranía abia inspirado á su persona i su gobierno estrecharia de cada bez mas los lazos que unian á sus enemigos, i les alejara para siempre de oir ninguna espezie de acomodo que les propusieran los españoles. Mirabanle los protestantes como el oríjen de todas sus calamidades. Acordabanse de que cuando la duquesa de Parma le entregó el gobierno, la tranquilidad, la paz i la felizidad reinaban en los Paises-Bajos; i que su tiranía abia substituido, los alborotos, los desórdenes i enzendido aquella guerra destructora que no pudo apagar; i creian que lo combenzido que estaba de no poder apagarla jamás, le abia obligado á pedir el relebo. Este ombre sanguinario se jactó con el conde de Koningstein, tio del prínzipe de Oranje, en cuya casa se ospedó en Alemania á su paso para Italia, que en los zinco años i medio de su man-

do abia echo morir por mano de berdugo mas de diez mil erejes, i muchos mas por la espada, despues de rendidas las ziudades, i de las batallas ganadas.

Lo zierto es que miéntras duró su gobierno el estado de los Paises-Bajos no pudo ser mas deplorable. No solo oprimió á los protestantes sino á los católicos, dado que fueron muchos los que perezieron de su órden i se les confiscaron sus bienes á pretesto de aber ocultado ereges, ó tenido correspondenzia con los desterrados. Izo castigar seberamente mujeres por aber proporzionado la ebasion de sus maridos proscritos por el consejo de sangre. Del mismo modo se portó con ijos que abian cometido el delito de aber ayudado á uir á los autores de su bida, condenados por aquel cruel tribunal. En Utrecht se bió ajustiziar á un padre porque durante una noche ocultó á un ijo desterrado.

Antes que el duque llegase florezia el comerzio: despues, sus persecuziones espatriaron un considerable número de protestantes industriosos; con lo cual, i con su neglijenzia en no aberse proporzionado una armada que contubiese á la del enemigo, se allaba el comerzio en el mas deplorable estado. No obstante, oprimia el duque el pais con cargas é impuestos que se cobraban con el mayor rigor. Biósele muchas bezes azer que se insultase al pueblo, i cuando ya por no poder mas cometia algun exzeso aprobechaba la ocasion de confiscar los bienes de los culpables, á quien ademas se solia condenar á muerte. Los impuestos i las confiscaziones era mucho lo que produzian; pero no bastante para sufragar los enormes gastos que tenia que azer. I como era tan poco lo que le embiaba España, ocupada entonzes en empre-

sas mui dispendiosas, era el pais el que probeia de ombres los ejérzitos, i á los ejércitos de subsistenzias. I para colmo de desdichas tambien pagaba el pais la construczion de las ziudadelas que el duque azia lebantar para contener al pueblo. La contínua escasez de medios en que por esto se allaba, le tenia reduzido á la imposibilidad de pagar á los soldados; i de aquí la nezesidad de permitirles que bibiesen á discrezion en los pueblos i en los campos, dejando así las casas, las aziendas i los dueños en manos de la concupiszenzia cruel i opresiba de la soldadesca.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II, REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO TERZIO.

PRIMERA PARTE.

Nadie mejor que Requesens podia reemplazar al duque de Alba en el gobierno de los Paises-Bajos, por sus partes abentajadas para el desempeño de tan importante destino. En la batalla de Lepanto se acreditó de soldado baliente i benemérito ofizial. Su prudenzia i moderazion le abian granjeado estimazion i amor en Milán donde se allaba de gobernador; i Felipe espeperaba de su afabilidad lo que no pudo conseguir del gobierno biolento del duque de Alba.

En prueba del opuesto modo con que ya se pensaba en España, baste dezir que el nuebo gobernador izo abatir la estátua del duque, de que ablamos arriba, reprimió la insolenzia de algunas guarniziones que autorizadas por su antezesor cometian los mayores eszesos; i despues dedicó toda su atenzion al socorro de Mid-

delbourg que los zelandeses tenian sitiada año i medio azia. Miéntras gobernó el duque se izieron mil tentatibas para obligarles á que lebantasen el sitió; pero la superioridad de su escuadra las inutilizaron todas. Mondragon que la defendia abisó al comendador que si dentro de pocos dias no le socorria se beria obligado á capitular.

Conozia el gobernador lo estremada que seria la nezesidad cuando un ofizial tan baliente é intrépido como Mondragon dezia que ya no le era posible conserbar una plaza fiada á su zelo i á su balor. Conozia tambien que de la conserbazion de ella dependia la de las demas ziudades de la Zelanda, que aun permanezian fieles al rei. En consecuenzia se dedicó esclusibamente á proporzionar los medios de impedir que los zelandeses se apoderasen de Middelbourg. Trasladóse á Amberes, donde sin alzar la mano izo equipar muchas nabes, que juntas á las que al mismo tiempo azia que se equipasen en Berg-op-zoom compusiesen una armada de mas de treinta belas, sin los barcos de trasporte para bíberes i muniziones. (1) Dibidióla en dos escuadras: de la que salió de Berg-op-zoom dió el mando, al bize-almirante el señor de Glimes, i á Julian Romero: la otra á las órdenes de Sancho de Abila dió la bela en Amberes, bogó al oeste del Escalda, miéntras la otra bogaba al este. Era su objeto obligar al enemigo á que dibidiese sus fuerzas para que una de las dos escuadras pudiese llegar mas fázilmente i entrar en el canal de Middelbourg.

Estas disposiziones estaban bien tomadas;

(1) Meteren, p. 31.

pero las desbarató el prínzipe, que como tenia amigos i partidarios en todas las probinzias marítimas, por ellos supo los intentos de Requesens, i asta el plan de operaziones. En consecuenzia dejó el prínzipe la Olanda, pasó á la isla de Walcheren i fijó su residenzia en Flesinga para allarse mas en disposizion de dirijir las operaziones de los zelandeses. Dispuso pues que una parte de la armada de estos se azercase á la costa meridional de la isla, i que allí esperase la de Abila, miéntras la otra parte á las órdenes de Boissot, almirante de Zelanda, fuese con cuanta brebedad pudiese á atacar en el Escalda oriental la de Glimes i Romero, que con los mas de los trasportes abia dado la bela en Berg-op-zoom con destino á Middelbourg. Cuidadoso Requesens de la suerte de esta dibision la acompañó asta Sacherlo donde ancló esperando la marea alta.

Luego que Boissot se presentó, conozió Glimes que sus fuerzas eran mui inferiores á las de aquel, así en el número como en el tamaño de los buques, i fué de dictámen de que no se arriesgase el combate sino que se dejase la empresa. Pero Romero en un arrebato de su balor, i mirando con el mayor desprezio á los rebeldes se obstinó en pedir el combate, i en zierto modo obligó á Glimes á que le diese. Lebáronse anclas i se bogó ázia el enemigo. La nabe que montaba Glimes dió en un banco de arena de donde no fué posible sacarla: atacanla inmediatamente los zelandeses por todas partes, i logran ponerla fuego. Fué Romero en su socorro, pero todos sus esfuerzos no bastaron á apagarle ni á impedir que se fuese á pique, despues de comunicar el fuego á la de Romero, que tubo que abandonarla, i salbarse á na-

do. (1) Igual suerte cupo á las demas nabes españolas: unas quemadas, otras á pique, i las que nó en poder del benzedor. Glimes, muchos ofiziales, i mil walones ó españoles perezieron en esta jornada, que fué dezisiba, i Requesens con el desconsuelo de aberla estado presenziando desde el dique de Sacherlo. Este suzeso era por sí mismo sumamente infausto en el momento; empero Requesens que miraba su traszendenzia en adelante, le juzgó aun mas siniestro de lo que parezia.

Abila por su parte abia salido de Ambéres con su escuadra i dirijidose ázia Flesinga. Si ubiera seguido su rumbo sin detenerse, llegara á tiempo i socorriera á Middelbourg. Mirabalo el prínzipe cuidadoso desde un cabo zerca de Flesinga. Sabia que la escuadra que abia destinado á que se opusiese á esta, no era tal que la pudiese combatir con buen ecsito; porque las nabes mas fuertes i mejor montadas, las tropas mejores i mejor equipadas, eran las del mando del almirante Boissot. Por esto, lo que el prínzipe mas temia era que Abila quisiese tantear el paso antes que Boissot bolbiese. Pero zesaron sus temores luego que bió á Abila echar el ancla, como esperando á Glimes i Romero, para continuar su ruta. Esta falta, dezidió de la suerte de Middelbourg. Pocas oras despues supo Abila las resultas de la batalla de Sacherlo, i sin esperanza ya de poder socorrer aquella plaza se bolbió á Ambéres, sin que el enemigo que le seguia le iziese mucho daño.

Inmediatamente embió el prínzipe á Middelbourg un ofizial español que tenia prisionero, para que instruyese á Mondragon de lo que

(1) Meursii Auriacus, p. 122.

acababa de suzeder, i le dijese que si dentro de brebes dias no rendia la plaza pasaria á cuchillo la guarnizion. Estaban los sitiados en el último estremo: muchos abian muerto de ambre ú de las enfermedades que produzen los malos alimentos: abianse acabado todas las probisiones, i asta la carne de caballo i de perro, sin que restase mas que pan echo de linaza, i eso mui poco. En esta situazion era forzoso capitular ó resolberse en morir de ambre; i el tardar mas en rendirse era esponer á los abitantes i á la guarnizion al furor de un benzedor irritado por tan obstinada resistenzia. Consintió pues Mondragon en rendir Middelbourg i Armuyden con la condizion de que la guarnizion saldria con armas i bagajes, i que todos los eclesiásticos i católicos que quisiesen retirarse podrian azerlo libremente, llebando consigo sus bienes, ó disponiendo de ellos como les pareziese. El prínzipe que estimaba á Mondragon asta por la gran defensa que acababa de azer, azeptó las condiziones que le propuso; pero le esijió palabra de onor de que pediria á Requesens la libertad de santa Aldegunda i de otros dos ó tres ofiziales jenerales, i que sino la lograba se bolberia á disposizion del prínzipe. Mondragon probó que no era indigno de aquella confianza, i á su instanzia fueron puestos en libertad las personas que el prínzipe reclamaba. (1)

La toma de Middelbourg i la bictoria de Sacherlo, daban una gran bentaja al partido de Guillermo sobre el de los españoles; lo que era para el suzesor del duque dar prinzipio á su gobierno de un modo poco á proposito para

(1) Meteren, p. 120. Bentiboglio.

captarle la confianza del pueblo. Empero á pesar de esto, daba al prínzipe mucho cuidado la consideracion de los efectos que podria produzir en los ánimos la notable diferenzia que abia entre el carácter de Requesens i el de su predezesor; i aun mas, la que sobresaldria entre la conducta que tubo el uno i la que se inclinaba á tener el otro. Los grandes talentos militares del duque, su firmeza de alma, su gran bijilanzia é infatigable actibidad, i aun mas que todo la inflesibilidad de su carácter i la dureza por no dezir ferozidad de su corazon, le abian echo un objeto de terror i de asombro. El temor que inspiraba tenia en respeto á las mas de las probinzias é inutilizaba los esfuerzos de las otras. Su tiranía produjo la rebelion, ella la arraigó, i ella la sostubo. Empero un gobierno mas justo, mas moderado, i mas sagáz, podia no solo afirmar en la obedienzia las probinzias del interior, sino atraer al antiguo yugo á las de Olanda i Zelanda. Para prebenir tan funesta nobedad se balió el prínzipe de todos los medios que creyó mas propios, así para aumentar el temor que la idea solo de aquel yugo podia inspirar, como para sostener la esperanza de los que le abian sacudido.

«El rei de España, dezia, ó azia que se dijese por sus parziales, pareze aber consultado buestros deseos llamando al duque de Alba; pero la eleczion que de Requesens a echo para que le suzeda ¿debe daros la mas lijera esperanza de que buestros derechos serán mas respetados por este que lo fueron por el otro? La crueldad con que Requesens a tratado á los moros de Granada es la que le a granjeado el fabor del rei. Respecto de bosotros, tan estranjero es como el duque, i español como él. ¿I po-

dreis lisonjearos de que tomará ningun interés en buestra suerte? ¿ni que tenga otros deseos que los de que se cumplan los tiránicos de su amo? Requesens pareze mas moderado i apazible que el duque; pero mas bien en sus modales i aspecto que en su ánimo, i por lo mismo mas peligroso i temible para todos los que tienen un berdadero amor á la pátria. Es mucho lo que a prometido, i muchas sus protestas de bondad i clemenzia ¿empero a dicho algo en cuanto á libraros de las enormes imposiziones que os agobian? ¿A tratado de asegurar á buestras conzienzias la libertad que se las quiere robar, ni de librarlas de la biolenzia en que el duque las quiso poner? Las leyes que este olló ¿las a restablezido su suzesor? Esas tropas estranjeras, á cuya codizia i ferozidad se os a entregado ¿se an echado fuera del pais? Pues esos son los motibos que izieron tomar las armas á las probinzias de Olanda i Zelanda. Berdad es que no siempre las a acompañado la fortuna; empero tambien lo es que por mas bigorosos que fueron los esfuerzos del duque, ni por mas numerosos ejérzitos que emplease para reduzirlas, se ben oi gobernadas por sus naturales, i gozando en libre i plena posesion de sus derechos así zibiles como relijiosos. A las otras probinzias toca seguir este ejemplo. El nuebo gobernador sabe poco del arte de la guerra: sus tropas apénas le conozen, están descontentas, i el jermen de sedizion que antes se descubriera aun no se a sufocado. Acaso se tendrá por una audazia temeraria el que un tan pequeño estado como este se atreba á entrar en lid con un enemigo tan poderoso como el rei de España. Pero la potenzia de este ¿es efectiba? ¿es en realidad tan formidable como lo pareze? La

grande estension de sus dominios es mas un obstáculo que un medio de azerse temible ; i si se atiende á lo que nuestro pais dista de la silla del imperio español, fázilmente se conozerá que siendo tan difizil el traer tropas bien de Italia bien de España, toca en lo imposible el que el rei logre nunca que buelban á su obedienzia las probinzias que salieron de ella, si prozeden de comun acuerdo, i perseberan con firmeza i constanzia en la resoluzion tomada en fabor de una causa que interesa la fortuna i esistenzia de los naturales, su comerzio, su relijion i su libertad zibil.»

Estos i otros semejantes discursos repetidos con frecuenzia al pueblo, le animaban, le unian al prínzipe, i le inflamaban á obrar de acuerdo con él para impedir el intento de reduzirle á una bergonzosa esclabitud.

Por otra parte el conde Luis de Nasau, que desde la rendizion de Mons permanezia en Alemania, todo lo mobia por interesar á los prínzipes protestantes en que le ayudasen á realizar los preparatibos que azia para nueba imbasion en las probinzias interiores. El mal suzeso de las primeras no le abia desanimado: conozia la gran propension de los soldados españoles á amotinarse; pero en lo que mas confiaba para el logro de sus nuebas empresas era en los ausilios que su ermano entonzes podia darle. Abian conzertado entre ambos que luego que el prínzipe acabase de azer sus reclutas se adelantaria al frente de un cuerpo de tropas ázia las probinzias interiores, ya para causar una dibersion, ó ya para que reuniesen sus fuerzas.

Pero al conde faltaba dinero: todos sus bienes así como los de su ermano se abian consu-

mido en las anteriores empresas. Los estados de Olanda no podian sufragar los gastos ordinarios; i así en union con el prínzipe recurrieron á la reina de Inglaterra. Pero aquella soberana no queria aun quebrar con el rei de España, i se negó á darles socorros. Muchos prínzipes protestantes de Alemania se los tenian ofrezidos al conde, que contando con ellos abia formado el designio que intentaba ejecutar; empero cuando llegó el tiempo de azerlos efectibos se mostraron tan tibios como acalorados i ferborosos cuando los prometieron. En este estado i no queriendo el conde desistir de un proyecto en que á sus instanzias muchos protestantes franzeses i alemanes abian entrado, entabló una negoziazion secreta con Schomberg, embajador del rei de Franzia, que entonzes trataba de ganar los prínzipes de Alemania para que se declarasen por el duque de Anjou, á quien el rei su ermano queria que elijiesen rei de Polonia. En una entrebista que el conde tubo con el embajador en Francfort combinieron en que si el rei de Franzia declaraba la guerra al de España, las probinzias de Olanda i Zelanda se pondrian inmediatamente despues en poder de franzeses, cuyo soberano prometia mantener á los abitantes en la plena i entera posesion de sus derechos, i en el libre ejerzizio de la relijion reformada: que sino quisiese romper con el de España ni azerle la guerra al descubierto, daria al conde treszientas mil libras, i tendria del mismo modo la soberanía de aquellas probinzias; de lo cual serian garantes algunos de los prínzipes alemanes que entraban en el combenio. Una parte de esta suma rezibió el conde i con ella pudo acabar de lebantar un cuerpo de siete mil infantes i de tres á cuatro mil caballos. La muer-

te de Cárlos IX acaezida poco adelante impidió la ejecuzion de este tratado.

A pesar del rigor de la estazion se puso el conde en marcha con su campo á prinzipios de febrero, llebando consigo á su ermano Enrique, i á Cristobal, ijo del elector Palatino. Con intento de sorprender á Requesens dirijió su marcha con la mayor zeleridad ázia los Paises-Bajos, i pasado el Rin i el Mosela se encaminó á la Güeldres con designio de pasar el Mosa por Maestricht, atrabesar el Brabante, é ir á reunirse con su ermano, que ya estaba sobre abiso para que así se berificase.

Abia el conde echo sus preparatibos con tanta prontitud i sijilo que Requesens no supo su intenzion asta que supo su marcha: notizia que le dejó mui indeziso. Los rebeses padezidos le tenian tan debilitado, que no le parezia posible el oponerse á un mismo tiempo á los dos ermanos; i si no dibidia sus fuerzas por salir con ellas enteras al encuentro del conde, dejaba las probinzias marítimas espuestas á que las tomase el prínzipe. Juntabase el rezelo de que los soldados que presidiaban las ziudades se negasen á salir de ellas sino se les pagaban sus atrasos. A tantos motibos de indezision se allegó otro de la mayor importanzia, i fué el abiso que le dieron de un proyecto formado por los partidarios del prínzipe para sorprender á Ambéres. En estas zircunstanzias consultó Requesens con los prinzipales ofiziales, i oidos resolbió quedarse en aquella ziudad con el marques de Bitelli para inutilizar las intelijenzias del prínzipe. Abia echo nuebas reclutas, formó un campo, i le puso á las órdenes de Abila para que se dirijiese á Maestricht i se opusiese á que el conde pasase el Mosa. A estas tropas siguieron inmediata-

mente todas las de que podia disponer, sacándolas de los cuarteles, ofreziéndoles que las pagaria sus atrasos luego que las probinzias del interior estubiesen libres del peligro que las amenazaba.

Por su parte el conde abia seguido su marcha ázia la frontera, i llegó con su campo á pocas millas de Maestricht, esperando que sus amigos en la ziudad tendrian bastante poder para entregarle una puerta. Pero Requesens le prebino; pues llegaron á la ziudad á tiempo de frustrar sus trazas algunas compañías de tropas lijeras que á este fin sacó del ejérzito de Abila; el cual llegó pocos dias despues.

No se allaba el conde en estado de emprender el sitio de una ziudad tan bien fortificada como Maestricht, i despues de algunas lijeras escaramuzas decampó; i siguiendo siempre el curso del rio al este, se dirijió ázia Ruremunda, en donde no fué mas dichoso que en Maestricht, porque á los abitantes con quienes contaba no les perdian los demas de bista, i les era imposible declararse. Continuó pues su marcha con la misma direczion, dezidido á no parar asta que allase á su ermano, de quien sabia que abanzaba á reunirsele en el departamento situado entre el Mosa i el Waal.

Al prinzipio no se propuso Abila mas que impedir que el conde Luis pasase el Mosa, i á este fin le iba siguiendo lo mas de zerca que podia, de modo que el rio era el que separaba los dos ejérzitos. Empero un refuerzo que rezibió de dos mil beteranos, i la notizia de que el conde abia desistido del intento de pasar el rio, i que ya no llebaba otro que el de reunirse á su ermano, le izieron mudar de plan i pensar

en impedir si le era posible aquella reunion, ó forzar al conde á dar batalla si la abia de berificar. Con este designio dobló las marchas, pasó el Mosa en Grabe por un puente de barcas, i se fué á apostar de modo que ó el conde desistiese del proyecto de reunirse á su ermano, ó tubiese que atacarle i forzarle á que le dejase el paso libre. No se ubiera allado en esta desagradable alternatiba, i ubiera dejado mui atras el ejérzito español, si el suyo descontento por no aber entrado en Maestricht ni en Ruremunda no ubiese retardado su marcha, i dado tiempo á que los españoles le zerrasen el paso. El conde no tubo notizia del intento de Abila asta que se la dieron de que abia pasado el Mosa, i que estaba con todo su ejérzito como una legua del lugar de Mooch, adonde él acababa de llegar con el suyo. En esta posizion era nezesario resolberse á dar batalla ó á retirarse: esto último era tan peligroso como difizil el azerlo sin gran desórden. El soldado que siempre supone el peligro que se quiére ebitar mucho mayor de lo que es, se abate i consterna, solo trata de uir i de nada menos que de defenderse. Esta consideurazion influyó prinzipalmente en que el conde diese la batalla, no obstante que sabia la calidad de los soldados contra quienes iba á pelear; que sobre ser beteranos escojidos, balientes i bien disziplinados, les animaba la memoria de sus pasadas bictorias. Esto, sin contar con la capazidad de quien los mandaba, que de simple soldado abia llegado por su solo mérito á jeneral.

Para mejor poder resistir á tan formidable enemigo, tomó el conde la resoluzion de permanezer en Mooch, e izo lebantar una trinche-

ra, detras de la cual puso la infantería. La caballería, aunque disminuida por la deserzion, era aún mui superior á la enemiga; pero que no podia sacar mucha bentaja de esta superioridad por la desigualdad del terreno. Colocóla lo mejor que este se lo permitió á la derecha de su campo, i despues embió un destacamento de sus mejores tropas á que ocupase una colina que abia detras, con el objeto de que fijase la bictoria si se mostraba dudosa en su fabor, ó de que le abriese paso en caso de infortunio, para juntarse con su ermano que abia llegado asta Nimega. Apénas tomadas estas disposiziones, se presentó Abila, llebando á su derecha toda la infantería, i á la izquierda la caballería, cubierto su flanco por un cuerpo de fusileros que la sostubiese contra la superioridad de la enemiga.

Prinzipió la aczion Abila embiando treszientos ombres que atacasen las líneas: biéndoles abanzar los que las guardaban, les salieron al encuentro, i les acometieron con denuedo; empero no correspondió el suzeso á su balor: fueron rechazados i perseguidos asta las trincheras. Allí se enzendió mas el combate: las tropas de refresco que llegaban de una i otra parte le izieron mui largo i mui sangriento. Los istoriadores que le describieron discordaron tanto, que es casi imposible dezidir quienes son los mas dignos de creenzia. Dizen unos que los alemanes pelearon con balor: otros, que los franzeses fueron los únicos que resistieron, i que los alemanes se negaron á pelear, si ante todas cosas no se les pagaban los atrasos que se les debian; i que asta que los españoles atrabesaron la trinchera, no empezaron á defenderse: que enton-

zes los benzedores mataron muchos, i pusieron á los otros en bergonzosa fuga.

La caballería del conde por su parte se arrojó á algunos pelotones de la del enemigo, que se abian azercado á su campo, los derrotó, i siguió el alcanze con mas ardor que órden; i cuando se preparaba á nuebo ataque, sobrebinieron algunos escuadrones enemigos, cayeron sobre ella, i la izieron uir. Los fusileros que Abila abia colocado para que sostubiesen su caballería, cojieron entonzes por el flanco á la del conde, i acabaron de derrotarla. En bano intentó este i el prínzipe Palatino reazerla. En esta ocasion descubrieron los mas grandes talentos militares, i no omitieron nada para restablezer el combate, miéntras con su ejemplo procuraban reanimar el balor de los soldados; i acaso lo ubieran conseguido si un cuerpo de lanzeros españoles no ubiera llegado: mas su arribo izo jeneral la derrota de la caballería del conde, i la bictoria se dezidió por los españoles. Perdieron sus enemigos en esta jornada de tres á cuatro mil ombres de infantería, i al rededor de quinientos de caballería, i entre ellos el conde Luis, su ermano el conde Enrique i el prínzipe Palatino Ningun istoriador a descrito zircunstanziadamente su muerte; sino que todos combienen en que pelearon con balor eróico. Esta pérdida difundió la consternazion entre los protestantes, particularmente la del conde Luis, que siempre les abia dado pruebas del mayor zelo, i de la mas sínzera adesion.

Inmediatamente que llegó al prínzipe esta infausta nueba, se bolbió á Olanda; porque la muerte de su ermano i la pérdida de la batalla

de Mooch le imposibilitaban el estar en campaña. (1)

Esperaba Guillermo que el enemigo le persiguiese, i aprobechase aquel momento en que su bictoria acababa de difundir el terror, para azer mayor el efecto; i así suzediera si el ejérzito español no se amotinara. Al dia siguiente de la batalla pidió con la mayor osadía i firmeza que se le pagasen los tres años de atrasos que se le debian. Erale imposible al jeneral azerlo. No era esta la bez primera en que los soldados manifestasen su descontento, pues antes de empezar la espedizion que acababan de terminar con tanta gloria, ya se abian mostrado en muchas ocasiones dezididos á la desobedienzia. Abíales prometido Abila, como arriba dijimos, que se les pagaria inmediatamente que la jornada se acabase: mas es probable que esta oferta les estimuló menos á emprenderla, que la esperanza del pillaje, ó el temor de las fatales consecuenzias que contra ellos ubiera podido tener el logro de lo que el conde Luis intentaba. Abila, para sosegarlos, les izo nuebas ofertas; pero fueron mal rezibidas, i le amenazaron de bengar en él su falsedad i engaño. Los esfuerzos que él i los ofiziales izieron para calmarlos fueron inútiles; sin que le quedase otro partido para librarse de su furor que el de escapar secretamente. Mas tan luego como los soldados lo supieron, tomaron las armas, dejaron sus ofiziales, nombraron otros, i elijieron un nuebo jeneral: decampan de Mooch, i se dirijen á Ambéres, con intento de bibir á discre-

(1) Bentiboglio, pag. 143. De Thou, lib. 59, sect. 15. Ban Meteren, pag. 132.

zion en las casas ricas asta que se les pague lo que se les debe.

Supo Requesens la insurreczion i la marcha, i permanezió en Ambéres. Si ubiera seguido el dictámen de Champiñi, gobernador de la ziudad, i tomado precauziones para asegurarse de las nuebas fortificaziones, ubiera frustrado su proyecto; mas no le siguió, temiendo que una parte de la guarnizion, que era española, i tenia los mismos motibos de descontento, se declarase por los amotinados; i esperando apaziguarlos con su presenzia; por lo que ninguna dificultad ubo en rezibirlos en la ziudad. Mas luego que entraron como tres mil, formaron en batalla: su bista difundió el terror entre el bezindario, tanto que muchos salieron uyendo. A su llegada les salió Requesens al encuentro, les izo ber las funestas consecuenzias que podia tener su conducta: les suplicó, les rogó, todo inútilmente: despues se balió de las amenazas, i lo único que obtubo fué que no saquearian la ziudad, empero á tal que inmediatamente se les pagasen los atrasos, i que inmediatamente tambien saliesen de la ziudad los walones i alemanes de la guarnizion, que estaban á las órdenes del gobernador. Biose Requesens obligado á aczeder á esta última condizion, i la ziudad quedó á merzed de los amotinados, cuyo primer cuidado fué apoderarse de las puertas. Despues se esparzieron por la ziudad, se entraron en las casas prinzipales, i en ellas bibian á discrezion, turbando de dia i de noche el reposo de los naturales, sin dejar por eso de instar al gobernador que les cumpliese sus ofertas, amenazando, si mas tardaba, que entrarian á saco la ziudad. Estas amenazas tenian sobre manera cuidadosos

á los bezinos; pero lo que abia mas chocante en su pretension era que querian se les pagasen tambien los atrasos que se debian á sus camaradas muertos de enfermedad, ó en la batalla de Mooch. Para satisfazerles contribuyeron los abitantes con zien mil florines, i Requesens empeñó sus alajas i muebles asta completar lo que faltaba. Despues conzedió un indulto jeneral, que confirmó con juramento, á todos los que ubiesen tenido parte en la sublebazion. Así, satisfechos los amotinados, bolbieron á la obedienzia de sus lejítimos jefes, i el 30 de mayo partieron á reunirse al ejérzito de Olanda, ocupado entonzes en el sitio de Leidem.

El perjuizio que la sedizion causó á los intereses del rei no se limitó á impedir que Abila, en prosecuzion de su bictoria, persiguiese al prínzipe de Oranje como lo iziera con mas dóziles soldados; sino que la ida á Ambéres fué ademas la causa de que se perdiese la escuadra que en el puerto de aquella ziudad abia echo Requesens equipar con la mayor presteza, durante la espedizion del conde Luis; i la destinaba á someter la Zelanda. Era numerosa; pero no tanto que pudiese partir á su destino cuando llegó la notizia de que los amotinados se azercaban. Temiendo que estos se apoderasen de ella, la condujo su comandante Adolfo Anstede á zierta distanzia de Ambéres, donde berdaderamente estaba libre de los sublebados. Empero esta prudente precauzion, salbándola de un peligro, la puso en otro mayor; dado que instruidos los zelandeses de lo que ocurria, i del puesto que la escuadra ocupaba, la atacaron cuando menos lo temian, tomaron cuarenta nabes, echaron á pique otras muchas, é inuti-

lizaron las demas. Este rebés desconzertó los medios adoptados por Requesens para someter las ziudades marítimas. A la escuadra para ello destinada i que los zelandeses acababan de destruir, debia unirse otra que el rei azia equipar en los puertos de España; empero que demasiado débil por sí sola para aquella empresa fué nezesario desistir de ella, al menos por entonzes: i despues á ningun gobernador fué posible emprenderla. (1)

Tambien el prínzipe sacó por tierra bentajas de la sedizion de los soldados de Abila. Tan luego como supo la funesta suerte de sus ermanos léjos de seguir abanzando tornó con su ejérzito camino de Olanda; mas, asegurado de lo que en el de Abila suzedia, mudó de disignio, i resolbió aprobechar la zircunstanzia con alguna nueba conquista. Con este intento pasó á la isla de Bommel, en el ducado de Güeldres, á la confluenzia del Mosa i el Rin, i se atrajo la prinzipal ziudad; establezió en ella su cuartel jeneral, permanezió algun tiempo, dió grandes socorros á los partidarios que tenia en la isla, i redujo al último estremo á los españoles. Requesens encargó al marques de Bitelli que se opusiese á estos progresos, i con efecto este distinguido jeneral izo que no lograse el prínzipe lo que de Bois-le-Duc esperaba. Por otra parte el prínzipe prozedió con tanto azierto que no le fué al marques posible tomar á Bommel.

Otro objeto mas importante llamó bien pronto la atenzion de ambos. Tal era el sitio de Leidem, del cual daremos razon luego que ablemos del medio que Requesens juzgó debia tomar para

(1) Bentib. p. 149. Meteren, p. 137.

dar fin á la guerra. Este fué publicar en nombre del rei su amo un indulto á los que quisiesen bolber á la obedienzia.

Aunque Requesens eszeptuaba del indulto á muchos, el acta que le contenia i publicó, estaba conzebida en términos menos ambiguos i por consiguiente mas á propósito para inspirar confianza que el que publicó el duque, i que por su ambigüedad ningun efecto produjo. Sin embargo lo mismo suzedió al de Requesens. El pueblo no se reconozia culpado del delito que el rei le imputaba en este pomposo acto de clemenzia. Léjos de aber echo agrabios creia aberlos rezibido, i mal podia agradezer el perdon de una pena que se dezia tener derecho para imponerle, cuando por el contrario le miraba como el colmo de la tiranía. Por otra parte, abiase insertado en el acta una condizion por la que debian de quedar escluidos casi todos los abitantes de la Zelanda i de la Olanda, es á saber, que el perdon no se estendia sino á los que dejada la reforma bolbiesen á la comunion romana: condizion sujerida por el eszesibo zelo de Felipe, i que todos sabian que este mismo zelo fundado en sus prinzipios nunca le permitirian que la moderase. Los reformados por su parte estaban mui arraigados en su creenzia, i jamas consentirian en renunziarla. A pesar de esto, se lisonjeaba Requesens de azer con ellos alguna transazion, i esperaba mucho de la mediazion de santa Aldegunda, que aun tenia en su poder. Comisionó pues á Champiñi i Junio de Jong para que fuesen á entablar con él esta negoziazion. Empero santa Aldegunda respondió que las probinzias marítimas nunca aczederian á paz que no tubiese la cláusula de que en todo lo conzerniente á la relijion se estubiese á lo que

los estados dezidieran. Conozia Requesens á su amo, i teniendo por imposible que tal consintiese rompió inmediatamente las conferenzias, i dió todo su cuidado al sitio de Leidem. (1)

Abia estado bloqueada aquella ziudad muchos meses del imbierno prezedente, i sus abitantes bístose reduzidos á no tener subsistenzias; pero la nezesidad de oponerse al conde Luis obligó á Requesens á echar mano de aquellas tropas, que en 21 de marzo dejaron el bloqueo i abandonaron sus líneas asta el 20 de mayo siguiente que bolbieron á ocuparlas.

Para formarse una idea esacta de las operaziones del aquel sitio memorable es preziso tenerla de la situazion de Leidem. Esta ziudad, pues, grande i entonzes mui populosa, se alla situada en un balle, i la cortan en muchas direcziones otros tantos arroyos i canales. Rodéala un profundo foso, i la defiende una fuerte muralla flanqueada de bastiones. La atrabiesa i dibide en dos partes un brazo del Rin, de que nazen tantos canales que puede mui bien dezirse que ai en Leidem tanta agua como tierra. Estos canales dibiden el terreno en que la ziudad está situada, de modo que forman una multitud de isletas, que se comunican entre sí por medio de mas de ziento zincuenta puentes de piedra que dan á la ziudad no menos ermosura que comodidad á los abitantes. Dista pocas leguas del Aya, de Delft, de Guda, de Roterdam, i de Arlem; lo cual aze de Leidem una plaza de la mayor importanzia, i su posesion era interesantísima á los dos partidos.

Inmediatamente que el prínzipe supo que Requesens intentaba bolber á sitiarla, lo abisó

(1) Bentib., p. 150.

á los abitantes esortándoles á que se probeyesen de muniziones de boca i guerra, i á que echasen de la ziudad toda boca inútil. Izose poco caso del abiso; i el prinzipe al mismo tiempo que se quejó de ello anunzió á la ziudad que se pasarian mas de tres meses antes que los estados pudiesen emprender nada para azer lebantar el sitio de que estaban amenazados.

No obstante, para detener á los españoles embió diez compañías de abentureros ingleses mandados por el coronel Edward Chester, que se apoderasen de dos fuertes por donde aquellos tenian que pasar para llegar á Leidem; uno en la esclusa de Guda, otro en el lugar de Alphen. Los ingleses no correspondieron á la idea que el prínzipe se abia formado de su balor. Las zinco compañías que guardaban el fuerte de la esclusa no izieron cosa que de probecho fuese, i le abandonaron: las otras zinco en el de Alphen siguieron su ejemplo, i despues de una escaramuza en que no ubo muertos ni aun eridos por ninguna de las partes, se retiraron como sus camaradas, bajo los muros de Leidem. Pero los abitantes que abian estado siendo testigos de su cobardía, reusaron rezibirlos en la ziudad, sospechando en ellos traizion; i á pesar de cuanto en su defensa dijeron, disculpándose con el mal estado de los fuertes que se les encomendaron, nada bastó para que les rezibiesen. En estas zircunstanzias resolbieron pasarse al enemigo, eszepto alguno que otro á quienes por fin se abrieron las puertas. (1)

Abia contado el prínzipe con que los ingleses despues de detener algun tiempo á los españoles, abandonarian ambos fuertes i se reti-

(1) * Meteren, p. 139.

rarian á Leidem, i por lo mismo no abia embiado guarnizion; de modo que los abitantes se allaron sin mas defensa que la de su balor. Triste situazion; empero que sin embargo á ella debieron su salúd, puesto que consumiendo menos que una numerosa guarnizion, tardaron mas en sentir los orrores del ambre, i sostubieron por mas tiempo los esfuerzos de los sitiadores.

Confióse el gobierno de la ziudad á Juan Duza, ó Ban der Does, señor de Nordwyck, caballero de mucho mérito, cuyas poesias le an echo tan zélebre en la república literaria, como su balor i denuedo en la istoria. Animaba con su elocuenzia á los ziudadanos á que resistiesen con balor: eszitábales con su ejemplo á combatir por la libertad. El orror que tenia á la tiranía española difundíala en todos los pechos, de modo que lebantando sus ánimos sobre los males que les amenazaban, supo reparar en zierto modo la falta de intelijenzia que tenian en el arte militar. No obstante, ubieran tenido que zeder al empeño de los sitiadores si Valdés á quien Requesens confiara la direczion del sitio adelantara con mas bigor las operaziones; pero fuese por economizar las tropas i apoderarse de la ziudad sin derramar sangre, ó porque temiese á pesar de su capazidad i de sus fuerzas, el tentar el asalto ó escalada, se limitó á bloquearla; empero tan bien que era imposible que entrase un ombre. Al rededor de la ziudad lebantó mas de sesenta fuertes que entre sí se comunicaban, formando una espezie de cadena que zerraba la entrada por todas partes, dejando pribada á la ziudad de toda comunicazion con las otras inmediatas. En este estremo izieron los de Leidem lo que en otro igual izieron los de

Arlem con mui buen resultado. Palomas á quien abian cuidado de instruir les sirbieron de mensajeros, i por su medio mantenian correspondenzia con sus amigos en las ziudades bezinas.

El fuerte llamado de Lammen, uno de los lebantados por los sitiadores, cortaba la comunicazion de la plaza con la pradera adonde ésta embiaba á pastar sus ganados. Con el fin de recobrarla izieron los sitiados una salida i atacaron el fuerte. El combate fué bibo i obstinado por algun tiempo, i aun parezió llebar alguna bentaja los sitiados, de modo que llegaron á fundar esperanza de quedarse con él. No obstante tubo su bizarría que zeder al denuedo de los sitiadores, que les izieron retirarse á la ziudad. Entonzes se persuadieron mas que nunca los españoles de la importanzia de aquel puesto, se fortificaron en él, i no solo quitaron á los sitiados toda esperanza de que podrian obligarles á dejar libre un gran espazio de terreno entre sus líneas i la ziudad, sino que ademas les izieron temer que lebantasen sus baterías para batirla en brecha i tentar el asalto. Mas, léjos de abatir este temor á los sitiados les dió nuebo brio. Ombres, mujeres i niños todos trabajaban inzesantemente noche i dia en azer nuebas fortificaziones. Al mismo tiempo se formó una razon esacta de las probisiones que abia; i para que durasen mas, se empezó desde entonzes á economizarlas. Para animarse mútuamente los sitiados ablaban sin zesar de la crueldad i de la perfidia de los españoles: ya referian la orrible suerte que esperimentaron los de Zutphen por aber dado crédito á sus promesas: ya recordaban el modo bárbaro i cruel con que trataron á los de Arlem, i de otras plazas que se fiaron en su clemenzia: i cuando Lannoy,

de Lique i otros partidarios de España les persuadian que se rindiesen, no les respondian sino por este berso de un poeta zélebre: *fistulam dulce canit, volucrem dum decipit auceps*: «el chuchero engaña al pájaro con el dulze son de su flauta.» A cartas que se les escribieron para que reflesionasen azerca de los males que les amenazaban, no dieron otra respuesta sino, que despues de la mas madura meditazion, estaban firmemente resueltos á perezer de ambre con sus mujeres é ijos, ó en el fuego que ellos mismos enzenderian, antes que someterse á la tiranía española: «antes, dezian, que cometer tal infamia, nos alimentaremos con nuestro brazo izquierdo miéntras nos defendamos con el derecho.» (1)

En los dos primeros meses del sitio no se esperimentó escasez de subsistenzias; pero cuando todas las acopiadas se consumieron, se allaron aquellos desgraziados reduzidos á mantenerse con carne de perro i de caballo: muchos murieron de ambre: muchos de las enfermedades que produzen los malos alimentos. Entonzes decayó el balor i firmeza de los abitantes, creyendo que sus males abian llegado á lo sumo, i que de cualquier naturaleza que fuesen los que los españoles podrian causarles nunca llegarian á ser tan grandes. En esta persuasion conzibieron barios bezinos el proyecto de entregar la ziudad, i para ejecutarle formaron zierta espezie de asoziazion. Empero i por fortuna se descubrió á tiempo de tomar las precauziones nezesarias para que no se berificase. Dízese que abiéndose reunido tumultuosamente una multitud de abitantes, fueron á buscar á un majistrado llamado

(1) Ban Meteren, ut supra.

Ban der Werff, i le dijeron que era nezesario darles que comer ó entregar la ziudad. «Yo e jurado solemnemente, les respondió, no someterme jamas á los pérfidos españoles, ni jamas entregar mis ziudadanos á su bárbara crueldad: i antes moriré que faltar á mis juramentos. No tengo bíberes, si los tubiera os los daría; empero si con mi muerte puedo alargar buestra bida, tomad mi cuerpo, dibididle en pedazos, distribuidle entre bosotros, i alimentaos con él. Yo moriré contento si por el sacrifizio de mi bida puedo suspender por un solo instante los males que sufris.» Este discurso berdaderamente eróico lebantó los ánimos abatidos; i cuantos le oyeron se determinaron á defenderse asta el último suspiro.

No ignoraba el prínzipe este calamitoso estado, ni abia omitido nada de cuanto le abia sido posible por mejorarle. Izo un gran acopio de bíberes; pero todos sus esfuerzos por lebantar un cuerpo de tropas que pudiese abrir paso al comboi é introduzirle en la plaza fueron inútiles. En estas zircunstanzias combocó los estados de la probinzia, les espuso el en que los sitiados se allaban, i les izo ber que era tal que no podia diferirse el tomar una resoluzion. Considerada por los estados la fuerza del enemigo, i comparada con la que le podian oponer, juzjaron serles imposible socorrer la ziudad, ni por tierra, ni por los rios, ni por los canales. En consecuenzia, i no consultando mas que la desesperazion resolbieron poner por obra el medio que ella les sujería, i que en berdad era el único que estaba en su mano. Tal fué el abrir las esclusas i romper los diques que retenian las aguas del Mosa i del Issel. Inundado el pais esperaban aprobecharse de sus barcos para intro-

duzir los socorros. Semejante resoluzion no podia menos de repugnar estraordinariamente á una nazion que así entonzes como aora cuida con la mayor bijilanzia de la conserbazion de los diques, en la que a gastado i gasta sumas considerables. Pero la libertad que le era mas cara que la conserbazion de sus tierras tubo la preferenzia, tanto por el temor de perderla, cuanto por el aborrezimiento que ella misma les inspiraba á la curia romana i á la tiranía española. Estimóse el daño que podria causar la proyectada inundazion en quinientos mil florines; pero tubieron presente que si por no esperimentarle se apoderaban los españoles de Leidem lo arian tambien del resto de la probinzia: mal, que tubieron los estados por mayor que la pobreza, i aun que la muerte misma, i quisieron mas arruinar su pais enteramente que permitir le gozase tan aborrezido enemigo. Tomada que fué esta desesperada resoluzion trabajaron los olandeses con tanto empeño en la destruczion de aquellos diques en que consistia la seguridad del pais i de la nazion entera, como el que comunmente empleaban en repararlos cuando alguna repentina inundazion los deterioraba.

Libres de todo obstáculo i dejadas á las aguas su natural biolenzia, en poco tiempo se derramaron por todo el terreno que media entre Roterdam, Guda, Delft, i Leidem. Tan súbita inundazion, cuya causa ignoraban los españoles, difundió al prinzipio entre ellos el terror i el temor; mas luego que la supieron, i notaron que las aguas no pasaban de zierta altura, empezaron á perder el temor de un suzeso que no podia tener otra consecuenzia, i cuyos efectos eran limitados. No obstante, tubieron que abandonar los fuertes que abian construido en los

sitios mas bajos, i retirarse á los mas altos; por cuyo medio todabía se lisonjeaban de mantener el bloqueo asta que el ambre, cuyos estragos sabian, forzase á la ziudad á rendirse.

No estaba entre tanto ozioso el prínzipe. Ocupado del proyecto que abia conzebido de socorrer á Leidem, azia construir en Roterdam i otras ziudades barcos chatos de diez, doze, catorze, i diez i seis remos: i luego que tubo como dos-zientos en estado de bogar les izo equipar i artillar, i poner á su bordo ochozientos soldados zelandeses, balientes i resueltos á benzer ó morir. Animábales el zelo de su relijion i el implacable odio que abian jurado á los españoles. Sus rostros desfigurados por las muchas zicatrizes de las eridas que abian rezibido en diferentes combates, les daban un aspecto orrible, i al berlos era imposible dejar de sentir zierta espezie de espanto. Abíales llebado de la armada el almirante Boissot á quien el prínzipe encargó esta espedizion.

A prinzipios de setiembre salieron del Delft los barcos chatos á las órdenes del almirante dirijiéndose ázia Leidem; pero la profundidad no era tanta que pudiesen ir allá en derechura. Si abia rios i canales nabegables por la inundazion, azianlos impracticables los fuertes lebantados en sus márjenes por los españoles. Atacó Boissot algunos i logró echar la guarnizion; empero otros resistieron todos sus ataques. En bista de esto tomó el partido de azer que se continuasen rompiendo los diques á proporzion que fuese abanzando. Atacó á los españoles muchas bezes, i aunque estos ataques no eran de consideracion fueron siempre sangrientos. La ziudad no obstante permanezia bloqueada, i tan bien guardadas las entradas, que Boissot em-

pezaba á dudar del ecsito de la empresa: asta el zielo parezia que la desaprobaba. El biento norte que aun dominaba en aquella estazion en que ya no solia sentirse, impedia la crezïente de las aguas. Cuando el almirante partió á la espedizion quedaba el prínzipe grabemente enfermo; mas tan luego como se restablezió fué personalmente á reconozer si el almirante abia obserbado con puntualidad las órdenes de los estados; i aunque alló que sí, prebió que no se lograria la empresa miéntras el biento no cambiase, i las mareas de otoño fuesen tan fuertes como en aquella estazion suelen serlo.

Estas mareas, que ordinariamente son un objeto de terror para los olandeses, eran entonzes deseadas con tanta mas impazienzia cuanto la situazion de Leidem no podia ser mas deplorable. Azia mas de siete semanas que carezia absolutamente de pan, sin tener otros alimentos que raizes, legumbres, malas yerbas, i carne de perro i caballo. Mas cuando tambien esto se consumió, se bió reduzida á sustentarse con las pieles cozidas de los animales cuya carne antes se comiera. Este repugnante alimento infizionó la sangre de aquellos desgraziados, i mui luego parezió entre ellos la peste, que con el ambre sacrificaron en pocas semanas muchos miles de bíctimas. Los que no lo eran, apénas tenian fuerzas para sepultar á los que lo abian sido. Si su cuerpo padezia agudos dolores, mas agudos eran los que á su espíritu causaba el triste i lúgubre espectáculo que á do quiera se les ofrezia. Oprimiales la miseria, i aun mas les abatia la tristeza; empero aun les alentaba la esperanza. Desde lo alto de los muros contemplaban las belas i pabellones de las nabes que sabian les llebaban su remedio; mas tambien beian

que les era imposible alargársele. No es pues estraño que reduzidos á tan cruel miseria formasen muchos el designio de entregar la ziudad, ni que para ello se repitiesen las conspiraziones: empero sin que ninguna cuajase, pues todas fueron descubiertas por la bijilanzia de Duza, ausiliado de la mayor parte de los abitantes, á quienes ni el ambre, ni la peste, ni la muerte misma que á cada paso se les presentaba á la bista bajo las mas orribles formas, bastasen á abatirlos: preferian su suerte por mas orrenda que fuese á la que les preparaba la tiranía española.

No obstante, el tiempo de su redenzion se azercaba, i el zielo mobido de sus males se declaró en su fabor al momento en que menos lo esperaban. A fines de setiembre cambió repentinamente el nordeste que tan funesto les era, en noroeste i llebó con impetuosidad las aguas del mar á la embocadura de los rios; i rodeándose despues al sur las izo refluir en las llanuras de Leidem, de modo que no formaban mas que un gran lago, que cubría enteramente casi todos los fuertes de los españoles.

Aprobechó Boissot al momento esta felíz mudanza. Aun tenian tropas algunos fuertes que se allaban al paso, pero las atacó i obligó á ebacuarlos, i los zelandeses las persiguieron así á lo largo de los diques como en sus bateles, i tubieron muchos i bibísimos encuentros en que siempre llebaron lo mejor. La situazion de los españoles fué entonzes berdaderamente deplorable: aogaronse muchos en el agua, i perezieron no pocos en el fango: i los que pensaron salbarse yéndose á lo largo de los diques, fueron bíctimas del fuego que sobre ellos azian los bateles; ó bien los que en ellos iban los der-

ribaban con garfios puestos en largas pérticas, i los mataban sin misericordia.

Aunque ebacuados todos los fuertes, como no lo estubiese el de Lammen, aun ubieran podido impedir ó al menos retardar por algunos dias el socorro si le ubieran conserbado como pudieron, respecto de ser el mas alto i mejor fortificado; pero cuando los soldados á quienes se encomendó la defensa supieron que los otros fuertes abian sido abandonados, i que las tropas de Boissot por una parte, i por otra los sitiados se preparaban á atacarlos, resolbieron imitar á sus camaradas, i aprobechándose de la obscuridad de la noche, le abandonaron, i con el ausilio de muchas luzes que enzendieron llegaron á reunirse á los otros fujitibos.

A esta fuga, pues no mereze otro nombre tan prezipitada retirada, contribuyó tambien un acaezimiento que sin duda les iziera dueños de la ziudad si supieran, ó ubieran esperado á saber la causa. La noche misma en que abandonaron el fuerte de Lammen se cayó un lienzo de la muralla de la plaza, cuyo estruendo oido por los soldados que le guarnezian difundió entre ellos tal temor que al momento se dieron á uir. (1) Si ubieran sabido la causa fázilmente abrian entrado i échose dueños de la ziudad. Mas aun sin este aczidente, ubiera caido irremediablemente en su poder con solo que ubiesen impedido por dos dias mas el paso al almirante; porque los sitiados absolutamente desprobistos ya de toda espezie de subsistenzia, estenuados por la fatiga, el ambre, i las enfermedades, por nezesidad ubieran tenido que

(1) Meteren, p. 139. Meursii Auriacus, p. 130. Bentiboglio, p. 151.

abrir las puertas i entregarse á discrezion. Zinco meses azia que estaban bloqueados. La llegada de Boissot inmediatamente dspues de la ebacuazion del Lammen, costó tambien la bida á muchos. Salieronle todos al encuentro, izoles distribuir bíberes; i una multitud de aquellos desgraziados, entregados al ambre deboradora que les atormentaba, allaron la muerte en lo que debia de conserbarles la bida.

Luego que tomaron algun alimento, los majistrados, Boissot, i todos los abitantes pasaron á la iglesia á dar á Dios grazias por tan felíz libramiento. Nunca la gratitud se esprimió con mas enerjía que en aquella piadosa congregazion: todos los corazones estaban igualmente conmobidos: todos profundamente penetrados de su felizidad presente i de sus trabajos pasados. Si se allaban por una parte poseidos de las bibas conmoziones de la alegría, no podian por otra recordar sin dolor las eszenas que acababan de pasar á su bista. Abian bisto el ambre i la peste arrebatar de sus brazos á sus padres, á sus deudos i amigos: abíanse bisto á sí mismos ya espirando, ya en el momento de ser bíctimas de la benganza de los españoles. Abundantes lágrimas regaban sus desfigurados rostros: sus boces sufocadas por los jemidos no articulaban las ferbientes oraziones que dirijian al zielo.

Leese en las istorias de aquel tiempo que cuando el prínzipe supo que se abia lebantado el sitio de Leidem, se allaba en los dibinos ofizios que se zelebraban en una iglesia de Delft, i que lebantándose al momento leyó públicamente las cartas que acababa de rezibir, i que reunidos despues los estados ordenaron un dia de aczion de grazias jeneral.

En tanto el ejérzito español caminaba ázia Amsterdam i Utrecht con ánimo de tomar por sorpresa esta ziudad; pero encontrando las puertas zerradas ubo de contentarse con la contribuzion que los abitantes le ofrezieron, i continuó su marcha á Maestricht donde se le dió cuarteles de imbierno. Toda la culpa del mal ecsito de la empresa se echó al jeneral, llegando asta acusarle de aber rezibido de los estados de Olanda ú de los bezinos de Leidem doszientos mil florines, porque prozediese con la lentitud que lo izo. No porque ubiese ninguna prueba en que fundar semejante acusazion; empero los soldados sin dar oidos mas que á su benganza, se apoderan de él, le ponen preso, i preso le tubieron asta que se obligó á pagarles aquella cantidad que le imputaban aber rezibido.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO TERZIO.

SEGUNDA PARTE.

Las grandes dificultades que los españoles encontraron en todo lo que asta entonzes abian emprendido para allanar los lebantamientos de los flamencos enseñaron á Felipe á conozerlos mejor; i á que tubiese en otra opinion su balor, i sus recursos. I por esto fué sin duda por lo que oyó faborablemente la proposizion que le izo su primo el emperador Masimiliano de que interpondria su mediazion para restablezer la paz i tranquilidad en la Flandes, fazilitando un combenio entre el soberano i los súbditos. Mui bien podia aber estimulado á Masimiliano á dar este paso el interés de su deudo; empero tambien miraba al suyo en el logro, puesto que si la union que abia entre los protestantes flamencos i alemanes se estrechaba mas, era mui de temer que el fuego por aquellos enzendido se comunicase por estos á la Alemania, i causase un inzendio aun mas boráz que

el que desolaba las probinzias rebeladas á Felipe. Asegurado pues de las disposiziones de este monarca, autorizado con poder bastante para tratar con los descontentos, embió á Olanda á prinzipios del año 1575 al conde de Schwartzenburg, acompañado de otros muchos señores alemanes. Era el conde pariente del prínzipe de Oranje con quien tubo una conferenzia en Dordrecht, le entregó una carta particular del emperador, i se balió de todo el influjo que con él tenia, i del que el emperador mismo podia tener, para interesarle en que contribuyese al logro del proyecto que allí le conduzia. Por miramiento al emperador consintió el prínzipe que se tubiese un congreso en Breda. Conozia arto bien el carácter del rei para dudar que jamas otorgase á los estados condiziones en que ellos pudiesen tener confianza. En esta persuasion les amonestó que se mantubiesen á la defensiba, i dispuestos á continuar la guerra aun con mas actibidad que antes, luego que las conferenzias se rompiesen. No fué el prínzipe de los diputados al congreso, ni á los electos permitieron los estados que pasasen á Breda asta que los españoles pusieron en Olanda á Mondragon, Romero i otras dos personas de cuenta en calidad de reenes miéntras los diputados bolbiesen.

Esta desconfianza anunziaba en los estados una firme resoluzion de no azeptar condiziones que pudiesen perjudicar en lo mas mínimo los derechos que pretendian tener.

La descripzion en que bamos á entrar de lo que ocurrió en las conferenzias de Breda instruirá al lector no solo de la mútua desconfianza de los diputados, sino de los motibos porque entonzes se adelantó tan poco en tan interesan-

te asunto como el de dar fin á la guerra; i de los que ubo para que suzediese lo mismo despues, á pesar de los medios que en el espazio de cuarenta años se emplearon para conseguir una reconziliazion berdadera.

En la primera sesion que se tubo el 14 de marzo pidieron los diputados de los estados que ante todas cosas iziese el rei que saliesen de los Paises-Bajos todas las tropas estranjeras, i que se combocase una asamblea libre de los estados jenerales de las probinzias que arreglase los asuntos zibiles i relijiosos.

Al primer estremo espusieron los diputados del rei que los soldados españoles que entonzes se allaban en los Paises-Bajos, no debian reputarse como estranjeros, siendo basallos del rei como los naturales del pais: que abiendo echo en él ántes grandes serbizios, seria ademas injusto echarlos: que no militaba la misma razon, respecto de los soldados que los estados mantenian, i eran franzeses, ingleses i alemanes, i por consiguiente berdaderos estranjeros; por lo cual eran los estados los que debian echar de las probinzias tales tropas: que la intenzion del rei no era que permaneziesen allí las suyas, antes bien las sacaria inmediatamente que la paz se asegurase, i que solo por nezesidad las abia tenido asta entonzes; pero que seria indecoroso el obstinarse por mas tiempo en solizitar que las sacase, miéntras el onor i la prudenzia ecsijian de S. M. que las conserbara. En cuanto á la asamblea de los estados jenerales, dijeron que la intenzion del rei era combocarla tan luego como la tranquilidad se restableziese: que entonzes no se opondria á que deliberasen sobre todo cuanto creyesen interesarles: que tenian sus derechos, cuya lejitimidad reconozeria S. M.

siempre, i oiria con gusto los consejos que los estados le diesen, i se conformaria con ellos en todo lo que fuese justo i razonable: que entre tanto ofrezia S. M. un olbido jeneral de todo lo pasado; á tal empero que se le entregasen las ziudades i fortalezas, con todas las muniziones de guerra, armas i artillería: que todo culto, escepto el católico, fuese abolido; quedando los que no quisiesen seguirle en libertad de salir del pais, i de disponer á su arbitrio de sus bienes i efectos.

Los diputados de los estados insistieron en su primera demanda de que se diese prinzipio, librando á las probinzias de la opresion de las tropas españolas i demas: que bien era zierto que los soldados españoles eran berdaderos basallos del rei de España; pero que no lo eran del duque de Brabante, ni de los condes de Flandes i de Olanda, como quiera que en estos conzeptos i no en el de rei de España abia ejerzido S. M. la soberanía de los Paises-Bajos; segun la constituzion de los cuales, los soldados españoles, que en ellos eran estranjeros, no podian permanezer sin una biolazion manifiesta de las leyes fundamentales: que en cuanto á las tropas que los estados tenian en su serbizio, i se componian de franzeses, ingleses i alemanes, aunque todas, por consiguiente estranjeras, abian sido llamadas por los estados mismos, sin que jamas ubiesen tenido parte en el gobierno, ni en mas que en defenderlos. No así las españolas, que á su entrada trataron á los naturales como enemigos i como esclabos: que se abian apoderado de todos los ramos del gobierno: que en muchas ocasiones se les a bisto ejerzer impunemente las mas inauditas crueldades, cometer los mayores eszesos por saziar su abari-

zia i todas sus pasiones, á espensas de los bienes, i muchas bezes de la bida de una multitud de basallos inozentes i fieles á su soberano: que miéntras tales tropas permaneziesen en Flandes, era imposible el restablezimiento de la paz. "Los que aconsejan al rei, añadieron, que mantenga sus tropas en los Paises-Bajos, ni aman su persona, ni conozen sus berdaderos intereses. Compárense los serbizios que an echo con los males que an causado, i resultará que estos eszeden en mucho á aquellos. Compárense sus serbizios con lo que les an balido sus rapiñas i concusiones, i resultará si estan sufizientemente recompensados. ¿No an contribuido frecuentemente las probinzias á la gloria de la corona de España? Si se considerase sin prebenzion la conducta que an tenido, i de la cual se les aze un crímen, se beria que nada an echo contrario á la fidelidad que al rei juraron. Nunca se an opuesto al ejerzizio de todos los derechos, que como soberano de los Paises-Bajos le pertenezen. Si an tomado las armas, a sido por conserbar los mismos derechos, los mismos pribilejios en que el rei mismo abia jurado mantenerlos; ó por defender sus bidas, sus bienes, sus mujeres i sus ijos contra la biolenzia i detestable tiranía de los españoles."

Aún continuaron: que lo que mas les aflijia era el ber que el rei no queria consentir en la combocazion de los estados jenerales, antes que la paz se restableziese en las probinzias, cuando no abia medio mas eficaz para restablezerla que combocarlos. Es berdad que seria inútil, si como lo an dado á entender los diputados del rei, ningun poder abian de tener por sí mismos, i si despues de dar su dictámen abia de tenerle el rei para seguirle ó desecharle. «En

cuanto al perdon que se nos ofreze, de ningun modo podemos azeptarle con la condizion de poner nuestras ziudades i fortalezas en manos de españoles. Si tal iziéramos, imitáramos á las obejas de la fábula, que á persuasion de los lobos, les entregaron los mastines que las defendian. Aún no emos olbidado la suerte que tubieron los condes de Egmont, de Orn, i tantos otros á quienes la gran confianza en las promesas que se les izieran causó su ruina. Respecto de la total espulsion de los que llaman erejes, es impracticable. No creen bibir en error, porque no sigan la creenzia romana: la suya es oi la de toda la Olanda i la Zelanda; i si todos los que la profesan ubieran de salir de estas probinzias, no quedaria quien restableziese los diques, i mui pronto domináran las aguas el pais.» Al concluir los diputados, pidieron á los del rei que echasen á buena parte lo que acababan de dezir, puesto que su zelo por los intereses de S. M., así bien que por los de su pátria, se lo abia dictado. «¡Pluguiese á Dios todopoderoso, añadieron, inspirar al rei i á sus ministros sentimientos menos seberos que los que asta aora an tenido!»

Los diputados del rei prinzipiaron su contestazion, quejándose de los términos en que los de los estados abian echo sus petiziones, i del espíritu que parezia aberlas dictado. Manifestaron que su soberano condeszenderia gustoso en sacar sus tropas de los Paises-Bajos inmediatamente que los artículos del conzierto se firmasen, siempre que los estados por su parte consintiesen en lizenziar las suyas, i en debolber las plazas que por ellos se tenian: que el rei se obligaba á combocar los estados jenerales tan luego como zesasen las actuales turbulenzias; empero que

no podia sin comprometer la dignidad de su corona someter á la dezision de los estados mismos las condiziones con que la paz abia de restablezerse, dado que si á ello aczediera, seria despojarse de su mas preziosa prerogatiba, suponiendo en los estados el poder de establezer, cuando no debian tener mas que el de representar, i obedezer despues: que por lo conzerniente á la relijion, el rei estaba firmemente resuelto á no dejarles la dezision: que él i los estados mismos abian solemnemente jurado mantener la romana: que ninguna considerazion, fuese la que quisiese, podria jamas separarle de la resoluzion en que estaba de no permitir que se introdujese en el culto nada que contrario la fuese: que el temor de ber despobladas las probinzias marítimas por la espulsion de los erejes, no le aria bariar; puesto que estaba en que berificada la espulsion, serian aquellas probinzias aún mas florezientes, á benefizio de la paz i tranquilidad en que quedarian, como consecuenzias nezesarias de la uniformidad de creenzia; i que en fin, estaba combenzido de que echados los ministros de la reforma, el pueblo conozeria mui pronto el error á que ellos le abian induzido, i bolberia al seno de la berdadera iglesia.

Los diputados de Olanda i Zelanda, despues de aber tomado nuebas instrucziones de sus comitentes, dieron el 31 de mayo por última respuesta: «que los estados se someterian á la dezision de la asamblea jeneral de todas las probinzias sobre el lizenziar las tropas estranjeras, sobre la entrega de las ziudades, fortalezas, armas, muniziones i artillería, azerca de la espezie de seguridad que abia de dárseles de la ejecuzion de las condiziones en que combiniesen,

i aun en lo conzerniente á la relijion, no porque las probinzias marítimas, añadieron, renunziarán jamas á su creenzia, ni bolberán á la que abandonaron; sino porque estando bibamente penetradas de las calamidades que tanto tiempo aze aflijen á sus abitantes, no ai uno entre cuantos profesan la reforma que no esté dezidido á dejar su pátria, i abandonar sus bienes, si los estados jenerales deziden que la relijion romana debe ser la única tolerada.»

El conde de Schwartzemburg combino en que no se podia razonablemente esijir de los estados mas de lo que ofrezian. Representó enérjicamente á Requesens que biendo las profundas raizes que la reforma abia echado en las probinzias marítimas no era fázil estirparla tan brebemente como se deseaba; i en fin, le instó á que consintiese en una tregua de seis meses, durante la cual se tolerase el ejerzizio de aquella relijion, i se proporzionasen los medios mas sabios i prudentes para conziliar los ánimos i ganar al pueblo. A lo que Requesens no aczedió por falta de poderes; ni tampoco á que la tregua se redujese á dos meses, á no ser que los protestantes por su parte se abstubiesen durante ella del culto esterior de su relijion, i que al momento en que la tregua empezase, obligasen á sus ministros á salir del pais. Combenzido, pues, el conde de que tales condiziones no serian azeptadas, ni la negoziazion concluida como el Emperador deseaba, se bolbió á Alemania, las conferenzias inmediatamente zesaron, los reenes se debolbieron, i las partes con mas enojo que nunca se emplearon enteramente en proporzionar los medios de continuar la guerra. (1)

(1) Meteren, p. 146. 152. Bentib., l. 9. ab initio.

Poco despues izo Requesens fijar un bando (el 15 de julio) en que proibia toda espezie de comunicazion con los descontentos, i al mismo tiempo embió una dibision á las órdenes del conde de Ierjes para que sitiase á Buren, cuya ziudad no izo mas que una débil resistenzia, i capituló casi tan pronto como fué zercada. Mas funesta fué la suerte de Udewater, ziudad situada en el Issel. Tomada por asalto despues de una bigorosa resistenzia, izieron en ella los españoles crueldades inauditas, pasando á cuchillo á la guarnizion, i á todos los abitantes, sin distinzion de edad ni secso. De allí pasó el conde á Schoonhobe, plaza bien fortificada i con puerto en el Leck, i que ubiera podido azer tanta mayor resistenzia, cuanto mas bien reforzada tenia el prínzipe la guarnizion; empero los abitantes, intimidados con la suerte de Udewater, la forzaron á rendirse, i abrieron las puertas. Despues de esta conquista marchó el conde contra Crimpen. El marques de Bitelli por su parte restituyó á la obedienzia muchas plazas situadas entre el Leck i el Baal, i Mondragon sometió no pocas de las de la probinzia de Olanda, fronterizas del Brabante.

Ubiéranse á estas seguido otras conquistas si Requesens no prefiriera el emplear todas sus fuerzas en someter algunas ziudades de la Zelanda, cuya posesion importaba mucho á España. Equipaba entonzes Felipe una gran armada, i deseaba tener en aquella probinzia algunos puertos á que abordase i en que estubiese segura. Para ello sacó Requesens todas las tropas que tenia en Olanda, con intento de trasportarlas á Zelanda en bateles chatos; á cuyo fin abia echo construir muchos, que por su forma i tamaño podian nabegar en las baías i canales á

que se les destinaba. Mas el prínzipe de Oranje, que supo á tiempo el designio, izo equipar un número mayor de la misma espezie de bateles; cuya superioridad izo á Requesens que dejase aquel medio, i adoptase el que usó Mondragon para socorrer á Tergoes. La empresa era tan atrebida, difizil i abenturada, como que se trataba de badear un canal de zinco millas de ancho que la mar cubria.

Al nordeste de la Zelanda ai tres islas mucho mayores que las otras, son á saber, la de Tolen, la de Duibeland i la de Schowen. La primera i mas zercana al Brabante la tenian los españoles: entre esta i la de Duibeland ai otra mucho mas pequeña, llamada Philipsland, separadas por un canal ó brazo de mar, que era el que Requesens queria atrabesasen sus tropas. Abíale echo sondar, i por todas partes se alló badeable sobre ser menos ancho que el que atrabesaron las tropas de Mondragon para socorrer á Tergoes. Sin embargo, muchos de los ofiziales, á quienes el gobernador abia dado parte de su designio, dudaban de la posibilidad de ejecutarle: dezian que abia mucha diferenzia de esta á la empresa de Mondragon; cuyas tropas no tubieron otros obstáculos que benzer que los que el terreno oponia, ni nezesitado de mas que osadía, pazienzia i dozilidad para obrar lo que se les mandaba; empero que en aquel paso concurrian ademas otras zircunstanzias: que el enemigo estaba sobre abiso: que sus barcos armados, i sus nabes, asediaban, por dezirlo así, el bado: que al momento en que las tropas le estubiesen pasando, caeria sobre ellas sin que pudiesen defenderse; i que aun dado que pasasen sin obstáculo, debia esperarse que las atacaria bentajosamente al tiempo de salir del

agua i tomar tierra, en que fatigadas i molidas del cansanzio, serian fázilmente desechas por un enemigo descansado i en toda su fuerza i bigor.

Estas consideraziones estimularon á muchos de los ofiziales prinzipales á representar contra un proyecto que les parezia tan temerario como imposible. Su dictámen era que no se iziese ninguna tentatiba sobre la Zelanda asta que llegase la armada que de España se esperaba. Este consejo dictado por la prudenzia, léjos de ser oido irritó el ardor i la osadía de la mayor parte de los ofiziales españoles, á quienes la memoria de sus triunfos, i sobre todo el desprezio en que tenian á sus enemigos, confirmaba en la persuasion en que estaban del buen ecsito de esta empresa, en cuya gloria no querian tubiese parte la tropa de la armada que suponian en camino para unirseles. «Si se cree imposible, dezian, el pasar de dia, ágase de noche, i así engañaremos la bigilanzia del enemigo: i aun suponiéndole sabedor i bijilante ¿qué tendriamos que temer de su artillería? tirando á la bentura no podria ser grande el mal que nos iziese. En cuanto á las tropas con quien nos las abremos de aber al salir del agua, las allaremos mas dispuestas á uir que á pelear. La osadía de nuestra empresa, i el intrépido continente de nuestros balientes soldados bastará para infundir temor i terror en sus tímidos pechos. ¿Cuántas bezes en iguales zircunstanzias no nos an dado pruebas de su cobardía?»

Requesens era mui cuerdo i prudente para dar nada al caso: no le gustaban las empresas temerarias, ni las en que el buen resultado podia consistir en inzidentes que no ubiera podido prebeer; mas en las zircunstanzias en que

se allaba, i deseando con ansia someter prontamente la Zelanda se determinó á tentar el paso del canal. En consecuenzia izo que pasasen á la isla de Philipsland tres mil soldados, escojidos indistintamente entre españoles, walones i alemanes. Encargó á Abila que les acompañase con su escuadra, llebando á bordo la mitad; i la otra mitad á las órdenes de Osorio de Ulloa la destinó á pasar el canal. Este fué entre todos el ofizial que con mas teson se abia declarado por la empresa, i de un balor i denuedo á toda prueba.

El 28 de setiembre al caer el dia se puso Ulloa al frente de su tropa, é inmediatamente que zerró la noche i empezó á bajar la marea entró en el agua. Delante iban las guias, i detras de sus soldados doszientos gastadores, i despues de ellos una compañía de walones que formaba la retaguardia, al mando de Peralta. La lengua de tierra i de arena en que caminaban era tan estrecha que no cabian mas de tres de frente: muchas bezes les faltaba de pronto tierra, i caian donde les solia dar el agua á los ombros; de modo que para preserbar las armas tenian que llebarlas en la cabeza. A poco de empezada la marcha empezaron tambien á sufrir el fuego de toda la artillería i mosquetería de las nabes i barcos olandeses i zelandeses que se azercaron cuanto pudieron: de las mismas nabes salió una multitud de marineros armados de largas pérticas con las que derribaron á muchos españoles, que poco asegurados por el impulso de las aguas, no podian resistir ni defenderse. Unos fueron así muertos; otros sumerjidos en la marea perezieron aogados en el zieno i en el fango, i algunos debieron su salud á la obscuridad que no permitia á los buques

enemigos que obrasen de conzierto. A pesar de tan cruel posizion no decayó el ánimo de los soldados : cuanto mayor era el peligro tanto mas se inflamaba su balor, caminando siempre con la misma intrepidez, sin romper las líneas, ayudándose i animándose unos á otros, al mismo tiempo que peleando i defendiéndose segun el terreno lo permitia. Pero cuanto mas se azercaban al punto donde debian salir, tanto mas crezia el peligro, sus fuerzas se gastaban, la profundidad iba siendo mayor, i los barcos enemigos podian azercárseles mas. Ya fuera del agua, encontraron en la ribera un cuerpo considerable de tropas, que zierto no se portaron con el balor que acostumbraban. Al prinzipio de la aczion fué muerto el comandante por uno de los suyos, i este aczidente tan funesto como inesperado les desanimó á todos i consternó en términos que se dieron á uir. Los españoles no estaban en estado de perseguirlos. Mojados i fatigados léjos de poder acometer, ubierales sido imposible resistir si al salir del agua se les ubiese atacado con firmeza.

Esta empresa tan estraordinaria como atrebida, i aun puede llamarse temeraria, costó mucho á los españoles. De los doszientos gastadores no escapó ninguno : parte fueron muertos por el enemigo, i parte aogados. La misma suerte tubieron muchos soldados, i otros muchos fueron grabemente eridos; mas entre los muertos no ubo mas ofizial de distinzion que Pacheco. Dízese que erido de un balazo, quisieron sus soldados llebarle en ombros, i que él les dijo : «amigos mios, el golpe es mortal; el fabor que me quereis azer, retardaria buestra marcha : dejadme; yo muero, empero cubierto de gloria por ser en una empresa tan grande

como la nuestra.» Al mismo instante se le tragaron las olas. La compañía walona que formaba la retaguardia mandada por Peralta se bolbió atras inmediatamente que conozió la grandeza del peligro. (1)

Al ber olandeses i zelandeses que á pesar de sus esfuerzos abian los españoles salido con su empresa, dejaron el canal i se apresuraron á dar la notizia á las ziudades que les parezió mas espuestas á ser sitiadas; i Requesens se aprobechó de su retirada para trasportar á Duibeland el resto de sus tropas, que unidas á las que abian atrabesado el canal forzaron á las del prínzipe de Oranje á uir i acojerse á Ziric-Zee, capital de la isla de Schowen, i situada en la embocadura del Escálda. Ademas de que la posesion de esta plaza cortaba la comunicazion de Zelanda con Olanda, era tambien la mejor situada para que abordasen los socorros que de España esperaba Requesens. Era su intento reunir i tener allí todas sus fuerzas asta que tubiese una armada con que poder emprender la conquista de Middelbourg, Flesinga, i demas ziudades de la isla de Walcheren. Dió el mando del ejérzito á Mondragon, que inmediatamente marchó con él ázia Ziric Zee; mas para llegar nezesitaba atrabesar el canal que separa la isla de Duibeland de la de Schowen. La empresa era

(1) Bentiboglio p. 168. Estas zircunstanzias las refiere este autor siguiendo á Ribas, gobernador de Cambrai, que fué de la espedizion, así como de la de Mondragon á Tergoes. Un áurea boreal que duró toda la noche no contribuyó poco á animar i sostener el balor de los españoles, creyendo que aquel fenómeno les anunziaba que el zielo se declaraba en su fabor.

arriesgada. El enemigo que se beia en la ribera parezia mui resuelto á oponerse á ella. El canal por allí tenia como una legua de ancho, i el fondo era zenagoso; pero nada de esto detubo á Mondragon: entró el primero en el canal, i todos los soldados animados con su ejemplo le siguieron. Tan atrebida resoluzion asombró al enemigo, i la intrepidez del soldado español izo en él tal impresion que no se atrebió á esperarle ni á oponerse á su paso.

Ubiera podido Mondragon inmediatamente que pasó el canal dar prinzipio al sitio de Ziric-Zee; pero tubo por mas prudente apoderarse antes de algunos puntos que los zelandeses abian fortificado para asegurar la comunicazion de aquella ziudad con las otras islas i el continente. Eran tres los puntos, uno al sur zerca de Bobendam; otro al norte, en Bruwershaben, i el otro al nord-este, en Bommene. De los tres el segundo ninguna resistenzia izo; el primero costó la bida á sesenta españoles, á Peralta que los capitaneaba, i á muchos soldados walones i alemanes: pérdida que debiera aber sido menor, si menor fuera la prezipitazion con que asaltaron el fuerte que defendia aquel puesto: i el terzero izo una braba resistenzia como que estaba bien fortificado, i el comandante Lis, ofizial franzés, abia infundido en la guarnizion compuesta de alemanes, ingleses i paisanos suyos, su propio balor é intrepidez. Las pruebas que de ello dieron les granjearon un lugar distinguido en la istoria.

Zircundaba el fuerte de Bommene un ondo foso al que la pleamar azia mientras duraba, casi inespugnable. Un canal que le atrabesaba, tambien se llenaba de agua; mas á la baja mar

era el foso badeable i posible llegar asta el pie de las murallas. Requesens i el marques de Bitelli abian pasado al ejérzito de Mondragon i dirijian las operaziones del sitio. Abrieron una profunda trinchera i la llebaron asta el borde del foso, i por su medio pudieron lebantar una gran batería : despues de descubierta batió dos dias arreo las murallas, i abrió brecha sufiziente para el asalto. Aprobechando el momento en que las aguas se retiran, le intentaron los españoles si con balentía, no fueron rezibidos con menos : si los sitiadores izieron grandes esfuerzos para establezerse en la muralla, mayores fueron los de los sitiados para lanzarlos i azerles abandonar la brecha, despues de matarles ziento zincuenta ombres i de erirles otros tantos. Este rebes enfurezió á los españoles : al dia siguiente dieron nuebo asalto por muchas partes á un tiempo : el mismo balor i el mismo empeño animaba á unos i otros : el furor i la desesperazion obraban igualmente en ellos, resueltos á benzer ó morir. Temian los españoles que la marea alta bolbiese, i querian prebenirla: los sitiados por el contrario la esperaban con impazienzia. Estos se lisonjeaban de que los españoles desistirian de su empresa si resistian sus esfuerzos asta que el agua llenase el foso, i que acaso no bolberian al asalto : aquellos consideraban que sino rendian la plaza antes que el agua llegase en socorro de los sitiados podria suzeder que aquella segunda tentatiba no fuese mas felíz que la primera; aun sin contar con la mucha sangre que les costaria. Animados por estos motibos diferentes, combatian ambas partes con igual encarnizamiento, aziendo una i otra prodijios de balor, i uso de cuantos arbi-

trios sujiere la industria i presta la fuerza. En este sangriento i terrible combate que duró mas de seis oras sin interrupzion, nadie procuraba ebitar la muerte sino darla. Este balor omizida costó la bida á los mas esforzados de unos i otros; empero al azercarse la marea redoblaron los españoles su furor, oprimieron con su número á los sitiados, les obligaron á abandonar la brecha, i entraron con ellos en el fuerte. Allá empezó el combate con mas encarnizamiento, i no cesó asta que dejó de bibir el último de los sitiados. Esta conquista costó á los españoles doszientos zincuenta ombres, sin contar los del primer asalto, i tubieron casi otros tantos eridos. (1)

Dueños de los tres fuertes, érales sino segura menos difizil la conquista de Ziric-Zee, cuyos abitantes resueltos á sacrificarlo todo en defensa de la ziudad, emplearon los mismos medios que los estados de Olanda en el sitio de Leidem: rompieron los diques del canal é inundaron todo el terreno que rodeaba los muros. Por este medio izieron impracticables los que los españoles ubieran empleado i se acostumbran en todo sitio; trincheras, baterías, asaltos i escaladas; i no les quedó otro que el bloqueo, i fué el que adoptó Mondragon, á pesar de conozer que era el mas largo, y que nezesitaba ocupar todas las entradas de la ziudad, en términos que la fuese imposible rezibir ningun socorro, como efectibamente las ocupó, eszepto por un pequeño canal que daba al que separa la isla de Schowen de la de Duibeland.

Allí donde estos dos canales se comunican

(1) Meursii Auriacus, p. 147.

abian los zelandeses lebantado baterías que aseguraban la entrada á los barcos de la probinzia de Olanda, de la isla de Walcheren, i por consiguiente á los socorros que de ellas nezesitasen los sitiados; sin que á los españoles quedase otro medio de rendirlos que el de apoderarse de la entrada del pequeño canal i zerrarla. A este fin embió Mondragon barcos que allí se apostasen; i en los sitios en que menos profundidad abia lebantó una estacada. Esta obra larga i trabajosa ocupó muchos meses al ejérzito, i costó mucha sangre á sitiados i sitiadores. Concluida que fué dispuso Mondragon que se iziese otra, en frente de una isla, situada puntualmente en la embocadura del canal, i las unió por medio de una fuerte cadena de yerro; con lo cual izo imposible la entrada de todo socorro en la ziudad desde prinzipios de febrero en que remató estas obras.

Ansioso el prínzipe de proporzionar socorros á la plaza formó el atrebido proyecto de dirijírselos por la rotura que para inundar el pais se izo en el gran canal ázia la isla de Schowen, cuya rotura caia zerca del lugar de Dreischer; i encomendó la empresa al conde de Oenloe, caballero alemán, i de mui acreditado balor: mas, una tempestad que sobrebino; las baterías montadas de cañones que los sitiadores tubieron tiempo de lebantar, i el aber colocado la mayor parte de sus fuerzas en el dique, zerca de la rotura por donde debia de pasar el conde, le izieron desistir i retirarse. No así el prínzipe, que mas dezidido i denodado, puesto al frente de mayores fuerzas, para mas animarlas, intentó por sí mismo el paso.

Para ello se constituyó en Dreischer, i apro-

echándose de la marea alta se dirijió á la rotura. A su llegada puso en desórden á los españoles, é izo en ellos una gran carnizería, quitándoles muchos cañones; pero bueltos inmediatamente sobre sí i animándose unos á otros á bista del peligro que les amenazaba, tornaron á ganar el puesto de que se les abia echado, i pelearon con tanto encarnizamiento, que biendo el prínzipe azercarse el instante en que debia empezar á bajar la marea desistió de la empresa, reembarcó su jente i la bolbió al canal. El buque montado por el almirante Boissot, mas grande i fuerte que los otros, no pudo llegar á tiempo, fué bibamente atacado, i él mismo muerto con zerca de treszientos ombres de la tripulazion, despues del mas obstinado combate.

El mal ecsito de esta empresa, que fué la última que se intentó para socorrer á los sitiados, les izo que pensasen en capitular. Oprimidos de males i reduzidos á la mayor miseria ofrezieron entregar á Mondragon la ziudad con tal que les tratase faborablemente: i el jeneral cansado de la durazion del sitio les ofrezió tan bentajosas condiziones que no dudaron azeptarlas, i le abrieron las puertas. (1) Duró nuebe meses el sitio, en que se ocupó casi todo el ejérzito español.

A la rendizion de Ziric-Zee abian prezedido suzesos mas importantes á los dos partidos que los que acabamos de referir. Por ellos perdieron los españoles la esperanza de someter enteramente la Zelanda como lo abian creido: i libraron á sus enemigos del cuidado que justamente

(1) Meteren, p. 155. Bentib., p. 170.

les abia inspirado el felíz suzeso de sus primeras empresas. El primero de estos acaezimientos fué la muerte del marques de Bitelli, que era sin duda el mas capaz de los ofiziales que entonzes tenia España en los Paises-Bajos; i el segundo la de Requesens acaezida poco despues que la de Bitelli.

Cuando Requesens formó el designio de someter á Ziric-Zee carezia del dinero nezesario para subbenir á los gastos que tal empresa esijia. España no podia suministrársele: la guerra que tubo el rei que mantener contra el turco (1) agotó sus tesoros; i en bano ubiera el gobernador recurrido á los estados de las probinzias fieles, porque conozia su disposizion, i sabia que fuese falta de poder ú de boluntad no aczederian á su petizion. Entre tanto era mucho lo que se debia á las tropas: muchas las bezes que abian manifestado amotinadas su descontento: muchas las que abian echo sufrir al pueblo las resultas de su desabrimiento; i en términos de que Requesens se ubiese bisto en la nezesidad de permitirle que resistiese por la fuerza la que los soldados le iziesen con aquel pretesto; á cuya permision no ubo de contribuir poco el temor de que el pueblo por sí se la tomase. El duque de Alba, mas cruel, i menos justo, encadenó los brazos del pueblo siempre que quiso resistirse á la tropa.

Tenia Requesens un corazon sensible, i no bastante serenidad para soportar con indiferenzia la situazion en que se allaba: su espíritu era incapaz de obstinarse contra las dificultades que le rodeaban: consumianle la tristeza, é

(1) Meteren, p. 155. Bentiboglio, p. 170.

insensiblemente se fué alterando su salud, i debilitándose las fuerzas: lebantósele calentura, i en pocos dias le llebó al sepulcro. Tenia mas birtudes que grandes talentos, i era mucho mas á propósito para el gobierno zibil que para conduzir una empresa militar. Bajo este respecto, confiesan todos que era mui inferior á su antezesor el duque de Alba. (1)

(1) De Thou, t. 3, p. 464. Strada, t. 2, p. 35.

FIN DEL PRIMER TOMO.

NOTA.

Las nobedades que e introduzido en la ortografia de las letras azen mas fázil la lectura de lo que se escribe, i quita todo motibo de equibocazion, resultando ademas inútiles la *h*, la *v*, i la *x*. I si se adoptasen otras dos ó tres bariaziones que por sí mismas están combidando á que se adopten, quedaria nuestro alfabeto tan senzillo como es de desear. Por ejemplo: tenemos esta letra *c* que llamamos *ze* tan impropiamente como que de los beinte modos con que se combina con otras letras, solo en dos suena como tal *ze*, i en los otros diez i ocho suena como la *q* ó la *k*. Por consiguiente si en aquellas dos, diésemos á la *c* el balor i sonido que en las diez i ocho, nos aorrariamos la *q* i la *k*, i el alfabeto se descartaria de ellas como inútiles.

Dezimos lo mismo de la *g* cuyo uso es tan complicado que muchos salen de la escuela, i aun no le an aprendido bien. Llámasela con la misma impropiedad *je*, á pesar de que de las beinte combinaziones que tambien tiene, solo en dos suena como jota, i en las diez i ocho suena blanda i suabemente como *gue*, i así debia llamarse: désela en las dos combinaziones el mismo balor i sonido que en las diez i ocho, i desde la primera leczion no ai muchacho por rudo que sea que no aprenda su nombre i su uso lo mismo que los de las demas letras.

Para la completa perfeczion del alfabeto aun

se nezesita fijar el sonido i balor de la *r* que á prinzipio de diczion i entre bocales suena fuerte, i en las demas combinaziones blanda. Si para determinar su balor azemos con ella lo que nuestros mayores izieron con las dos *enes* *nn* á las que dieron i damos el balor de eñe ñ, suprimiendo la una i poniendo una tilde en la otra ninguna duda quedará de que la r̃ así, sonará fuerte como en cor̃o, car̃o, i no se podrá equibocar con *coro* ni *caro* que no tienen tilde. La *y* griega, puesto que es consonante no se la use sino como consonante. Si echo esto se escluye la *x* como inútil i de complicado uso, la *h* que ninguno tiene, la *v* igualmente inútil i complicadísima en sus combinaziones, quedará nuestro alfabeto reduzido de beinte i ocho á beinte i cuatro letras, que serán berdaderos elementos de las palabras: solas i en todas las combinaziones tendrán un mismo sonido, se aprenderán con mucha mas fazilidad, i será su combinazion tanto mas fázil, que no dudaré asegurar que en la mitad del tiempo se aprenderá á leer.

E consultado no á uno ni dos sino á muchos maestros de primeras letras, i todos unánimemente an combenido en que no es lo peor el mas tiempo que los niños gastan en aprender á leer, sino el enojo i fastidio que les causa el que la *c* v. g. aga unas bezes de *zeda* i otras de *ca* *k*, ó *q*: que la g suene ya como jota, ya como *gue*: el que á la *v* se la llame *u* i se les aga pronunziar siempre como *b*. Combienen pues, en que particularmente á los muchachos de mucha bibazidad les suele parar tanto, que asta se ponen malos, aborrezen la escuela, i de aquí todo lo que se deja discurrir. Adóptese este

abezedario i uirán todas las dificultades: i entonzes podremos dezir con berdad que sobre ser la lengua castellana la mas rica, la mas noble i armoniosa de Europa se compone de los elementos mas omojéneos.

b	*c*	*d*	*f*	*ch*	*g*	*j*	*l*	*ll*	*m*
be	que	de	efe	che	gue	jota	ele	elle	eme

n	*ñ*	*p*	*r*	*r̃*	*s*	*t*	*y*	*z*
ene	eñe	pe	ere	erre	ese	te	ye	zeda.

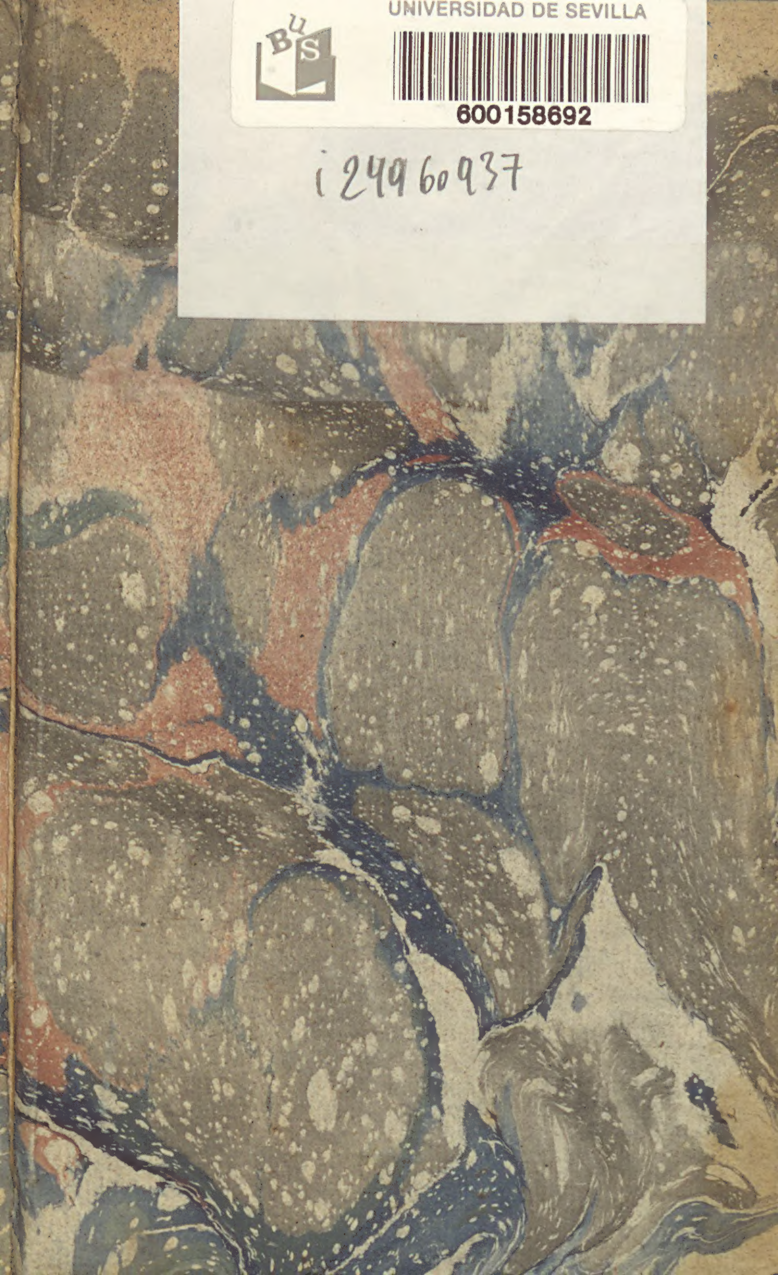
á é í ó ú

SUMARIO

de lo contenido en los treze libros de este primer tomo.






UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BUS
600158692
i 24960937


81
ISTORIA
DE
FELIPE
II
1
8


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm